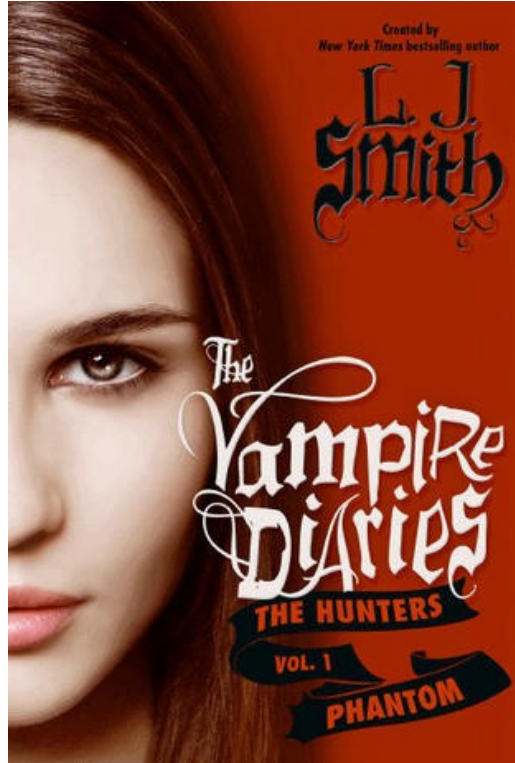


The Vampire Diaries -01 the Hunters Phantom



El pasado nunca está lejos. . . . Elena Gilbert y sus amigos salvaron Fell's Church de los malos espíritus empeñados en destruirla, pero la libertad de la ciudad tenía un precio: la vida de Damon Salvatore. La muerte de Damon cambia todo. Él y su hermano vampiro, Stefan, habían estado encerrados en una feroz batalla por el corazón de Elena. Ahora que se ha ido, Elena y Stefan finalmente pueden estar juntos. ¿Por qué Elena no puede dejar de soñar con Damon? Con los sentimientos de Elena por Damon creciendo, una nueva oscuridad se está gestando en Fell's Church. Elena ha estado en el infierno y de regreso, pero este demonio no es como nada que jamás haya visto. Su único objetivo es matar a Elena y a todos los que ella ama.

Capítulo 1

Elena Gilbert se subió a una extensión suave de hierba, las hojas esponjosas colapsando bajo sus pies. Racimos de rosas rojas y delphiniums[1]violetas empujando hacia arriba desde el suelo, mientras que una cubierta gigante colgaba

encima de ella, se abría y cerraba con linternas brillantes. En la terraza en frente de ella había dos fuentes curvas de mármol blanco que dispararon chorros de agua en el aire. Todo era hermoso, elegante, y algo familiar.

Este es el palacio Bloddeuwedd, dijo una voz en su cabeza. Sin embargo, cuando ella había estado aquí, en el pasado, el campo había estado lleno de risas, bailes y asistentes a la fiesta. Ellos habían desaparecido, aunque los signos de su presencia se mantenían: las mesas que estaban en los bordes del césped se encontraban llenas de vasos vacíos, un chal de seda estaba arrojado sobre una silla, un sólo zapato de tacón estaba en el borde de una fuente.

Había otra cosa extraña, también. Antes, la escena había estado iluminada por la luz roja infernal que iluminaba todo en la Dimensión Oscura, convirtiendo los azules en morados, los blancos en rosados y los rosas en el color aterciopelado de la sangre. Ahora, una luz clara brillaba por encima de todo, y una luna llena blanca navegó tranquilamente arriba.

Un susurro de movimiento provenía de detrás de ella, y Elena se dio cuenta desde un principio que no estaba sola, después de todo. Una figura oscura estaba de repente allí, acercándose a ella.

Damon.

Por supuesto que era Damon, pensó Elena con una sonrisa. Si alguien iba a aparecer inesperadamente detrás de ella aquí, en lo que parecía el fin del mundo, o por lo menos una hora después de que una buena fiesta había terminado, sería Damon. Dios, era tan hermoso. Negro sobre negro: el pelo negro suave, ojos negros como la noche, jeans negros y una chaqueta de cuero suave.

A medida que sus ojos se encontraron, ella estaba tan contenta de verlo que casi no podía respirar. Se arrojó en sus brazos, juntándolos alrededor de su cuello,

sintiendo los músculos ágiles, duros en sus brazos y su pecho.

—Damon —dijo con voz temblorosa por alguna razón. Su cuerpo temblaba también. Damon le acarició los brazos y los hombros, para calmarla.

—¿Qué pasa, princesa? No me digas que tienes miedo. —Él sonrió perezosamente para ella, sus manos fuertes y constantes.

—Tengo miedo —respondió ella.

—Pero, ¿de qué tienes miedo?

La dejó perpleja por un momento. Luego, lentamente, poniendo su mejilla contra la suya, dijo: —Me temo que esto es sólo un sueño.

—Te diré un secreto, la princesa —dijo él al oído—. Tú y yo somos las únicas cosas reales aquí. Todo lo demás es el sueño.

—¿Sólo tú y yo? —repitió Elena. Un persistente pensamiento la inquietaba, como si se estuviera olvidando de algo o alguien. Una mancha de ceniza cayó sobre su vestido, y ella se apartó distraídamente.

—Somos sólo nosotros dos, Elena —dijo Damon bruscamente—. Eres mía. Yo soy tuyo. Nos hemos amado desde el principio del tiempo.

Por supuesto. Debe ser por eso que estaba temblando, era la alegría. Él era de ella. Ella era suya. Ellos estaban juntos.

Ella susurró una palabra: —Sí.

Luego la besó.

Sus labios eran suaves como la seda, y cuando el beso se profundizó, inclinó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su cuello, anticipándose a la avispa doble agujijón que había entregado tantas veces.

Cuando no llegó, ella abrió los ojos inquisitivamente. La luna era brillante como siempre, y el aroma de las rosas colgaba pesado en el aire. Pero los rasgos

cincelados de Damon estaban pálidos bajo su pelo oscuro, y más ceniza había caído sobre los hombros de su chaqueta. Todas a la vez, las dudas que le parecieran insignificantes se reunieron.

Oh, no. Oh, no.

—Damon —jadeó ella, mirándole a los ojos con desesperación, las lágrimas llenaron los de ella—. No puedes estar aquí, Damon. Tú estás.... muerto.

—Durante más de quinientos años, princesa. —Damon le mostró su sonrisa deslumbrante. Más ceniza caía a su alrededor, como una lluvia fina de color gris, el cuerpo del mismo color gris ceniza de Damon fue sepultado a sus pies, a mundos y dimensiones de distancia.

—Damon, estás... muerto. No estás no-muerto, has... desaparecido.

—No, Elena... —comenzó a parpadear y a desvanecerse, como una bombilla a punto de morir.

—Sí. ¡Sí! Yo te sostuve y tú moriste.... —Elena estaba llorando de impotencia. No podía sentir los brazos de Damon en todo momento. Fue desapareciendo en la luz brillante.

—Escúchame, Elena... —Ella contenía la luz de la luna. La angustia atrapada en su corazón—. Todo lo que necesitas hacer es llamarme —dijo la voz de Damon—. Todo lo que necesitas... —Su voz se desvaneció en el sonido del susurro del viento entre los árboles.

Los ojos de Elena se abrieron de golpe. A través de una niebla registró que estaba en una habitación llena de luz solar, y un cuervo enorme estaba sentado en el alféizar de una ventana abierta. El ave inclinaba su cabeza hacia un lado y soltó un graznido, mirándola con ojos brillantes.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. —¿Damon? —susurró.

Pero el cuervo sólo extendió sus alas y voló.

Capítulo 2

Querido diario:

¡Estoy en casa! Apenas puedo atreverme a creerlo, pero aquí estoy. Me desperté con una extraña sensación. Yo no sabía dónde estaba y me recosté notando el olor a limpio y a suavizante de las sábanas de algodón, tratando de averiguar por qué todo parecía tan familiar.

Yo no estaba en la mansión de Lady Ulma. No, había dormido acurrucada en el más suave satén y el terciopelo más blando, y en el aire había olor a incienso. Y no estaba en la pensión: la señora Flowers lavaba la ropa de cama con una mezcla de hierbas de olor extraño que Bonnie dice que es para la protección y los buenos sueños.

Y de repente, lo supe. Yo estaba en casa. ¡Los Guardianes lo hicieron! Me trajeron a casa.

Todo y nada ha cambiado. Es la misma habitación en la que dormía cuando era un bebé pequeño: mi cómoda silla mecedora de madera de cerezo pulida, el pequeño perro de peluche negro y blanco, que Matt ganó en el carnaval de invierno de nuestro tercer año, encaramado en una estantería; mi escritorio de tapa corrediza, con sus estanterías; el espejo antiguo adornado por encima de mi tocador; y el cartel Monet y Klimt de la exposición del museo de tía Judith me llevó a ver en Washington DC. Incluso mi peine y mi cepillo se alinean perfectamente uno al lado del otro en mi tocador. Cada cosa en su sitio.

Me levanté de la cama y utilicé un abrecartas de plata de la mesa para levantar la tabla secreta en el suelo de mi armario, mi antiguo escondite, y me encontré con

este diario, justo donde lo oculté hace tantos meses. La última entrada es la que escribí antes de volver el Día de los Fundadores, en noviembre, antes de que yo... muriera. Antes de salir de casa y nunca regresar. Hasta ahora.

En esa entrada detallé el plan para recuperar mi diario, el que Caroline me robó, el que ella estaba planeando leer en voz alta en el desfile del Día de los Fundadores, sabiendo que iba a arruinar mi vida. Al día siguiente, me ahogué en Wickery Creek

y resucité como vampiro. Y entonces volví a morir y regresé como un ser humano, viajé a la Dimensión Oscura, y había miles de aventuras. Mi viejo diario ha estado parado aquí mismo, donde lo había dejado, en el suelo de mi armario, esperándome.

La otra Elena, la que los Guardianes plantaron en la memoria de todos, estuvo aquí estos meses, yendo a la escuela y llevando una vida normal que no escribió aquí. Me siento aliviada, la verdad. ¿Cómo de escalofriante sería ver las entradas del diario con mi escritura y no recordar nada de la otra Elena, la que los Guardianes plantaron en la memoria de todos? A pesar de que podría haberme sido útil. No tengo ni idea de lo que todos los demás en Fell's Church creen que ha estado ocurriendo en los meses transcurridos desde el Día de los Fundadores.

Todo el pueblo de Fell's Church ha tenido un nuevo comienzo. El kitsune destruyó esta ciudad con sus acciones de pura maldad. Enfrentando a los niños contra sus padres, haciendo que la gente se destruya a sí mismo y a todos los que amaban.

Pero ahora nada de eso ha sucedido.

Si los Guardianes cumplieron su palabra, todos los demás que murieron están vivos de nuevo: las pobres de Vickie Bennett y Sue Carson, asesinadas por Katherine, Klaus y Tyler Smallwood en invierno; el desagradable Sr. Tanner, los inocentes que murieron o que los kitsune hicieron que se mataran. Yo. Todos de vuelta, todo empieza de nuevo.

Y, excepto para mí y mis mejores amigos, Meredith, Bonnie, Matt, mi querido Stefan, y la señora Flowers, nadie sabe que la vida no ha ido como de costumbre desde el Día de los Fundadores.

A todos nos han dado otra oportunidad. Lo hicimos. Hemos salvado a todos.

Todos, excepto a Damon. Al final él nos salvó, pero no pudo salvarse a sí mismo. No importa cuánto lo intentamos o cuán desesperadamente lo pedimos, no había forma de que los Guardianes lo trajeran de vuelta. Y los vampiros no reencarnan. Ellos no van al cielo o al infierno, o a cualquier tipo de vida futura. Simplemente... desaparecen.

Elena dejó de escribir por un momento y respiró hondo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se inclinó, era el momento de escribirlo realmente todo.

Damon murió en mis brazos. Fue una agonía verlo alejarse de mí. Pero nunca voy a dejar que Stefan sepa lo que realmente sentía por su hermano. Sería cruel y ¿de qué serviría hacerlo ahora?

Yo todavía no puedo creer que se haya ido. No había nadie tan vivo como Damon, nadie que amara la vida más que él. Ya nunca lo sabremos.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió, y Elena, con el corazón en la garganta, cerró el diario. Pero el intruso era sólo su hermana menor, Margaret, vestida con un pijama rosa con flores impresas; su pelo de seda de maíz, en forma vertical en el centro como las plumas de un zorzal. Sus cinco años de edad no se desaceleraron hasta quedar casi sobre Elena, y luego se lanzó a ella a través del aire.

Ella aterrizó de lleno en su hermana mayor, golpeándola con su aliento. Las mejillas de Margaret estaban húmedas, sus ojos brillantes, y sus pequeñas manos se agarraron a Elena.

Elena se encontró bien en la celebración, sintiendo el peso de su hermana, inhalando el dulce aroma de un champú para bebés Play-Doh.

—Te extrañé —dijo Margaret, su voz a punto de llorar—. ¡Elena! ¡Te extrañé tanto!

—¿Qué? —A pesar de su esfuerzo para hacer sonar su voz, Elena la oía temblorosa. Se dio cuenta con una sacudida que no había visto a Margaret, visto realmente, por más de ocho meses. Pero Margaret no podía saberlo—. Me has extrañado tanto durante la hora de dormir que tuviste que venir corriendo a buscarme?

Margaret se separó un poco de Elena y la miró. De cinco años de edad, los ojos azules de Margaret tenían una mirada intensa, que hizo que un escalofrío pasara por la espalda de Elena.

Pero Margaret no dijo ni una palabra. Ella simplemente se apretó contra Elena, acurrucándose, dejando su cabeza en el hombro de Elena. —Tuve un mal sueño. Soñé que me dejaste. Que te fuiste. —La última palabra fue un grito silencioso.

—Oh, Margaret —dijo Elena, abrazando cálidamente a su hermana—, era sólo un sueño. Yo no voy a ninguna parte —cerró los ojos y se aferró a Margaret, rezando

para que su hermana hubiera tenido realmente sólo una pesadilla, y que no se hubiera deslizado a través de las grietas del hechizo de los Guardianes.

—Muy bien, cariño, hora de moverse —dijo Elena después de unos momentos, haciendo cosquillas a Margaret. —¿Vamos a tener un fabuloso desayuno juntas? Te hago panqueques?

Margaret se sentó y miró a Elena con los ojos azules. —El tío Robert está haciendo gofres —dijo—. Él siempre hace gofres los domingos por la mañana. ¿Recuerdas?

El tío Robert. Cierto. Él y la tía Judith se habían casado después de que Elena había muerto. —Claro, conejito —dijo a la ligera—. Me olvidé por un minuto de que era domingo.

Ahora que Margaret lo había mencionado podía oír a alguien en la cocina. Y el olor de algo delicioso cocinándose. Ella olfateó. —¿Es eso bacón?

Margaret asintió con la cabeza. —¡Carrera hasta la cocina!
—Elena se echó a reír y se estiró—. Dame un minuto para despertarme del todo. Nos encontraremos allí.

Volveré a hablar con la tía Judith una vez más, se dio cuenta con un repentino estallido de alegría.

Margaret rebotó fuera de la cama. En la puerta, se detuvo y miró a su hermana. —Realmente vendrás abajo, ¿verdad? —preguntó vacilante.

—Realmente iré —dijo Elena, y Margaret sonrió y se dirigió por el pasillo.

Al verla, Elena se sorprendió una vez más, por esta oportunidad increíble, realmente la tercera parte de la segunda oportunidad que le había sido dada. Por un momento, Elena sólo se empapó de la esencia de su querida, querida casa, un lugar que nunca había pensado que iba a volver de nuevo. Ella podía oír la suave voz de Margaret charlando alegremente por las escaleras, el rumor más profundo de la respuesta de Robert. Ella tuvo tanta suerte, a pesar de todo, de volver a casa al fin. ¿Qué podría ser más maravilloso?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y los cerró con fuerza. ¡Qué pensamiento tan estúpido. ¿Qué podría ser más maravilloso? Si el cuervo en su ventana hubiera sido Damon, si hubiera sabido que estaba por ahí, listo para un flash de su sonrisa perezosa o incluso a propósito para incordiarla, hubiera sido maravilloso.

Elena abrió los ojos y parpadeó varias veces, dispersando las lágrimas. No podía colapsar. Ahora no. No cuando estaba a punto de ver a su familia. Ahora tenía que sonreír y reír y abrazar a su familia. Más tarde se vendría abajo. Enterrando el fuerte dolor en su interior, dejó de sollozar. Después de todo, ella tenía todo el tiempo del mundo para llorar a Damon, ya que al perderlo, nunca, nunca dejaría de sufrir.

Capítulo 3

El sol de la mañana brilló con intensidad, arrollando el camino que conducía al garaje detrás de la casa de huéspedes. Ráfagas de nube blanca se deslizaban por el cielo azul claro. Fue una escena pacífica y resultaba casi imposible de creer que algo malo había ocurrido en este lugar.

La última vez que estuve aquí, pensó Stefan, poniéndose sus gafas de sol. Esto era un desierto.

Cuando el kitsune habían dominado Fell's Church, esta había sido una zona de guerra. Hijos contra padres, chicas adolescentes mutilándose a sí mismas, la mitad de ciudad estaba destruida. Sangre en las calles, dolor y sufrimiento en todas partes.

Detrás de él, la puerta se abrió. Stefan se volvió rápidamente para ver a la Sra. Flowers que salía de la casa. La anciana llevaba un largo vestido negro y sus ojos estaban protegidos por un sombrero de paja cubierto de flores artificiales.

Se la veía cansada y gastada, pero su sonrisa era dulce como siempre.

—Stefan —dijo—. El mundo está aquí esta mañana, como debiera ser. —La Sra. Flowers se acercó y le miró a la cara, sus agudos y cálidos ojos azules lo miraron

con simpatía. Parecía como si estuviera a punto de preguntarle algo, pero en el último momento pareció cambiar de opinión y en su lugar dijo: —Llamó Meredith, y Matt, también. Parece ser que, contra viento y marea, todo el mundo ha sobrevivido intacto —vaciló, y luego le apretó el brazo—. Casi todo el mundo.

Stefan sintió algo dolorosamente retorcido en el pecho. Él no quiere hablar de Damon. No podía, todavía no. En cambio, él inclinó la cabeza.

—Le debemos demasiado, Sra. Flowers —dijo, eligiendo con cuidado las palabras—. Nunca podría haber derrotado a los kitsunes sin usted, fue la que los mantuvo a raya y defendió la ciudad durante tanto tiempo. Ninguno de nosotros lo olvidará nunca.

La sonrisa de la Sra. Flowers se volvió más profunda, igualmente un vacilante e inesperado hoyuelo en la mejilla.

—Gracias, Stefan —dijo ella con la formalidad de igualdad—. No hay nada que yo hubiera preferido más que luchar junto a ti y al lado de los demás —suspiró y le acarició el hombro—. A pesar de que debo envejecer, por fin, siento la necesidad de pasar la mayor parte del día de hoy dormitando en una silla de jardín, que luchando contra el mal. Requiere más de mí de lo que solía ser.

Stefan le ofreció su brazo para ayudarla a bajar los escalones del porche, y ella le

sonrió una vez más.

—Dile a Elena que voy a hacer esas pastas de té que tanto le gustan siempre que ella esté lista para dejar a su familia y venir a visitarnos —dijo, luego se volvió hacia su jardín de rosas.

Elena y su familia. Stefan imaginó su amor, su sedoso cabello rubio cayendo sobre sus hombros, con la pequeña Margaret en su regazo. Elena tuvo otra oportunidad de tener una real vida humana ahora, lo que hacía que mereciera la pena todo.

Había sido culpa de Stefan que Elena perdiera su primera vida, él lo sabía con una certeza dura que roía sus entrañas. Había traído a Katherine a Fell's Church, y Katherine habían destruido Elena. Esta vez se aseguraría de que Elena estuviera protegida.

Con una última mirada a la señora Flowers en su jardín, enderezó los hombros y se dirigió hacia el bosque. Los pájaros cantaban al sol, a los bordes moteados en la selva, pero Stefan se dirigía mucho más profundo, en donde se encontraban los antiguos robles que crecían y la maleza era su señal. Donde nadie lo veía, donde podía cazar.

Al detenerse en un pequeño claro a varias millas, Stefan se quitó las gafas de sol y escuchó. Desde la cercanía llegó el crujido suave de algo que se movía por debajo de un arbusto. Se concentró, buscándolo con su mente. Era un conejo, su corazón latiendo rápidamente, buscando su propia comida de la mañana.

Stefan centró su mente en él.

Ven a mí, pensó, con suavidad y persuasión. Tuvo la sensación de que el conejo se paró por un momento, luego salió saltando lentamente de debajo de un arbusto, con sus ojos vidriosos.

Se acercó a él dócilmente y, con un empujón extra mental de Stefan, se detuvo a sus pies. Stefan se levantó y le dio la vuelta para llegar a la garganta de licitación, donde el pulso revoloteaba. Con una disculpa en silencio al animal, Stefan se entregó a su hambre, lo que permitió a sus colmillos salir. Arrancó la garganta del conejo, bebió su sangre lentamente, tratando de no estremecerse con el sabor.

Mientras que el kitsune había amenazado Fell's Church, Elena, Bonnie, Meredith y Matt había insistido en que se alimentara de ellos, sabiendo que la sangre humana lo mantendría lo más fuerte posible para la lucha. La sangre había sido casi de otro mundo: Meredith ardiente y fuerte; Matt pura y sana, la de Bonnie dulce como un postre, la sangre Elena embriagadora y vigorizante. A pesar del mal sabor del conejo en la boca, sus caninos le picaban con el hambre que recordaba.

Pero ahora él no bebía sangre humana, se dijo con firmeza. No podía permitirse esa línea, incluso si ellos estaban dispuestos. No a menos que la seguridad de sus amigos estuviera en riesgo. El cambio de humano a sangre animal sería doloroso, recordó que desde que había dejado de beber sangre humana de primera sufría, dolor de dientes, náuseas, irritabilidad, la sensación de que estaba muriendo de hambre, aun cuando su estómago estaba lleno, pero era la única opción.

Cuando el latido del corazón de conejo se detuvo por completo, Stefan suavemente lo soltó. Sostuvo el cuerpo inerte en sus manos por un momento, luego lo puso en

el suelo y lo cubrió con hojas. Gracias, pequeña, pensó. Todavía tenía hambre, pero él ya había tomado una vida esta mañana.

Damon se habría reído. Stefan casi lo podía oír. Noble Stefan, se burlaría, estrechando sus ojos negros por la mitad con desdén cariñoso. Te estás perdiendo todas las mejores partes de ser un vampiro mientras luchas con tu conciencia, eres un idiota.

Como si sus pensamientos fueran una convocatoria, un cuervo graznó arriba de él.

Por un momento, Stefan esperaba que el pájaro bajase a tierra y se transformara en su hermano. Cuando no lo hizo, Stefan dejó escapar una risa media corta por su propia estupidez y le sorprendió cuanto sonaba casi como un sollozo.

Damon no iba a volver. Su hermano se había ido. Habían tenido siglos de amargura entre ellos y apenas había comenzado a reparar su relación, cuando se unieron para luchar contra el mal que siempre parecía estar atraído a Fell's Church para proteger a Elena. Pero Damon había muerto, y ahora Stefan era el único que quedaba para proteger a Elena y sus amigos.

El latente temor se retorció en su pecho. Había tantas cosas que podían salir mal. Los humanos eran tan vulnerables, y ahora que Elena no tenía poderes especiales, era tan vulnerable como cualquiera de ellos.

La idea le llegó tambaleante, y de inmediato se despojó de ella, corriendo directamente hacia la casa de Elena en el otro lado del bosque. Elena era su responsabilidad ahora. Y nunca dejaría que nada le hiriera jamás.

El rellano era casi el mismo que Elena recordaba: brillante madera oscura con un protector de alfombra oriental, unas cuantas mesas pequeñas con fotografías, un sofá cerca del gran ventanal con vistas a la parte delantera.

Sin embargo, a medio camino de las escaleras, Elena hizo una pausa, vislumbrando algo nuevo. Entre las fotos con marco de plata sobre una de las pequeñas mesas

había una foto de ella, Meredith y Bonnie, con las caras muy juntas, sonriendo ampliamente en togas y birretes blandiendo con orgullo los diplomas. Elena lo recogió, la celebración de cierre. Se había graduado en la escuela secundaria.

Se sentía extraño ver a esta otra Elena, ya que no podía evitar pensar así en ella, en su cabello rubio recogido en un elegante tocado francés, la piel cremosa lavada con entusiasmo, sonriendo con sus amigos, y no recordaba nada sobre esto. Y se veía tan alegre, esta Elena, tan llena de alegría y de esperanza con planes para el futuro. Esta Elena no sabía nada del horror de la Dimensión Oscura o los estragos que había causado el kitsune. Esta Elena era feliz.

Echando un vistazo rápido entre las fotos, Elena encontró unos cuantos más que no había visto antes. Al parecer, esta otra Elena había estado en Snow Ball, aunque Elena recordó que Caroline había ganado esa corona después de la muerte de Elena.

En esta imagen, sin embargo, la Reina Elena estaba resplandeciente de seda de color violeta pálido, rodeada de su corte: Bonnie esponjosa y adorable en tafetán azul brillante; Meredith sofisticada en negro; de pelo castaño rojizo Caroline mirando agraviada en un vestido plateado ajustado que dejaba muy poco para la imaginación, y Sue Carson, la chica de rosa pálido, sonriendo directamente a la cámara, con mucha vida. Las lágrimas picaban en los ojos de Elena, una vez más. Ellos la habían salvado. Elena, Meredith, Bonnie, Matt y Stefan habían salvado a Sue Carson.

La mirada de Elena aterrizó en otra fotografía, en esta la tía Judith, con un vestido largo, de novia de encaje, Robert de pie con orgullo a su lado en un frac. Con ellos estaba la otra Elena, claramente la dama de honor, con un vestido de hojas de color verde, con un ramo de rosas de color rosa.

A su lado estaba Margaret, su brillante cabeza rubia se agachaba tímidamente, agarrando el vestido de Elena con una mano. Ella llevaba puesto un vestido de niña con flores blancas atado con un cinturón verde ancho y se agarraba a una cesta de rosas en la otra mano.

Las manos de Elena se sacudieron un poco al poner esta imagen hacia abajo. Parecía como si hubiera sido un buen momento para todos. Lástima que no hubiera estado allí.

En la planta baja. Chocó un vaso contra la mesa, y oyó reír a la tía Judith. Dejando a un lado toda la extrañeza de este nuevo pasado que tendría que aprender, Elena bajó corriendo las escaleras, lista para recibir a su futuro.

En el comedor, tía Judith derramó el jugo de naranja en una jarra azul, mientras que Robert echaba la masa en la plancha de hacer gofres. Margaret estaba de rodillas detrás de su silla, narrando una intensa conversación entre su conejo de

peluche y un tigre de juguete.

La oleada de alegría llenó el pecho de Elena, y ella agarró a la tía Judith en un fuerte abrazo y giró a su alrededor. El zumo de naranja se derramó por el suelo en un amplio arco.

—¡Elena! —gritó tía Judith, medio riendo—. ¿Qué es lo que te pasa?

—¡Nada! Sólo que te quiero, tía Judith —dijo Elena abrazando con más fuerza—. En serio.

—Oh —dijo tía Judith, con ojos suaves—. Ah, Elena, yo también te quiero.

—Y hoy es un día precioso —dijo Elena, haciendo piruetas alejándose—. Un día maravilloso para estar vivo. —Ella dejó caer un beso en la cabeza rubia de Margaret. La tía Judith llegó con las servilletas de papel.

Robert se aclaró la garganta. —¿Hemos de considerar que nos has perdonado por lo de la tierra de la semana pasada?

Oh, Elena trató de averiguar la forma de responder, pero después de que ella había estado viviendo por su cuenta durante meses, la concepción general de estar conectado a la tierra por tía Judith le parecía ridícula. Sin embargo, ella abrió los ojos y puso una expresión apropiadamente correcta.

—Lo lamento de veras, tía Judith y Robert. No va a ocurrir de nuevo. —Lo que sea que fuera.

Los hombros de Robert se relajaron. —No vamos a decir nada más sobre esto, entonces —dijo con evidente alivio. Le deslizó un gofre caliente en el plato y le entregó el almíbar—. ¿No tienes nada divertido planificado para hoy?

—Stefan va a recogerme después del desayuno —dijo Elena, luego se detuvo. La última vez que habló con la tía de Judith y Robert, estos habían sospechado que Stefan era el responsable de la muerte del señor Tanner.

Pero al parecer no tenían ningún problema con Stefan en este mundo, porque Robert se limitó a asentir. Y, ella misma recordó, que si los Guardianes habían hecho lo que pidió, el Sr. Tanner estaba vivo, por lo que no podían sospechar que Stefan lo hubiera matado... ¡oh, todo era tan confuso!

Ella continuó: —Vamos a dar una vuelta por la ciudad, tal vez me ponga al día con Meredith y los demás. —No podía esperar a ver la ciudad de regreso a su viejo yo, y poder estar segura con Stefan cuando, por una vez, no estaban combatiendo un mal horrible, podrían ser sólo una pareja normal.

La tía Judith sonrió. —Por lo tanto, sólo un día de descanso, ¿eh? Me alegro de que estés teniendo un verano agradable antes de ir a la universidad, has trabajado muy duro durante todo el año pasado.

—Mmm —dijo Elena vagamente, cortando su gofre.

Ella esperaba que los Guardianes la hubieran metido en Dalcrest, una pequeña universidad a un par de horas de distancia, como ella había solicitado.

—Sube, Maggie —dijo Robert, untando mantequilla a los gofres de la niña. Margaret se encaramó en su silla, y Elena sonrió al afecto evidente en el rostro de Robert. Margaret era claramente su querida niña pequeña.

Algo llamó la atención de Elena, algo en Margaret brilló e impulsó el tigre de juguete de la mesa hacia ella. Elena dio un vuelco. La niña gruñó, y su rostro se transformó momentáneamente en algo salvaje.

—Él quiere comerte con sus grandes dientes —dijo Margaret, con su voz de niña ronca—. Él viene por ti.

—¡Margaret! —gritó tía Judith a la vez que Elena se estremecía. La breve mirada salvaje de Margaret le recordaba a los kitsune, a las chicas que habían vuelto locas. Pero entonces, Margaret le dio una gran sonrisa e hizo que el tigre se alejara del brazo de Elena.

Sonó el timbre. Elena se metió el último bocado de gofres en la boca.

—Ese es Stefan —murmuró a su alrededor—. Hasta luego. —Ella limpió sus labios y miró su pelo en el espejo antes de abrir la puerta.

Y allí estaba Stefan, tan guapo como siempre. Elegantes características romanas, los pómulos altos, nariz recta clásica y la curva sensual de su boca. Sostuvo libremente sus gafas de sol en una mano y sus ojos verde hoja la atrapaban con una mirada de amor puro. Elena irrumpió con una sonrisa amplia, involuntaria.

Oh, Stefan, pensó hacia él, te amo, te amo. Es tan maravilloso estar en casa. No puedo dejar de extrañar a Damon y desear que hubiésemos podido haber hecho algo diferente y salvarlo, no quiero dejar de pensar en él, pero también no puedo dejar de ser feliz.

Espera. Se sentía como si alguien hubiera frenado de golpe y ella hubiera sido lanzada contra el cinturón de seguridad.

Aunque Elena estaba enviando las palabras y una enorme ola de afecto y amor con ellas hacia Stefan, no hubo respuesta, no había retorno de emociones. Era como si

hubiera un muro invisible entre ella y Stefan, bloqueando sus pensamientos hacia él.

—¿Elena? —dijo Stefan en voz alta, con su sonrisa vacilante.

Oh, ella no se había dado cuenta. Ella ni siquiera había pensado en esto.

Cuando los Guardianes tomaron sus poderes, debieron habérselo llevado todo. Incluyendo su conexión telepática con Stefan. Se había demorado... Ella estaba segura de poder oír todavía, y llegar a su mente, después de haber perdido su conexión con Bonnie. Pero ahora había desaparecido por completo.

Inclinándose hacia delante, agarró su camisa, tiró de él hacia ella, y lo besó con fuerza.

Oh, gracias a Dios, pensó, al sentir la reconfortante sensación familiar de sus mentes entrelazando. Los labios de Stefan se curvaron en una sonrisa debajo de ella.

Pensé que te había perdido, pensó, yo no sería capaz de llegar a imaginar esto sin ti, como sea. A diferencia de la conexión telepática que habían compartido, ella sabía que los pensamientos no estaban alcanzando a Stefan como las palabras, sino como imágenes y emociones. A partir de él, sintió una corriente silenciosa y constante de amor inagotable.

Una garganta se aclaró deliberadamente detrás de ellos. Elena a regañadientes soltó a Stefan y se volvió a ver a tía Judith mirándoles.

Stefan se irguió con un rubor avergonzado, con una ligera mirada de temor en sus ojos. Elena sonrió. Su amor, había estado en el infierno, literalmente, pero tenía miedo aún de alterar a la tía de Elena. Ella puso su mano sobre su brazo, tratando de enviar un mensaje para que tía Judith ahora aceptara su relación, pero la cálida sonrisa de tía Judith y su saludo hablaron por ella.

—Hola, Stefan. Tráela de vuelta a las seis, ¿no es así, Elena? —preguntó tía Judith—. Robert tiene una cita, lo que pensaste, Margaret, tú y yo podríamos salir a una noche de chicas juntas. —Ella la miró esperanzada pero algo vacilante, como si hubiera llamado a una puerta que podría contestarle con un portazo en la cara.

A Elena se le hizo un nudo el estómago por la culpa. ¿He estado evitando a tía Judith este verano? Podría imaginar que, si no hubiera muerto, ella podría haber estado dispuesta a seguir adelante con su vida, y le irritaba la familia que quería mantenerla en casa y segura.

Sin embargo, esta Elena sabía lo afortunada que era de tener a tía Judith y Robert.

Y parecía que esta Elena tenía un montón de cosas por hacer.

—¡Suena divertido! —dijo ella alegremente, pegando una sonrisa en su rostro—. ¿Puedo invitar a Bonnie y Meredith? Les encantaría una noche de chicas. —Y sería bueno, pensó, tener amigos alrededor que tuvieran idea de lo que había estado ocurriendo en esta versión de Fell's Church como ella.

—Maravilloso —dijo tía Judith, mirándola más feliz y más relajada—. Pasen un buen rato, chicos.

Como Elena se dirigió a la puerta, Margaret salió corriendo de la cocina.

—Elena —dijo, envolviendo sus brazos con fuerza alrededor de la cintura de Elena. Elena se inclinó y besó la parte superior de la cabeza.

—Te recogeré más tarde, conejito —dijo.

Margaret hizo una seña para que Elena y Stefan se arrodillaran, a continuación, puso los labios justo al lado de sus oídos.

—No te olvides de volver esta vez —susurró ella antes de retirarse dentro.

Por un momento, Elena sólo se arrodilló allí, congelada. Stefan apretó su mano, tirando de ella, y aun sin su conexión telepática, sabía que estaban teniendo el mismo pensamiento.

A medida que se alejó de la casa, Stefan la tomó por los hombros. Sus ojos verdes miraban a los de ella, y él se inclinó hacia adelante para darle un suave beso en los labios.

—Margaret es una niña —dijo con firmeza—. Podría ser simplemente que ella no quiere que su hermana mayor la deje. Tal vez ella está preocupada porque vayas a la universidad.

—Tal vez —murmuró Elena y Stefan la envolvió con sus brazos.

Ella inhaló todo lo verde, la madera de la escena y sintió su respiración lenta y como se aflojaba el nudo en su estómago.

—Y si no —dijo lentamente—. Vamos a resolverlo. Siempre lo hacemos. Pero ahora quiero ver lo que los Guardianes nos dieron.

Capítulo 4

Eran los pequeños cambios los que sorprendían a Elena. Ella había esperado que los Guardianes trajeran de vuelta Fell's Church. Y lo hicieron.

La última vez que había visto la ciudad, probablemente, una cuarta parte de las casas eran escombros. Habían sido quemadas o bombardeadas, algunas totalmente destruidas, algunas a medio destruir, con cinta policial que colgaba lamentablemente en lo que quedaba de sus entradas. Alrededor y por encima de las casas en ruinas, árboles y arbustos habían crecido y se estiraban extrañamente, enredaderas cubriendo la mayoría de los escombros, dando a las calles de la pequeña ciudad el aspecto de una antigua selva.

Ahora Fell's Church era, en su mayoría, como Elena la recordaba. Una imagen de postal perfecta de una pequeña ciudad del sur, de profundas y porcheadas casas rodeadas de cuidados jardines de flores y grandes árboles centenarios. El sol brillaba y el aire era cálido, con la promesa de un día de verano caliente y húmedo de Virginia.

A unas cuerdas de distancia llegó el estruendo sordo de una cortadora de hierba, el olor del césped recién cortado impregnaba el aire. Los niños Kinkade en la casa de la esquina habían sacado su conjunto de bádmiton y estaban bateando el birdie de un lado a otro, la chica más joven saludó a Elena y Stefan a su paso. Todo llevó a Elena de vuelta a los días de julio que había conocido como todos los veranos anteriores de su vida.

Elena no había pedido que volviera su antigua vida, sin embargo. Sus palabras exactas habían sido: "Quiero una nueva vida, con mi antigua vida real detrás de mí". Ella quería que Fell's Church fuera como habría sido ahora, meses más tarde, si el mal no hubiera llegado a la ciudad al principio de su último año.

Pero ella no se había dado cuenta de lo desagradable que sería notar los pequeños cambios. La pequeña casa de estilo colonial en el centro del bloque de al lado había sido pintado de un tono sorprendente de color rosa, y el viejo roble en su jardín delantero había sido talado y reemplazado por un arbusto con flores.

—Huh —dijo Elena a Stefan, cuando pasaron delante de la casa—. La señora

McCloskey debe haber muerto, o se mudó a un hogar de ancianos. —Stefan miró sin comprender—. Ella nunca habría dejado pintar su casa de ese color. Debe haber gente nueva viviendo ahí —explicó temblando ligeramente.

—¿Qué sucede? —preguntó Stefan al instante, en sintonía con sus estados de

ánimo.

—Nada, es sólo... —Elena trató de sonreír mientras metía un mechón de su pelo de seda tras la oreja—. Ella solía darme de comer galletas cuando yo era una niña. Es extraño darse cuenta de que podría haber muerto por causas naturales mientras que no estábamos.

Stefan asintió con la cabeza, y los dos caminaron en silencio por el centro de Fell's Church. Elena estaba a punto de señalar que su café favorito había sido sustituido por una farmacia, cuando ella agarró el brazo de Stefan. —Stefan. Mira.

Isobel Saitou y Jim Bryce se dirigían hacia ellos.

—¡Isobel! Jim —gritó Elena con alegría, y corrió hacia ellos. Pero Isobel estaba rígida en sus brazos, y Jim estaba mirándola con curiosidad.

—Uh, ¿hola? —dijo Isobel vacilante.

Elena de inmediato dio un paso atrás. Oops. En esta vida, ¿la conocía siquiera Isobel? Habían estado juntas en la escuela, por supuesto. Jim había salido con Meredith un par de veces antes de que él comenzara a salir con Isobel, pero Elena no lo conocía bien. Era posible, incluso, que nunca hubiera hablado con la tranquila y estudiosa Isobel Saitou antes de que el kitsune llegara a la ciudad.

La mente de Elena trabajaba afanosamente tratando de encontrar la manera de salir de esto sin que pareciera que estaba loca. Pero un murmullo sincero de felicidad mantenida aumentó en su pecho restándole importancia a ese problema. Isobel estaba bien. Ella había sufrido mucho a manos de los kitsune: Se había perforado de forma horrible y se cortó su propia lengua de forma tan grave que incluso la había hecho recuperarse de ser una esclava de los kitsune. Peor aún, la diosa kitsune había estado en casa de Isobel todo el tiempo, haciéndose pasar por su abuela.

Y el pobre Jim...

Infectado a través de Isobel, Jim se había desgarrado y comido su propia carne. Sin embargo, allí estaba él, tan guapo y sin preocupaciones, aunque ligeramente confundido, como siempre.

Stefan sonrió ampliamente, y Elena no podía dejar de reír. —Lo siento, chicos, estoy... tan feliz de ver caras conocidas de la escuela. Hecho de menos los tiempos en el Robert E. Lee High School, ¿sabes? ¿Quién lo hubiera pensado?

Era una excusa bastante débil, pero Isobel y Jim sonrieron y asintieron con la cabeza. Jim se aclaró la garganta con torpeza y dijo: —Sí, fue un buen año, ¿no?

Elena volvió a reír. No pudo evitarlo. Un buen año. Charlaron unos minutos antes de que Elena casualmente preguntara: —¿Cómo está tu abuela, Isobel?

Isobel miró sin comprender. —¿Mi abuela? —dijo—. Debes haberme confundido con otra persona. Mis dos abuelas murieron hace años.

—Oh, disculpa. —Elena dijo adiós y logró contenerse hasta que Isobel y Jim estaban fuera del alcance del oído. Entonces ella tomó a Stefan por los brazos, tiró de él hacia ella, y le dio un sonoro beso, la sensación de deleite y triunfo iba y venía entre ellos.

—Lo hicimos —dijo cuando el beso había terminado—. ¡Están muy bien! Y no sólo ellos. —Más solemne ahora ella miró a sus ojos verdes, tan serios y amables—. Hemos hecho algo muy importante y maravilloso, ¿no?

—Lo hicimos —agregó Stefan, pero no podía dejar de notar algo duro en su voz cuando lo dijo.

Caminaron de la mano, y sin discutirlo, se dirigieron a las afueras de la ciudad, cruzando el puente Wickery y subiendo la colina. Entraron en el cementerio, pasando por la iglesia en ruinas, donde Katherine se había escondido, y descendieron al valle que había poco más abajo y que sostenía la parte nueva del cementerio.

Elena y Stefan se sentaron en el césped cuidadosamente recortado por la lápida grande con "Gilbert" tallado en la parte delantera.

—Hola, mamá. Hola, papá —susurró Elena—. Siento que haya pasado tanto tiempo.

En su antigua vida, había visitado la tumba de sus padres a menudo, sólo para hablar con ellos. Se sentía como si fueran capaces de oírla de alguna manera, que estaban deseándole lo mejor desde el plano más alto, donde habían terminado. Siempre la había hecho sentir mejor contarles sus problemas, y antes de que su vida se hubiera vuelto tan complicada, les contaba todo.

Ella estiró una mano y tocó suavemente el nombre y la fecha grabada en la lápida, bajó la cabeza.

—Es mi culpa que estéis muertos —dijo. Stefan hizo un ruido suave de desacuerdo, y se volvió para mirarlo—. Lo es —dijo, sus ojos ardientes—. Los guardianes me lo dijeron.

Stefan suspiró y la besó en la frente. —Los Guardianes querían matarte —dijo—,

para convertirte en una de ellas. Y mataron accidentalmente a tus padres en tu lugar. No es más culpa tuya que si te hubieran disparado y fallaran.

—Pero yo distraje a mi padre en el momento crítico y lo hice chocar —dijo Elena, encogiendo los hombros.

—Eso es lo que los Guardianes dijeron —respondió Stefan—, porque no quieren que suene como su culpa. No les gusta admitir que se equivocan. El hecho es que el accidente que mató a tus padres no habría sucedido si los Guardianes no hubieran estado allí.

Elena bajó los ojos para ocultar las lágrimas nadando en ellos. Lo que Stefan dijo es verdad, pensó, pero no pudo detener el coro de miculpamiculpamiculpa en su cabeza.

Unas pocas violetas silvestres crecían a su izquierda, ella las recogió, junto con un parche de ranúnculos. Stefan se unió a ella, y le dio una ramita de Columbine, de color amarillo con forma de campana que añadió a su pequeño ramo de flores silvestres.

—Damon nunca confió en los Guardianes —dijo en voz baja—. Bueno, no creo que muchos de los vampiros lo hagan. Pero más allá de eso... —Llegó a un tallo alto de encaje de la reina Ana que estaba creciendo al lado de una lápida cercana—. Damon tuvo un sentido muy afinado para detectar mentiras, las mentiras que la gente se dice a sí misma y las que les dicen a los demás. Cuando éramos jóvenes teníamos un tutor, un sacerdote nada menos, que me gustaba y en el que mi padre confiaba. Despreciaba a Damon. Cuando el hombre salió corriendo con el oro de mi padre y una joven del barrio, Damon fue el único que no estaba sorprendido. —Stefan le sonrió a Elena—. Él dijo que los ojos del sacerdote se equivocaron. Y que hablaba demasiado bien. —Stefan se encogió de hombros—. Mi padre y yo nunca nos dimos cuenta. Sin embargo, Damon lo hizo.

Elena sonrió con voz trémula. —Él siempre supo que yo no estaba siendo totalmente sincera con él.

Tuvo un repentino destello de memoria: los profundos ojos negros de Damon sosteniéndola, sus pupilas dilatadas como las de un gato, la inclinación de su cabeza en la que sus labios se encontraban. Ella miró hacia otro lado al cálido verde de los ojos de Stefan, tan diferente de los oscuros de Damon, e hizo girar el tallo grueso de encaje de la reina Anne alrededor de las otras flores. Cuando el ramo de flores estuvo atado, ella lo colocó sobre la tumba de sus padres.

—Lo echo de menos —dijo Stefan en voz baja—. Hubo un momento en que yo habría pensado que... que su muerte podría haber sido un gran alivio. Pero me alegro de que nos uniéramos, que fuéramos hermanos de nuevo, antes de morir. —Puso una mano suave por debajo de la barbilla de Elena y ladeó la cabeza de modo

que sus ojos se encontraran—. Yo sé que lo amabas, Elena. Está bien. No tienes que fingir.

Elena dio un grito de dolor.

Era como si hubiera un agujero negro en su interior. Podía reír, sonreír y maravillarse con el pueblo restaurado, ella podía amar a su familia, pero todo el tiempo había un dolor sordo, una terrible sensación de pérdida. Dejando que sus lágrimas salieran, por fin, Elena cayó en los brazos de Stefan.

—Oh, mi amor —dijo, su voz capturándola. Lloraron juntos, hablando cómodamente en la calidez del otro.

Fina ceniza había caído por un largo tiempo. Ahora que por fin se había detenido, la pequeña luna del Infierno estaba cubierta de montones espesos y pegajosos de polvo. Aquí y allí, el líquido opalescente estaba agrupado contra la negrura carbonizada, coloreando como el arco iris de una mancha de aceite.

Nada se movía. Ahora que el Gran Árbol se había desintegrado, nada vivía en este lugar.

Muy por debajo de la superficie de la arruinada luna había un cuerpo. Su sangre envenenada había dejado de fluir y se quedó inmóvil, insensible, ciega. Sin embargo, las gotas de fluido estaban saturando su piel y un repiqueteo lento de vida mágica latía uniformemente en él.

De vez en cuando una chispa de conciencia se elevaba dentro de él. Se había olvidado de quién era y cómo había muerto. Pero había una voz en algún lugar profundo dentro de él, una voz suave y dulce que conocía bien, que le dijo: Cierra los ojos ahora. Vamos. Vamos. Venga. Era reconfortante, y la última chispa de su conciencia estaba sosteniéndose por un momento más, sólo para escuchar. No podía recordar de quién era esa voz, aunque algo en ella le recordaba a la luz del sol, al oro y al lapislázuli.

Vamos. Él se desvanecía, el último destello de oscurecimiento, pero todo estaba bien. Era cálido y confortable, y él estaba listo para dejarse ir ahora. La voz le llevaría todo el camino a... a cualquier lugar en el que ella estuviera.

A medida que el parpadeo de la conciencia se disponía a salir por última vez, otra voz, una imagen más nítida, la voz más imponente, la voz de alguien acostumbrado a que obedeciera sus órdenes, habló dentro de él.

Ella te necesita. Ella está en peligro.

No podía dejarlo pasar. Todavía no. Esa voz tiró dolorosamente de él, sujetándolo a la vida.

Con un golpe fuerte, todo cambió. Como si hubiera sido arrancado de ese lugar apacible y acogedor, de pronto estaba muy frío. Todo estaba dañado.

En lo profundo de la ceniza, sus dedos temblaron.

.....

Capítulo 5

—¿Estás emocionada por la llegada de Alaric mañana? —preguntó Matt—. Él va a traer a su amiga investigadora Celia, ¿verdad?

Meredith le dio una patada en el pecho.

—¡Uf! —Matt se tambaleó hacia atrás, a pesar del chaleco antibalas que llevaba puesto, el golpe lo dejó sin aliento. Meredith lanzó una patada giratoria al lado de Matt, y él cayó de rodillas, apenas logró levantar las manos y bloquear un golpe directo a su cara.

—Ay —dijo—. Meredith, tiempo muerto, ¿de acuerdo?

Meredith se dejó caer en una elegante postura de tigre apoyando su peso en la pierna trasera y poniendo la otra de puntillas. Su rostro estaba en calma, sus ojos fríos y vigilantes. Parecía lista para saltar si Matt mostraba cualquier signo de movimiento brusco.

Cuando había llegado a entrenar con Meredith, para que le ayudara a mejorar sus habilidades de asesino y cazador de primer nivel, se había preguntado por qué le había entregado casco, protector bucal, guantes, espinilleras, y el chaleco, mientras que ella sólo llevaba un elegante traje deportivo de color negro.

Ahora lo sabía. Sus golpes ni la habían rozado, mientras que ella lo había golpeado sin piedad. Matt introdujo una mano debajo del chaleco y se frotó con tristeza un costado. Esperaba no haberse roto una costilla.

—¿Listo para continuar? —dijo Meredith, levantando sus cejas con desafío.

—Por favor, no, Meredith —dijo Matt, levantando las manos en señal de rendición—. Vamos a tomar un descanso. Siento como si hubieras estado golpeándome durante horas.

Meredith se acercó a la pequeña nevera en la esquina de la sala de grabación de su familia y le tiró a Matt una botella de agua, se dejó caer a su lado en la alfombra. — Lo siento. Supongo que me dejé llevar. Nunca he entrenado con un amigo antes.

Matt miró a su alrededor mientras tomaba un trago largo y fresco de la botella,

sacudió la cabeza. —No sé cómo te las arreglaste para mantener en secreto este lugar durante tanto tiempo. —La habitación del sótano se había convertido en un lugar perfecto para entrenar: estrellas ninja, cuchillos, espadas y bastones de diversos tipos estaban montados en las paredes, un saco de boxeo colgado en una esquina, mientras que un muñeco acolchado estaba apoyado en otra. El suelo estaba cubierto de esterillas, y una de las paredes estaba completamente forrada de espejos. En el centro de la pared de enfrente colgaba el bastón de combate: un arma especial para luchar contra lo sobrenatural que había sido transmitida de generación en generación dentro de la familia de Meredith. Tenía un mortal, pero elegante aspecto, la empuñadura estaba cubierta de joyas, los extremos de los pinchos eran de plata, madera y fresno blanco, las agujas estaban llenas de veneno. Matt lo ojeó con recelo.

—Bueno —dijo Meredith, mirando a otro lado—, la familia Suárez siempre ha sido buena guardando secretos. —Ella comenzó a moverse a través de un formulario de tae kwon do: el cuerpo atrás, bloqueando el puño doble, la posición de delantero izquierdo, golpe medio atrás. Ella se veía elegante como un gato negro y delgado con su equipo de entrenamiento.

Después de un momento, Matt cerró su botella de agua, se levantó y comenzó a reflejar sus movimientos. Doble patada frontal izquierda, bloqueo con el interior, gancho doble. Sabía que su ritmo era inferior y se sintió vacilante y torpe al lado de ella, pero frunció el ceño y se concentró. Siempre había sido un buen atleta. Sabía que también podía hacer esto.

—Además, no es que yo estuviera trayendo a mis citas aquí abajo —dijo Meredith después de un rato, medio sonriendo—. No fue tan difícil de ocultar —miró a Matt en el espejo—. No, bloquea abajo con la mano izquierda y arriba con la mano derecha, así. —Ella le mostró una vez más, y él copió sus movimientos.

—Bueno, sí —dijo, sólo medio concentrado en sus palabras, ahora, se centró en las posiciones—. Pero nos podrías haber dicho. Nosotros somos tus mejores amigos —mover el pie izquierdo hacia adelante y hacia atrás imitando el golpe de codo de Meredith—. Por lo menos, nos lo podrías haber dicho después de todo el asunto con Klaus y Katherine —modificó—. Antes de eso, habría pensado que estabas loca.

Meredith se encogió de hombros y dejó caer las manos, y Matt la imitó antes de darse cuenta que los gestos no eran parte de las posturas de tae kwon do.

Se pusieron uno al lado del otro, mirándose el espejo. El rostro fresco y elegante de Meredith estaba pálido y contraído. —Me crié para mantener mi herencia como un cazador-asesino en un profundo y oscuro secreto —dijo—. Contárselo a alguien no era algo que pudiera tener en cuenta. Incluso Alaric no lo sabe.

Matt se apartó de la imagen en el espejo de Meredith para admirar a la chica real. Alaric y Meredith estaban prácticamente comprometidos. Matt nunca había llegado

tan lejos con nadie, la chica a la que más había amado era Elena, y, obviamente, aquello no había funcionado, pero se figuraba que si se comprometiera así con alguien, se lo contaría todo.

—¿No es Alaric un investigador paranormal? ¿No crees que él lo entenderá?

Frunciendo el ceño, Meredith se encogió de hombros otra vez. —Probablemente —dijo en tono irritado y desdeñoso—, pero yo no quiero ser algo que él pueda estudiar o investigar, como tampoco quiero que se asuste. Pero ya que tú y los demás sabéis, voy a tener que contárselo.

—Hmm. —Matt frotó su costado dolorido de nuevo—. Es por eso por lo que me estás golpeando de esta forma tan agresiva? Debido a que estas preocupada por contárselo?

Meredith lo miró a los ojos. Las líneas de su rostro estaban aún tensas, pero una luz traviesa brillaba en sus ojos. —Todavía no has visto nada.

Elena estudió el restaurante que tía Judith había elegido con una especie de horror estupefacto. El pitido de las máquinas de videojuegos se disputaban la atención con juegos antiguos como Whac-A-Mole[2] y Skee Ball[3]. Bouquets de globos de colores brillantes se balanceaban sobre cada mesa, y una cacofonía de canciones salía de diversos rincones con camareros cantando y entregando pizza tras pizza. Lo que parecían cientos de niños corrían sueltos por el suelo, gritando y riendo.

Stefan había caminado hasta el restaurante, pero, mirando la capa de pintura de neón con alarma, se había negado a entrar.

—Oh, yo no debería inmiscuirse en la noche de chicas. —Había dicho vagamente, y luego desapareció tan rápido que Elena sospechaba que había utilizado la velocidad vampírica.

—Traidor. — Le había murmurado, antes de abrir con cautela la puerta de color rosa brillante. Después de su tiempo juntos en el cementerio, se sintió más fuerte y más feliz, pero le hubiera gustado algún tipo de apoyo, también.

—Bienvenido a Happytown —soltó una azafata anormalmente alegre—. Mesa para uno, o ¿está usted en alguna fiesta?

Elena reprimió un escalofrío. No podía imaginar cómo alguien elegiría venir a un lugar como éste por sí mismo. —Creo que veo a mi grupo —dijo ella amablemente, al ver a la tía Judith saludándola desde una esquina.

—¿Esta es tu idea de una divertida noche de chicas, tía Judith? —preguntó ella

cuando llegó a la mesa—. Me imaginaba algo más parecido a un acogedor restaurante.

La tía Judith señaló con la cabeza el otro lado de la habitación. Mirando por encima, Elena vio a Margaret, golpeando felizmente topos de juguete con un mazo.

—Siempre estamos arrastrando a Margaret a lugares de adultos y esperando que se comporte —explicó tía Judith—. Pensé que era hora de hacer algo que le gustara a ella. Espero que a Bonnie y Meredith no les importe.

—Ciertamente parece que se está divirtiendo —dijo Elena estudiando a su hermana pequeña. Sus recuerdos de Margaret desde el año pasado eran de tensión y ansiedad. Durante el otoño Margaret había sido alterada por la lucha de Elena con Judith y Robert por los sucesos misteriosos en Fell's Church, y luego, por supuesto, estaba devastada por la muerte de Elena. Ella la había espiado a través de las ventanas y vio sus sollozos. Margaret había sufrido más de lo que cualquier niño de cinco años debiera, incluso aunque no lo recordara.

Yo me ocuparé de ti, Margaret, prometió ferozmente en silencio, estudiando concentradamente si en el rostro de su hermana existía algo de la antigua violencia de carnaval. No tienes que sentirte así de nuevo nunca más.

—¿Estamos esperando a Bonnie y Meredith? —preguntó tía Judith gentilmente—. ¿Terminaste invitándolas a unirse a nosotras?

—Oh —dijo Elena, saliendo de su ensimismamiento. Cogió un puñado de palomitas de maíz de la cesta que había en el centro de la mesa—. No pude ponerme en contacto con Meredith, pero Bonnie viene. A ella le va a encantar esto.

—Sin duda, me encanta —coincidió una voz detrás de ella. Elena se volvió para ver los sedosos rizos rojos de Bonnie—. Sobre todo la expresión de tu cara, Elena. —Los grandes ojos marrones de Bonnie estaban bailando con diversión.

Ella y Elena compartieron una mirada que estaba llena de todos los: estamos de vuelta, estamos de vuelta, cumplieron lo que dijeron y Fell's Church es como debe ser una vez más que no podían decir frente a la tía Judith, luego se fundieron en un abrazo.

Elena apretó fuertemente a Bonnie, y Bonnie hundió su rostro en el hombro de Elena por un momento. Su pequeño cuerpo se estremeció levemente en los brazos de Elena, y Elena se dio cuenta de que no era la única que caminaba en una línea muy fina entre el placer y la devastación. Que habían ganado mucho, pero habían pagado un precio muy alto.

—En realidad —dijo Bonnie con cuidadosa alegría cuando soltó a Elena—, yo tuve mi noveno cumpleaños en un lugar muy parecido a este. ¿Recuerdas la parrilla

Hokey-Pokey? Ese era el lugar para estar cuando estábamos en la escuela primaria. —Sus ojos tenían un brillo luminoso que podrían ser las lágrimas, pero su barbilla estaba cerrada con determinación. Bonnie, pensó Elena con admiración, estaría divertida aunque la mataran.

—Recuerdo esa fiesta —dijo Elena, imitando la luminosidad de Bonnie—. El pastel tenía una gran foto de una banda de chicos.

—Yo era madura para mi edad —dijo Bonnie a tía Judith alegremente—. Yo era una chica loca antes que cualquiera de mis amigas.

La tía Judith se rió y saludó a Margaret con la mano por encima de la mesa. —Será mejor ordenar antes de que el espectáculo comience —dijo.

Elena miró a Bonnie con los ojos y la boca muy abiertos. ¿Espectáculo? Bonnie sonrió y se encogió de hombros.

—¿Ustedes chicas, saben lo que quieren? —preguntó la tía Judith.

—¿Tienen algo además de pizza? —preguntó Elena.

—Dedos de pollo —respondió Margaret, escalando la silla—. Y perritos calientes.

Elena sonrió alborotando el pelo de su hermana con expresión de alegría. —¿Qué vas a tomar, conejito? —preguntó.

—¡Pizza! —respondió Margaret—. Pizza, pizza, pizza.

—Voy a tomar pizza, también, entonces —decidió Elena.

—Es lo mejor de aquí —confesó Margaret—. Los perros calientes tienen un sabor extraño. —Ella se retorció en su silla—. Elena, ¿vendrás a mi recital de baile? —preguntó.

—¿Cuándo es? —preguntó Elena.

Margaret frunció el ceño. —Pasado mañana —dijo—. Ya lo sabes.

Elena echó una rápida mirada a Bonnie, cuyos ojos estaban muy abiertos. —No me lo perdería por nada del mundo —dijo a Margaret con afecto, y su hermana asintió con la cabeza firme y se puso de pie en su silla para llegar a las palomitas de maíz.

Bajo el sonido de la reprimenda de la tía Judith, la voz de su camarero cantante se acercó. Bonnie y Elena intercambiaron una sonrisa.

Espectáculos de danza. Camareros cantantes. Pizza.

Qué bueno era un cambio para vivir en este tipo de mundo.

Capítulo 6

El día siguiente amaneció claro y caliente de nuevo, era otro hermoso día de verano. Elena se estiró perezosamente en su cómoda cama, luego se puso una camiseta y pantalones cortos y bajó a la cocina por un cuenco de cereales.

La tía Judith estaba trenzando el cabello de Margaret en la mesa.

—Buenos días —dijo Elena, vertiendo la leche en su cuenco.

—Hola, dormilona —dijo la tía Judith, Margaret le dedicó una gran sonrisa y un movimiento de dedos—. No te muevas, Margaret. Estamos a punto de salir para el mercado —dijo a Elena—. ¿Qué vas a hacer hoy?

Elena tomó un bocado de cereales. —Vamos a recoger a Alaric y a sus amigos a la estación de tren, pasaremos el día con ellos.

—¿A quién? —preguntó tía Judith, entrecerrando los ojos.

La mente de Elena giró. —Oh, eh, ¿te acuerdas, de aquel sustituto de la clase de historia del Sr. Tanner del año pasado? —dijo ella, preguntándose si eso era cierto, de hecho, en esta realidad.

La tía Judith frunció el ceño. —¿No es un poco mayor para socializar con chicas de secundaria?

Elena puso los ojos en blanco. —Ya no estamos en la escuela secundaria tía Judith. Y sólo tiene unos seis años más que nosotros. Y no iremos sólo las chicas. Matt y Stefan vienen, también.

Si esta era la reacción de tía Judith a la noticia del tiempo que pasaba con Alaric, Elena podía entender por qué Meredith se mostraba reacia a decirle a la gente acerca de su relación. No tenía mucho sentido esperar un par de años, hasta que la gente pensara en ella como una adulta. Si aquí nadie sabía todo lo que Meredith había visto y hecho, parecía como cualquier otra chica de dieciocho años de edad, era mejor que no lo supieran.

Es bueno que tía Judith no sepa que Stefan es quinientos años mayor que yo, pensó Elena con una sonrisa secreta. Ella piensa que Alaric es demasiado viejo.

Sonó el timbre.

—Ese es Matt y los demás —dijo Elena, poniendo su plato en el fregadero—. Nos vemos esta noche.

Margaret le abrió los ojos a Elena llamándola en silencio, y Elena se desvió en su camino hacia la puerta para apretar el hombro de la niña. ¿A Margaret le seguía preocupando que Elena no regresara?

En el hall de entrada, se pasó los dedos por el cabello antes de abrir la puerta.

De pie frente a ella no estaba Stefan, sino un perfecto desconocido. Un extraño muy guapo, Elena notó automáticamente, un chico de su edad con el pelo rizado de oro, esculpidas características, y brillantes ojos azules. Estaba sosteniendo una rosa de color rojo oscuro en una mano.

Elena se irguió un poco, inconscientemente, tirando de sus hombros hacia atrás y apartándose el pelo detrás de las orejas. Adoraba a Stefan, pero eso no significaba que no pudiera mirar a otros chicos, o hablar con ellos. No estaba muerta, después de todo. Ya no, pensó, sonriendo en su broma privada.

—¡Caleb Smallwood! —dijo tía Judith, al entrar en la sala—. ¡Estás aquí!

Elena sintió como retrocedía, pero mantuvo la sonrisa en su rostro. —¿Alguna relación con Tyler? —dijo, aparentemente tranquila. Desplazó la mirada sobre él, tratando de ser sutil, buscando... ¿qué? ¿Buscando signos de que fuera un hombre lobo? Se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo serían. Tyler había tenido siempre un aroma de un animal en él, con sus grandes dientes blancos y características generales, ¿o había sido una coincidencia?

—Tyler es mi primo —respondió Caleb, su sonrisa se convirtió en un gesto burlón—. Pensé que lo sabías, Elena. Yo me quedo con su familia, desde que Tyler... desapareció.

La mente de Elena se aceleró. Tyler Smallwood había huido después de que Elena, Stefan y Damon derrotaran a su aliado, el malvado vampiro Klaus. Tyler había

dejado a su novia, y en ocasiones rehén, Caroline, embarazada. Elena no había discutido el destino de Tyler y Caroline con los Guardianes, por lo que no tenía idea de lo que había sucedido con ellos en esta realidad. ¿Tyler seguía siendo un hombre lobo, incluso ahora? ¿Caroline estaba embarazada? Y si lo estaba, ¿eran hombres lobo o bebés humanos? Ella sacudió la cabeza ligeramente. Un mundo feliz, en efecto.

—Bueno, no dejes a Caleb en el porche. Hazlo entrar —ordenó tía Judith detrás de ella. Elena se hizo a un lado, y Caleb pasó junto a ella por el pasillo.

Elena trató de llegar con su mente y sus sentidos al aura de Caleb, trató de leerla, para ver si era peligroso, pero una vez más se dio contra un muro de ladrillo. Necesitaría algún tiempo para acostumbrarse a ser una chica normal otra vez, y de repente Elena se sintió terriblemente vulnerable.

Caleb pasó su peso de un pie a otro, mirándola incómodamente, y ella rápidamente se tranquilizó. —¿Cuánto tiempo has estado en la ciudad? —preguntó, y luego se pateó a sí misma por tratar así a este chico que, obviamente, se sentía como un extraño otra vez.

—Bueno —dijo lentamente—, he estado en la ciudad durante todo el verano. ¿Te golpeaste la cabeza el fin de semana, Elena? —Le sonrió burlonamente.

Elena se encogió de hombros, pensando en todo lo que había sufrido durante el fin de semana. —Algo así.

Le tendió la rosa. —Esto debe ser para ti.

—Gracias —dijo Elena, confundida. Una espina le pinchó un dedo al agarrarla del tallo, y se metió el dedo en la boca para contener la sangre.

—No me des las gracias —dijo—. Estaba sobre las escaleras del frente cuando llegué aquí. Debes de tener un admirador secreto.

Elena frunció el ceño.

Un montón de chicos la habían admirado en la escuela, y si esto hubiese sucedido hace nueve meses, podría haber adivinado quién le había dejado la rosa. Pero ahora no tenía ni idea.

El viejo y maltratado Ford sedán de Matt se detuvo delante y tocó la bocina. —Me tengo que apurar, tía Judith —dijo—. Ya están aquí. Ha sido agradable verte, Caleb.

El estómago de Elena se retorció mientras caminaba hacia el auto de Matt. No era sólo la extraña reunión con Caleb lo que le afectaba, se dio cuenta, girando el tallo de la rosa, ausente entre sus dedos. Era el propio vehículo.

El viejo Ford de Matt fue el coche con el que había caído del puente Wickery en el invierno, cuando entró en pánico siendo perseguida por las fuerzas del mal. Ella había muerto en este coche. Las ventanas se habían destrozado cuando golpeó contra el arroyo, y el coche se había llenado de agua helada. El volante y el rayado y abollado capó del coche, cubierto de agua, habían sido las últimas cosas que había

visto en esa vida.

Pero aquí estaba el coche nuevamente, como todo. Empujando el recuerdo de su muerte por su mente, saludó con una mano a Bonnie, cuyo rostro estaba visiblemente ansioso a través de la ventana del pasajero. Ella podía olvidarse de todas las tragedias antiguas, porque ahora nunca habían sucedido.

Meredith se alzaba elegantemente en el columpio del porche, empujándose suavemente hacia adelante y hacia atrás con un pie. Sus dedos eran fuertes y cónicos, su pelo oscuro caía suavemente sobre sus hombros, su expresión era tan serena como siempre.

No había nada que mostrara lo tensa que Meredith estaba y lo ocupados que estaban sus pensamientos, preocupaciones y planes de emergencia zumbaban a distancia detrás de su fachada fría.

Ella había pasado todo el día de ayer tratando de averiguar lo que el hechizo de los Guardianes les había causado a ella y a su familia, sobre todo a su hermano, Christian, que Klaus había secuestrado hacía más de una década. Ella todavía no lo entendía todo, pero estaba dándose cuenta de que el negocio que Elena había hecho con los Guardianes, había tenido más consecuencias de gran alcance de las que cualquiera de ellos hubiera imaginado.

Pero hoy en día sus pensamientos estaban ocupados con Alaric Saltzman.

Sus dedos se enroscaron ansiosamente contra el brazo del columpio. Luego, se envolvió en la quietud de nuevo.

La autodisciplina era donde Meredith encontraba su fuerza, y si resultaba que Alaric, su novio (o al menos, había sido su novio... en realidad se suponía que estaban comprometidos, más o menos, casi prometidos, antes de que él se marchara de la ciudad) había cambiado hacia ella en los meses que habían estado separados, entonces nadie, ni siquiera él, vería cómo le hacía daño.

Alaric había pasado los últimos meses en Japón, en una investigación sobre la actividad paranormal, un sueño hecho realidad para un estudiante de doctorado en parapsicología. Su estudio de la trágica historia de Unmei no Shima, la Isla de la Perdición, una pequeña comunidad donde los niños y los padres se había vuelto unos contra otros, habían ayudado a Meredith y sus amigos a entender lo que los kitsunes estaban haciendo para destruir Fell's Church, y cómo luchar contra ellos.

Alaric había estado trabajando en Unmei no Shima con la Dra. Celia Connor, una patóloga forense que, a pesar de sus completas credenciales académicas, tenía la misma edad que Alaric, sólo veinticuatro. Así que, claramente, la Dra. Connor era brillante.

De sus cartas y correos electrónicos, Alaric había pasado el mejor momento de su vida en Japón. Y ciertamente, había encontrado una gran cantidad de intereses en común con la Dra. Connor. Quizás más que con Meredith, que sólo acaba de graduarse en la escuela secundaria de un pueblo pequeño, no importa cuán madura e inteligente fuera.

Meredith se dio una sacudida mental y se enderezó. Ella estaba haciendo el ridículo preocupándose por la relación de Alaric con su colega. Ella estaba segura de que era ridículo, de todos modos. Bastante segura.

Se aferró a los brazos del columpio con más fuerza. Ella era una cazadora de vampiros. Ella tenía el deber de proteger a su pueblo, y lo había hecho, con sus amigos, lo había protegido muy bien ya. Ella no era sólo una adolescente normal, y si tenía que demostrarle a Alaric que confiaba en él, lo haría, con o sin la Dra. Celia Connor.

El viejo y destartado Ford sedán de Matt traqueteó hasta la acera. Delante estaban Bonnie con Matt, Stefan y Elena estaban sentados muy juntos en la parte trasera. Meredith se levantó y cruzó el césped hacia ellos.

—¿Está todo bien? —dijo Bonnie, redondeando sus ojos, cuando ella abrió la puerta—. Tu cara parece como si fueras a partir hacia la batalla.

Meredith relajó sus rasgos con impasibilidad y se dio una falsa explicación a sí misma, me preocupa si mi novio todavía me quiere. Rápida y fácilmente, se dio cuenta que había otra razón por la que estaba tensa, una verdadera.

—Bonnie, tengo el deber de ayudar a velar por todos —dijo Meredith simplemente—. Damon está muerto. Stefan no quiere hacer daño a los seres humanos, y eso lo discapacita. Los poderes de Elena se han ido. A pesar de que los kitsune fueron derrotados, todavía necesitamos protección. Siempre tendrás que tener cuidado.

Stefan apretó el brazo sobre los hombros de Elena. —Las cosas que hacen a Fell's Church tan atractivo para todo lo sobrenatural, las líneas de poder que han atraído a todo tipo de seres aquí por generaciones, están todavía aquí. Puedo sentirlos. Y otras personas, las demás criaturas, las sienten, también.

La voz de Bonnie creció con alarma. —¿Así que todo va a pasar otra vez?

Stefan se frotó el puente de la nariz. —Yo no lo creo. Pero podría pasar. Meredith tiene razón, tenemos que estar atentos. —Él le dio un beso al hombro de Elena y apoyó la mejilla contra su pelo. No había duda, pensó Meredith irónicamente, de que este ser sobrenatural en particular se sentía atraído por Fell's Church, pero no a causa de las líneas poder que atraviesan la zona.

Elena jugó con una sola rosa roja oscura, una que Stefan debió haberle traído. —

¿Es esa la única razón de que estés preocupada, Meredith? —preguntó a la ligera—. ¿Tu deber con Fell's Church?"

Meredith sintió como se ruborizaba, pero su voz sonó seca y calma. —Creo que es razón suficiente, ¿no?

Elena sonrió. —Oh, es razón suficiente, supongo. Pero ¿puede haber otra? —Ella hizo un guiño a Bonnie, cuya expresión ansiosa se aclaró en respuesta—. ¿A quién conocemos que quedará fascinado por todos los cuentos que tienes que contarle? Especialmente cuando se entere de que la historia no ha terminado todavía.

Bonnie se volvió del todo en su asiento, su sonrisa era cada vez mayor. —Oh. Oh. Ya veo. Él no va a ser capaz de pensar en otra cosa, ¿verdad? O en cualquier otra persona.

Ahora los hombros de Stefan se relajaron, y en el asiento del conductor Matt dejó escapar una risita y meneó la cabeza. —Ustedes tres —dijo cariñosamente—. Nosotros los chicos nunca tenemos una posibilidad.

Meredith miró al frente y levantó la barbilla ligeramente, haciendo caso omiso de todos ellos. Elena y Bonnie la conocían demasiado bien, y ellas tres habían pasado suficiente tiempo intrigando juntas para saber que verían a través de su plan en un minuto. Pero no quería admitirlo.

El ambiente solemne del coche había desaparecido, sin embargo. Meredith se dio cuenta de que estaban todos haciéndolo a propósito, llegando suavemente y con cuidado con las bromas y las burlas alegres, tratando de aliviar el dolor que Elena y Stefan debían estar sintiendo.

Damon estaba muerto. Y mientras que Meredith había desarrollado un cauteloso respeto por el vampiro que había resultado impredecible durante su estancia en la Dimensión Oscura, y Bonnie había sentido, pensó Meredith, algo más cálido, Elena lo había amado. Realmente lo amaba. Y a pesar de que Damon y Stefan eran hermanos. Stefan y Elena estaban sufriendo, y todos lo sabían.

Después de un minuto, los ojos de Matt se sacudieron hasta el espejo retrovisor para mirar a Stefan. —Hey —dijo—. Me olvidé de decirte. En esta realidad no has desaparecido el día de Halloween, te quedaste como receptor titular y nos llevaste a todo el equipo de fútbol de camino hasta el campeonato estatal —sonrió, y la cara de Stefan se abrió de simple placer.

Meredith casi había olvidado que Stefan había jugado con Matt en el equipo de fútbol de la escuela antes que su profesor de historia, el Sr. Tanner, muriera en la casa embrujada de Halloween y todo se fuera al infierno. Ella se había olvidado de que él y Matt habían sido verdaderos amigos, practicando deportes y pasando el rato juntos, a pesar de que ambos habían querido Elena.

¿Y tal vez todavía ambos amaban a Elena?, se preguntó, y miró rápidamente hacia la parte posterior de la cabeza de Matt por debajo de sus pestañas. No estaba segura de cómo se sentía Matt, pero él siempre le había parecido el tipo de persona que, cuando se enamora, se extravía en el amor. Pero también era el tipo de

persona que siempre sería demasiado honorable para tratar de romper una relación, sin importar lo que sintiera.

—Y —continuó Matt—, como el quarterback de los campeones del estado, creo que soy bastante buena perspectiva para las universidades—hizo una pausa y estalló en una amplia sonrisa, orgulloso—. Al parecer, tengo una beca de atletismo de Kent State.

Bonnie chilló, Elena aplaudió y Meredith y Stefan estallaron con felicitaciones.

—¡Yo, ahora yo! —dijo Bonnie—. Creo que he estudiado más en esta realidad. Que probablemente era más fácil, ya que una de mis mejores amigas no murió en el primer semestre y estaba disponible para ser mi tutor.

—¡Hey! —dijo Elena—. Meredith fue siempre una tutora mejor que yo. No puedes echarme la culpa a mí.

—De todos modos —continuó Bonnie—. ¡Me metí en una universidad de cuatro años! Ni siquiera me molesté en solicitar en cualquier otra en nuestra otra vida, porque mi promedio no fue alto. Yo iba a tomar clases de enfermería en la universidad de la comunidad como lo hizo María, a pesar de que no estoy segura de estar realmente hecha para ser una enfermera, ya que, asco, sangre y otros fluidos. Pero, de todos modos, mi madre decía esta mañana que hay que ir a comprar mi habitación en Dalcrest antes del Día del Trabajo. —Ella se encogió de hombros—. Quiero decir, yo sé que no es Harvard, pero estoy muy emocionada. Me encontré con Vickie Bennett esta mañana. ¡Ella definitivamente no está muerta! Creo que se sorprendió cuando la abracé. Me olvidé de que en realidad no éramos amigas.

—¿Cómo está? —preguntó Elena con interés—. ¿Ella recordó algo?

Bonnie ladeó la cabeza. —Ella parece estar bien. Yo no podría preguntarle exactamente lo que ella recuerda, pero ella no dijo nada acerca de estar muerta o vampiros o algo así. Quiero decir, ella siempre fue un poco bla, ¿sabes? Ella me dijo que te vio el fin de semana pasado en el centro y que le dijiste el color de brillo de labios que debía comprar.

Elena alzó las cejas. —¿En serio? —hizo una pausa y continuó con incertidumbre—. ¿Hay alguien más que se sienta extraño con todo esto? Quiero decir, es maravilloso,

no me malinterpreten. Pero es raro, también.

—Es confuso —dijo Bonnie—. Estoy muy agradecida, por supuesto, que todas las cosas horribles hayan desaparecido y todo el mundo esté bien. Estoy muy emocionada de tener mi vida. Pero mi padre explotó conmigo esta mañana, cuando le pregunté dónde estaba María. —María era una de las hermanas mayores de Bonnie, la última de ellas que vivía en el hogar, además de Bonnie—. Él pensó que yo estaba tratando de ser graciosa. Al parecer, se fue a vivir con su novio hace tres meses, y te puedes imaginar como mi padre se siente acerca de eso.

Meredith asintió con la cabeza. El padre de Bonnie era un tipo con protección paternal, y bastante pasado de moda en sus actitudes hacia los novios de sus hijas. Si María vivía con su novio, él debe estar apoplético.

—La tía Judith y yo hemos estado peleando, por lo menos, eso creo. Pero no puedo saber exactamente por qué —confesó Elena—. No puedo preguntarle, porque, obviamente, yo ya debería saberlo.

—¿No debería ser todo perfecto ahora? —dijo Bonnie con nostalgia—. Parece que ya hemos pasado suficiente.

—No me importa estar confundido, siempre y cuando podamos volver a la vida real —dijo Matt con seriedad.

Hubo una pequeña pausa, que Meredith rompió, buscando algo para sacarlos de sus sombríos pensamientos. —Bonita rosa, Elena —dijo—. ¿Es un regalo de Stefan?

—No, en realidad —dijo Elena—. Estaba en mi escalera de entrada esta mañana. —Ella la hizo girar entre sus dedos—. No es de ninguno de los jardines de nuestra calle, sin embargo. Nadie tiene rosas tan hermosas —sonrió burlonamente a Stefan, que se tensó una vez más—. Es un misterio.

—Debe ser de un admirador secreto —dijo Bonnie—. ¿Puedo verla?

Elena se la entregó hasta el asiento delantero, y Bonnie giró el tallo a su alrededor cuidadosamente en la mano, mirando a la flor desde todos los ángulos. —Es magnífica —dijo—. Una sola rosa perfecta. ¡Qué romántico! —Ella fingió desmayarse, levantó la rosa en frente de ella. Entonces ella se estremeció—. ¡Ay!

¡Ay!

La sangre corría por su mano. Mucha más sangre de la que debería salir del pinchazo de una espina, señaló Meredith, alcanzando ya en su bolsillo un pañuelo de papel. Matt salió del camino.

—Bonnie —comenzó.

Stefan respiró fuertemente y se inclinó hacia adelante, ampliando sus ojos. Meredith se olvidó de los pañuelos, por temor a que la vista repentina de sangre pudiera causar que la naturaleza vampírica de Stefan tomara el relevo.

A continuación, Matt abrió la boca y Elena dijo bruscamente: —¡Una cámara, rápido! ¡Qué alguien me dé su teléfono! —Con tal tono de mando que Meredith automáticamente le entregó a Elena su teléfono.

Cuando Elena apuntó con la cámara del teléfono a Bonnie, Meredith finalmente vio lo que había asustado a los otros.

La sangre de color rojo oscuro corría por el brazo de Bonnie, y corría tanto, que había dibujado giros y curvas desde la muñeca hasta el codo. Los hilos de sangre escribían un nombre una y otra vez. El mismo nombre que había estado inquietando a Meredith durante meses.

Capítulo 7

—¿Quién es Celia? —dijo Bonnie, indignada, tan pronto como se había borrado la sangre. Ella había puesto la rosa con cuidado en medio del asiento delantero, entre ella y Matt, y todos eran muy conscientes de no tocarla. Hermosa como era, parecía más siniestra que hermosa ahora, pensó Stefan sombríamente.

—Tú la viste en una visión una vez, Bonnie. La antropóloga forense.

—¿La que está trabajando con Alaric? —dijo Bonnie—. ¿Pero por qué su nombre aparecía en sangre de mi brazo? En sangre.

—Eso es lo que me gustaría saber —dijo Meredith frunciendo el ceño.

—Podría ser algún tipo de advertencia —propuso Elena—. No sabemos lo suficiente todavía. Vamos a ir a la estación, nos encontraremos con Alaric y Celia, y luego...

—¿Luego? —pidió Meredith, mirando los ojos azules de Elena.

—Luego haremos todo lo que tengamos que hacer —dijo Elena—. Como siempre.

Bonnie seguía quejándose cuando llegaron a la estación de tren.

Paciencia, Stefan se recordó a sí mismo. Por lo general, él disfrutaba de la compañía de Bonnie, pero en este momento, su cuerpo deseaba tanto la sangre humana a la que se había acostumbrado, que se sentía... fuera de sí. Él se frotó la mandíbula dolorida.

—Realmente esperaba que fuéramos a pasar por lo menos un par de días con todo siendo normal. —Se quejó Bonnie en la que parecía ser la milésima vez.

—La vida no es justa, Bonnie —dijo Matt con tristeza. Stefan le miró con sorpresa, Matt solía ser el primero en saltar y tratar de animar a las chicas, pero el alto chico rubio estaba apoyado en la taquilla cerrada, con los hombros caídos y las manos metidas en los bolsillos.

Matt se encontró con la mirada de Stefan. —Esto comienza de nuevo, ¿no?

Stefan sacudió la cabeza y miró alrededor de la estación. —No sé lo que está pasando —dijo—. Pero todos tenemos que estar atentos hasta que podamos averiguarlo.

—Oh, eso es reconfortante —murmuró Meredith, sus ojos grises escaneaban la plataforma con expresión alerta.

Stefan cruzó los brazos sobre su pecho y pasó cerca de Elena y Bonnie. Todos sus sentidos, los normales y los paranormales, estaban en alerta total. Extendió la mano con su poder, tratando de detectar cualquier conciencia sobrenatural cerca

de ellos, pero no sentía nada nuevo o alarmante, sólo el zumbido de fondo de la calma de la gente común haciendo su trabajo de todos los días.

Era imposible dejar de preocuparse, sin embargo. Stefan había visto muchas cosas en su quinientos años de existencia: vampiros, hombres lobo, demonios, fantasmas, ángeles, brujas, todo tipo de seres que atacaban a los humanos o que los influenciaban de maneras que la mayoría de la gente ni siquiera podía imaginar. Y, como un vampiro, él sabía mucho acerca de la sangre. Más de lo que quería admitir.

Había visto los ojos de Meredith golpear hacia él con desconfianza cuando Bonnie comenzó a sangrar. Ella tenía razón para desconfiar de él: ¿Cómo podrían confiar en él cuando su naturaleza básica era matarlos?

La sangre era la esencia de la vida, era lo que mantenía a un vampiro vivo siglos después de que su vida natural debiera haber terminado. La sangre era el ingrediente central en muchos hechizos, tanto benévolos como perversos. La sangre tenía poderes en sí misma, poderes que eran difíciles y peligrosos de usar. Sin embargo, Stefan nunca había visto la sangre comportarse de la manera en la que lo había hecho en el brazo de Bonnie.

Un pensamiento lo golpeó. —Elena —dijo, girando su cara.

—¿Hmmm? —respondió distraídamente, protegiéndose los ojos mientras se

asomaba por la pista.

—¿Dijiste que la rosa estaba tendida allí esperándote en el porche cuando abriste la puerta esta mañana?

Elena apartó el pelo de sus ojos. —En realidad, no. Caleb Smallwood la encontró allí y me la entregó cuando le abrí la puerta para dejarlo entrar.

—¿Caleb Smallwood? —Stefan estrechó sus ojos. Elena había mencionado anteriormente que su tía había contratado al chico Smallwood para hacer algún trabajo en la casa, pero debería haber hablado de la conexión de Caleb con la rosa antes—. ¿El primo de Tyler Smallwood? ¿El tipo que acaba de aparecer de la nada para andar alrededor de tu casa? ¿El que probablemente sea un hombre lobo, al igual que el resto de su familia?

—No noté nada extraño. Él estaba perfectamente bien. Al parecer, él ha estado en la ciudad durante todo el verano sin que pasara nada raro. Simplemente no lo recordamos. —Su tono era ventoso, pero su sonrisa no alcanzó sus ojos.

Stefan intentó de forma automática hablar con ella a través de su mente, para mantener una conversación privada sobre lo que realmente sentía. Pero no pudo. Estaba tan acostumbrado a depender de la conexión entre ellos que se olvidó que había desaparecido, podía sentir las emociones de Elena, podía sentir su aura, pero ya no podían comunicarse telepáticamente. Él y Elena estaban separados de nuevo. Stefan encogió sus hombros miserablemente contra la brisa.

Bonnie frunció el ceño, el viento de verano azotaba sus rizos de fresa alrededor de su cara. —¿Tyler es un hombre lobo incluso ahora? Porque si Sue está viva, él no la mató para convertirse en un hombre lobo, ¿no?

Elena levantó sus palmas hacia el cielo. —No sé. Se ha ido, de todos modos, y no me arrepiento. Incluso antes de que él fuera un hombre lobo, era un verdadero imbécil. ¿Recordáis que era un matón en la escuela? ¿Y cómo siempre estaba bebiendo de esa petaca y golpeándonos? Pero estoy bastante segura de que Caleb es un tipo regular. Yo lo habría sabido si hubiera algo malo en él.

Stefan la miró. —Tus instintos sobre la gente son maravillosos —dijo con cuidado—. ¿Pero estás segura de que no estás confiando en los sentidos que ya no tienes con respecto a Caleb? —recordó que los Guardianes habían cortado dolorosamente las alas de Elena y destruido sus poderes, poderes que ella y sus amigos sólo entendían a medias.

Elena miró sorprendida y estaba abriendo la boca para responder cuando el tren traqueteó en la estación, evitando la discusión.

Sólo unas pocas personas estaban desembarcando en la estación de Fell's Church, y Stefan pronto divisó la forma familiar de Alaric. Después de bajar a la plataforma, Alaric se acercaba a una esbelta mujer afroamericana que salió detrás de él.

La Dra. Celia Connor parecía ciertamente encantadora, Stefan le daría eso. Ella era muy pequeña, tan pequeña como Bonnie, con la piel oscura y el pelo cortado al rape. La sonrisa que lanzó a Alaric cuando lo tomó del brazo era encantadora y ligeramente traviesa. Tenía grandes ojos marrones y un elegante cuello largo.

Elegante y práctica en ropa de diseñador, llevaba botas de cuero blando, jeans ajustados y una camisa de seda en tonos zafiro. Una bufanda larga, diáfana estaba envuelta alrededor de su cuello, haciéndola parecer sofisticada.

Cuando Alaric, con todo el pelo revuelto de arena y una sonrisa infantil, le susurró familiarmente al oído, Stefan sintió tensa a Meredith. Parecía que nada le gustaría más que probar algunos de sus movimientos de artes marciales con una cierta magnífica antropóloga forense.

Pero entonces Alaric vio a Meredith, se precipitó y la tomó en sus brazos, tirando de ella para abrazarla, y ella se relajó visiblemente. En algunos momentos, los dos estaban riendo y hablando, y no parecían ser capaces de dejar de tocarse, como si esto fuera necesario para convencerse de que realmente estaban juntos de nuevo.

Claramente, pensó Stefan, cualquier tipo de preocupación que Meredith hubiera tenido acerca de Alaric y la Dra. Connor había sido infundada, por lo menos en cuanto a Alaric se refería. Stefan volvió su atención a Celia Connor de nuevo.

Sus primeros tentáculos de Poder descubrieron un ligero resentimiento latente que emanaba de la antropóloga. Comprensible: era humana, era muy joven a pesar de su porte y sus muchos logros profesionales, y había pasado una gran cantidad de tiempo trabajando en estrecha colaboración con el muy atractivo Alaric. No sería sorprendente si sentía un poco de propiedad hacia él, y ahí estaba él alejándose de ella y en la órbita de una adolescente.

Pero lo más importante, su poder no encontró ninguna sombra sobrenatural ni ningún poder que saliera de ella. Cualquiera que fuera el significado del nombre de Celia escrito en la sangre, al parecer la Dra. Celia Connor aún no lo había causado.

—¡Que alguien tome fotos! —dijo Bonnie, riendo—. No hemos visto a Alaric durante meses. ¡Tenemos que documentar su retorno!

Matt sacó su teléfono y tomó un par de fotos de Alaric y Meredith, cada uno con los brazos alrededor del otro.

—¡Todos juntos! —insistió Bonnie—. Usted también, Dra. Connor. Pongámonos de pie frente al tren, es un escenario fabuloso. Toma tú esta, Matt, y luego voy a tomar algunas en las que salgas tú con ellos.

Se mezclaron en varias posiciones: golpeándose, disculpándose, presentándose a Celia Connor, levantando los brazos alrededor del otro en un estilo casualmente exuberante. Stefan se vio empujado hasta el borde, el brazo de Elena, a través de él, y él discretamente inhaló el aroma limpio y dulce de su cabello.

—¡Todos a bordo! —dijo el conductor, y las puertas del tren se cerraron.

Matt, Stefan se dio cuenta, había dejado de tomar fotos y los miraba, sus ojos azules se ampliaban en lo que parecía ser un gesto de terror. —¡Detengan el tren —gritó—. ¡Detengan el tren!

—¿Matt? ¿Qué demonios? —dijo Elena. Y luego Meredith miró hacia atrás, hacia el tren, con una incipiente expresión de comprensión.

—Celia —dijo con urgencia, extendiendo la mano hacia la otra mujer.

Stefan vio confusamente como Celia se apartó de ellos precipitadamente, casi como si una mano invisible la hubiera agarrado. Cuando el tren empezó a moverse, Celia caminaba, y luego corrió a su lado con movimientos rígidos, frenéticos, con las manos tirando rápidamente de su garganta.

La perspectiva de Stefan cambió y entendió lo que estaba sucediendo. La bufanda diáfana de Celia había sido de alguna manera atrapada firmemente por el cierre de las puertas del tren, y ahora el tren tiraba a lo largo de su cuello. Corría para evitar ser estrangulada, el pañuelo como una correa tirando de ella a lo largo. Y el tren comenzaba a tomar velocidad. Sus manos tiraban de la bufanda, pero los dos extremos quedaron atrapados en la puerta, y su tirón sólo parecía finalizar alrededor de su cuello.

Celia se acercaba al final de la plataforma y el tren resoplaba más rápido. Había un plano descenso de la plataforma hasta el suelo más allá de los matorrales. En poco tiempo, se caería, su cuello se rompería, y el tren la arrastraría a lo largo de varios kilómetros.

Stefan pensó todo esto en el espacio de un sólo aliento y entró en acción. Sintió que sus caninos se alargaban a medida que una oleada de energía pasaba a través de él. Y luego se movió, más rápido que cualquier ser humano, más rápido que el tren, y corrió hacia ella.

Con un rápido movimiento, la tomó en sus brazos, para aliviar la presión alrededor de su cuello, y rompió la bufanda a la mitad.

Se detuvo y posó a Celia a medida que el tren aceleraba y salía de la estación. Los restos del pañuelo se deslizaron de su cuello y la plataforma se agitó a sus pies. Ella

y Stefan se miraron fijamente, respirando con dificultad. Detrás de ellos, podía escuchar a los demás gritando, golpeando sus pies en la plataforma a medida que corrían hacia ellos.

Los ojos marrones oscuros de Celia estaban muy abiertos y llenos de lágrimas de dolor. Se lamió los labios nerviosamente y tomó varias respiraciones cortas, jadeando, apretando las manos contra su pecho. Podía oír su corazón latiendo, su sangre corriendo a través de su sistema, y se concentró en retirar sus colmillos hacia atrás y retomar su rostro humano. Ella se tambaleó de repente, y Stefan pasó el brazo a su alrededor.

—Está bien —dijo—. Estás bien ahora.

Celia echó a reír, un poco histérica y se secó los ojos. Luego se puso en pie, enderezando sus hombros, y aspiró profundamente. Stefan podía ver como deliberadamente se calmaba a sí misma, a pesar de que su ritmo cardíaco estaba tambaleando, y admiró su autocontrol.

—Entonces —dijo, tendiéndole la mano—, tú debes ser el vampiro del que Alaric me habló.

Los otros se acercaban a ellos ahora, y Stefan miró a Alaric con alarma.

—Eso es algo que preferiría que mantuvieras en privado —dijo Stefan, sintiendo una punzada de irritación hacia Alaric por divulgar su secreto. Pero sus palabras fueron ahogadas por casi un grito de Meredith. Sus ojos grises, por lo general tan serenos, estaban oscurecidos con horror.

—Miren —dijo, señalando—. Miren lo que dice. —Stefan volvió su atención a las piezas de tela transparente en torno a sus pies.

Bonnie dio un pequeño gemido y Matt frunció las cejas. El bello rostro de Elena estaba en blanco con el shock, y Alaric y Celia ambos parecían totalmente

confundidos.

Por un momento, Stefan no vio nada. Entonces, como un cuadro que se va enfocando, su visión se ajustó y vio lo que todo el mundo estaba mirando. El pañuelo desgarrado había caído en un elaborado montón retorcido, y de forma supuestamente aleatoria, los pliegues de la tela formaban claramente letras que decían:

Capítulo 8

—Fue realmente espeluznante —dijo Bonnie. Se habían metido todos en el coche de Matt, Elena sentada sobre el regazo de Stefan y Meredith sobre el de Alaric, con lo

que, Bonnie había observado, la Dra. Celia había parecido menos encantada. Luego se apresuraron a regresar a la pensión, en busca de consejo.

Una vez allí, todos abarrotaron el salón y contaron la historia a la señora Flowers, el entusiasmo les hacía hablar unos encima de otros. —En primer lugar el nombre de Celia, en mi sangre, aparece de la nada —dijo Bonnie—, y luego está este extraño accidente que podría haberla matado, y luego el nombre de Meredith aparece, también. Todo fue muy, muy raro.

—Yo diría que fue mucho peor que eso —dijo Meredith. Luego arqueó una elegante ceja—. Bonnie, esta es sin duda la primera vez que me he quejado de que no fuiste lo suficientemente dramática.

—¡Hey! —objetó Bonnie.

—Ahí tienen —bromeó Elena—. Miren el lado bueno. La última locura está volviendo a Bonnie discreta.

Matt sacudió la cabeza. —Sra. Flowers, ¿sabe usted lo que está pasando?

La Sra. Flowers, sentada en una silla en un acogedor rincón del salón, sonrió y le dio una palmada en el hombro. Ella estaba tejiendo cuando llegaron, pero había

dejado el paquete de hilo de color rosa a un lado y había fijado sus tranquilos ojos azules en ellos con toda su atención, mientras contaban su historia. —Querido Matt —dijo—. Siempre directo al grano.

La pobre Celia estaba sentada en el sofá entre Alaric y Meredith, mirando atónita, desde que había llegado. Una cosa era el estudio de lo sobrenatural, pero la realidad de un vampiro, los nombres que aparecen misteriosamente, y un encuentro con la muerte debió haber sido una sorpresa para su organismo. Alaric tenía un tranquilizador brazo sobre sus hombros. Bonnie pensó que tal vez el brazo debería estar alrededor de los hombros de Meredith. Después de todo, era el nombre de Meredith el que habían mostrados los trozos de tela. Pero Meredith estaba sentada allí, mirando a Alaric y Celia, con el rostro compuesto, su mirada indescifrable.

Ahora Celia se inclinó hacia delante y habló por primera vez.

—Perdón —dijo amablemente, con voz un poco temblorosa—, pero yo no entiendo por qué nos ha traído esto... esta cuestión... —Su voz se apagó cuando sus ojos parpadearon a la señora Flowers.

Bonnie sabía lo que quería decir. La señora Flowers parecía la personificación de una mujer dulce, una anciana chiflada: suave pelo gris recogido en un moño, una expresión cortésmente vaga, una ropa que se inclinaba hacia los negros o tonos pastel en mal estado, y la costumbre de murmurar en voz baja, al parecer a sí

misma. Hace un año, Bonnie había pensado que la señora Flowers era sólo la vieja loca que dirigía la pensión donde vivía Stefan.

Pero las apariencias pueden ser engañosas. La señora Flowers se había ganado el respeto y la admiración de todos y cada uno de ellos por la forma en que había protegido a la ciudad con su magia, poder y sentido común. Había mucho más en esta viejita de lo que se veía.

—Querida mía —dijo la señora Flowers con firmeza—, has tenido una experiencia muy traumática. Tómate el té. Es una mezcla especial tranquilizante que ha estado en mi familia durante generaciones. Vamos a hacer todo lo posible por ti.

Esa, observó Bonnie, era una manera muy dulce y elegante de poner a la Dra. Celia Connor en su lugar. Ella bebería su té y se calmaría, y ellos encontrarían la manera de resolver el problema. Los ojos de Celia se iluminaron, pero ella tomó un sorbo

de té obedientemente.

—Ahora —dijo la señora Flowers, mirando a los demás—, a mí me parece que lo primero que debemos de hacer es averiguar qué intención hay detrás de la aparición de los nombres. Una vez que hagamos eso, tal vez tengamos una mejor idea de quién podría estar detrás de estas apariciones.

—¿Tal vez advertirnos? —dijo Bonnie vacilante—. Quiero decir, el nombre de Celia apareció, y estuvo a punto de morir, y ahora Meredith... —Su voz se apagó y miró a Meredith en tono de disculpa—. Me preocupa que puedas estar en peligro.

Meredith enderezó los hombros. —Ciertamente no sería la primera vez —dijo.

La Sra. Flowers asintió enérgicamente. —Sí, es posible que la aparición de los nombres tenga una intención benévola. Vamos a explorar esa teoría. Alguien puede estar tratando de advertiros. Si es así, ¿quién? Y ¿por qué tienen que hacerlo de esta manera?

La voz de Bonnie era aún más suave y vacilante ahora. Pero si nadie más lo iba a decir, lo haría. —¿Podría ser Damon?

—Damon está muerto —dijo Stefan rotundamente.

—Pero cuando Elena estaba muerta, ella me advirtió acerca de Klaus —argumentó Bonnie.

Stefan se masajeó las sienes. Se le veía cansado. —Bonnie, cuando Elena murió, Klaus atrapó su espíritu entre las dimensiones. No había pasado totalmente al otro lado. E incluso entonces, sólo pudo visitarte en tus sueños, no a nadie, sólo a ti, porque puedes sentir cosas que otros no pueden. No podía hacer que algo sucediera

en el mundo físico.

La voz de Elena temblaba. —Bonnie, los Guardianes nos dijeron que los vampiros no viven después de la muerte. En todos los sentidos de la palabra. Damon se ha ido. —Stefan llegó y tomó su mano, sus ojos estaban inquietos.

Bonnie sintió una punzada de compasión por los dos. Ella sentía que había traído a Damon a la conversación, pero no había sido capaz de contenerse. La idea de que

podría estar mirando por encima de ellos, irascible y burlón pero amable en última instancia, había levantado brevemente el peso de su corazón. Ahora que el peso se derrumbó hacia abajo. —Bueno —dijo debidamente—, entonces no tengo idea de quién podría estar advirtiéndonos. ¿Alguien más?

Todos ellos negaron con la cabeza, desconcertados. —¿A quién conocemos, ahora que tenga este tipo de poder? —preguntó Matt.

—¿Los Guardianes? —dijo Bonnie dudando.

Pero Elena sacudió la cabeza con un decisivo movimiento rápido, su cabello rubio balanceándose. —No son ellos —dijo—. Lo último que harían es enviar un mensaje en la sangre. Visiones sería más su estilo. Y estoy bastante segura de que los guardianes se lavaron las manos de nosotros cuando nos mandaron de vuelta aquí.

La Sra. Flowers entrelazó los dedos sobre su regazo. —Así que tal vez hay alguien aún desconocido, una persona o un ser mirando por nosotros, advirtiéndonos del peligro.

Matt estaba sentado tieso como un palo en una de las sillas más delicadas de la Sra. Flowers, y crujió alarmantemente cuando se inclinó hacia adelante. —Um —dijo—. Creo que la mejor pregunta es, ¿cuál es la causa de ese peligro?

La señora Flowers extendió sus pequeñas y arrugadas manos. —Estás en lo cierto. Vamos a considerar las opciones. Por un lado, podría ser una advertencia de algo que va a suceder por causas naturales. Celia, ¿no te importa si te llamo Celia, verdad, querida?

Celia, todavía en estado de shock, negó con la cabeza.

—Bueno. Que la bufanda de Celia quedara atrapada en las puertas del tren podría haber sido un accidente natural. Perdona que te lo diga, pero las bufandas largas y dramáticas pueden ser muy peligrosas. La bailarina Isadora Duncan murió de esa manera cuando su bufanda quedó atrapada en la rueda de un coche hace muchos años.

Tal vez quien envía el mensaje estaba simplemente izando una bandera para que Celia tuviera cuidado, o para que el resto de ustedes cuidara de ella. Tal vez

Meredith sólo tiene que ser cautelosa los próximos días.

—No lo creo, sin embargo, ¿ustedes si? —preguntó Meredith bruscamente.

La Sra. Flowers suspiró. —Todo esto se siente más malévolos para mí. Creo que si alguien quería advertirles sobre la posibilidad de accidentes, podrían haber encontrado una mejor manera que los nombres escritos con sangre. Ambos nombres aparecieron en los resultados de más incidentes violentos, ¿correcto? ¿Bonnie se cortó y Stefan rasgó el pañuelo del cuello de Celia?

Meredith asintió.

Buscando problemas, continuó la señora Flores. —Y, por supuesto, la otra posibilidad es que la aparición de los nombres es en sí misma dañina. Tal vez el aspecto de los nombres es un ingrediente esencial o el método de selección de un hechizo que está causando el peligro.

Stefan frunció el ceño. —Estamos hablando de magia negra, ¿no?

La Sra. Flowers miró a sus ojos de frente. —Me temo que sí. Stefan, tú eres el más antiguo y con más experiencia de nosotros por el momento. Nunca he oído hablar de algo como esto, ¿y tú?

Bonnie se sintió un poco sorprendida. Por supuesto, sabía que Stefan era mucho mayor incluso que la señora Flowers, después de todo, él había vivido antes que hubiera electricidad, ni agua corriente, ni coches, ni nada de lo que ellos daban por hecho en el mundo moderno, mientras que la señora Flowers, probablemente, tenía sólo unos setenta años.

Pero aún así, era fácil olvidar cuánto tiempo había vivido Stefan. Se parecía a cualquier otro chico de dieciocho años de edad, excepto que era excepcionalmente hermoso. Un pensamiento traidor parpadeó en la parte posterior de su mente, uno que había tenido antes: ¿Cómo era que Elena siempre conseguía todos los chicos más guapos?

Stefan estaba sacudiendo la cabeza. —Nada como esto, no. Pero creo que tienes razón en que puede ser magia negra. Tal vez, si usted le hablara a su madre al respecto...

Celia, que estaba empezando a tener más interés en lo que estaba pasando, miró con curiosidad a Alaric. Luego echó un vistazo hacia la puerta, como esperando a que una mujer de cien años entrara en la sala. Bonnie sonrió para sí misma, a pesar

de la gravedad de la situación.

Todos estaban tan acostumbrados a las frecuentes conversaciones de la señora Flowers con el fantasma de su madre que ninguno de ellos parpadeó cuando la señora Flowers miró hacia el espacio y comenzó a murmurar rápidamente, levantando las cejas, los ojos explorando el espacio vacío, como si alguien invisible estuviera hablando con ella. Sin embargo, a Celia le debió haber parecido muy extraño.

—Sí —dijo la Sra. Flowers, volviendo su atención hacia ellos—. Mamá dice que en efecto algo oscuro se está removiendo en Fell's Church. Pero... —Con las manos levantadas, las palmas de las manos vacías— ella no puede decir que forma tomará. Simplemente advierte que seamos cuidadosos, sea lo que sea, ella puede sentir que es mortal.

Stefan y Meredith fruncieron el ceño, al escuchar esto. Alaric murmuraba a Celia, probablemente explicándole lo que estaba pasando. Matt bajó la cabeza.

Elena siguió adelante, trabajando ya en el siguiente ángulo. —Bonnie, ¿y tú? —preguntó.

—¿Huh? —preguntó Bonnie. Entonces se dio cuenta de lo que Elena quería decir—. No. Nuh-uh. Yo no voy a saber nada que la madre de la Sra. Flowers no sepa.

Elena se limitó a mirarla, y Bonnie suspiró. Esto era importante, después de todo. El nombre de Meredith era el siguiente, y si había una cosa que era verdad, era que ella y Meredith y Elena habían cubierto las espaldas unas a las otras. Siempre. —Muy bien —dijo a regañadientes—. Voy a ver si puedo averiguar algo más. ¿Puedes encenderme una vela?

—¿Y ahora qué? —preguntó Celia con confusión.

—Bonnie es psíquica —explicó Elena simplemente.

—Fascinante —dijo Celia intensamente, pero sus ojos se deslizaron, fríos e incrédulos, a través de Bonnie.

Bueno, lo que sea. A Bonnie no le importaba lo que pensara. Podía suponer que Bonnie fingía o que estaba loca si quería, pero iba a ver lo que sucediera finalmente. Elena trajo otra vela de su lugar en la repisa, la encendió y la puso sobre la mesa de café.

Bonnie se lamió los labios, que estaban de repente secos, y trató de concentrarse en la llama de la vela. A pesar de que había tenido mucha práctica, no le gustaba hacer esto, no le gustaba la sensación de perderse, como si se tratara de deslizarse bajo el agua.

La llama parpadeó y se hizo más brillante. Parecía hinchada y llenaba el campo de visión de Bonnie. Todo lo que podía ver era la llama.

Yo sé quién eres, de pronto gruñó una voz fría y áspera en su oído, y Bonnie se contrajo. Ella odiaba las voces, a veces tan lejanas como si vinieran de un televisor distante, a veces a su lado, como esta. De alguna manera siempre se las arreglaba para olvidarlo hasta la próxima vez que comenzaba a caer en un trance. La voz de un niño lejano dio inicio a un zumbido sin palabras y fuera de tono. Bonnie se centró en hacer que su respiración fuera lenta y constante.

Podía sentir sus ojos desenfocándose. Un sabor amargo, húmedo y desagradable, le llenó la boca.

Envidia retorcida, aguda y amarga, dentro de ella. No es justo, no es justo, murmuró algo sombrío en su cráneo. Y entonces la oscuridad se hizo cargo.

Elena miraba con aprensión como las pupilas de Bonnie se abrieron, reflejando la llama de la vela. Bonnie era capaz de hundirse en trance mucho más rápido ahora que cuando había comenzado, esto preocupaba a Elena.

—La oscuridad se levanta. —Una voz plana y hueca que no sonaba como la de Bonnie salió de la boca de su amiga—. No ha llegado todavía, pero quiere hacerlo. Está frío. Ha estado frío durante mucho tiempo. Quiere estar cerca de ustedes, fuera de la oscuridad y tan cálido como nuestro corazón. Lo odia.

—¿Es un vampiro? —preguntó Meredith rápidamente.

La voz de Bonnie dejó escapar una risa áspera, asfixiada. —Es mucho más fuerte que cualquier vampiro. Puede encontrar un hogar en cualquiera de ustedes. Ver entre sí. Mírense a ustedes mismos.

—¿Qué es? —preguntó Matt.

Fuera lo que fuese que habló a través de Bonnie vaciló.

—No sabe —dijo Stefan—. O no nos lo puede decir. Bonnie —dijo con atención—, ¿está alguien trayéndonos esto? ¿Quién lo está haciendo?

No dudó en esta ocasión. —Elena —dijo—. Elena lo trajo.

.....

Capítulo 9

Bonnie se estremeció ante el desagradable sabor metálico en su boca y parpadeó varias veces, hasta que la habitación a su alrededor volvió a enfocarse. —Ugh —dijo—. Odio hacer eso.

Todo el mundo estaba mirándola, sus rostros blancos y en shock.

—¿Qué? —dijo con inquietud—. ¿Qué dije?

Elena estaba sentada muy quieta. —Dijiste que era culpa mía —dijo lentamente—. Todo lo que viene tras nosotros, que yo lo traje hasta aquí.

Stefan llegó a cubrir su mano con la suya.

Espontáneamente, la peor y más estrecha parte de la mente de Bonnie pensó con cansancio, por supuesto. Siempre se trata de Elena, ¿no?

Meredith y Matt contaron a Bonnie el resto de lo que había dicho en su trance, pero sus ojos volvían a la cara afectada de Elena, y tan pronto como terminaron de contarle lo que se había perdido, se apartaron de Bonnie, volviendo hacia Elena.

—Necesitamos hacer un plan —dijo Meredith con su voz suave.

—Nos vendrían bien unos refrescos —dijo la señora Flowers, poniéndose en pie, y Bonnie la siguió hasta la cocina, deseosa de escapar de la tensión de la habitación.

Ella no era una chica de planes, de todos modos, se dijo. Ella había hecho su contribución simplemente siendo la chica de la visión. Elena y Meredith eran a las que todo el mundo miraba a la hora de tomar decisiones.

Pero no era justo, ¿verdad? Ella no era tonta, a pesar de que todos sus amigos la trataban como si fuera el bebé del grupo. Todo el mundo pensaba que Elena y Meredith eran más inteligentes y más fuertes, pero Bonnie había salvado el día una y otra vez, nadie recordaba eso. Se pasó la lengua por los bordes de los dientes, tratando de rascar el mal sabor amargo todavía en su boca.

La señora Flowers había decidido que lo que el grupo necesitaba para calmarse era un poco de su especial limonada de flores. Mientras llenaba los vasos con hielo, vertió las bebidas, y las puso en una bandeja, Bonnie miraba inquieta. Había una sensación áspera de vacío en su interior, como si algo faltara. No es justo, pensó de nuevo. Ninguno de ellos apreciaba o se daban cuenta de todo lo que había hecho por ellos.

—Señora Flowers —dijo de repente—. ¿Cómo habla con su madre?

La señora Flowers giró hacia ella, sorprendida. —Porque, querida mía —dijo—, es

muy fácil hablar con los fantasmas, si quieren hablar contigo, o si son los espíritus de un ser querido. Los fantasmas, ya ves, han dejado nuestro plano, pero están cerca de nosotros.

—Pero aún así —siguió adelante Bonnie—, puedes hacer más que eso, mucho más. —Se imaginó a la señora Flores, joven otra vez, los ojos brillantes, el pelo suelto, luchando contra el poder maléfico del kitsune con un poder igual por su cuenta—. Eres una bruja muy poderosa.

La expresión de la señora Flowers era reservada. —Es amable de tu parte decir eso, querida.

Bonnie giró un rizo de su cabello alrededor de un dedo con ansiedad, sopesando sus siguientes palabras. —Bueno... Si quiere, por supuesto, sólo si usted tiene tiempo, me gustaría que me entrenara. Lo que sea que esté dispuesta a enseñarme. Puedo ver cosas y he mejorado en eso, pero me gustaría aprender de todo, cualquier cosa que usted me pueda mostrar. Adivinación, y acerca de las hierbas. Hechizos de protección. Los trabajos, supongo. Siento que hay tantas cosas que no sé, y yo creo que tengo talento, ¿sabe? Espero que sí, de todos modos.

La señora Flowers la miró valorativamente por un largo momento y luego asintió con la cabeza una vez más.

—Yo te enseñaré —dijo—. Con mucho gusto. Tú posees un gran talento natural.

—¿En serio? —dijo Bonnie tímidamente. Una burbuja caliente de felicidad aumentaba en su interior, llenando el vacío que la había envuelto hace apenas unos momentos.

Luego se aclaró la garganta y añadió, con tanta naturalidad como pudo: —Y yo me preguntaba... ¿puede hablar con cualquier persona que ha muerto? ¿O sólo con su madre?

La señora Flowers no respondió durante unos momentos. Bonnie sentía como la intensa mirada azul de la anciana estaba mirando directamente a través de ella y analizando el interior de su mente y su corazón. Cuando la señora Flowers habló, su voz era suave.

—¿Con quién deseas contactar, querida?

Bonnie se estremeció. —Nadie en particular —dijo ella rápidamente, borrando una imagen de negro sobre negro de los ojos de Damon de su mente—. Es solo que parece como algo que sería muy útil. E interesante, también. Al igual que, podría aprender todo sobre la historia de Fell's Church. —Ella se apartó de la señora Flowers y se ocupó de los vasos de limonada, dejando el tema atrás por el momento.

Ya habría tiempo para pedirlo una vez más, pensó. Pronto.

—Lo más importante —estaba diciendo Elena con seriedad—, es proteger a Meredith. Hemos recibido un aviso, y tenemos que tomar ventaja de ello, no sentarnos a preguntarnos de dónde viene. Si algo terrible, algo que traje de alguna manera, viene, vamos a tratar con ello cuando llegue aquí. En este momento, velaremos por Meredith.

Era tan hermosa, hacía que Stefan se mareara. Literalmente: a veces la miraba, capturándola en un cierto ángulo, y podía ver, como si fuera por primera vez, la delicada curva de sus mejillas, el más ligero pétalo de rosa ruborizándose en su piel cremosa, la suave seriedad de su boca. En esos momentos, en cada ocasión, su cabeza y su estómago se precipitaban como si bajara de una montaña rusa. Elena.

Él le pertenecía a ella, era tan simple como eso. Como si por cientos de años hubiera estado caminando hacia esta chica mortal, y ahora que la había encontrado, su larga vida, había encontrado finalmente su propósito.

Tú no la tienes a ella, sin embargo, dijo algo en su interior. No todo de ella. No realmente.

Stefan sacudió la traicionera idea. Elena lo amaba. Ella lo amaba desesperadamente, con valentía y pasión, y mucho más de lo que merecía. Y él la amaba. Eso era lo que importaba.

Y ahora mismo, esta dulce niña mortal que amaba estaba organizando de manera eficiente un programa para custodiar a Meredith, asignando las tareas con la tranquila esperanza de que iba a ser obedecida. —Matt —dijo—, si estás trabajando mañana por la noche, tú y Alaric podéis tomar el turno diurno. Stefan se hará cargo de la noche, y Bonnie y yo lo tomaremos la mañana.

—Debes haber sido un general —le murmuró Stefan, ganándose una rápida sonrisa.

—Yo no necesito guardias —dijo Meredith con irritación—. He sido entrenado en artes marciales y me he enfrentado a lo sobrenatural antes. —A Stefan le pareció que sus ojos se fijaron especulativamente en él por un segundo, y se obligó a no erizarse bajo su escrutinio—. Mi bastón es toda la protección que necesito.

—Un bastón como el tuyo no podría haber protegido a Celia —argumentó Elena—. Si Stefan no hubiese intervenido, habría sido asesinada.

En el sofá, Celia cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el brazo de Alaric.

—Bien, entonces. —Meredith habló en un tono cortante, con sus ojos sobre Celia—. Es cierto, de todos nosotros, sólo Stefan podría haberla salvado. Y esa es otra razón por la que todo este esfuerzo en equipo para protegerme, es ridículo. ¿Tienes la fuerza y la velocidad estos días para salvarme de un tren en movimiento, Elena? ¿Y tú Bonnie? —Stefan vio a Bonnie, que venía con una bandeja de vasos de limonada, hacer una pausa y fruncir el ceño al escuchar las palabras de Meredith.

Él sabía, por supuesto, que con Damon muerto y sin los Poderes de Elena, él era el único que quedaba para proteger al grupo. Bueno, la señora Flowers y Bonnie tenían alguna habilidad mágica limitada. A continuación, Stefan modificó el pensamiento anterior. La señora Flowers era realmente muy poderosa, pero sus poderes aún estaban agotados por la lucha contra el kitsune.

Lo que le llevaba de vuelta a lo mismo, entonces: Stefan era el único que podía protegerlos ahora. Meredith podía hablar de sus responsabilidades como cazadora de vampiros, pero al final, a pesar de su formación y su herencia, no era más que otra mortal.

Sus ojos recorrieron el grupo, todos los mortales, sus mortales. Meredith, serios ojos grises y una firme determinación. Matt, ansioso, juvenil y decente hasta los huesos. Bonnie, soleada y dulce, y con un núcleo de fuerza que, tal vez, ni siquiera ella sabía que tenía. La señora Flowers, una sabia matriarca. Alaric y Celia... bueno, ellos no eran sus mortales de la forma en que los demás lo eran, pero estaban bajo su protección mientras estuvieran aquí. Él había jurado proteger a los humanos, cuando pudiera. Si podía.

Se acordó de lo que Damon le había dicho una vez, riendo en uno de sus arranques de peligroso buen humor, con el rostro alegre, "¡Son tan frágiles, Stefan! ¡Tú puedes romperlos sin que esa sea tu intención!"

Y Elena, su Elena. Ella era tan vulnerable como el resto de ellos ahora. Él se estremeció. Si algo le sucediera, Stefan sabía sin lugar a dudas que se quitaría el anillo que le permitía caminar en el día, se recostaría en la hierba encima de su tumba, y esperaría por el sol.

Pero la misma voz interior hueca que se cuestionó el amor de Elena le susurró misteriosamente al oído: ella no haría lo mismo por ti. Tú no eres su todo.

Como Elena y Meredith, con interjecciones ocasionales de Matt y Bonnie, continuaban discutiendo acerca de si Meredith necesitaba de los esfuerzos del grupo para vigilarla, Stefan cerró los ojos y se deslizó en sus recuerdos de la muerte de Damon.

Stefan miraba, tonto e incomprensible y simplemente no lo suficientemente rápido, como Damon, más rápido que él hasta el último momento, se precipitó hacia el

enorme árbol y arrojó a Bonnie, ligera como la pelusa de diente de león, fuera del alcance de las ramas de espino ya cayendo en picado hacia ella.

A medida que la lanzó, una rama golpeó a Damon a través de su pecho, clavando su cuerpo en el suelo. Stefan vio el momento del choque en los ojos de su hermano antes de rodar hacia atrás. Una sola gota de sangre corría por su boca hasta su barbilla.

—¡Damon, abre los ojos! —estaba gritando Elena. Había un tono áspero en su voz, una agonía que Stefan nunca había oído en ella antes. Sus manos se sacudían en los hombros de Damon, como si quisiera sacudirlo con fuerza, y Stefan le apartó. —Él no puede, Elena, él no puede —dijo, medio sollozando.

¿No podía ver que Damon estaba muriendo? La rama se había detenido en su corazón y el veneno del árbol se extendía por sus venas y arterias. Él se había ido. Stefan había bajado suavemente la cabeza de Damon en el suelo. Dejando que su hermano se fuera.

Pero Elena no lo hizo.

Dirigiéndose a tomarla en sus brazos y consolarla, Stefan vio que se había olvidado de él. Sus ojos estaban cerrados y sus labios se movían sin emitir sonido alguno. Todos sus músculos estaban tensos, esforzándose por alcanzar a Damon, y Stefan se dio cuenta con un sobresalto sordo que ella y Damon estaban conectados todavía, que una última conversación se llevaba a cabo a lo largo de una cierta frecuencia privada que lo excluía.

Su rostro estaba bañado en lágrimas, y de pronto buscó el cuchillo y con un movimiento rápido, seguro, cortó su propia vena yugular, haciendo que la sangre fluyera a través de su cuello.

—Bebe, Damon —dijo con una voz desesperada, como rezando, cogiendo su boca abierta con las manos y enfocándola encima de su cuello.

El olor de la sangre de Elena era rico y fuerte, haciendo que los caninos de Stefan picaran con deseo, incluso en su horror ante la falta de cuidado en el corte que Elena hizo en su propia garganta. Damon no bebía. La sangre salía de su boca y bajaba por su cuello, empapando su camisa y agrupándose en su chaqueta de cuero negro.

Elena sollozó y se tiró sobre la parte superior de Damon, besando sus labios fríos, con los ojos bien cerrados. Stefan se dio cuenta de que todavía estaba en comunión con el espíritu de Damon, un intercambio telepático de amor y secretos privados entre ellos, las dos personas que más amaba. Las únicas personas que amaba.

Un tentáculo frío de envidia, la sensación de ser un extraño mirando hacia adentro,

el que se quedó solo, se enroscaba en la columna vertebral de Stefan aún cuando lágrimas de dolor corrían por su rostro.

Un teléfono sonó, y Stefan quebró de vuelta al presente.

Elena miró su celular y luego respondió: —Hola, tía Judith —hizo una pausa—. En la casa de huéspedes con todo el mundo. Recogimos a Alaric y su amiga en la estación. —Otra pausa y ella hizo una mueca—. Lo siento, se me olvidó. Sí, lo haré. En pocos minutos, ¿de acuerdo? Bueno. Adiós.

Colgó y se puso de pie. —Al parecer, en algún momento le prometí a la tía Judith que estaría en casa para cenar esta noche. Robert está sacando la fondue y Margaret quiere que le muestre cómo sumergir el pan en el queso. —Ella volteó los ojos, pero Stefan no se dejó engañar. Podía ver cómo Elena estaba encantada de tener a su hermana bebé idolatrándola otra vez.

Elena continuó, frunciendo el ceño. —No estoy segura de si podré volver a salir esta noche, pero alguien tiene que estar con Meredith en todo momento. ¿Puedes quedarte aquí esta noche, Meredith, en lugar de en tu casa?

Meredith asintió con la cabeza, sus piernas largas parándose bajo ella en el sofá. Se la veía cansada y preocupada, a pesar de sus anteriores bravuconerías. Elena le tocó la mano para despedirse, y Meredith le sonrió. —Estoy segura de que tus siervos cuidarán bien de mí, reina Elena —dijo a la ligera.

—No esperaba menos —respondió Elena en el mismo tono, volviéndose con su sonrisa sobre el resto de la habitación.

Stefan se puso de pie. —Te acompaño a casa —dijo.

Matt se levantó también. —Yo puedo conducir —ofreció, y Stefan se sorprendió al descubrir que tuvo que reprimir las ganas de empujar a Matt de nuevo en su asiento. Stefan se haría cargo de Elena. Ella era su responsabilidad.

—No, quédense aquí, los dos —dijo Elena con firmeza—. Está sólo a unas pocas cuadras, y todavía estamos a plena luz del día. Ustedes ocúpense de Meredith.

Stefan se acomodó en su silla, mirando a Matt. Con un movimiento, Elena se había ido, y Stefan estiró sus sentidos para seguirla hasta donde podía, empujando su poder para detectar si algo peligroso, cualquier cosa, acechaba cerca. Sus poderes no eran lo suficientemente fuertes, sin embargo, para llegar a todo el camino a casa de Elena. Él encogió los puños apretados, frustrado. Había sido mucho más poderoso cuando se había permitido beber sangre humana.

Meredith lo estaba mirando, sus ojos grises simpáticos. —Ella va a estar bien —dijo—. No puedes vigilarla todo el tiempo.

Pero puedo intentarlo, pensó Stefan.

Cuando Elena se aproximaba caminando, Caleb estaba recortando las hojas verdes brillantes que florecían en los arbustos de camelias en frente de la casa.

—Hola —dijo ella, sorprendida—. ¿Has estado aquí todo el día?

Dejó de recortar y se limpió el sudor de la frente. Con su pelo rubio y su saludable bronceado, parecía un surfista de California trasplantado a un jardín de Virginia. Elena pensó que Caleb parecía perfecto justo ahí en un día de verano como éste, una cortadora de césped zumbaba a lo lejos en alguna parte, el cielo azul y alto sobre de ellos.

—Claro —dijo alegremente—. Hay mucho que hacer. Se ve bien, ¿verdad?

—Realmente —dijo. Y lo hacía. El césped estaba cortado, los setos recortados perfectamente, y él había puesto algunas margaritas en los macizos de flores cerca de la casa.

—¿Qué has estado haciendo hoy? —preguntó Caleb.

—Nada tan enérgico como esto —dijo Elena, suprimiendo el recuerdo de la desesperada carrera para salvar a Celia—. Mis amigos y yo simplemente recogimos a alguien en la estación de tren y pasamos el tiempo en el interior por el resto del día. Espero que el tiempo se mantenga, sin embargo. Queremos ir de picnic a Hot Springs mañana.

—Suenas divertido —dijo Caleb agradablemente. Elena se sintió tentada por un momento de invitarle. A pesar de las reservas de Stefan, parecía un buen tipo, y probablemente no conocía a mucha gente en la ciudad. Tal vez Bonnie haría buenas migas con él. Era muy lindo, después de todo. Bonnie no había estado realmente interesada en alguien por un tiempo. Nadie más que Damon, una pequeña voz secreta, dijo en el fondo de su mente.

Pero por supuesto, no podía invitar a Caleb. ¿Qué estaba pensando? Ella y sus amigos no podían tener a extraños alrededor, mientras hablaban sobre qué entidad sobrenatural tenían sobre ellos ahora.

Una pequeña punzada de nostalgia la golpeó. ¿Podría alguna vez ser una chica que podía hacer un picnic y nadar y conocer gente nueva y ser capaz de hablar con alguien que le gustara, sin tener secretos oscuros que ocultar?

—¿No estás cansado? —preguntó, cambiando rápidamente el tema.

Le pareció ver un destello de decepción en sus ojos. ¿Se había dado cuenta que estaba pensando en invitarlo al picnic y que luego cambió de idea? Pero él respondió con bastante facilidad. —Oh, tu tía me sacó un par de vasos de limonada, y comí un sándwich con tu hermana a la hora del almuerzo —sonrió—. Ella es una monada. Y una excelente conversadora. Me ha contado todo sobre los tigres.

—¿Ella habló contigo? —dijo Elena con una sorpresa—. Ella es muy tímida con

gente desconocida por lo general. Ella no quería hablar con mi novio, Stefan, hasta que él había estado por aquí durante meses.

—Oh, bueno —dijo, y se encogió de hombros—. Una vez le mostré un par de trucos de magia, ella estaba fascinada por lo que se olvidó de ser tímida. Va a ser un mago experto para cuando comience el primer grado. Tiene un talento natural.

—¿En serio? —dijo Elena. Ella sintió un agudo cambio en su estómago, una sensación de pérdida. Se había perdido gran parte de la vida de su hermana pequeña. Ella había notado en el desayuno que se veía y sonaba mayor. Era como si Margaret se hubiera convertido en una persona diferente sin ella. Elena se dio una sacudida mental: tenía que dejar de ser una quejica. Era increíblemente afortunada sólo por estar aquí ahora.

—Oh, sí —dijo—. Mira, le enseñé esto. —Le tendió un puño curtido, le dio la vuelta y abrió la mano para revelar una flor de camelia, cerosa y negra, cerró la mano y luego la volvió a abrir para revelar un brote fuertemente enrollado.

—Wow —dijo Elena, intrigada—. Hazlo otra vez.

Ella observó atentamente mientras abría y cerraba su mano varias veces, dejando al descubierto la flor y a continuación el capullo, flor y a continuación capullo.

—Le mostré a Margaret cómo hacerlo con monedas, cambiando entre un cuarto y un penique —dijo—, pero es el mismo principio.

—He visto trucos como ese antes —dijo ella—, pero no puedo averiguar dónde está escondido el que no se muestra. ¿Cómo lo haces?

—Magia, por supuesto —dijo, sonriendo, y abrió la mano para dejar caer la flor a los pies de Elena.

—¿Crees en la magia? —dijo, mirando a sus calientes ojos azules. Él estaba coqueteando con ella, ella lo sabía, los chicos siempre coqueteaban con Elena si ella se lo permitía.

—Bueno, debo hacerlo —dijo en voz baja—. Soy de Nueva Orleans, ya sabes, la casa del vudú.

—¿Vudú? —dijo ella, un escalofrío le recorrió la espalda.

Caleb se echó a reír. —Sólo estoy jugando contigo —dijo—. El vuuduuú. Vaya, que montón de mierda.

—Sí, claro. Totalmente —dijo Elena, forzando una risita.

—Una vez, sin embargo —Caleb continuó—, antes de que murieran mis padres, Tyler se encontraba de visita, y los dos fuimos al barrio francés para conseguir que una vieja sacerdotisa vudú nos leyera el futuro.

—¿Tus padres murieron? —preguntó Elena, sorprendida. Caleb bajó la cabeza por un momento, y Elena se acercó a tocarlo, su mano alargándose hacia él—. Los míos también lo hicieron —dijo.

Caleb estaba muy tranquilo. —Lo sé —dijo.

Sus ojos se encontraron, y Elena le hizo una mueca de simpatía. Había tanto dolor en los calientes ojos azules de Caleb cuando ella los buscó, a pesar de su sonrisa fácil.

—Fue hace años —dijo en voz baja—. Todavía los echo de menos a veces, sin embargo, sabes.

Ella le apretó la mano. —Lo sé —dijo en voz baja.

Entonces Caleb sonrió y sacudió la cabeza un poco, y el momento entre ellos había terminado. —Esto fue antes de eso, sin embargo —dijo—. Teníamos unos doce años cuando Tyler nos visitó. —Él ligero acento del sur de Caleb se hizo más fuerte mientras seguía, con un tono perezoso y rico—. Yo no creía en esas cosas en aquel entonces, tampoco, y no creo que Tyler lo hiciera, pero pensamos que podría ser divertido. Ya sabes cómo puede resultar divertido a veces asustarte un poco a ti mismo —hizo una pausa—. Fue muy raro, en realidad. Ella tenía todas estas velas negras ardiendo y amuletos extraños en todas partes, cosas hechas de huesos y cabellos. Echó un poco de polvo en el suelo a nuestro alrededor y miró a los diferentes dibujos. Ella le dijo a Tyler que veía un gran cambio viniendo hacia él y que tenía que pensar con cuidado antes de ponerse en manos de alguien más.

Elena se estremeció involuntariamente. Un gran cambio había llegado sin duda para Tyler, y se había colocado en manos del vampiro Klaus. Donde quiera que Tyler estuviera ahora, las cosas no habían salido como había planeado.

—¿Y qué te dijo a ti? —preguntó.

—No mucho, realmente —respondió—. Sobre todo que me portara bien. Me mantuviera alejado de los problemas, velara por mi familia. Ese tipo de cosas. Cosas que trato de hacer. Mi tía y mi tío me necesitan aquí y ahora, con Tyler desaparecido —miró hacia abajo a su vez, se encogió de hombros y sonrió—. Como he dicho, sin embargo, fue más que nada un montón de basura. Magia y todas esas cosas de chalados.

—Sí —dijo Elena ahogadamente—. Todas esas cosas de chalados.

El sol se ocultó detrás de una nube y Elena se estremeció una vez más.

Caleb se acercó a ella. —¿Tienes frío? —dijo, alcanzado su hombro con una mano.

En ese momento, explotó un estridente graznido desde los árboles hacia la casa, y un gran cuervo negro volaba hacia ellos, bajo y rápido. Caleb dejó caer su mano y se agachó, tapándose la cara, pero el cuervo se inclinó hacia arriba en el último minuto, agitando con furia, y se disparó fuera sobre sus cabezas.

—¿Viste eso? —exclamó Caleb—. Casi nos golpeó.

—Lo vi —contestó Elena, viendo como la graciosa silueta alada desapareció en el cielo—. Lo vi.

.....

Capítulo 10

Las flores de saúco pueden ser utilizadas para exorcismos, protección o prosperidad, leyó Bonnie, se dejó caer tendida en su cama, la barbilla apoyada en sus manos. Se mezclan con consuelda y uña de caballo y se unen en seda de color rojo durante una luna creciente para hacer un atractivo saco para atraer la riqueza. Se destila en un baño de lavanda, matricaria, y agripalma para la protección personal. Se queman con hisopo, salvia blanca, y cinta de zapatos del diablo para crear una cortina de humo que se puede utilizar en los exorcismos a los malos espíritus.

¿Cinta de zapatos del diablo? ¿Era realmente una hierba? Al contrario que la mayoría de las otras, no sonaba como algo que fuera a encontrar en el jardín de su madre. Ella suspiró ruidosamente y saltó un poco hacia delante.

Las mejores hierbas para ayudar a la meditación son la agrimonia, la manzanilla, la damiana, la eufrasia, y el ginseng. Pueden ser arrojados juntos y quemados para crear humo o, al recogerlos en la madrugada, se secan y se rocían alrededor del sujeto en un círculo.

Bonnie miró el grueso libro siniestramente. Páginas y páginas y páginas de hierbas y cuáles eran sus propiedades en circunstancias diferentes, y cuando recogerlas, y cómo usarlas. Todo escrito seca y debidamente como su libro de texto de geometría de la escuela.

Ella siempre había odiado estudiar. Lo mejor sobre el verano entre la escuela secundaria y la universidad era que nadie podía esperar que pasara tiempo escondida con un libro pesado, tratando de memorizar hechos excesivamente aburridos. Sin embargo, allí estaba ella, haciendo exactamente eso, se había persuadido totalmente a sí misma.

Pero cuando le había pedido a la señora Flowers que le enseñara su magia, había esperado algo, bueno, más divertido que entregarle un pesado libro sobre hierbas. En secreto, ella había estado esperando por unas sesiones que involucraran hechizos, volar, o convocar a siervos fantástico para cumplir sus órdenes. Menos de tener que leer en silencio para sí misma, de todos modos. ¿No debería haber alguna manera de que el conocimiento mágico se implantara sólo en el cerebro? Como,

bueno, ¿por arte de magia?

Hojeó hacia adelante unas cuantas páginas más. Ooh, esto parecía un poco más interesante.

Un amuleto lleno de canela, prímula, y hojas de diente de león le ayudarán a atraer el amor y el cumplimiento de los deseos secretos. Recoger las hierbas en una lluvia suave y, después de secarlas, vincularlas con terciopelo rojo e hilo de oro.

Bonnie se rió y pateó con sus pies el colchón, pensando que probablemente podría encontrar algunos deseos secretos que cumplir. ¿Tenía que recoger la canela, o sería aceptable simplemente sacarla del armario de especias? Ella giró unas páginas más. Hierbas para la claridad de la vista, hierbas para la limpieza, hierbas que tenían que ser recogidas bajo la luna llena o en un soleado día de junio. Suspiró una vez más y cerró el libro.

Pasaba de la medianoche. Ella escuchó, pero la casa estaba en silencio. Sus padres estaban durmiendo.

Ahora que su hermana Mary, que era la última de las tres hermanas mayores de Bonnie en salir de casa, se había mudado con su novio, Bonnie echaba de menos tenerla a su derecha por el pasillo. Pero también había ventajas en no tener a su

entrometida y mandona hermana cerca.

Ella salió de la cama tan silenciosa y cautelosamente como pudo. Sus padres no eran tan afilados de oído como Mary, pero vendrían para ver cómo estaba si la oían levantarse en medio de la noche.

Con cuidado, Bonnie levantó una tabla del suelo debajo de su cama. Ella la había usado como su escondite desde que era una niña. En un primer momento había guardado una muñeca que le había cogido a María sin permiso, un alijo secreto de caramelos comprados con su asignación, su cinta favorita de seda roja. Más tarde, había escondido las notas de su primer novio, o exámenes que ella había fallado.

Nada tan siniestro como lo que estaba oculto allí ahora, sin embargo.

Ella sacó otro libro tan grueso como el volumen de hierbas que la señora Flowers le había prestado. Pero éste era de aspecto más viejo, con una cubierta de cuero

oscuro arrugado y suavizada por el tiempo. Este libro era de la biblioteca de la señora Flowers también, pero no se lo había dado a ella. Bonnie lo había cogido de la estantería, mientras que la Sra. Flowers estaba girada hacia atrás, lo deslizó en su mochila y luego proyectó su cara más inocente, cuando los agudos ojos de la señora Flowers se detuvieron en ella después.

Bonnie se sintió un poco culpable por engañar a la señora Flowers de esa manera, especialmente después de que la anciana aceptara ser su mentora. Pero, honestamente, nadie más debería haber sacado el libro a hurtadillas en primer lugar. Cualquiera razón que Meredith o Elena dieran para quererlo habría sido inmediatamente aceptada por todos como justa y verdadera. Ni siquiera tendrían que dar una razón, simplemente dirían que necesitaban el libro. Entonces Bonnie sólo suspiraría y le darían unas palmaditas en la cabeza, dulce, tonta Bonnie, y detendrían todo lo que ella quisiera.

Bonnie obstinadamente ajustó su barbilla y trazó las letras en la portada del libro. Atravesando los límites entre los vivos y los muertos, ponía.

Su corazón latía con fuerza cuando abrió el libro en la página que había marcado anteriormente. Pero sus manos estaban bastante estables mientras quitaba cuatro velas, dos blancas y dos negras, de debajo de la tabla del suelo.

Ella encendió una cerilla y prendió una de las velas negras, y la inclinó para gotear cera en el suelo junto a su cama. Cuando había un pequeño charco de cera derretida, Bonnie presionó la parte inferior de la vela en él, por lo que estaba de pie en el suelo.

—Fuego en el norte, protégeme —entonó. Cogió una vela blanca.

Conectado a su cargador en la mesita de noche, sonó el teléfono. Bonnie dejó caer la vela y maldijo.

Inclinándose, tomó el teléfono para ver quién llamaba. Elena. Por supuesto. Elena nunca se daba cuenta de lo tarde que era cuando quería hablar con alguien.

Bonnie tuvo la tentación de presionar “ignorar”, pero lo pensó mejor. Quizás era una señal de que no debía llevar a cabo el ritual, después de todo, al menos no esta noche. Tal vez debería investigar más primero para asegurarse de que lo estaba

haciendo bien.

Bonnie apagó la vela negra y oprimió el botón para contestar su teléfono.

—Hola, Elena —dijo ella, esperando que su amiga no sintiera su irritación, mientras colocaba el libro suavemente en el piso—. ¿Qué pasa?

La ceniza era insoportablemente pesada. Se esforzó en contra de ella, empujando la manta de gris que estaba sosteniéndolo hacia abajo. Arañó frenéticamente, una parte de él entró en pánico preguntándose si siquiera iba hacia arriba, si no en su lugar podría estar el mismo cavando más bajo la superficie.

Una de sus manos se agarraba con fuerza alrededor de algo, algo fino y fibroso, como los pétalos finos. No sabía lo que era, pero sabía que no debería renunciar a ello, y a pesar de que dificultaba su lucha, no cuestionaba esta necesidad de aferrarse.

Parecía como si estuviera arañando la ceniza gruesa desde siempre, pero finalmente la otra mano se abrió paso a través de las ruinosas capas y el alivio inundó su cuerpo. Había estado en el buen camino, él no iba a ser enterrado para siempre.

Metió la mano a ciegas, en busca de algo que pudiera utilizar para hacerse palanca a sí mismo hacia fuera. Ceniza y barro se deslizaron bajo sus dedos sin darle nada firme, y él forcejeó hasta que encontró lo que parecía ser un trozo de madera en sus manos.

El pedazo de madera estaba en sus dedos mientras se aferraba a ella como si fuera un salvavidas en un mar tormentoso. Poco a poco, maniobró su camino, resbalando y patinando en el barro. Con un último gran esfuerzo, él arrancó su cuerpo fuera de la ceniza y el barro, lo que hizo un grueso ruido de succión cuando sus hombros surgieron. Se puso de rodillas, los músculos gritando en agonía, y luego sus pies. Se estremeció y tembló, con náuseas, pero eufórico, y envolvió sus brazos alrededor de

su torso.

Pero él no podía ver nada. Le entró el pánico hasta que se dio cuenta de que algo estaba manteniendo sus ojos cerrados. Se frotó la cara hasta que separó grumos pegajosos de lodo de ceniza de sus pestañas. Después de un momento, él finalmente fue capaz de abrir los ojos.

Una tierra desolada le rodeaba. Barro ennegrecido, charcos de agua ahogada con la ceniza. —Algo terrible ha ocurrido aquí —dijo con voz ronca, el sonido lo sorprendió. Era tan profundamente tranquilo.

Hacía mucho frío, y se dio cuenta de que estaba desnudo, cubierto sólo con la misma ceniza que estaba en todas partes. Se encorvó y luego, se maldijo a sí mismo por su debilidad momentánea, se enderezó dolorosamente.

Él tenía que...

Él...

No podía recordar.

Una gota de líquido corría por su cara, y se preguntaba vagamente si estaba llorando. ¿O era el líquido espeso y brillante que estaba en todas partes aquí, mezclado con la ceniza y el barro?

¿Quién era él? No sabía eso tampoco, y la negrura provocaba un temblor en él que era bastante independiente de los escalofríos causados por el frío.

Su mano se apretó aún protectora alrededor del objeto desconocido, levantó el puño y lo miró. Después de un momento, poco a poco, estiró los dedos.

Fibras de color negro.

A continuación, una gota del líquido opalescente corrió por la palma de su mano, sobre la mitad de las fibras. Donde las tocó, se transformaron. Eran de pelo. Rubio sedoso y cobrizo. Muy hermoso.

Cerró el puño de nuevo y lo mantuvo contra su pecho, una nueva determinación construyéndose dentro de él.

Él tenía que ir.

A través de la bruma, una imagen clara de su destino surgió en su mente. Él se adelantó a través de la ceniza y el barro, hacia la puerta de entrada parecida a un

castillo con torres altas y pesadas puertas negras que de alguna manera sabía que iban a estar allí.

Capítulo 11

Elena colgó el teléfono. Ella y Bonnie habían discutido todo lo que estaba pasando, desde la misteriosa aparición de los nombres de Celia y Meredith hasta del próximo recital de danza de Margaret. Pero no había sido capaz de llegar hasta la razón por la que realmente la había llamado.

Ella suspiró. Después de un momento, palpó bajo el colchón y sacó su diario de terciopelo.

Querido Diario:

Esta tarde, hablé con Caleb Smallwood en el jardín delantero de mi casa. Apenas lo conozco, pero siento una conexión visceral con él. Quiero a Bonnie y a Meredith más que a mi propia vida, pero no tienen idea de lo que es perder a sus padres, y eso pone un espacio entre nosotras.

Me veo a mí misma en Caleb. Él es tan guapo y parece tan despreocupado. Estoy segura de que la mayoría de la gente piensa que su vida es perfecta. Yo sé lo que es fingir que estás centrado, incluso cuando te estás desmoronando. Puede ser lo más solitario en el mundo. Espero que tenga su propia Bonnie o Meredith, un amigo en el que poder apoyarse.

Lo más extraño sucedió mientras estábamos hablando. Un cuervo voló directamente hacia nosotros. Era un cuervo grande, uno de los más grandes que he visto, con plumas negras iridiscentes que brillaban con el sol, un gran pico ganchudo y garras. Podría haber sido el mismo que apareció en mi ventana ayer

por la mañana, pero no estaba segura. ¿Quién puede saber sobre cuervos?

Y, por supuesto, ambos cuervos me recordaron a Damon, que me miraba en su forma de cuervo incluso antes de encontrarnos.

Lo extraño, ridículo, realmente, es este incipiente sentimiento de esperanza que tengo dentro de mí. ¿Qué pasa si?, sigo pensando, ¿qué pasa si por alguna razón Damon no está muerto, después de todo?

Y entonces la esperanza se derrumba, porque él está muerto, y yo necesito enfrentar eso. Si quiero estar fuerte no puedo mentirme a mí misma. No puedo inventar preciosos cuentos de hadas, donde el vampiro no muere, donde las reglas se cambian, porque es alguien que me importa.

Pero esa esperanza vuelve a acercarse sigilosamente a mí otra vez: ¿Qué pasa si?

Sería demasiado cruel decirle algo sobre el cuervo a Stefan. Su dolor le ha cambiado. A veces, cuando está tranquilo, veo una extraña expresión en sus ojos verdes como las hojas, como si hubiera alguien que no conozco ahí. Y sé que él está pensando en Damon, pensamientos que lo llevan a algún lugar al que no puedo seguirlo.

Pensé que podría decirle a Bonnie sobre el cuervo. Ella se preocupaba por Damon, y no se reiría de mí por preguntarle si de alguna manera, aún podría, de alguna manera, estar vivo. No después de que ella sugiriera la misma cosa el día de hoy. En el último minuto, sin embargo, no pude hablar con ella sobre eso.

Yo sé por qué, y es una mala, egoísta y estúpida razón: Estoy celosa de Bonnie. Porque Damon le salvó la vida.

Horrible, ¿verdad?

Aquí está la cosa: Durante mucho tiempo, de entre millones de personas, había un ser humano que le importaba a Damon. Sólo uno. Y esa persona era yo. Todo el mundo se podía ir al infierno en lo que a él respectaba. Apenas podía recordar los nombres de mis amigos.

Pero algo cambió entre Damon y Bonnie, a lo mejor cuando se quedaron solos en la

Dimensión Oscura juntos, tal vez antes. Ella siempre había tenido un pequeño enamoramiento por él, cuando él no estaba siendo cruel, pero luego él empezó a prestar atención a su pequeño pájaro rojo. Él la miraba. Era tierno con ella.

Y cuando ella estuvo en peligro, fue a salvarla sin pensar dos veces lo que podría costarle.

Así que estoy celosa. Porque Damon le salvó la vida a Bonnie.

Soy una persona terrible. Pero, porque soy tan terrible, no quiero compartir más de Damon con Bonnie, ni siquiera mis pensamientos sobre el cuervo. Quiero mantener una parte de él sólo para mí.

Elena releyó lo que había escrito, con los labios apretados. Ella no estaba orgullosa de sus sentimientos, pero no podía negar su existencia.

Se recostó en la almohada. Había sido un día largo y agotador, y ahora era la una de la mañana. Ella había dicho buenas noches a la tía Judith y Robert un par de horas antes, pero ella no parecía ser capaz de meterse en la cama.

Ella sólo había estado haciendo el tiempo después de cambiar su camisón: cepilló su pelo, reordenó algunas de sus posesiones, hojeó una revista, miró con

satisfacción su vestuario de moda al que no había tenido acceso durante meses. Llamó a Bonnie.

Bonnie había sonado rara. Distraída, tal vez. O tal vez cansada. Era tarde, después de todo.

Elena estaba cansada, pero ella no quería ir a dormir. Finalmente lo admitió: Tenía un poco de miedo de ir a dormir. Damon había sido tan real en su sueño la otra noche. Su cuerpo se había sentido firme y sólido mientras ella lo sostenía, y su cabello negro y sedoso había sido suave en su mejilla. Su suave voz había sonado sarcástica, seductora, y por veces dominante, igual que cuando estaba vivo. Cuando ella se había acordado, con un horror enfermizo, que se había ido, había sido como si hubiera muerto de nuevo.

Pero no podía mantenerse despierta para siempre. Estaba tan cansada.

Elena apagó la luz y cerró los ojos.

Ella estaba sentada en las viejas y chirriantes gradas en el gimnasio de la escuela. El aire olía a calzado deportivo sudado, y a la pulidora que utilizaban en el piso de madera.

—Aquí es donde nos conocimos —dijo Damon, que ahora se daba cuenta estaba sentado a su lado, tan cerca que la manga de su chaqueta de cuero rozaba su brazo.

—Romántico —dijo Elena, levantando una ceja y mirando alrededor de la habitación grande y vacía, los aros de baloncesto colgando en cada extremo.

—Lo intento —dijo Damon, un matiz de risa coloreaba su voz seca—. Pero tú decides dónde estamos. Es tu sueño.

—¿Es un sueño? —preguntó Elena de repente, volviéndose para estudiar su cara—. No se siente como uno.

—Bueno —dijo—, déjame ponerlo de esta manera. No estamos aquí en realidad. — Su rostro estaba serio y objetivo al mirar hacia ella, pero luego brilló una de sus repentinas y brillantes sonrisas, y sus ojos se alejaron—. Me alegro de que hubiera gimnasios como este cuando yo estudié —dijo casualmente, estirando sus piernas delante de él—. Me parece tan poco digno, con los pantalones cortos y las pelotas de goma.

—Stefan dijo que hacías deporte entonces, sin embargo —dijo Elena, distraída a pesar de sí misma. Damon frunció el ceño ante el nombre de Stefan.

—No importa —dijo apresuradamente—. Puede que no tengamos mucho tiempo.

Por favor, Damon, por favor, dijiste que no estás aquí, pero ¿en dónde estás? ¿Te encuentras bien? Incluso si estás muerto... Me refiero a realmente muerto, muerto para siempre, ¿estás en alguna parte?

Él la miró bruscamente. Su boca un poco torcida cuando él dijo: —¿Te importa mucho, princesa?

—Por supuesto que sí —dijo Elena, sorprendida. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Su tono era ligero, pero sus ojos, tan negros que no podía decir dónde terminaba el iris y comenzaba la pupila, estaban alerta.

—Todos los demás, todos tus amigos, este pueblo: ¿No están bien, sin embargo, no es cierto? Tienes tu mundo de vuelta. Hay cosas, daños colaterales que tienes que esperar para conseguir lo que quieres.

Elena podía decir por la expresión de Damon que lo que ella dijera a continuación tendría mucha importancia. Y, en el fondo de su corazón, ¿no había admitido ella el otro día que, por mucho que amaba a Damon, las cosas estaban mejor ahora, que todo podía ser bueno otra vez con la ciudad a salvo y su antigua vida de vuelta? Y que ella lo quería de esa manera, ¿incluso si eso significaba que Damon estaba muerto? Qué fue lo que dijo Damon: ¿daños colaterales?

—Oh, Damon —dijo al fin, impotente—. Simplemente te extraño mucho.

El rostro de Damon se suavizó y la alcanzó. —Elena...

—¿Sí? —murmuró Elena.

—¿Elena? —Una mano estaba temblando suavemente—. ¿Elena? —Alguien le acarició el pelo, y Elena acarició adormilada su tacto.

—¿Damon? —dijo, seguía medio soñando.

La mano detuvo sus caricias luego se retiró. Ella abrió los ojos.

—Sólo yo, me temo —dijo Stefan. Estaba sentado junto a ella en su cama, su boca era una línea recta, firme, su mirada apartada.

—Oh, Stefan —dijo Elena, sentándose y poniendo sus brazos alrededor de él—. No quise decir...

—Está bien —dijo Stefan rotundamente, alejándose de ella—. Yo sé lo que él significaba para ti.

Elena lo atrajo hacia sí y lo miró a la cara. —Stefan. Stefan. —Sus ojos verdes tenían una expresión distante—. Lo siento —dijo suplicante.

—No tienes nada por lo que disculparte Elena —dijo.

—Stefan, estaba soñando con Damon —confesó—. Tienes razón, Damon era importante para mí, y yo... le echo de menos. —Un músculo tembló en un lado de la cara de Stefan, y ella le acarició la mandíbula—. Yo nunca amaré a nadie más de lo que te amo a ti, Stefan. Sería imposible. Stefan —dijo ella, sintiendo que podría llorar—, tú eres mi amor verdadero, ya lo sabes. —Si tan sólo pudiera alcanzarlo y mostrárselo con su mente, hacerle comprender lo que sentía por él. Ella nunca había explorado sus otros Poderes, nunca los había reclamado plenamente, pero perdiendo su conexión telepática se sentía como si pudiera matarla.

La expresión de Stefan se suavizó. —Oh, Elena —dijo lentamente, y envolvió sus brazos alrededor de ella—. Echo de menos a Damon, también —sepultó su cara en su pelo y sus siguientes palabras fueron apagadas—. He pasado cientos de años luchando con mi único hermano, odiándonos mutuamente. Nos hemos matado el uno al otro cuando eran humanos, y creo que ninguno de los dos nunca superó la culpabilidad y la conmoción, el horror de ese momento. —Ella sintió un largo estremecimiento pasar por su cuerpo.

Suspiró, un sonido suave y triste. —Y cuando por fin empezamos a encontrar el camino para volver a ser hermanos de nuevo, fue gracias a ti. —Con la frente todavía apoyada en su hombro, Stefan tomó la mano de Elena y la sostuvo entre las suyas, dándole vueltas y acariciándola mientras él pensaba—. Él murió tan de repente. Supongo que nunca lo esperé... Nunca pensé que Damon moriría antes que yo. Él siempre fue el fuerte, el que verdaderamente amaba la vida. Me siento... —Él sonrió un poco, sólo un toque triste de sus labios—. Me siento... sorprendentemente solo sin él.

Elena entrelazó sus dedos con los de Stefan y sostuvo su mano con fuerza. Volvió el rostro hacia él, mirándolo a los ojos, y se apartó un poco para poder verlo más claramente. Había dolor en sus ojos, y pena, pero también había una dureza que nunca había visto antes.

Ella lo besó, tratando de borrar ese borde duro. Él se resistió durante medio segundo, y luego le devolvió el beso.

—Oh, Elena —dijo con voz ronca, y volvió a besarla.

A medida que el beso se profundizaba, Elena sentía una dulce y satisfactoria sensación de justicia barriendo a través de ella. Siempre era así: Si se sentía

distanciada de Stefan, el toque de sus labios podía unirlos. Ella sintió una oleada de amor y de admiración por parte de él, y se aferró a ella, alimentando la emoción de vuelta a él, el afecto entre ellos cada vez mayor. Sin sus poderes, ella necesitaba esto más que nunca.

Alargó su mente y sus emociones, más allá de la ternura, más allá de la roca sólida de amor que siempre estaba esperándola en un beso de Stefan, y profundizando en su mente. Hubo una intensa pasión allí, y ella lo devolvió, sus emociones entretejiéndose juntas, mientras sus manos se abrazaban fuerte.

Debajo de la pasión, había dolor, un dolor terrible, interminable, y aún más lejos, enterrado en las profundidades de las emociones de Stefan, había una dolorosa soledad, la soledad de un hombre que había vivido durante siglos sin compañía.

Y en el que la soledad era el sabor de algo familiar. Algo... implacable y frío y ligeramente metálico, como si hubiera mordido en papel de aluminio.

Había algo que Stefan estaba ocultándole. Elena estaba segura de ello, y llegó a profundizar en su mente mientras sus besos se intensificaron. Necesitaba todo de él... Empezó a tirar el pelo hacia atrás, para darle su sangre. Que siempre los hacía acercarse lo máximo posible.

Pero antes de que él pudiera aceptar su oferta, se oyó un golpe repentino en la puerta.

Casi inmediatamente se abrió y se asomó la tía Judith. Elena, parpadeó, se encontró sola, las palmas de las manos le picaban por la velocidad con la que Stefan se había alejado de ella. Miró a su alrededor a toda prisa, pero él había desaparecido.

—El desayuno está en la mesa, Elena —dijo la tía Judith alegremente.

—Uh-huh —dijo Elena, distraída, mirando el armario, preguntándose dónde se había escondido Stefan.

—¿Estás bien, querida? —dijo su tía, con la frente arrugada por la preocupación.

Elena debía de tener un aspecto horrible: los ojos muy abiertos, enrojecida, y desaliñada, sentada en su cama deshecha y buscando frenéticamente por la habitación. ¡Había pasado mucho tiempo desde que Stefan había tenido que usar su velocidad vampírica para algo tan mundano como no quedar atrapado en su habitación!

Ella dio a la tía Judith una sonrisa tranquilizadora. —Lo siento, todavía estoy medio dormida. Enseguida voy —dijo—. Será mejor que me dé prisa. Stefan estará aquí para recogerme pronto.

A medida que la tía Judith salía de la habitación, Elena finalmente divisó Stefan, saludando desde el césped por debajo de la ventana abierta, y ella le devolvió el saludo, riendo, las extrañas emociones del fondo de la mente de Stefan apartadas a un lado por el momento. Gesticuló que iba hacia el frente de la casa y que la iba a ver en un minuto.

Ella se rió de nuevo y se levantó para prepararse para el picnic en Hot Springs. Era agradable ser el tipo de chica que se preocupaba por conseguir tierra. Se sentía... placenteramente normal.

Unos minutos más tarde, mientras Elena, ahora vestida con pantalones cortos y una luminosa camiseta azul, el pelo recogido en una cola de caballo, se dirigía por las escaleras, sonó el timbre.

—Ese será Stefan —dijo mientras la tía Judith apareció en la puerta de la cocina. Elena tomó su bolsa de playa y el refrigerador de picnic del banco en el pasillo.

—Elena. —La tía Judith regañó—. ¡Tienes que comer algo antes de irte!

—No hay tiempo —dijo Elena con una sonrisa por la familiaridad del argumento—. Voy a coger un bollo o algo por el camino. —Ella y tía Judith habían intercambiado estas palabras u otras similares, casi todas las mañanas de los años en la escuela secundaria de Elena.

—Oh, Elena —dijo la tía Judith, volviendo los ojos—. No te muevas, señorita. Ya vuelvo.

Elena abrió la puerta y sonrió a los ojos de Stefan. —Hola, extraño —dijo en voz

baja. Él la besó, un toque dulce de sus labios en los de ella.

La tía Judith se apresuró a regresar al pasillo y presiono una barra de cereales en la mano de Elena. —Así —dijo—. Por lo menos tendrás algo en el estómago.

Elena le dio un rápido abrazo. —Gracias, tía Judith —dijo—. Nos vemos más tarde.

—Que se diviertan, pero por favor no se olviden esta noche del recital de danza de Margaret —dijo la tía Judith—. Ella está tan entusiasmada con él. —Tía Judith dijo adiós desde la puerta mientras Elena y Stefan se encaminaron hacia el coche.

—Nos encontraremos con los demás en la pensión y viajaremos en caravana hasta Hot Springs —dijo Stefan—. Matt y Meredith están trayendo sus coches.

—Oh, bueno, no vamos a estar tan apretados como ayer. No es que me importara ir sentada en tu regazo, pero pensé que podría aplastar a Celia en el medio —dijo

Elena. Volvió el rostro hacia arriba y se estiró como un gato al sol. Una brisa movió la cola de caballo, y cerró los ojos y disfrutó de la sensación—. Es un día hermoso para un picnic —dijo. El mundo estaba vivo con cantos de pájaros y con el susurro de los árboles. Un débil trazo de nubes blancas destacaban el azul brillante del cielo—. ¿Sería de mal agüero decir que se siente como el tipo de día en el que nada puede salir mal? —preguntó.

—Sí, absolutamente sería de mal agüero que nosotros dijéramos eso —dijo Stefan, imperturbable, abriendo la puerta del lado del pasajero para ella.

—Entonces no lo voy a decir —dijo Elena—. Ni siquiera lo pensaré. Pero me siento bien. No he estado en Hot Springs por años. —Ella sonrió con placer, y Stefan le devolvió la sonrisa, pero Elena fue sorprendida una vez más por la idea de que ciertamente había algo nuevo, algo inquietante en sus ojos.

.....

Capítulo 12

—Hace un día hermoso, perfecto para un picnic —observó Meredith con calma.

Bonnie con mucho tacto pero con firmeza, condujo a Celia al interior del coche de Matt en vez de al de Meredith, por lo que Meredith estaba a solas con Alaric ¡por fin! Por primera vez desde que había llegado. Por una parte sólo quería salir de la carretera, agarrar a Alaric, y besarlo y besarlo, ella estaba tan contenta de que estuviera aquí finalmente. A través de toda la locura de los últimos meses, había deseado que estuviera allí para luchar a su lado, contar con él. Pero por otra parte quería salirse de la carretera, agarrar a Alaric, y pedir que le explicase exactamente qué relación tenía con la Dra. Celia Connor.

En cambio, allí estaba ella, conduciendo plácidamente, con las manos a las diez y dos en el volante, teniendo una pequeña charla sobre el clima. Se sentía como una cobarde, y Meredith Suárez no era ninguna cobarde. Pero, ¿qué podía decir? ¿Qué pasa si era sólo que estaba paranoica, y hacía un escándalo ridículo por relación estrictamente profesional?

Ella miró a Alaric de reojo. —Así que... —dijo—. Quiero saber más sobre tu investigación en Japón.

Alaric se pasó las manos por su cabello ya despeinado y le sonrió. —El viaje fue fascinante —dijo—. Celia es tan inteligente y tiene tanta experiencia. Ella juntó todas estas pistas sobre una civilización. Fue una verdadera sorpresa para mí verla descifrar tanto a partir de las evidencias en las tumbas. Nunca supe mucho sobre antropología forense antes, pero ella fue capaz de reconstruir una cantidad

sorprendente de la cultura de Unmei no Shima.

—Suena como si ella fuera simplemente increíble —dijo Meredith, escuchando el ácido en su tono.

Al parecer, Alaric no se dio cuenta. Sonrió un poco. —Me llevó bastante tiempo o que ella tomara mi investigación paranormal en serio —dijo con tristeza—. La parapsicología no es muy bien considerada por los expertos en otras disciplinas científicas. Ellos piensan que la gente como yo, que eligen pasar la vida estudiando lo sobrenatural son charlatanes, o ingenuos. O un poco locos.

Meredith se obligó a hablar amablemente. —Fuiste capaz de convencerla al final, sin embargo. Eso es bueno.

—Algo así —respondió Alaric—. Llegamos a ser amigos, de todos modos, por lo que dejó de pensar que era un fraude. Creo que lo encontró todo mucho más creíble después de lo que ha sucedido aquí el primer día, sin embargo —dijo una sonrisa irónica—. Ella trató de ocultarlo, pero estaba impresionada ayer, cuando Stefan la salvó. La existencia de un vampiro deja claro que hay mucho de lo que la ciencia convencional no sabe nada. Estoy seguro de que querrá examinar a Stefan si él se deja.

—Me imagino que sí —dijo Meredith secamente, resistiendo la tentación de preguntarle por qué pensaba que Stefan cooperaría cuando parecía tan disgustado porque Alaric le hubiera dicho a Celia sobre él. Alaric deslizó una mano por el asiento del coche hasta que estuvo lo suficientemente cerca para correr un dedo suavemente por el brazo de Meredith. —Aprendí mucho durante mi ausencia —dijo seriamente—, pero estoy más preocupado por lo que está pasando ahora mismo en Fell's Church.

—¿Te refieres a esta magia negra que se supone que está aumentando aquí? —preguntó Meredith.

—Me refiero a la magia negra que parece tener como objetivo a ti y a Celia —dijo Alaric enérgicamente—. No estoy seguro de que ninguna de los dos se lo estén tomando muy en serio.

Yo y Celia, pensó Meredith. Está tan preocupado por ella como por mí. Tal vez más.

—Yo sé que nos hemos enfrentado al peligro en el pasado, pero me siento responsable de Celia —continuó Alaric—. Yo la traje aquí, y nunca sería capaz de perdonarme a mí mismo si algo le pasara.

Definitivamente más, pensó Meredith con amargura, y restó importancia a la mano de Alaric.

Ella inmediatamente se arrepintió de la moción. ¿Qué era lo que le pasaba? Esto no era quién era ella. Ella siempre había sido calmada y racional. Ahora, aquí se estaba

sintiendo como, también, como una novia celosa.

—Y ahora está amenazándote a ti también —continuó Alaric. Él tentativamente tocó su rodilla, y esta vez Meredith permitió a su mano quedarse allí—. Meredith, yo sé lo fuerte que eres. Pero es terrible para mí que este no parece ser el tipo de enemigo al que estamos acostumbrados. ¿Cómo podemos luchar contra lo que no podemos ver?

—Todo lo que podemos hacer es estar atentos —dijo Meredith. Su entrenamiento había sido completo, pero aún no entendía este nuevo mal. Sin embargo, ella sabía cómo protegerse a sí misma mucho mejor de lo que Alaric pensaba. Ella lo miró por el rabillo del ojo. Su ventana estaba entreabierta, y la brisa agitaba su pelo rubio. Se conocían uno al otro muy bien, sin embargo, él aún no sabía su mayor secreto.

Por un momento pensó en contárselo, pero entonces él se volvió hacia ella y le dijo: —Celia está poniendo buena cara, pero puedo decir que tiene miedo. No es tan dura como tú.

Meredith se puso rígida. No, este no era el momento adecuado para decirle a Alaric que era una cazadora-asesina. No cuando estaba conduciendo. No cuando estaba enojada. De repente, sentía su mano pesada y húmeda en su rodilla, pero ella sabía que no podía empujarla de nuevo sin traicionar sus sentimientos. En su interior, sin embargo, ella rabiaba por la forma en que la conversación volvía a Celia. Alaric había pensado en ella en primer lugar. E incluso cuando él estaba hablando acerca del peligro de Meredith, se expresaba en términos de lo que le había sucedido a Celia.

La voz de Alaric se convirtió en un zumbido de fondo mientras Meredith agarraba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se ponían blancos.

En realidad, ¿por qué estaba sorprendida de que Alaric tuviera sentimientos por Celia? Meredith no estaba ciega. Ella podía ser objetiva. Celia era inteligente, experta, hermosa. Celia y Alaric se encontraban en el mismo punto en sus vidas. Meredith ni siquiera había comenzado la universidad todavía. Era atractiva, lo sabía, y sin duda inteligente. Pero Celia era todo eso y más: ella era igual a Alaric de una forma en que Meredith no podía serlo por el momento. Claro, Meredith era una cazadora de vampiros. Pero Alaric no sabía eso. Y cuando lo supiera, ¿admiraría su fuerza? ¿O se alejaría de ella otra vez, asustado de sus habilidades, y

se iría con alguien más académico, como Celia?

Una burbuja negra de miseria llenó el pecho de Meredith.

—Estoy empezando a pensar que debería llevar a Celia lejos de aquí si es que puedo conseguir que se vaya —decía Alaric a regañadientes, pero Meredith no podía oírle. Ella se sentía fría como si estuviera envuelta en una niebla—. Tal vez debería llevarla de vuelta a Boston. Creo que deberías dejar Fell's Church, también, Meredith, si pudieras convencer a tu familia para irte el resto del verano. Puedes venir con nosotros, o tal vez hay algún familiar con el que puedes quedarte si a tu familia no le gusta eso. Me preocupa que no estés segura aquí.

—Aún no me ha ocurrido nada —dijo Meredith, sorprendida por la calma de su propia voz, cuando tales emociones oscuras hervían en su interior—. Y tengo la responsabilidad de estar aquí y proteger la ciudad. Si piensas que Celia estará más segura lejos de aquí, hagan lo que crean que es mejor. Pero sabes que no hay garantía de que lo que sea que nos amenaza no la siga a otro lugar. Y por lo menos aquí hay gente que cree en el peligro.

—Además —añadió pensativamente—, la amenaza a Celia puede haber terminado. Tal vez si el ataque se evita, se pasa a otra persona. Mi nombre no apareció hasta después de que Stefan salvara a Celia. Si es así, el peligro es sólo para mí.

No es que te importe, pensó con saña, y se sorprendió a sí misma. Por supuesto, a Alaric le importaba.

Era sólo que a él parecía importarle más lo que le había sucedido a Celia.

Sus uñas se clavaban en sus palmas sobre el volante mientras seguía cuidadosamente al coche de Stefan por la carretera hacia el estacionamiento de Hot Springs.

—¡Alto! —gritó Alaric, con pánico en su voz, y Meredith automáticamente clavó los frenos. El coche chilló al detenerse.

—¿Qué? —exclamó Meredith—. ¿Qué pasa?

Y entonces la vio.

La Dra. Celia Connor había salido del coche de Matt para cruzar a la ruta de acceso hasta los muelles. Meredith había venido acelerando derecha hacia ella. Sólo a unos centímetros del parachoques delantero de Meredith, Celia se congeló, su bonita cara gris con miedo, con la boca en una perfecta O.

Un segundo más, y Meredith la habría matado.

Capítulo 13

—Lo siento mucho. Lo siento mucho —dijo Meredith por décima vez. Su cara generalmente compuesta estaba roja, y le brillaban los ojos con lágrimas. Matt no recordaba haberla visto tan molesta por algo, especialmente algo que había terminado por no ser un gran problema. Por supuesto, Celia pudo haber sido herida, pero el coche no la había tocado.

—Estoy bien, en serio, Meredith —aseguró Celia una vez más.

—No te vi. No sé cómo, pero no lo hice. Gracias a Dios por Alaric —dijo Meredith, lanzando una mirada de agradecimiento a Alaric, que estaba sentado junto a ella y le frotaba la espalda.

—Está bien, Meredith —dijo—. Está todo bien. —Alaric parecía más preocupado por Meredith que por Celia, y Matt no lo culpaba. Balbucear estaba bastante fuera de lo normal en Meredith. Alaric envolvió sus brazos con fuerza alrededor de Meredith, y ella se relajó visiblemente.

Celia, por el contrario, se tensó visiblemente mientras Meredith se inclinaba en el abrazo de Alaric. Matt intercambió una mirada triste con Bonnie.

A continuación, Stefan se acercó y le acarició el hombro a Elena distraídamente, y Matt se sorprendió al sentir una punzada de celos. ¿No era que jamás iba a conseguir más de Elena Gilbert? Hacía más de un año desde que habían salido, y

cerca de un siglo de experiencia.

Bonnie seguía mirándolo, ahora con un brillo especulativo en sus ojos, y Matt le dirigió una sonrisa suave. Él simplemente prefería no saber lo que Bonnie vio en su cara cuando él miró a Elena y Stefan.

—Girando en esta curva y subiendo la pendiente está el paso —dijo a Celia, dirigiéndola adelante al camino—. Es un poco de caminata, pero es el mejor lugar por aquí para hacer un picnic.

—Absolutamente el mejor —dijo Bonnie alegremente—. Podemos bajar por la cascada. —Ella apareció en el otro lado de Celia, ayudándole a guiarla lejos de las dos parejas, que murmuraban entre sí en voz baja, mientras ellos los seguían.

—¿Esto es seguro? —preguntó Celia dudosa.

—Totalmente —dijo Bonnie—. Todo el mundo salta la cascada aquí, y nunca nadie se ha herido.

—Por lo general es seguro —dijo Matt, con más cautela—. Tú y Meredith tal vez queráis pensar sobre no ir a nadar, Celia.

—Odio esto —dijo Bonnie—. Odio que tengamos que ser extra cuidadosos, por culpa de alguna cosa oscura sobre la que no sabemos nada. Todo debería ser normal.

Normal o no, era un día de picnic magnífico. Extendieron sus mantas en las rocas cerca de la parte superior de la cascada. La pequeña cascada caía por el lado del acantilado y terminaba en un profundo pozo de agua efervescente, haciendo una especie de fuente natural que se extendía en una piscina clara bronce-verde.

La señora Flowers había preparado ensaladas, panes y postres para ellos, así como carne y maíz a la parrilla en un Hibachi[1] que Stefan había traído de la pensión. Tenían comida más que suficiente para un par de días de camping, por no hablar para una comida. Elena había guardado las bebidas frías en un refrigerador, y, después de caminar por el sendero bajo el calor del verano de Virginia, todo el mundo estaba feliz de abrir una limonada o un refresco.

Incluso Stefan tomó una botella de agua y bebió mientras empezó a calentar la parrilla, a pesar de que se entendía de forma automática por todo el mundo que él no iba a comer. Matt siempre había encontrado que el hecho de no haber visto nunca a Stefan comer era un poco espeluznante, incluso antes de saber que era un vampiro.

Las chicas retorcían sus jeans y tops para mostrar sus trajes de baño, como orugas transformándose en mariposas. Meredith parecía tostada y delgada en un bañador negro. Bonnie llevaba un bikini verde de sirena. Elena llevaba una banda de oro suave que pegaba con sus cabellos. Matt observó como Stefan la miraba con admiración, y sintió un pequeño giro de celos otra vez.

Tanto Elena como Bonnie pusieron sus camisetas de nuevo sobre sus trajes de baño casi de inmediato. Siempre lo hacían, su piel pálida se quemaba en vez de broncearse. Celia descansaba sobre una toalla, se veía espectacular en un informal pero atrevidamente pequeño traje de baño blanco. El efecto del blanco puro en contraste con el color café de la piel de Celia era increíble. Matt notó los ojos de Meredith pasando sobre ella y luego mirando fijamente a Alaric.

Sin embargo, Alaric estaba demasiado ocupado pelando bajo un par de troncos rojos. Stefan se mantenía fuera de la luz directa del sol, permaneciendo en sus pantalones vaqueros oscuros y camiseta negra.

¿No era eso un poco espeluznante, también? pensó Matt. El anillo de Stefan lo protegía de los rayos del sol, ¿no? ¿Acaso todavía tenía que atenerse a las sombras? ¿Y qué pasaba con la ropa de color negro? ¿Estaba él haciéndose pasar por Damon

ahora? Matt frunció el ceño ante la idea. Un Damon había sido más que suficiente.

Matt negó con la cabeza, estiró los brazos y las piernas, volvió su rostro hacia el sol, y trató de deshacerse de sus pensamientos. A él le gustaba Stefan. Él siempre le había gustado. Stefan era un buen tipo. Un vampiro, una voz seca en la parte posterior de su mente, observó, incluso aunque sea inofensivo, rara vez se puede describir como un buen tipo.

Matt ignoró la voz.

—¡Vamos a saltar! —dijo, y se dirigió hacia la cascada.

—Meredith no —dijo Stefan rotundamente—. Meredith no, y Celia tampoco.

Vosotras dos quedaros aquí.

Hubo un breve silencio, y él levantó la vista de la parrilla para ver a sus amigos mirarlo. Permaneció con el rostro neutral mientras volvían sus miradas. Esta era una situación de vida o muerte. Ahora era responsabilidad de Stefan mantenerlos a salvo, les gustara o no. Los miró uno a uno, manteniendo sus miradas. No iba a dar marcha atrás.

Meredith se había puesto de pie para seguir a Matt al borde de la cascada, y dudó por un momento, claramente no sabía cómo reaccionar. Entonces su rostro se endureció y Stefan vio que se había optado por tomar una postura.

Ella dio un paso hacia él. —Lo siento, Stefan —dijo, su voz nivelada—. Yo sé que estás preocupado, pero seré yo la que decida lo que quiero hacer. Puedo cuidar de mí misma.

Ella se dirigió junto a Matt, que estaba de pie en el borde del precipicio, pero Stefan desenfundó su mano agarrándola por la muñeca, los dedos tan fuertes como el acero. —No, Meredith —dijo con firmeza.

Por el rabillo del ojo, vio como la boca de Bonnie caía abierta. Todo el mundo lo miraba con el rostro confundido, ansioso, y Stefan trató de suavizar su tono. —Sólo estoy tratando de hacer lo mejor para ti.

Meredith suspiró, un sonido largo y borrascoso y parecía estar haciendo un esfuerzo para dejar de lado algo de su enojo. —Yo sé eso, Stefan —dijo de manera razonable—, y te lo agradezco. Pero no puedo ir por el mundo dejando de hacer las cosas que suelo hacer, esperando a lo que sea que viene a buscarme.

Trató de moverse, pero él la esquivó para bloquear su camino de nuevo.

Meredith miró a Celia, quien alzó las manos y sacudió la cabeza. —No me mires —dijo Celia—. No tengo ganas de saltar de un acantilado. Yo sólo voy tomar el sol y

dejar que todos ustedes arreglen esto ustedes mismos. —Ella se echó hacia atrás sobre sus manos y volvió la cara hacia el sol.

Los ojos de Meredith se estrecharon y se volvió de nuevo a Stefan. Cuando estaba abriendo la boca, Elena interrumpió.

—¿Qué tal si el resto de nosotros va primero? —sugirió ella de forma conciliadora a Stefan—. Podemos asegurarnos de que no hay nada claramente peligroso allá abajo. Y vamos a estar cerca de ella en la parte inferior. Nadie ha resultado herido saltando de aquí, no que yo sepa. ¿Verdad muchachos? —Matt y Bonnie asintieron con la cabeza mostrándose de acuerdo.

Stefan sintió como se suavizada. Cada vez que Elena usaba su voz lógica y ampliaba sus atractivos ojos se encontraba de acuerdo con los planes que, en el fondo de su corazón, él creía que eran temerarios.

Elena presionó su ventaja. —Tú podrías estar justo en el agua por debajo, también —dijo—. Entonces, si hay algún problema, puedes bucear en seguida. Tú eres tan rápido que llegarás antes que nada malo pueda pasar.

Stefan sabía que eso no era cierto. No había olvidado que había enfermado de desesperación al darse cuenta de que había sido demasiado lento para salvar a alguien. Una vez más, vio el largo, elegante salto de Damon hacia Bonnie que había terminado con Damon cayendo a la tierra, una rama de madera impulsando a través de su corazón. Damon había muerto debido a que Stefan había sido demasiado lento para salvarlo, demasiado lento para darse cuenta del peligro y salvar a Bonnie él mismo.

También había sido demasiado tarde para salvar a Elena cuando ella había manejado desde el puente y se ahogó. El hecho de que ahora viviera de nuevo, no quería decir que no le hubiera fallado entonces. Se acordó de su cabello claro flotando como algas en el agua fría de Wickery Creek, con las manos todavía apoyadas en el volante, los ojos cerrados, y se estremeció. Él se había zambullido en repetidas ocasiones antes de encontrarla. Ella estaba muy fría y blanca cuando la llevó a la orilla.

Sin embargo, se encontró asintiendo con la cabeza. Elena siempre conseguía lo que quería. Él estaría en alerta por Meredith y la protegería lo mejor que pudiera, y rezó, todo lo que un vampiro podía rezar, para que fuera suficiente.

El resto de los amigos permanecían arriba mientras, abajo en el fondo de las cataratas, Stefan estudiaba la piscina a sus pies. El agua rociaba exuberantemente allí donde las cataratas golpeaban la superficie. La arena caliente, pálida rodeaba los bordes de la piscina, haciendo una pequeña playa, y el centro de la piscina

parecía oscuro y profundo.

Matt saltó en primer lugar, con un grito largo y ondulante mientras se desplomaba. El chapoteo al golpear el agua fue enorme, y parecía estar sumergido por mucho tiempo. Stefan se inclinó para mirar el agua. No podía ver a través de la espuma lanzada por las cataratas, y un temblor ansioso atravesó su estómago.

Él estaba pensando bucear detrás de él cuando la elegante cabeza mojada de Matt salió a la superficie. —¡He tocado el fondo! —anunció, sonriendo, y sacudió la cabeza como un perro, tirando relucientes gotas de agua por todas partes.

Nadó hacia Stefan, sus fuertes extremidades moviéndose poderosamente, y Stefan pensó que todo parecía fácil para Matt. Era una criatura de luz solar y sencillez, mientras que Stefan estaba atrapado en las sombras, viviendo una larga media vida de secretos y soledad. Por supuesto, su anillo de zafiro le permitía caminar bajo el sol, pero la exposición a la luz del sol por un largo tiempo, como hoy, le hacía sentirse incómodo, como si tuviera una especie de picor profundo dentro de él. Era peor ahora que se estaba reajustando a una dieta de sangre animal de nuevo. Su inquietud era otro recordatorio de que no pertenecía aquí. No de la forma en que Matt lo hacía.

Se encogió ante sus agrios sentimientos, sorprendido porque estos hubieran aparecido. Matt era un buen amigo. Siempre lo había sido. La luz del sol debía de estar penetrando en él.

Bonnie saltó la siguiente, y la emergió más rápido, tosiendo y resoplando. —¡Uf! —dijo—. ¡Tengo el agua hasta en la nariz! ¡Uf! —Ella salió del agua y se sentó en una roca cerca de los pies de Stefan—. ¿Tú no nadas? —preguntó ella.

Stefan fue golpeado con un flash de memoria. Damon, curtido y fuerte, salpicándole y riéndose en uno de sus raros ataques de buen humor. Hacía cientos de años ahora. Antes, cuando los hermanos Salvatore habían vivido bajo la luz del sol, incluso antes de que los bisabuelos de sus amigos hubieran nacido. —No desde hace mucho tiempo —respondió.

Elena saltó con la misma gracia informal con la que hacía todo lo demás, recta como una flecha, hacia la parte inferior de las cataratas, su traje de baño de oro y sus cabellos de oro brillando a la luz del sol. Ella permaneció bajo el agua más

tiempo que Bonnie, y otra vez Stefan se puso tenso, mirando a la piscina. Cuando salió a la superficie, dio una sonrisa triste. —No pude llegar hasta el fondo —dijo—. Me estiré y me estiré hacia abajo. Pude ver la arena, pero el agua me empujó hacia arriba.

—Yo ni siquiera lo intenté —dijo Bonnie—. He aceptado que soy demasiado bajita.

Elena se alejó nadando hasta el fondo de las cataratas y se subió a la arena, colocándose junto a los pies de Bonnie y Stefan. Matt salió del agua, también, y se quedó cerca de las cataratas, mirando críticamente. —Simplemente salta con los pies por delante, Meredith —gritó en broma—. Eres tan presumida.

Meredith estaba preparada en el borde de las cataratas. Ella los saludó y luego saltó en un perfecto salto del ángel, arqueándose rápidamente hacia la piscina, desapareciendo sin problema bajo el agua sin apenas salpicar.

—Ella estuvo en el equipo de natación —dijo Bonnie conversando con Stefan—. Tiene una fila de medallas y trofeos en una estantería en casa.

Stefan asintió, ausente, con los ojos explorando el agua. Sin duda, la cabeza de Meredith saldría a la superficie en un segundo. Los demás se habían tomado sobre este tiempo para resurgir.

—¿Puedo saltar ya? —llamó Alaric desde arriba.

—¡No! —gritó Elena. Se levantó y ella y Stefan intercambiaron una mirada de preocupación. Meredith había estado allá abajo demasiado tiempo.

Meredith salió a la superficie, escupiendo y apartándose el pelo húmedo de sus ojos. Stefan se relajó.

—¡Lo hice! —gritó—. L...

Sus ojos se abrieron y empezó a gritar, pero su grito fue cortado ya que fue retirada abruptamente bajo el agua por algo que no se veía. En el espacio de un aliento, ella se había ido.

Por un momento, Stefan se quedó mirando el sitio donde Meredith había estado,

incapaz de moverse. Demasiado lento, demasiado lento, una voz interior se mofaban de él, y se imaginó la cara de Damon, riendo cruelmente y diciéndole de nuevo, tan frágil, Stefan. No podía ver a Meredith en ningún lugar bajo la clara y efervescente agua. Era como si hubiera sido llevada repentinamente fuera. Todo esto voló a través de la cabeza de Stefan en sólo un instante, y luego se zambulló en el agua tras ella.

Bajo el agua, él no podía ver nada. El agua blanca de la cascada burbujeaba, lanzando espuma y arena dorada frente a él.

Stefan urgentemente canalizó su energía a sus ojos, afilando su visión, pero más que nada esto sólo quería decir que ahora podía ver las burbujas individuales de las aguas blancas y los granos de arena en relieve. ¿Dónde estaba Meredith?

El agua burbujeante estaba tratando de empujarlo hacia arriba a la superficie, también. Tuvo que luchar para avanzar a través de las turbias aguas, extendiéndose. Algo rozó sus dedos y se agarró a él, pero era sólo un puñado de resbaladizas lilas de agua.

¿Dónde estaba? El tiempo se agotaba. Los seres humanos podían estar sin oxígeno durante unos minutos antes de empezar el daño cerebral. Pocos minutos después de esto no habría recuperación alguna.

Recordó una vez más cuando Elena se ahogó, la frágil y blanca figura que había sacado del coche destrozado de Matt, cristales de hielo en su pelo. Aquí el agua estaba caliente, pero mataría a Meredith con la misma certeza. Se tragó un sollozo y se extendió una vez más desesperadamente en las sombreadas profundidades.

Sus dedos encontraron piel, y la movió contra su mano.

Stefan comprendió que era una extremidad, la apretó lo suficiente para magullarla, y se lanzó hacia delante. En menos de un segundo más, pudo ver que era el brazo de Meredith. Ella estaba consciente, con la boca apretada por el miedo, su cabello fluyendo alrededor de ella en el agua.

Al principio no podía entender por qué ella no había llegado a la superficie. Entonces Meredith gesticuló enérgicamente, alcanzando a tientas unos largos zarcillos de espigas de agua que se habían, de alguna manera, enredado con sus

piernas.

Stefan nadó hacia abajo, empujando contra las blancas aguas de las cataratas, e intentó meter su mano debajo de la lila de agua para tirar de ella. Estaba envuelta con tanta fuerza alrededor de las piernas de Meredith que no podía meter sus dedos debajo de ella. Su piel estaba blanca y presionada por las hebras.

Stefan luchó por un momento y luego nadó más cerca y dejó surgir el poder en él, afilando y el alargando sus caninos. Él mordió, con cuidado de no arañar las piernas de Meredith, y tiró de la lila de agua, pero esta se resistió.

Un poco después, se dio cuenta de que la resistencia de las plantas debía ser sobrenatural, su poder, una fuerza perfeccionada, era suficiente para romper huesos y romper a través del metal, y no debería haber tenido ningún problema con un poco de espigas de agua.

Y, por último, tan lento, se reprenió, siempre tan malditamente lento se dio cuenta de lo que estaba viendo. Stefan sintió que sus ojos se abrían con horror.

Las apretadas hebras de las espigas de agua contra las piernas largas de Meredith escribían un nombre.

damon

Capítulo 14

¿Dónde estaban? Elena miraba el agua con ansiedad. Si algo le había sucedido a Meredith o a Stefan, sería culpa de Elena. Ella había convencido a Stefan para que permitiera que Meredith saltara de las cataratas.

Ahora ella podía ver que las objeciones de Stefan habían sido razonables. Meredith había sido marcada para morir. Por el amor de Dios, Celia casi había muerto simplemente al bajar de un tren. ¿Qué había estado pensando Meredith, al saltar de un acantilado al agua cuando estaba en la misma clase de peligro? ¿En qué habían estado pensando Elena para dejarle hacerlo? Tendría que haber estado del lado de Stefan, procurando que Meredith se echara atrás.

Y Stefan. Sabía que debía estar bien, la parte racional de su cerebro seguía recordándole que Stefan era un vampiro. Ni siquiera necesitaba respirar. Podía permanecer bajo el agua durante varios días. Era increíblemente fuerte.

Pero no hace mucho tiempo, había pensado que Stefan se había ido para siempre, secuestrado por los kitsune. Cosas malas le podían pasar a él, vampiro o no. Si lo perdía ahora por su estúpida culpa, a través de su propia terquedad y la insistencia de todo el mundo por pretender que la vida podría ser como solía ser, que podrían tener algo de sencilla diversión, sin ser castigados después, Elena se tumbaría y moriría.

—¿Ves algo? —preguntó Bonnie, un temblor en su voz. Sus pecas se destacaban en puntos oscuros sobre su pálido rostro, y sus rizos rojos normalmente exuberantes estaban cubiertos planos y oscuros contra su cabeza.

—No. No desde aquí. —Elena le lanzó una mirada sombría, y antes de decidirlo conscientemente, se zambulló en la piscina.

Bajo el agua, la visión de Elena se vio turbada por la espuma y la arena lanzada por las cataratas, se mantuvo a flote por un momento, mientras trataba de mirar

alrededor. Ella vio una mancha de oscuridad que parecía que podían ser figuras humanas cerca de la mitad de la piscina y se dirigió hacia ella.

Gracias a Dios, pensó Elena con fervor. Cuando ella se acercó, la oscuridad se resolvió en Meredith y Stefan. Ellos parecían estar luchando contra algo en el agua, la cara de Stefan cerca de las piernas de Meredith, las manos de Meredith alargándose desesperadamente hacia la superficie. Su rostro estaba de color azulado por la falta de oxígeno, y sus ojos estaban muy abiertos por el pánico.

Como Elena se acercaba a ellos, Stefan tironeó bruscamente y Meredith se disparó hacia arriba. Como a cámara lenta, Elena vio el brazo de Meredith oscilando mientras subía. Un golpe repentino envió a Elena disparada hacia atrás, hacia las rocas tras las cataratas, las cataratas la empujaban más profundo mientras pasaba junto a ellos.

Esto es malo, tuvo el tiempo suficiente para pensar, y luego su cabeza golpeó contra las rocas y todo se volvió negro.

Cuando Elena se despertó, se encontraba en su habitación en su casa, todavía en traje de baño. El sol brillaba a través de la ventana, pero Elena estaba mojada y tiritando de frío. El agua brotaba de su cabello y de su traje de baño, las gotas serpenteando en sus brazos y piernas y formando charcos en la alfombra.

Ella se sorprendió al ver que Damon estaba allí, viéndose elegante, oscuro y sereno como siempre. Había estado hojeando su estantería, tan cómodo como si estuviera en su propia casa, y se dio la vuelta para mirarla.

—Damon —dijo débilmente, confundida, pero, como siempre, muy feliz de verlo.

—¡Elena! —dijo, pareciendo encantado por un momento, y luego frunció el ceño.

—No —dijo bruscamente—. Elena, despierta.

—Elena, despierta. —La voz estaba asustada y desesperada, y Elena luchó contra la oscuridad que parecía estar presionándola y abrió los ojos.

¿Damon? estuvo a punto de decir, pero mordió la palabra de vuelta. Porque, por supuesto que era Stefan quien la miraba preocupado a los ojos, e incluso dulce, entendía que Stefan podría oponerse a que ella lo llamara por el nombre de su hermano muerto dos veces en un día.

—Stefan —dijo, recordando—. ¿Está Meredith bien?

Stefan la envolvió en sus brazos. —Ella va a estarlo. Oh, Dios, Elena —dijo—. Pensé que iba a perderte. Tuve que tirarte a la orilla. Yo no sabía... —Su voz se apagó, y la abrazó aún más cerca de su pecho.

Elena hizo un rápido inventario personal. Estaba dolorida. La garganta y los pulmones le dolían, probablemente por la inhalación de agua y la tos. Había arena encima de ella, cubriendo sus brazos y su traje de baño, y comenzaba a picarle. Pero estaba viva.

—Oh, Stefan —dijo Elena, y cerró los ojos por un momento, apoyando la cabeza contra él. Ella estaba tan fría y húmeda, y Stefan era tan cálido. Podía oír su corazón latiendo bajo su oreja. Más lento que el de un humano, pero firme y tranquilizador.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Matt estaba arrodillado al lado de ellos. —¿Estás bien? —preguntó. Cuando ella asintió, él volvió su mirada a Stefan—. Yo debería haber saltado —dijo con aire de culpabilidad—. Debería haberte ayudado a salvarla. Todo parecía ocurrir tan rápido, y cuando me di cuenta de que algo estaba realmente mal, tú las traías ya de vuelta fuera del agua.

Ella se sentó y tocó el brazo de Matt, sintiendo una oleada cálida de afecto hacia él. Era tan bueno, y se sentía responsable por todos ellos. —Todo el mundo está bien, Matt —dijo—. Eso es lo que importa.

A unos metros de distancia, Alaric estaba inspeccionando a Meredith mientras Bonnie se cernía sobre ellos. Celia se puso un poco más lejos, con los brazos envueltos alrededor de ella mientras miraba a Alaric y a Meredith.

Cuando Alaric se alejó, Meredith captó la mirada de Elena. Tenía el rostro pálido por el dolor, pero se las arregló para darle una sonrisa de disculpa.

—No era mi intención golpearte —dijo—. Y Stefan, debería haberte escuchado, o simplemente tener más sentido y quedarme en la orilla. —Ella hizo una mueca—. Creo que me he torcido el tobillo. Alaric me va a llevar al hospital para que me lo venden.

—Lo que quiero saber —dijo Bonnie—, es si esto significa que todo ha terminado. Quiero decir, el nombre de Celia apareció, y casi fue estrangulada por las puertas del tren. Y el nombre de Meredith apareció, y ella casi se ahoga. Los dos se salvaron

por Stefan. Buen trabajo, Stefan ¿Eso significa que estáis a salvo? No hemos visto más nombres.

El corazón de Elena se iluminó con esperanza. Pero Matt negó con la cabeza.

—No es tan fácil —dijo sombríamente—. Nunca es tan fácil. El hecho de que Meredith y Celia se pudieran salvar esta vez, no significa que sea lo que sea eso no siga tras ellas aún. Y aunque su nombre no estaba escrito, Elena estuvo en peligro, también.

Los brazos de Stefan estaban alrededor de Elena, pero se sentían duros e inflexibles. Cuando le miró a la cara, su mandíbula se tensó y sus ojos verdes se llenaron de dolor.

—Me temo que no es el fin. Ha aparecido otro nombre —les dijo—. Meredith, no creo que lo hayas visto, pero las plantas que se enredaban lo escribieron contra tus piernas.

Todo el mundo quedó sin aliento. Elena agarró su brazo, su estómago cayendo. Miró a Matt, a Bonnie, a Stefan, a sí misma. Nunca se habían visto más valiosos para ella. ¿Cuál de las personas que amaba estaba en peligro?

—Bueno, no nos tengas en suspenso —dijo Meredith con ironía. Su color se veía mejor, notó Elena, y su voz sonaba nítida y competente una vez más, a pesar de que hizo una mueca cuando Alaric le tocó suavemente el tobillo—. ¿Qué nombre fue?

Stefan vaciló. Sus ojos miraban a Elena y luego desaparecían rápidamente. Se lamió los labios en un gesto nervioso que ella nunca había visto en él antes. Tomando un gran suspiro, dijo finalmente: —El nombre que las plantas escribieron fue Damon.

Bonnie se sentó con un golpe sordo, como si sus piernas hubieran cedido. —Pero Damon está muerto —dijo, sus ojos castaños ampliándose.

Pero por alguna razón, la noticia no produjo un shock en Elena. En su lugar, un sentimiento duro, brillante de esperanza la inundó. No tendría sentido. Ella nunca había creído que alguien como Damon podría simplemente haber desaparecido.

—Tal vez él no lo está. —Se oyó decir, perdida en sus pensamientos al recordar al Damon de sus sueños. Cuando ella se había desmayado en el agua, había vuelto a verlo, y él le había dicho que se despertara. ¿Había sido una visión? Pudo haber sido su subconsciente advirtiéndola, supuso ella dudosamente, pero su nombre había aparecido bajo el agua.

¿Podría estar vivo? Él había muerto, ella no tenía ninguna duda sobre eso. Pero él era un vampiro, había muerto antes, y volvió a vivir. Los Guardianes lo habían intentado, dijeron, y habían dicho que no había manera de traer de vuelta a Damon. ¿Era una esperanza sin sentido? ¿Estaban los entusiasmados latidos de su corazón ante la idea de que Damon pudiera estar vivo, simplemente engañándola?

Elena rompió de vuelta al presente para encontrar a sus amigos mirándola. Hubo un momento de completo silencio, como si hasta los pájaros hubieran dejado de cantar.

—Elena —dijo Stefan suavemente—. Nosotros lo vimos morir.

Elena miró a los ojos verdes de Stefan. Sin duda, si había alguna razón para la esperanza, él se sentiría de la misma manera en que ella lo hacía. Pero su mirada era firme y triste. Stefan, vio, no tenía ninguna duda de que Damon estaba muerto. Su corazón se apretó dolorosamente.

—¿Quién es Damon? —preguntó Celia, pero nadie respondió.

Alaric tenía el ceño fruncido. —Si definitivamente Damon está muerto —dijo—, si estás seguro de eso, entonces lo que está causando estos accidentes podría estar jugando con tu dolor, tratando de golpear donde te duele. Tal vez hay un peligro emocional aquí que está tratando de causar daño, así como uno físico.

—Si deletrear el nombre de Damon tiene el propósito de molestar, entonces está destinado a Stefan y Elena —dijo Matt—. Quiero decir, no es ningún secreto que a Meredith y a mí no nos gustaba mucho él —cruzó los brazos a la defensiva—. Lo siento, Stefan, pero es la verdad.

—Yo respetaba Damon —dijo Meredith—, especialmente después de que trabajó tan duro con nosotros en la Dimensión Oscura, pero es cierto que su muerte no... me afectó de la misma manera que a Elena y Stefan. Estoy de acuerdo con Matt.

Elena miró a Bonnie y se dio cuenta de que su mandíbula estaba apretada y sus ojos brillaban con lágrimas de rabia.

Mientras Elena miraba, los ojos brillantes de Bonnie se apagaron y perdieron su enfoque, mirando en la distancia. Ella se puso rígida y volvió su cara hacia la parte superior del acantilado.

—Está teniendo una visión —dijo Elena, poniéndose de pie.

Bonnie habló con una voz plana y más áspera que la suya propia. —Él te quiere a ti, Elena —dijo—. Él te quiere a ti.

Elena siguió su mirada hacia el acantilado. Por un feroz momento, esa dura, brillante esperanza irrumpió de nuevo en su pecho otra vez. Ella esperaba ver a Damon allí, sonriendo hacia ellos. Sería igual que si él, de alguna manera hubiera sobrevivido a la muerte, aparecería de repente, haciendo una gran entrada, y luego transcurriría por el milagro con un encogimiento de hombros y un chiste seco.

Y había alguien que estaba parado en la parte superior del acantilado. Celia dio un pequeño grito, y Matt maldijo en voz alta.

No era Damon, sin embargo. Elena se dio cuenta de inmediato. La silueta era más amplia que la forma esbelta de Damon. Pero el sol era tan brillante que no podía distinguir las características de la persona, y levantó la mano para dar sombra a sus ojos.

Como un halo, pelo rubio rizado brillaba la luz del sol. Elena frunció el ceño.

—Yo pienso —dijo, reconocimiento naciendo en ella—, que es Caleb Smallwood.

Capítulo 15

Tan pronto como Elena pronunció el nombre de Caleb, la persona en el acantilado comenzó a retirarse de su línea de visión. Después de un momento de vacilación, Matt comenzó a correr atropelladamente por el camino hacia el lugar donde lo habían visto.

Debería parecer una tontería, pensó Elena, la forma en que todos reaccionaron como si hubieran sido amenazados. Cualquiera tenía derecho a caminar por los senderos en Hot Springs, y Caleb, si es que era Caleb, no había hecho nada más que estar sobre el borde del acantilado sobre ellos. Pero, sin embargo, había algo siniestro cerniéndose sobre la figura vigilante sobre ellos, y su reacción no se sentía tonta.

Bonnie abrió la boca y su cuerpo se relajó mientras salía del trance.

—¿Qué pasó? —preguntó—. Oh, Dios mío, otra vez no.

—¿Recuerdas algo? —dijo Elena.

Bonnie sacudió la cabeza con tristeza.

—Tú dijiste: “Él te quiere a ti, Elena” —dijo Celia, examinando a Bonnie con una mirada clínicamente entusiasta en sus ojos—. ¿No te acuerdas sobre qué estabas hablando?

—Creo que si él quería a Elena, podría haber sido cualquiera —dijo Bonnie, sus ojos entrecerrados. Elena miró fijamente. ¿Había un inusual filo malicioso en el tono de Bonnie? Pero Bonnie sonrió con tristeza hacia ella, y Elena decidió que el comentario había sido una broma.

Unos minutos más tarde, Matt regresó por el camino, sacudiendo la cabeza.

—Quienquiera que haya sido ha desaparecido —dijo, con la frente arrugada en la confusión—. No pude ver a nadie en el camino en cualquier dirección.

—¿Crees que él es un hombre lobo, al igual Tyler lo era —preguntó Bonnie.

—No eres la primera persona en preguntarme eso —dijo Elena, mirando a Stefan—. Simplemente no lo sé. No lo creo, sin embargo. Caleb parece totalmente agradable y normal. ¿Recuerdas lo lobuno que Tyler era incluso antes de convertirse en un hombre lobo? ¿Los grandes dientes blancos y su especie de animalidad? Caleb no es así.

—Entonces, ¿por qué nos espía?

—No sé —dijo Elena otra vez, frustrada. No podía pensar en esto ahora. Su mente estaba nadando con la pregunta: ¿Podría Damon estar vivo? ¿Qué importa Caleb, en comparación con eso?—. Tal vez estaba de excursión. Ni siquiera estoy segura de que fuera Caleb. Podría haber sido algún otro chico con el pelo rubio y rizado en su lugar. Sólo un excursionista al azar que se asustó cuando Matt se fue embistiendo de colina hacia él.

Su discusión fue en círculos hasta que finalmente Alaric llevó a Meredith al hospital para que un médico viera su tobillo. El resto de ellos se disolvió dirigiéndose a la cima de las cataratas para recoger las cosas de picnic.

Todos mordisquearon los chips y los brownies y frutas, y Matt se hizo un perro caliente en la parrilla hibachi, pero la alegría había desaparecido de la jornada.

Cuando el teléfono de Elena sonó, fue un alivio. —Hola, tía Judith —dijo, forzando una nota alegre en su voz.

—Hola —dijo la tía Judith apresuradamente—. Escucha, tengo que ir al auditorio para ayudar a hacer todo el pelo de las niñas y el maquillaje, y Robert saldrá temprano del trabajo para llegar al recital en el tiempo. ¿Me haces un favor y recoges algunas flores para Margaret durante tu camino aquí? Algo dulce y avainillado, si sabes lo que quiero decir.

—No hay problema —dijo Elena—. Sé exactamente lo que quieres decir. Nos vemos allí. —Quería olvidar por un rato: olvidar excursionistas misteriosos y situaciones cercanas al ahogamiento y sus constantes y alternantes sentimientos de esperanza y desesperación sobre la aparición del nombre de Damon. Ver a su hermana pequeña girando sobre sí misma en tutú sonaba bastante bien.

—Fantástico —dijo tía Judith—. Gracias. Bueno, si todavía estás en Hot Springs, más te vale empezar el trayecto a casa pronto.

—Está bien, tía Judith —dijo Elena—. Voy a salir ahora.

Se despidió, y Elena colgó el teléfono y empezó a recoger sus cosas. —Stefan, ¿puedo coger tu coche? —preguntó—. Tengo que llegar al recital de danza de Margaret. ¿Puedes llevarlo tú, Matt? Les llamaré más tarde y vamos a trabajar en averiguar esto.

Stefan se puso de pie. —Iré contigo.

—¿Qué? —dijo Elena—. No, tú necesitas quedarte con Celia e ir al hospital para cuidar de Meredith, también.

Stefan la tomó del brazo. —No te vayas, entonces. No debes estar sola. Ninguno de nosotros está a salvo. Hay algo ahí fuera cazándonos, y necesitamos mantenernos todos unidos. Si no nos perdemos de vista unos a otros, entonces todos podemos protegernos unos a otros.

Sus ojos verdes hojas estaban claros y llenos de ansiedad y amor, y Elena sintió una punzada de remordimiento mientras quitaba su brazo con suavidad de sus manos. —Tengo que ir —dijo en voz baja—. Si me paso todo mi tiempo teniendo miedo y escondiéndome, entonces los Guardianes bien podrían haber dejado que me quedara muerta. Tengo que estar con mi familia y vivir una vida tan normal como pueda.

Ella lo besó suavemente, deteniéndose un momento contra la suavidad de sus labios. —Y sabes que no me han fijado como objetivo, sin embargo —dijo—. Nadie ha escrito mi nombre. Pero te prometo que tendré cuidado.

Los ojos de Stefan estaban duros. —¿Qué pasa con lo que dijo Bonnie? —argumentó—. ¿El hecho de que te quiere a ti? ¿Qué pasa si es Caleb? ¡El está merodeando por tu casa, Elena! ¡Podría ir tras de ti en cualquier momento!

—Bueno, no voy a estar allí. Voy a estar en un recital de baile con mi familia a mi lado —señaló Elena—. No me va a pasar nada hoy. No me toca a mí, sin embargo, ¿verdad?

—¡Elena, no seas estúpida! —replicó Stefan—. Estás en peligro.

Elena se erizó. ¿Estúpida? Stefan, no importa cuán estresado o ansioso, nunca la había tratado con tan poco respeto. —¿Disculpa?

Stefan la alcanzó. —Elena —dijo—. Quiero ir contigo. Me quedaré contigo hasta el anochecer y luego vigilaré fuera de tu casa esta noche.

—No es realmente necesario —dijo Elena—. Protege a Meredith y a Celia en mi lugar. Ellas son las que te necesitan. —La cara de Stefan cayó, y se veía tan

devastado que tuvo que ceder un poco, y agregó: —Por favor, no te preocupes, Stefan. Tendré cuidado, y los veré a todos mañana.

Apretó su mandíbula, pero no dijo nada más, y se volvió a hacer su camino por el sendero, sin mirar atrás.

Una vez de regreso en la pensión, Stefan no podía relajarse.

No podía recordar que nunca, en toda su vida, se sintiera tan nervioso e incómodo en su propio cuerpo. Le picaba y le dolía con ansiedad. Era como si su piel se ajustara demasiado fuerte sobre sus huesos, y se movía con irritación, tamborileando con los dedos contra la mesa, haciendo crujir su cuello, encogiéndose de hombros, balanceándose en su silla.

Él te quiere a ti, Elena. ¿Qué demonios significa eso? Él te quiere a ti.

Y la visión de aquella oscuridad, la descomunal figura en el acantilado, una sombra tapando el sol, los rizos de oro que brillaban como un halo sobre la cabeza de la figura...

Stefan sabía que tenía que estar con Elena. Todo lo que quería hacer era protegerla.

Pero ella lo había despedido, metafóricamente al menos, le dio una palmadita en la cabeza y le dijo que se quedara, como el fiel perro de guardia que era, y velara por

alguien más. Para mantener a alguien más seguro. No importa que ella estuviera claramente en peligro, que alguien ó algunos la quisieran a ella. Aún así, ella no quería que Stefan estuviera con ella ahora mismo.

¿Qué es lo que Elena quiere? Ahora que Stefan se detenía a pensar en ello, parecía que Elena quería un montón de cosas incompatibles. Tener a Stefan como su caballero leal. El cuál sería siempre, siempre, se afirmó a sí mismo, cerrando el puño con fuerza.

Pero ella también quería aferrarse a los recuerdos de Damon, y mantener esa parte de ella que había compartido con él privada y prístina, separada de todos los demás, incluso de Stefan.

Y ella quería mucho más, también: ser la salvadora de sus amigos, de su ciudad, de su mundo. Ser amada y admirada. Tener el control.

Y para ser una chica normal otra vez. Bueno, la vida normal que ella había vivido había sido destruida para siempre cuando conoció a Stefan, cuando tomó la decisión de dejarla en su mundo. Sabía que era su culpa, toda, todo lo que siguió después de eso, pero no podía arrepentirse de que ella estuviera con él ahora. Él la

amaba demasiado como para tener espacio para arrepentirse. Ella era el centro de su mundo, pero al mismo tiempo, sabía que no era lo mismo para ella.

Un agujero en su interior se abría con anhelo, y él se movió inquieto en su silla. Sus colmillos alargados en su boca. No podía recordar la última vez que se había sentido tan... mal. No podía sacar la imagen de Caleb de su cabeza, mirando desde lo alto del acantilado, como comprobando si la violencia que había esperado causar había sucedido.

—¿Más té, Stefan? —preguntó la Sra. Flowers en voz baja, rompiendo sus furiosos pensamientos. Ella estaba inclinada sobre una pequeña mesa con la tetera, sus ojos azules lo observaban desde detrás de sus gafas. Su rostro era tan compasivo que se preguntaba qué podía ver en él. Esta anciana y sabia mujer siempre parecía percibir mucho más que cualquier otra persona, tal vez a ella podría contarle cómo se sentía ahora.

Se dio cuenta de que todavía estaba esperando educadamente por su respuesta, la tetera suspendida en una mano, y él asintió con la cabeza de forma automática. —

Gracias, señora Flowers —dijo, extendiendo su copa, que todavía estaba medio llena de té frío.

En realidad no le gustaba el sabor de las bebidas humanas normales, no desde hacía mucho tiempo, pero a veces beber con ellos le hacía encajar, hacía que los demás se relajaran un poco más a su alrededor. Cuando no comía ni bebía nada, podía sentir a los amigos de Elena hormigueando, los pelos de la nuca en aumento, como una voz subconsciente en ellos señalando que él no era como ellos, agregando todas las otras pequeñas diferencias que no podía controlar, y por lo tanto concluyendo que él era malo.

La señora Flowers llenó su vaso y se echó hacia atrás, satisfecha. Recogiendo su labor de punto, algo rosa y esponjoso, sonrió. —Es muy bueno tener a todos los jóvenes reunidos aquí —comentó—. Un hermoso grupo de niños.

Echando un vistazo a los otros, Stefan tuvo que preguntarse si la señora Flowers estaba siendo ligeramente sarcástica.

Alaric y Meredith habían regresado del hospital, donde habían diagnosticado su lesión como un esguince leve y había sido vendado por la enfermera de la sala de emergencias. La cara por lo general serena de Meredith era estricta, probablemente por lo menos en parte, por el dolor y la irritación de saber que tendría que mantenerse fuera de su pie durante un par de días.

Y, en parte, sospechaba Stefan, debido al lugar donde estaba sentada. Por alguna razón, cuando Alaric la había ayudado con su cojera a entrar en la sala de estar y sentarse en el sofá, la había estacionado justo al lado de Celia.

Stefan no se consideraba un experto en el romance, después de todo, había vivido durante cientos de años y se había enamorado sólo dos veces, y su romance con Katherine había sido un desastre, pero incluso él no podía ignorar la tensión entre Meredith y Celia. No estaba seguro de si Alaric estaba tan ajeno a ella como parecía o si estaba fingiendo con la esperanza de que la situación pasara.

Celia se había cambiado en un elegante vestido de verano blanco y estaba sentada ojeando una revista titulada Antropología Forense, se veía fresca y tranquila. Meredith estaba, en cambio, extraordinariamente sucia y manchada, su rostro hermoso y su piel suave de oliva afectados por el cansancio y el dolor. Alaric había

agarrado una silla próxima al sofá.

Celia, haciendo caso omiso de Meredith, se inclinó sobre ella hacia Alaric.

—Creo que puede interesarte —dijo—. Es un artículo sobre los patrones dentales en los cuerpos momificados encontrados en una isla muy cerca de Unmei no Shima.

Meredith disparó a Celia una mirada desagradable. —Oh, sí —dijo en voz baja—. Dientes, qué fascinante. —La boca de Celia se aplastó en una línea, pero no respondió.

Alaric tomó la revista con un murmullo cortés de interés, y Meredith frunció el ceño.

Stefan frunció el ceño, también. Todo el zumbido de la tensión entre Meredith, Celia, y Alaric, y ahora que estaba viéndolo, se daba cuenta de que Alaric sabía exactamente lo que estaba pasando entre las dos jóvenes mujeres y se sentía halagado, irritado y ansioso en partes iguales, estaba interfiriendo con los Poderes de Stefan.

Aunque se había sentado y tomaba su primera taza de té, siguiendo de mala gana el mandato de Elena de "quedarse", Stefan había estado enviando tentáculos de poder, tratando de detectar si Elena había llegado a casa, si algo la había detenido en su camino. Si Caleb la había detenido.

Pero no había sido capaz de encontrarla, incluso con sus sentidos extendidos al máximo. Una o dos veces, había captado lo que se sentía como una impresión fugaz de lo que podría ser el sonido muy específico, olor, y aura que sin lugar a dudas significaban Elena, pero luego se deslizó lejos de él.

Había culpado el hecho de no poder localizarla al debilitamiento de sus poderes, pero ahora tenía claro lo que le impedía encontrarla. Toda la emoción en esta sala: los corazones palpitantes, los rubores de la ira, el olor acre de los celos.

Stefan se tiró hacia atrás, tratando de calmar la furia creciente en su interior. Estas personas, sus amigos, se recordó a sí mismo, no se interponían a propósito. No podían ayudar a sus emociones. Tomó un trago de su té que rápidamente se había enfriado, tratando de relajarse antes de perder el control, e hizo una mueca ante el

sabor. El té no era lo que ansiaba, se dio cuenta. Tenía que salir al bosque a cazar pronto. Necesitaba sangre.

No, tenía que saber exactamente lo que estaba haciendo Caleb Smallwood. Se puso de pie de manera muy abrupta, muy violentamente, la silla se sacudió inestablemente debajo de él.

—¿Stefan? —preguntó Matt con voz alarmada.

—¿Qué pasa? —Los ojos de Bonnie estaban enormes.

Stefan miró a su alrededor el círculo de rostros distraídos, ahora todos lo miraban. —Me tengo que ir. —Luego giró sobre sus talones y echó a correr.

Capítulo 16

Él caminó durante un largo, largo tiempo, aunque parecía que el entorno nunca cambiaba. La tenue luz se filtraba a través de una nube constante de ceniza. Luchó a través de la mugre, del barro y de las piscinas profundas de agua oscura.

De vez en cuando, dejaba de apretar su puño y miraba fijamente de nuevo los mechones de pelo. Cada cierto tiempo, el líquido mágico limpiaba un poco más los mechones cambiando un trozo de chatarra oscura por dos mechones de pelo brillante, rojo y oro.

Él caminó adelante.

Le dolía todo, pero no podía detenerse. Si lo hacía se hundiría entre la ceniza y el barro, de vuelta a la tumba, de vuelta a la muerte.

Algo susurró alrededor de los bordes de su mente. No sabía exactamente lo que le había ocurrido, pero palabras y frases hilaban en su cabeza.

Palabras como abandono, palabras como soledad.

Tenía mucho frío pero continuó caminando. Después de un rato, se dio cuenta de que estaba murmurando. —Me dejaron solo. Ellos nunca lo habrían dejado aquí. — Él no podría recordar quién era ese él, pero sentía un tipo de enfermiza satisfacción

que venía del resentimiento. Se aferró a esto mientras continuaba su marcha.

Después de lo que se sintió como una incambiable eternidad, algo pasó. Delante de él pudo ver el portón de entrada que había imaginado: inspirado como un castillo de cuentos de hadas, negro como la noche.

Caminó más rápidamente, sus pasos arrastrándose a través de la ceniza. Y entonces la tierra se abrió de repente bajo sus pies. En el espacio de un latido de corazón, él estaba cayendo en la nada. Algo dentro de él aulló: No ahora, no ahora. Él agarró y arañó la tierra, sus brazos lo mantenían a flote, sus pies balanceándose debajo de él.

—No —gimió—. No, ellos no pueden... No me dejen aquí. No me dejen de nuevo. — Sus dedos se resbalaron, el barro y la ceniza deslizándose bajo sus manos.

—¿Damon? —rugió una voz incrédula. Una gran figura muscular estaba de pie sobre él, su silueta recortada contra las lunas y los planetas en el cielo; su pecho desnudo, su pelo largo moviéndose en espiral y cayendo encima de sus hombros. La figura de este hombre lo alcanzó desde abajo, lo sostuvo por los brazos y lo alzó.

Gimió de dolor. Algo bajo la tierra sostuvo sus piernas y estaba tirándolo hacia abajo nuevamente.

—¡Agárrate fuerte! —gruñó el otro hombre, sus músculos ondeando. Él tiró con fuerza de lo que estaba aferrándose de Damon. Damon, aquel hombre lo había llamado así, y eso lo sintió correcto de algún modo. El otro hombre dio un gran tirón y finalmente la fuerza de abajo lo soltó, y él salió disparado fuera de la tierra golpeando a su salvador hacia atrás.

Damon cayó, jadeando en la tierra.

—Se supone que estás muerto —dijo el otro hombre, levantándose y ofreciéndole una mano para sostener a Damon. Él empujó un largo mechón de pelo lejos de su cara y miró fijamente a Damon con ojos serios, en conflicto—. El hecho de que no

estés... bueno, no estoy tan sorprendido como debería.

Damon pestañeó a su salvador, que estaba mirándolo atentamente. Mojó sus labios e intentó hablar, pero su voz no venía.

—Todo ha sido perturbado desde que tus amigos salieron de aquí —dijo el hombre—. Algo esencial ha cambiado en este universo. Las cosas no están bien. —Él agitó su cabeza, sus ojos inquietos—. ¿Pero dime, mon cher[1], cómo es que estás aquí?

Finalmente Damon encontró su voz; salió áspera y temblorosa. —Yo... no lo sé.

El hombre fue inmediatamente muy cortés. —Creo que la situación requiere un

poco de Magia Negra, ¿oui[2]? Y algo de sangre, quizás, y una oportunidad para asearse. Y después, Damon tenemos que hablar.

Él hizo un gesto hacia el castillo oscuro delante de ellos. Damon dudó por un momento, echando un vistazo hacia el vacío y la ceniza alrededor de ellos, luego se encaminó detrás de él hacia las puertas abiertas.

Después de que Stefan saliera de la habitación tan de repente, todos únicamente podían mirar cómo golpeó la puerta de la entrada tras él, indicando que había dejado la casa con la misma rapidez. Bonnie sostuvo sus brazos alrededor de ella y se estremeció. Una voz en la parte de atrás de su cabeza le dijo que algo estaba muy, muy mal.

Celia finalmente rompió el silencio. —Interesante —dijo ella—. ¿Él es siempre tan... intenso? ¿O es una cosa de vampiro?

Alaric se rió entre dientes secamente. —Lo creas o no, él siempre parece muy discreto y práctico para mí. No lo recuerdo siendo tan volátil. —Pasó una de sus manos a través de su pelo rubio y agregó pensativamente—. Quizá era el contraste con su hermano lo que lo hacía parecer tan razonable. Damon era bastante imprevisible.

Meredith frunció el entrecejo pensativamente. —No, tú tienes razón. Ésta no es la manera en la que suele actuar Stefan. ¿Quizá está sensible por la amenaza de Elena? Pero eso no tiene sentido... ella ha estado en peligro antes. Incluso cuando ella murió, él estaba con el corazón roto, pero todo eso lo hizo más responsable, no más salvaje.

—Pero cuando Elena estaba muerta —recordó Alaric—, la peor cosa que él podría imaginar ya había pasado. Es posible que lo que esté haciéndolo tan asustadizo sea, que esta vez, no sabe de dónde está viniendo la amenaza.

Bonnie tomó un sorbo de té, mientras Meredith estaba pensativa, y finalmente Celia levantó una ceja escéptica. —Yo todavía no entiendo lo que ustedes quieren decir cuando dicen que Elena se murió. ¿Están sugiriendo que ella realmente resucitó de la muerte?

—Sí —dijo Meredith—. Ella se convirtió en un vampiro, entonces se expuso a la luz del sol y físicamente se murió. Ellos la enterraron y todo. Después, meses después, ella volvió. Aunque es de nuevo humana.

—Pienso que todo esto es muy difícil de creer —dijo Celia rotundamente.

—Honestamente, Celia —dijo Alaric levantando sus manos en exasperación—. Con todo lo que has visto desde que llegamos aquí, tu bufanda casi te asfixia y luego conjura un nombre, Bonnie teniendo una visión, Stefan prácticamente volando para salvarte, no entiendo por qué estás dibujando la línea ahora y diciendo que no crees que una muchacha pueda regresar de la muerte. —Él hizo una pausa y tomó una respiración—. No quiero parecer duro e insensible.

Meredith sonrió afectivamente. —Créelo o no, es verdad. Elena regresó de la muerte.

Bonnie envolvió un largo rizo rojo alrededor de su dedo. Miró como su dedo se puso blanco y rojo contra la cuerda de pelo. Elena. Por supuesto, ellos estaban hablando sobre Elena. Todos siempre estaban hablando sobre Elena. Estuviera ella con ellos o no, todo lo que hacían o pensaban se centraba en Elena.

Alaric se giró para dirigirse al grupo entero. —Stefan parece convencido de que “él

te quiere a ti” significa Caleb, pero yo no estoy seguro de que signifique eso. De lo que yo he visto de las visiones de Bonnie, y lo que ustedes chicos me han dicho, no suelen ser sobre lo que está justo delante de ella. La aparición de Caleb, incluso si era Caleb, pudo haber sido una coincidencia. ¿No lo crees Meredith?

Oh, no se molesten en preguntarme sobre las visiones, pensó Bonnie amargamente. Yo soy la única que las tiene. ¿Sin embargo, no era esa la manera en que siempre eran las cosas? Ella era la que todos pasaban por alto.

—Podría ser una coincidencia —dijo Meredith dudosamente—. ¿Pero si no es Caleb de quien ella estaba hablando, entonces quién es? ¿Quién quiere a Elena?

Bonnie hecho un vistazo sobre sus pestañas a Matt, pero él estaba mirando fijamente fuera de la ventana, aparentemente completamente aparte de la conversación. Ella podía decir que Matt todavía amaba a Elena, incluso cuando nadie más lo sabía. Era una pena: Matt era muy listo. Él podría salir con cualquier chica, pero le estaba tomando un largo tiempo olvidarse de Elena.

Pero entonces, nadie nunca parecía conseguir a Elena. La mitad de los muchachos de la secundaria Robert E. Lee habían estado anhelosamente detrás de Elena, como si ella pudiera darse la vuelta de repente y caer repentinamente en sus brazos. Ciertamente, la mayoría de los muchachos que Elena había conquistado se habían quedado un poco enamorados de ella, aun después de que Elena se había olvidado de sus nombres.

No es justo, pensó Bonnie y giró su pelo más herméticamente alrededor de su dedo. Todos siempre querían a Elena, y Bonnie nunca había tenido un novio por más de unas pocas semanas a lo máximo. ¿Qué estaba mal con ella? Las personas siempre le decían cuan lista era, adorable, divertida... y entonces ellos parecían mirar más

allá de ella a Elena, y era como si no pudieran ver a Bonnie más.

Y mientras Damon, el asombroso y sexy Damon, le había tenido cariño a ella, a veces, cuando no estaba intentando engañarse a sí misma, ella sabía que él realmente no la había visto.

Yo soy sólo la compañera, ese es mi problema, Bonnie pensó displicentemente. Elena era la estrella; Meredith era un héroe; Bonnie era la compañera de diversión.

Celia aclaró su garganta. —Tengo que confesar que estoy intrigada por la aparición de los nombres —dijo secamente—. Parece como si señalaran a algún tipo de amenaza. Incluso si la visión pretendida de Bonnie viene o no de algo... —Bonnie disparó su mejor mirada sucia a Celia, pero ella la ignoró—, nosotros definitivamente debemos investigar cualquier fondo o contexto que podamos encontrar para la aparición inexplicada de los nombres. Debemos averiguar si hay alguna historia grabada sobre este tipo de cosas que haya pasado antes. La escritura en la pared, si ustedes quieren. —Ella sonrió ante su propio chiste.

—¿Pero qué investigaríamos nosotros? —dijo Bonnie y se encontró respondiendo de mala gana, a la manera de profesora como lo hacía Celia—. Yo no sabría por dónde empezar a buscar algo como esto. ¿Un libro de maldiciones, quizá? ¿O de malos presagios? ¿Tiene usted algo así en su biblioteca, señora Flowers?

La señora Flowers agitó su cabeza. —Me temo que no, querida. Mi biblioteca, como sabes, es principalmente de hierbas. Yo tengo unos pocos libros más especializados, pero no tengo nada que pudiera ser útil con este problema.

Cuando ella mencionó "los libros más especializados," las mejillas de Bonnie se pusieron calientes. Ella pensó en el grimorio de comunicación con la muerte, todavía envuelto bajo las tablas del suelo de su dormitorio, y esperó que la señora Flowers no hubiera notado que no estaba.

Después de unos segundos, sus mejillas se habían refrescado lo suficiente para atreverse a levantar la mirada, pero sólo Meredith estaba mirándola, con una ceja elegantemente levantada. Si Meredith pensaba que algo estaba pasando, no descansaría hasta que recibiera la historia completa de Bonnie, así que Bonnie le dio una sonrisa blanda y cruzó sus dedos detrás de su espalda para la suerte. Meredith levantó otra ceja y la miró con una sospecha profunda.

—De hecho —dijo Celia—, yo tengo un contacto en la Universidad de Virginia que estudia folklore y mitología. Ella se especializa en brujería, magia folclórica, maldiciones, todo ese tipo de cosas.

—¿Piensas que podríamos llamarla? —dijo Alaric esperanzadamente.

Celia frunció el entrecejo. —Pienso que sería mejor si yo fuera allí durante unos días. Su biblioteca no está tan bien organizada como debería, supongo que es un síntoma de la clase de mentes que estudia historias en lugar de hechos reales, y

podría tardar un rato en descubrir si hay algo útil allí. Sin embargo, pienso que sería bueno para mí salir durante algún tiempo del pueblo. Después de dos roces con la muerte en dos días... —Ella envió una mirada puntiaguda hacia Meredith quien se ruborizó—, estoy empezando a sentir que Fell`s Church no es el lugar más saludable para mí. —Ella miraba a Alaric—. Tú podrías encontrar la biblioteca interesante, si puedes venir conmigo. El Dr. Beltram es uno de los mejores expertos conocidos en su campo.

—Uh... —Alaric parecía sobresaltado—. Gracias, pero yo preferiría quedarme aquí y ayudar a Meredith. Con su tobillo torcido y todo.

—Mmm-hmmm. —Celia miró a Meredith de nuevo. Meredith, quien había estado luciendo firmemente más encantada cada segundo desde que Celia había anunciado que se iba, la ignoró y sonrió a Alaric—. Bien, supongo que debo llamarla y juntar todas mis cosas. No hay momento como el presente.

Celia se puso de pie, aplanó su vestido, y caminó hacia la puerta con la cabeza en alto. Mientras pasaba por la puerta se chocó contra la mesa, cerca de la silla de la señora Flowers y tiró su tejido al suelo.

Bonnie soltó la respiración cuando Celia dejó el cuarto. —¡Vaya, de verdad! dijo ella indignada.

—Bonnie —dijo Matt en advertencia.

—Lo sé —dijo Bonnie enojada—. ¿Ella podría haber dicho por lo menos “perdón”, verdad? ¿Y qué fue eso de pedirle a Alaric que fuera con ella a UVA[3]? Él prácticamente apenas llegó aquí. No ha visto a Meredith durante meses. Por supuesto que no se va a ir de nuevo con ella ahora.

—Bonnie —dijo Meredith, en una voz extrañamente ahogada.

—¿Qué? —dijo Bonnie, tomando la singularidad en su tono de voz y echando una mirada alrededor—. Oh. Oh. Oh, no.

El tejido de Sra. Flowers se había caído de su mesa, y la madeja de hilo había rodado por el suelo, desenvolviéndose. Ahora, en los rizos de hilo rosa pálido

podieron claramente leer una palabra escrita a lo largo de la alfombra:

bonnie

Capítulo 17

Una vez que se había ido, Stefan recordó que Elena había cogido su coche. Convirtiéndose en el bosque, empezó a correr, usando su Poder para acelerar el paso. El golpeteo de sus pies parecía hacer un ruido sordo. Protégela, Protégela.

Sabía dónde había vivido Tyler Smallwood. Después de que hubiera atacado a Elena en un baile, había tenido sentido mantener un ojo sobre él. Stefan salió violentamente del bosque a la orilla de la propiedad de los Smallwoods.

Ellos poseían una casa fea, en opinión de Stefan. Una imagen errónea de una antigua casa señorial de sur, era demasiado grande para el jardín del que formaba parte y sobresalía con columnas innecesarias y retorcida decoración rococó[1]. Sólo mirándola, Stefan había sido capaz de decir que los Smallwoods tenían más dinero que gusto, y que los arquitectos que la habían diseñado no habían sido educados en verdaderas formas clásicas.

Tocó el timbre frente a la puerta, luego se congeló. ¿Qué pasaba si el señor o la señora Smallwood respondían al timbre? Tendría que influir en ellos para que le dieran tanta información como fuera posible sobre Caleb, y luego olvidaran que Stefan había estado por allí. Esperaba tener el Poder para hacerlo, no había estado comiendo lo suficiente, ni siquiera de sangre de animal.

Pero no vino nadie. Después de unos segundos, Stefan envió tentáculos inquisitivos de Poder a través de la casa. Estaba vacía. No podía entrar, no podía registrar el cuarto de Caleb como él quería. Sin una invitación, estaba atascado aquí.

Deambuló por la casa, mirando a través de las ventanas, pero sin encontrar nada fuera de lo común que no fueran muchos marcos dorados y espejos.

Detrás de la casa encontró un pequeño cobertizo blanco. Enviando Poder hacia allí, sintió algo un poco... apagado. Sólo el más ligero matiz de oscuridad, un sentimiento de frustración y mala intención.

El cobertizo estaba clausurado, pero la cerradura parecía bastante fácil de romper. Y como nadie vivía aquí, no necesitaba una invitación para entrar.

Lo primero que vio fue el rostro de Elena. Recortes de prensa y fotos estaban pegadas en todas las paredes: Elena, Bonnie, Meredith, él mismo. En el suelo había un pentagrama con más fotos y rosas.

La certeza de Stefan de que algo malo estaba pasando se solidificó. Elena estaba en peligro. Enviando Poder delante de él, buscando desesperadamente algún rastro de ella, salió corriendo de nuevo.

A medida que se alejaba de la floristería, Elena volvió a la conversación con Stefan una y otra vez en su mente.

¿Qué estaba pasando con él desde que habían vuelto a Fell's Church? Parecía como si hubiera una parte de él que estaba conteniendo, a escondidas de ella. Recordó la soledad, el hundimiento, la mareante sensación de soledad que había sentido cuando lo besó. ¿Era la pérdida de Damon lo que estaba cambiando a Stefan?

Damon. Sólo pensar en él era suficiente para causar un dolor casi físico en ella. Voluble, difícil, hermoso Damon. Peligroso. Amoroso, a su manera. El recuerdo de su nombre escrito en las plantas acuáticas a través de las piernas de Meredith flotaba en su mente.

No sabía qué significaba. Pero no había ninguna esperanza. Tenía que dejar de mentirse a sí misma acerca de eso. Había visto morir a Damon. Sin embargo, parecía imposible que alguien tan complejo y fuerte y aparentemente invencible como Damon se pudiera ir con tanta rapidez y tan sencillamente. Pero esa era la forma en que había sucedido, ¿no? Ella debía saber que la muerte no venía a menudo con un gran espectáculo, que por lo general llegaba cuando menos te lo esperabas. Lo había sabido antes de todo esto... todo este asunto con los vampiros y

hombres lobo, y el diabólico oponente misterioso. Había conocido todo sobre la rapidez y la sencillez de la muerte desde hace años, cuando era simplemente una normal Elena Gilbert, que no creía en lo sobrenatural, ni siquiera en los horóscopos o la adivinación, mucho menos en monstruos.

Miró el asiento del pasajero a su lado, donde yacía el ramo de rosas de color rosa que había comprado para dar a Margaret. Y, al lado de ellas, un sencillo grupo de no-me-olvides. Como si fuera a olvidar, pensó.

Elena recordó viajando en el coche hacia casa con sus padres y Margaret de bebé una ordinaria tarde de domingo. Había sido un hermoso día soleado de otoño, las hojas de los árboles al borde del camino apenas comenzando a estar pintadas de rojo y oro.

Habían ido a almorzar a un pequeño mesón fuera del pueblo. Margaret, a la que le estaban saliendo los dientes, había estado de mal humor en el restaurante, y se habían turnado para pasearla arriba y abajo en el porche del restaurante durante unos minutos mientras los demás comían. Sin embargo en el coche ella estaba en silencio, medio adormilada, sus doradas pestañas revoloteando abajo para descansar por largos periodos contra sus mejillas.

El padre de Elena había estado conduciendo, recordó, y la radio estaba sintonizada en la estación local para que pudiera escuchar las noticias. Su madre se había

torcido para mirar a Elena en el asiento trasero, sus ojos de zafiro como los de la propia Elena. Sus dorados cabellos, tocados con un poco de gris, recogidos en una trenza francesa, elegante y práctica. Sonriendo, ella le había dicho: —¿Sabes lo que creo que sería bueno?

—¿Qué? —preguntó Elena, sonriendo a su vez. Entonces vio un brillo extraño, alto en el cielo, y se inclinó hacia delante sin esperar por la respuesta—. Papá, ¿qué es eso? —señaló hacia arriba. Elena nunca se enteró de lo que su madre había pensado que estaría bien. Su padre nunca le respondió lo que era.

Lo último que Elena recordaba eran los sonidos: el suspiro de su padre y el chirrido de los neumáticos del vehículo. Después todo estaba en blanco, hasta que Elena se había despertado en el hospital, la tía Judith junto a su cama. Ellos habían muerto antes de que los paramédicos los hubieran sacado del coche.

Antes de restaurar Fell's Church, los Guardianes le habían dicho a Elena que ella debería haber muerto en ese accidente, y que sus padres deberían haber vivido. El brillo había sido su coche aéreo, y Elena había distraído a su padre en el peor momento posible, haciendo que todas las personas equivocadas murieran.

Podía sentir el peso de eso ahora, la culpa de sobrevivir, su enojo con los Guardianes. Miró el reloj del salpicadero. Todavía quedaba un montón de tiempo antes de tener que ir al recital de Margaret. Girando en la carretera, se detuvo en el estacionamiento del cementerio.

Elena aparcó el coche y caminó rápidamente a través de la parte nueva del cementerio, llevando los no-me-olvides. Los pájaros cantaban alegremente sobre su cabeza. Habían pasado muchas cosas en este cementerio en el último año. Bonnie había visto una de sus primeras visiones entre estas lápidas. Stefan la había seguido hasta aquí, mirándola a escondidas cuando ella pensaba que simplemente era un nuevo y espectacular chico en la escuela. Damon casi había desangrado a un viejo vagabundo bajo el puente. Katherine había perseguido a Elena fuera del cementerio con niebla, hielo y un mal de gran alcance y amplia visión. Y, por supuesto, Elena había conducido desde un puente hasta su muerte aquí por el cementerio, al final de esa primera vida, la que parecía tan lejana ahora.

Elena escogió su camino más allá de un monumento de mármol de los veteranos de la Guerra Civil de Fell's Church y bajó hasta el sombrío valle donde sus padres estaban enterrados. El pequeño ramo de flores silvestres que ella y Stefan habían dejado dos días antes se había marchitado, Elena lo tiró y puso los no-me-olvides en su lugar. Sacó un poco de musgo del nombre de su padre.

El más ligero crujido de la grava del camino sonó a sus espaldas, y Elena se dio la vuelta. No había nadie allí.

—Sólo estoy nerviosa —murmuró para sus adentros. Su voz sonaba extrañamente fuerte en la tranquilidad del cementerio—. Nada de qué preocuparse —dijo con firmeza.

Se instaló en la hierba de las tumbas de sus padres y trazó las letras en la lápida de su madre con una mano.

—Hola —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde que he estado sentada aquí hablando con ustedes, lo sé. Lo siento. Han sucedido muchas cosas —tragó—. Lo

siento, también, porque me di cuenta de que no deberían haber muerto cuando lo hicieron. Les pregunté a los Guardianes para... para traerlos de vuelta, pero me dijeron que los habían trasladado a un lugar mejor y que no podían revertir eso. Deseo... Me alegro de que estén felices donde quiera que estén, pero todavía los extraño.

Elena suspiró, bajó la mano de la lápida y se arrastró por la hierba con las rodillas. —Hay algo sobre mí otra vez —continuó con tristeza—. Sobre todos nosotros, supongo, pero Bonnie dijo que yo lo traje aquí cuando estaba en trance. Y después dijo que él me quiere a mí. No sé si están dos personas diferentes, sea lo que sea, tras nosotros, o sólo una. Pero siempre las cosas malas se centran en mí —giró una brizna de hierba entre sus dedos—. Ojalá las cosas pudieran ser más sencillas para mí, de la forma en que son para otras chicas.

—A veces... estoy muy contenta de tener a Stefan, y me alegra poder ayudar a proteger Fell's Church, pero... es difícil. Es realmente difícil. —Un sollozo se estaba construyendo en su garganta y se lo tragó de nuevo—. Y... Stefan siempre ha estado ahí para mí, pero siento que ya no sé todo de él, sobre todo porque no puedo leer sus pensamientos. Está tan tenso, y es como si necesitara tener el control todo el tiempo...

Algo cambió a sus espaldas, sólo el más mínimo indicio de movimiento. Sintió una brisa cálida y húmeda como un soplo en la parte posterior de su cuello.

Elena azotó su cabeza alrededor. Caleb estaba agazapado detrás de ella, tan cerca que estaban nariz con nariz. Ella gritó, pero Caleb puso la mano sobre su boca, ahogando su grito.

La mano de Caleb estaba caliente y pesada contra sus labios, y Elena la arañó con sus uñas. Él la agarró con fuerza con su otra mano, sujetándola inmóvil, sus dedos excavando su hombro.

Elena luchaba con fiereza, agitando sus brazos y aterrizando un firme golpe en el estómago de Caleb. Ella mordió con fuerza la mano que él tenía sobre su boca. Caleb tiró hacia atrás, soltándola rápidamente y poniendo la mordida mano en su pecho. Tan pronto como su boca estuvo descubierta, Elena gritó.

Caleb se apartó de ella, con las manos en alto en señal de rendición. —Elena —dijo—. Elena, lo siento mucho. No era mi intención asustarte. Yo simplemente no quería que gritaras.

Elena lo miró con recelo, respirando con dificultad. —¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto—. ¿Por qué acechas detrás de mi si no me quieres asustar?

Caleb se encogió de hombros y miró un poco avergonzado. —Estaba preocupado por ti —confesó, metiendo las manos en los bolsillos y agachando la cabeza—. Yo estaba caminando por Hot Springs antes y te vi con tus amigos. Ellos fueron a sacarte del agua, y parecía que no respirabas —iró hacia ella a través de sus largas y doradas pestañas.

—¿Estabas tan preocupado por mí que decidiste agarrarme y taparme la boca para que no gritara? —preguntó Elena. Caleb agachó la cabeza más y frotó su nuca de manera avergonzada.

—No lo pensé —asintió Caleb solemnemente—. Te veías muy pálida —dijo—. Pero abriste tus ojos y te sentaste. Yo iba a ir y ver si estabas bien, pero tu amigo me vio y empezó a correr hacia a mí por el sendero como si fuera a tirarme, y supongo que me asusté. —Él sonrió de repente—. Normalmente no soy un cobarde —dijo—. Pero él parecía un loco.

Elena encontró sintiéndose inesperadamente desarmada. Su hombro todavía le dolía dónde Caleb la había agarrado. Pero parecía tan sincero, y tan arrepentido.

—De todos modos —continuó Caleb, mirándola desde sus cándidos y luminosos ojos azules—. Estaba conduciendo de regreso al sitio de mi tío y mi tía, y reconocí tu coche en el estacionamiento del cementerio. Yo vine simplemente porque quería hablar contigo y asegurarme de que estabas bien. Y luego, cuando me acerqué a ti, estabas sentada y hablando, y supongo que me dio vergüenza. No quise interrumpirte, y no quería molestarte en algo tan personal, así que simplemente esperé —agachó la cabeza tímidamente de nuevo—. Y en cambio, terminé agrediéndote y asustándote de muerte, que seguro que no era el mejor camino a seguir. Realmente lo siento, Elena.

Los latidos del corazón de Elena volvieron a la normalidad. Cualquiera que fuera la intención de Caleb, obviamente no iba a atacarla de nuevo ahora. —Está bien —dijo—. Me golpeé la cabeza con una roca bajo el agua. Sin embargo, ahora estoy bien. Debe haber sido muy raro verme aquí sentada hablando. A veces vengo aquí a hablar con mis padres, eso es todo. Aquí es dónde están enterrados.

—Eso no es raro —dijo él en voz baja—. Me encuentro a mí mismo hablando con mis padres a veces, también. Cuando sucede algo y me gustaría que estuvieran conmigo, me pongo a hablarles sobre eso y me hace sentir con si estuvieran allí —tragó saliva—. Han pasado unos pocos años, pero nunca dejas de extrañarlos, ¿no?

Los últimos restos de ira y miedo se drenaron fuera de Elena cuando vio la tristeza en el rostro de Caleb. —Oh Caleb —dijo, extendiendo su mano para tocarle el brazo.

Ella vio un repentino movimiento por el rabillo del ojo y luego, aparentemente de la nada, apareció Stefan, corriendo increíblemente rápido, directamente hacia ellos.

—Caleb —gruñó, agarrándolo por la camisa y tirándolo al suelo. Caleb dejó escapar un gruñido de sorpresa y de dolor.

—¡Stefan, no! —gritó Elena.

Stefan se giró para mirarla. Sus ojos eran duros y sus colmillos estaban totalmente extendidos. —No es quien dice ser Elena —dijo con una voz extrañamente tranquila—. Es peligroso.

Caleb se puso de pie lentamente, apoyándose en una lápida. Estaba mirando a los colmillos de Stefan. —¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué eres?

Stefan se volvió hacia él y, casi de manera casual lo abofeteó hacia abajo.

—¡Stefan, basta! —gritó Elena, incapaz de contener la nota de histeria en su voz. Alargó la mano a su brazo, pero falló—. ¡Vas a hacerle daño!

—Él te quiere a ti, Elena —gruñó Stefan—. ¿Entiendes eso? No puedes confiar en él.

—Stefan —suplicó Elena—. Escúchame. No estaba haciendo nada malo. Lo sabes. Él es humano. —Podía sentir lágrimas calientes reuniéndose en sus ojos y parpadeó. No era tiempo para llorar y lamentarse. Ahora era el momento de ser fría y racional y hacer que Stefan no perdiera el control.

Caleb se levantó tambaleándose, con una mueca de dolor, y esta vez acusando torpemente a Stefan, con el rostro enrojecido. Puso un brazo alrededor del cuello de Stefan y tiró de él hacia un lado, pero Stefan, con una fuerza fácil, tiró al suelo a Caleb una vez más.

Stefan se inclinó sobre él amenazadoramente mientras él lo miraba desde la hierba. —No puedes pelear conmigo —gruñó Stefan—. Soy más fuerte que tu. Puedo echarte de esta ciudad, o matarte fácilmente. Y lo haré si me haces pensar que es necesario. No lo dudaré.

Elena cogió el brazo de Stefan. —¡Basta! ¡Basta ya! —grito. Lo atrajo hacia ella, tratando de darle la vuelta para poder mirarlo a los ojos, para poder llegar a él. Respira, pensó desesperadamente. Ella tenía que calmar las cosas aquí, y trató de estabilizar su voz, para sonar lógica. —Stefan, no sé qué es lo que piensas que está pasando con Caleb, pero detente un momento y piensa.

—Elena, mírame —dijo Stefan. Sus ojos estaban oscuros por la emoción—. Sé. Estoy absolutamente seguro de que Caleb es malvado. Es peligroso para nosotros. Tenemos que deshacernos de él antes de que tenga oportunidad de destruirnos. No podemos darle la oportunidad de sacar lo mejor de nosotros esperando a que haga un movimiento.

—Stefan... —dijo Elena. Su voz temblaba, y una extraña racional, parte separada de ella observó que esto debía de ser lo que se sentía cuando la persona que más amabas se volvía loca.

No sabía lo que iba a decir a continuación, pero antes de que pudiera abrir la boca, Caleb se había levantado de nuevo. Había un largo arañazo en un lateral de su rostro y su cabello rubio estaba enmarañado y lleno de suciedad.

—Atrás —dijo Caleb sombríamente, acercándose a Stefan. Cojeaba un poco, y cogió una roca del tamaño de un puño en su mano derecha—. Tú no puedes simplemente... —levantó la roca amenazante.

—Paren, los dos —gritó Elena, tratando de imponer fiereza a su voz para llamar su atención.

Pero Caleb sólo alzó la piedra y la tiró hacia la cara de Stefan.

Stefan esquivó la roca, moviéndose demasiado rápido para que Elena lo viera, tomó a Caleb por la cintura, y, en un suave movimiento, lo arrojó al aire. Por un momento, Caleb estuvo suspendido, aparentemente ligero y sin hueso, como un espantapájaros tirado por la parte trasera de una camioneta, y luego cayó al lado del monumento de mármol de la Guerra Civil con un crujido repugnante. Con un ruido sordo, cayó al suelo a los pies de la estatua y se quedó inmóvil.

—¡Caleb! —gritó Elena con horror. Corrió hacia él abriéndose camino entre los arbustos y matas de hierba que rodeaban el monumento. Tenía los ojos cerrados y su rostro estaba pálido. Elena pudo ver las venas de color azul claro en sus párpados. Había un charco de sangre en el suelo debajo de su cabeza. Una racha de

tierra corría por su cara, y la suciedad y el largo arañazo rojo en su mejilla parecían como las cosas más dolorosas que jamás había visto. Él no se movía. Ella no podía decir si estaba respirando.

Elena se puso de rodillas y sintió el pulso de Caleb, buscándolo con torpeza en su cuello. Como encontró el repiqueteo constante de un latido de corazón bajo sus dedos, ella jadeó desahogadamente.

—Elena. —Stefan la había seguido junto a Caleb. Puso la mano en su hombro—. Por favor, Elena.

Elena sacudió la cabeza, negándose a mirarlo, y sacó su mano fuera. Sintió en su bolsillo el teléfono. —Dios mío, Stefan —dijo, sus palabras cortadas y firmes—. Podrías haberlo matado. Tienes que salir de aquí. Puedo decirle a la policía que lo encontré así, pero si te ven, sabrán que ustedes dos estaban peleando —tragó saliva

al darse cuenta de que la veta de suciedad manchando la camisa de Caleb era la huella de la mano de Stefan.

—Elena —suplicó Stefan. Su voz tan angustiada que finalmente se volvió hacia él—. Elena, no lo entiendes. Tuve que detenerlo. Él era una amenaza para ti. —Los ojos de color verde hoja de Stefan le rogaron, y Elena tuvo que armarse de valor para no llorar.

—Tienes que irte —dijo—. Vete a tu casa. Hablaré contigo más tarde. —No hagas daño a nadie, pensó, y se mordió el labio.

Stefan se quedó mirándola durante un buen rato, y finalmente se alejó. —Te amo, Elena. —Dio media vuelta y desapareció entre los árboles, a través de la parte más antigua y salvaje del cementerio.

Elena tomó una estabilizadora respiración, se secó los ojos, y llamó al 911. —Ha ocurrido un accidente —dijo con voz de pánico, cuando el operador respondió—. Estoy en el cementerio de Fell's Church en la ruta veintitrés, alrededor del monumento de la Guerra Civil que hay cerca del borde de la sección nueva. Parece como si él fuera golpeado hasta quedar inconsciente de alguna manera...

Capítulo 19

—Honestamente, Elena —dijo tía Judith, sacudiendo la cabeza mientras ajustaba el espejo retrovisor del coche—. No sé por qué este tipo de cosas siempre parecen ocurrirte a ti, pero te encuentras en las más extrañas situaciones.

—Dímelo a mí —dijo Elena desplomándose sobre el asiento del pasajero del coche de su tía y apoyando la cabeza en sus manos—. Gracias por recogerme, tía Judith.

Me sentía demasiado débil para conducir después de estar en el hospital con Caleb y todo —tragó saliva—. Siento haberme perdido el recital de danza de Margaret después de todo.

La tía Judith dio unas palmaditas en la rodilla de Elena con una mano fría, sin apartar los ojos de la carretera. —Le dije a Margaret que Caleb se lesionó y tuviste que hacerte cargo de él. Ella lo entendió. Ahora mismo estoy preocupada por ti. Deber de haber sido un shock haberlo encontrado así, especialmente cuando te diste cuenta de que era alguien que conocías. ¿Qué sucedió exactamente?

Elena se encogió de hombros y repitió la mentira que le había dicho a la policía. —Yo sólo lo encontré allí cuando fui a visitar a papá y mamá. —Elena aclaró su garganta antes de continuar—. Estará en el hospital un par de días. Piensan que tiene una mala conmoción cerebral y quieren verlo y asegurarse de que su cerebro no se hincha. Se despertó un poco en la ambulancia, pero estaba muy mareado y no recordaba lo que había sucedido. —Por suerte, pensó Elena. ¿Y si él hubiera dicho que había sido atacado por el novio de Elena Gilbert, al que algo raro le pasaba en los dientes? ¿Qué pasaba si les decía que su novio era un monstruo? Sería como el otoño pasado de nuevo.

La tía Judith frunció el ceño con simpatía y sacudió la cabeza. —Bueno, Caleb tuvo suerte de que tú aparecieras. Podría haber estado allí durante varios días antes de que nadie fuera a buscarlo.

—Sí, suerte —dijo Elena huecamente. Puso la parte inferior de la camiseta entre sus dedos y se sorprendió al darse cuenta de que todavía tenía el traje de baño debajo de su ropa. El picnic de la tarde parecía como si se hubiera sido hace un millón de años.

Entonces, algo que la tía Judith dijo la golpeó. —¿Qué quieres decir con que podría haber estado allí durante días antes de alguien lo buscara? ¿Qué pasa con su tío y su tía?

—Intenté contactar con ellos después de que tú me llamaras, pero parece que Caleb ha estado valiéndose por sí mismo durante bastante tiempo. Cuando los localicé, estaban fuera de la ciudad de vacaciones, y francamente no me pareció que estuvieran demasiado preocupados por su sobrino, incluso cuando les dije lo que había sucedido —suspiró profundamente—. Voy a ir a visitarlo mañana y llevarle algunas flores de nuestro jardín en las que ha estado trabajando tan duro. A él le gustará eso.

—Huh —dijo Elena lentamente—. Pensé que me había dicho que vino aquí a vivir con su tía y su tío, porque estaban muy molestos con la desaparición de Tyler.

—Tal vez sea así —dijo la tía Judith secamente—, pero los Smallwoods parecen estar llevándolo bastante bien. Dijeron que en su opinión, Tyler volverá a casa cuando esté bien y preparado. Ese muchacho siempre estuvo un poco fuera de control. Parece que Caleb está más preocupado por Tyler que ellos.

Ella se detuvo en la entrada de su casa, y Elena la siguió dentro donde Robert estaba leyendo su periódico en la mesa de la cocina.

—Elena, te ves agotada —dijo, doblando el periódico y mirándola con interés—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo aturdida—. Simplemente ha sido un día muy largo —pensó que nunca había hecho más de un eufemismo en su vida.

—Bueno, Margaret se ha ido a la cama, pero te hemos guardado algo de cena —dijo la tía Judith, haciendo un movimiento hacia el refrigerador—. Es un guiso de pollo, y hay un poco de ensalada. Debes de estar muriéndote de hambre.

Pero de repente Elena se sintió mal. Había estado suprimiendo todos sus sentimientos acerca de Stefan y su ataque a Caleb, manteniendo las imágenes apisonadas para poder seguir adelante con el negocio de tratar con la policía y el personal del hospital y su propia familia. Pero estaba cansada y le temblaban las manos. Sabía que no podría mantener todo bajo control durante mucho más tiempo.

—No quiero nada —dijo ella, retrocediendo—. No puedo... no tengo hambre, tía Judith. Gracias, de todos modos. Sólo quiero tomar un baño e irme a la cama. —Se volvió y salió corriendo de la cocina.

—¡Elena! Tienes que comer algo —escuchó gritar exasperadamente a la tía Judith detrás de ella mientras se apresuraba por las escaleras.

El sólido sonoro murmullo de la voz de Robert interrumpió: —Judith, deja que se vaya.

Elena se metió en el baño y cerró la puerta tras ella.

Ella y Margaret compartían el cuarto de baño, y ella se encargó de vaciar los juguetes de Margaret de la bañera, manteniendo su mente en blanco con cuidado: un patito de goma de color rosa, un barco pirata, una pila de vasos de plástico de colores alegres. Un adorable y sonriente caballito de mar púrpura la miró con sus ojos pintados de azul.

Una vez que la bañera estaba vacía, Elena puso el agua tan caliente como podía

aguantar y vertió una generosa porción de burbujas de baño con aroma a albaricoque de una botella que prometía calmar su espíritu mientras rejuvenecía su piel. Relajante y rejuvenecedor sonaba bien, pero Elena tenía sus dudas acerca de cuanto podía razonablemente esperar de una botella de baño de burbujas.

Cuando la bañera estaba llena y espumosa con una gruesa capa de burbujas, Elena rápidamente se desnudó y se metió en el agua hirviendo. Le picó en un primer momento, pero disminuyó poco a poco, acostumbrándose a la temperatura.

Una vez que se sentía cómoda, se echó hacia atrás en el agua, el pelo flotando como una sirena, el sonido de la casa apagado por el agua en sus orejas, y dejó que los pensamientos que había estado evitando llegaran al fin.

Lágrimas desbordaron sus ojos y corrieron por sus mejillas para unirse con el agua de la bañera. Ella había creído que todo sería normal ahora que estaba de vuelta en casa, que las cosas iban a volver a estar bien. Cuando ella y sus amigos habían conseguido que los Guardianes los enviaran de regreso y cambiaran las cosas, invirtiendo las muertes, arreglando lo roto, haciendo que todo fuera como si nada peligroso hubiera tocado el pequeño pueblo de Fell's Church, había pensado que haría su vida más simple y fácil. Tendría a su familia, sus amigos, su Stefan.

Pero no iba a funcionar, ¿verdad? Nunca sería de esa manera, no para Elena.

Tan pronto como volvió al pueblo, el primer día que salió fuera a la luz del sol de verano de Fell's Church, algo oscuro, maligno y sobrenatural había comenzado a acosarlos a ella y a sus amigos.

Y en cuanto a Stefan... Dios... Stefan. ¿Qué le estaba pasando?

Cuando cerró los ojos, vio a Caleb volando por los aires y escuchó el horrible crack sonando cuando la cabeza de Caleb había conectado con el mármol del mausoleo. ¿Y si Caleb nunca se recuperaba completamente? ¿Qué pasaba si este lindo, inocente chico, este chico cuyos padres habían muerto y lo dejaron como los suyos habían muerto y la habían dejado, estaba destrozado para siempre por culpa de Stefan?

Stefan. ¿Cómo se había convertido en el tipo de persona que podía hacer algo así? Stefan, quien se sentía culpable por los animales a los que tomaba su sangre, las palomas y conejos y los ciervos del bosque. El Stefan que conocía en lo más profundo de su alma, el que pensaba que no le ocultaba nada, ese Stefan nunca lastimaría a un ser humano antes de esa manera.

Elena estuvo en la bañera hasta que el agua se enfrió y sus lágrimas se detuvieron. Entonces se levantó, vació la bañera, se secó el pelo, se cepilló los dientes, se puso su camisón, dio las buenas noches a la tía Judith y el tío Robert, y se metió en

cama. No quería escribir en su diario. Esta noche no.

Apagó la luz y se tumbó de espaldas, mirando hacia la oscuridad, la misma oscuridad, pensó, que los ojos de Damon.

Damon había sido un monstruo, ella lo sabía. Había matado, aunque no tan alegremente como pretendía, había manipulado a la gente y disfrutado, había perseguido y odiado a Stefan durante cientos de años, pero también había visto al niño perdido que mantenía bajo llave en su interior. Él la había amado, ella lo había amado, y él había muerto.

Y amaba a Stefan. Desesperadamente, con devoción, indudablemente. Amaba la sinceridad en sus ojos, su orgullo, sus modales corteses, y su inteligencia. Amaba que él hubiera rechazado el monstruo que acechaba en su interior, el que había llevado a tantos vampiros a actos terribles. Amaba la tristeza que sentía, por su pasado, por su odio y sus celos hacia Damon. Y amaba la esperanza que siempre surgía de él, la fuerza de voluntad que Stefan tenía que le permitía seguir luchando contra la oscuridad.

Más allá de todo eso, ella amaba a Stefan. Pero tenía miedo.

Había pensado que lo conocía por dentro y por fuera, que podía ver claramente a través de los tramos más profundos de su alma. Eso no era cierto, ya no. Desde que los Guardianes la habían despojado de sus poderes, cortando su conexión psíquica y convirtiéndola de nuevo en una chica humana normal.

Elena se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada. Sabía la verdad ahora. No importa lo que los Guardianes hubieran hecho por ella, nunca sería una chica normal. Su vida nunca sería simple. Tragedia y horror la acompañarían siempre.

Al final, no había nada que Elena pudiera hacer para cambiar su destino.

.....

Capítulo 20

—Galletas —dijo Alaric gravemente—. Bonnie piensa que podría arreglárselas para ahogar unas galletas. Sólo para mantener sus fuerzas.

—Galletas, marchando —dijo Meredith hurgando en el armario de la concina de la Sra. Flowers para encontrar un bol. Cogió una gran taza de porcelana que era probablemente el más grande sobre el mostrador y revisó el refrigerador. Huevos, leche, mantequilla. Harina en el congelador. Vainilla y azúcar en el armario.

—Mírate —dijo Alaric con admiración mientras Meredith desenvolvía una barra de

mantequilla—. Ni siquiera necesitas una receta. ¿Hay algo que no puedas hacer?

—Un montón de cosas —dijo Meredith, disfrutando de la calidez de la mirada de Alaric.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó alegremente.

—Puedes coger otro bol y medir dos tazas de harina y una cucharadita de polvo para hornear en él —dijo Meredith—. Voy a batir la mantequilla con los otros ingredientes en este bol, y después los pondremos juntos.

—Lo tengo. —Alaric encontró un bol y dos tazas de medición y comenzó a medir los ingredientes. Meredith vio sus fuertes, curtidas manos, con seguridad nivelando la harina. Alaric tenía las manos hermosas, pensó. Sus hombros eran bonitos, también, y su cara. Todo él, realmente.

Se dio cuenta de que estaba comiéndose con los ojos a su novio en lugar de batiendo, y sintió que sus mejillas se coloreaban, a pesar de nadie la estaba mirando. —¿Me pasas las tazas de medir cuando hayas terminado con ellas?

Él se las dio. —Yo sé que algo aterrador está pasando, y quiero proteger a Bonnie, también —dijo sonriendo un poco—, pero creo que se está aprovechando un poco de la situación. Le encanta que todo el mundo esté a su cuidado.

—Bonnie es muy valiente —dijo Meredith remilgadamente, y luego le dirigió una sonrisa—, y, sí, podría hacerse cargo.

Matt bajó por las escaleras y entró en la cocina. —Creo que quizás Bonnie debería tomar un poco de té cuando salga de su baño de burbujas —dijo—. La Sra. Flowers está ocupada poniendo hechizos de protección en el dormitorio que Bonnie eligió, pero dijo que tiene una mezcla de manzanilla y romero que estaría bien, y poner miel en ella.

Meredith se centró en mezclar los ingredientes de las galletas y Matt hirvió agua y midió cuidadosamente las hierbas secas y la miel para hacer el té según las especificaciones exactas de la Sra. Flowers. Cuando finalmente terminó de quejarse al respecto, Matt tomó el frágil pocillo y el platillo con cuidado.

—Espera, tal vez es mejor que tome el bote entero —dijo él. Mientras buscaba una bandeja para transportarlo, preguntó—, ¿Meredith, estás segura de que tú y Bonnie tienen todo lo que puedan necesitar de sus casas?

—Ella estuvo allí casi una hora y media. Consiguió todo lo que quería —dijo Meredith—, y si nos falta algo, estoy segura de que la Sra. Flowers tiene algunos extras.

—Bien —dijo Matt, su hermoso rostro absorto mientras recogía la bandeja de té sin derramar nada—. Sólo quiero estar seguro de que Bonnie está bien.

Salió de la cocina, y Meredith escuchó sus pasos volviendo arriba. Una vez fuera del alcance de su oído, ella y Alaric se echaron a reír.

—Sí, definitivamente ella se está aprovechando —dijo Meredith, cuando había dejado de reír.

Alaric la atrajo hacia él. Su rostro estaba grave y absorto ahora, y Meredith contuvo el aliento. Cuando estuvieron tan cerca, ella pudo ver las ocultas manchas de oro en sus ojos color avellana, y lo sintieron como un secreto que sólo Meredith sabía.

—Me encanta como cuidas de tus amigos —dijo Alaric, su voz baja—. Lo que más me gusta es que sabes que ella está presionándolo tan lejos como puede, viendo lo que vas a hacer por ella, y tú te ríes, pero aún así vas a darle todo lo que necesita —frunció el ceño—. No, eso no está bien. Me encanta cómo ves el lado divertido, pero lo que más me gusta como de bien te haces cargo de todo el mundo que puedes —tiró de ella aún más cerca—. Creo principalmente que te amo, Meredith.

Meredith lo besó. ¿Cómo podía haberse preocupado de que Celia se interpondría entre ellos? Era como si hubiera tenido una niebla llenando sus ojos, haciendo que no fuera capaz de ver la simple verdad: Alaric estaba loco por ella.

Después de un minuto, rompió el beso y volvió a la masa para galletas. —Dame una bandeja para horno, ¿puedes? —preguntó.

Alaric se detuvo por un momento. —Está bien... —dijo.

Cerrando los ojos, Meredith convocó todas sus fuerzas. Tenía que decírselo. Se había prometido a sí misma que lo haría.

Él le entregó una bandeja de horno y ella se ocupó de echar cucharadas de masa en él. —Hay algo que necesito contarte, Alaric —dijo.

Alaric se congeló a su lado. —¿Qué es? —preguntó, su voz cautelosa.

—Esto va a sonar increíble.

Él dio un resoplido de risas. —¿Más increíble que todo lo que ha pasado desde que te conocí?

—Algo así —dijo Meredith—. O, al menos, esto es específicamente sobre mí esta vez. He estado... —Era difícil de decir—. Vengo de una familia de cazadores de vampiros. Toda mi vida, he estado entrenando para pelear. Supongo que cuidar de personas es un rasgo familiar. —Ella sonrió débilmente.

Alaric la miró fijamente.

—Di algo —pidió Meredith después de un momento.

Él se quitó el pelo de los ojos y miró salvajemente alrededor. —No sé qué decir. Me sorprende que nunca me contaras esto. Yo pensé... —hizo una pausa— que nos conocíamos muy bien.

—Mi familia... —dijo Meredith miserablemente—. Me hicieron jurar que guardaría el secreto. Nunca le conté a nadie hasta hace unos días.

Alaric cerró los ojos por un minuto y apretó sus manos contra ellas duramente. Cuando los abrió, la miró tranquilo. —Lo entiendo. Lo hago.

—Espera —dijo Meredith—. Hay más. —La bandeja para hornear galletas estaba llena, y se puso a buscar algo más en lo que ocupar sus manos y sus ojos mientras hablaba. Se decidió por un paño de cocina y lo retorció nerviosamente—. ¿Te acuerdas de que Klaus atacó a mi abuelo?

Alaric asintió con la cabeza.

—Bueno, me enteré hace unos días que él también me atacó y secuestró a mi hermano, el hermano que nunca había sabido que tenía, y se lo llevó y lo convirtió en vampiro. Y a mí, yo sólo tenía tres años, en una especie de mitad vampiro. Una niña, pero que necesitaba comer morcilla, y a veces tenía... dientes afilados como los de un gato.

—Oh, Meredith... —El rostro de Alaric estaba lleno de compasión, y se acercó a ella, las manos extendidas. Hacia mí, señaló Meredith. No lejos, no con miedo.

—Espera —dijo ella otra vez—. Elena pidió a los Guardianes que cambiaran las cosas de manera que habrían sido como si Klaus nunca hubiera venido aquí —dejó

el paño de cocina—. Así que nunca sucedió.

—¿Qué? —dijo Alaric, mirándola fijamente.

Meredith asintió con la cabeza, una confusa sonrisa indefensa extendiéndose por su cara. —Mi abuelo murió en una casa de retiro en Florida hace dos años. Tengo un hermano, uno que no recuerdo por desgracia, él fue enviado a un internado cuando

teníamos doce años y se unió a las fuerzas armadas en cuanto cumplió dieciocho años. Al parecer, él es el chico problemático de la familia —tomó una respiración profunda—. No soy un vampiro. Ni siquiera un medio vampiro. No ahora.

Alaric seguía mirándola. —Wow —dijo—. Espera un minuto. ¿Eso significa que Klaus está vivo todavía? ¿Podría venir aquí, venir tras tu familia ahora?

—Pensé en eso —dijo Meredith alegrándose de abordar los aspectos prácticos—. No lo creo. Elena pidió a los Guardianes que cambiaran Fell's Church para que fuera como si Klaus nunca hubiera venido aquí. No les pidió que cambiaran a Klaus y su experiencia. Para él, creo que, lógicamente, vino aquí, hace mucho tiempo, y ahora está muerto —sonrió con voz temblorosa—. Espero que sí, de todos modos.

—Así que estamos a salvo —dijo Alaric—, tan a salvo como un cazador de vampiros puede estar. ¿Es todo lo que necesitabas decirme? —Cuando Meredith asintió con la cabeza, llegó para ella y tiró de ella en sus brazos. Sosteniéndola con fuerza, dijo: —Te amaría con los dientes afilados, también. Pero estoy muy contento por ti.

Meredith cerró los ojos. Había tenido que contárselo, para saber cómo habría reaccionado si los Guardianes no lo hubieran cambiado todo. Una alegría muy cálida se extendió a través de ella.

Alaric apretó los labios contra su pelo.

—Espera —dijo una vez más, y él la soltó, mirándola inquisitivamente.

—Las galletas. —Meredith rió y las puso en el horno, ajuntando el temporizador para diez minutos.

Se besaron hasta que el timbre sonó.

—¿Estás segura de que estarás bien sola? —preguntó Matt con ansiedad, de pie junto a la cama de Bonnie—. Estaré abajo si necesitas algo. O tal vez me quede aquí. Podría dormir en el suelo. Sé que ronco, pero trataré de no hacerlo, te lo juro.

Bonnie le dio una sonrisa valiente. —Estaré bien, Matt. Muchísimas gracias.

Con una última mirada de preocupación, Matt le acarició la mano con torpeza, y luego salió de la habitación. Bonnie sabía que él estaría dando vueltas en la cama, pensando en maneras de mantenerla a salvo. Probablemente iba a terminar durmiendo en el suelo fuera de su puerta, pensó ella dando un pequeño y delicioso contoneo.

—Que duermas bien, querida —dijo la Sra. Flowers, ocupando su lugar junto a la cama de Bonnie—. He echando todos los encantos de protección que conozco

alrededor de ti. Espero que te guste el té. Este es mi brebaje especial.

—Gracias, Sra. Flowers —dijo Bonnie—. Buenas noches.

—Estás disfrutando esta manera demasiado —dijo Meredith, que llegaba con un plato de galletas. Cojeaba, pero insistió en que no necesitaba un bastón o una muleta, siempre y cuando su tobillo estuviera vendado.

En el acto... Bonnie echó un vistazo a Meredith. Tenía las mejillas sonrojadas, y su pelo que solía ser liso estaba un poco revuelto. Creo que está muy contenta de que Celia se haya ido a tomar rayos UVA, pensó Bonnie con una sonrisa.

—Sólo estoy tratando de mantenerme animada —dijo Bonnie con una sonrisa pícar—, y sabes lo que dicen. Cuando la vida te da limones, haz limonada. Mi limonada es tener a Matt cumpliendo todas mis necesidades. Es una lástima no tener más chicos por aquí.

—No te olvides de Alaric —dijo Meredith—. Él ayudó a hacer las galletas. Y está en la planta de abajo investigando todo lo que podría estar relacionado con esto.

—Ah, todo el mundo atendiéndome, eso es lo que me gusta —bromeó Bonnie—. ¿Te he contado cuanto disfruté de la cena que hiciste? Todos mis favoritos... fue como mi cumpleaños. O mi última comida —agregó con más sobriedad.

Meredith frunció el ceño. —¿Estás segura de que no quieres que me quede aquí? Sé que hemos protegido la casa, tanto como pudimos, pero no sabemos muy bien contra qué estamos luchando. Y sólo porque los dos últimos ataques se produjeron en pleno día con todo el grupo junto, no significa necesariamente que esa sea la forma en que tiene que pasar. ¿Qué pasa lo que quiera que sea esto puede traspasar nuestras defensas?

—Voy a estar bien —dijo Bonnie. Intelectualmente sabía que estaba en peligro, pero curiosamente, no sentía miedo. Estaba en una casa con gente en la que confiaba, todos los cuales se centraban plenamente en su seguridad. Además, tenía un plan para la noche, algo que no podía hacer si Meredith dormía en la habitación.

—¿Estás segura? —Se preocupó Meredith.

—Si —dijo Bonnie enfáticamente—. Si algo malo fuera a pasarme esta noche, lo sabría de antemano, ¿no? Porque soy psíquica, y tengo advertencias acerca de las cosas.

—Hmmm —dijo Meredith, haciendo una mueca con una ceja. Por un momento parecía como si fuera a discutir. Bonnie mantuvo firme su mirada. Finalmente, Meredith puso la bandeja de galletas en la mesa junto a la cama al lado de la tetera y la taza que Matt había traído antes, descorrió las cortinas de la ventana, y miró

alrededor para ver qué más podía hacer.

—Bien, entonces —dijo—. Estaré justo en la habitación de al lado si me necesitas.
—Gracias, Mer. Buenas noches. —Tan pronto como el pomo hizo click en su lugar, Bonnie se recostó en la cama y mordió una galleta. Deliciosa.

Una lenta sonrisa floreció en sus labios. Ella era el centro de atención ahora, como si fuera una heroína victoriana sufriendo valientemente algún tipo de pérdida por enfermedad. Había sido alentada a elegir su favorita entre las muchas habitaciones de la pensión y había elegido esta. Era una encantadora habitación con cremoso rosa-estampado papel pintado y una cama estilo trineo.

Matt no iba a dejar su lado toda la noche. La Sra. Flowers se había estado preocupando a su alrededor, esponjando almohadas y ofreciendo su tónico de hierbas, y Alaric había estado concienzudamente investigando los hechizos de protección en todos los grimorios que pudo encontrar. Incluso Celia, que nunca había sido más que insolente con ella acerca de sus “visiones”, prometió antes de salir que les haría saber tan pronto como encontrara algo útil.

Bonnie se volvió en su lado, inhalando el dulce aroma del té de la Sra. Flowers. Aquí, en esta acogedora habitación, era imposible sentir como si necesitara protección, aunque podría estar en peligro en este mismo momento.

¿Pero lo estaba? ¿Cuál era el período de tiempo después de que el nombre de uno era llamado? Después de que el nombre de Celia había aparecido, ella había sido atacada en una hora. Después de que apareciera el de Meredith, no había sido atacada hasta el día siguiente. Tal vez las cosas fueran cada vez más espaciadas. Tal vez Bonnie no estaría en peligro hasta mañana o al día siguiente. O la próxima semana.

Y el nombre de Damon había aparecido antes de que el de Bonnie lo hiciera.

La piel de Bonnie se estremeció al pensar en el nombre de Damon en las hierbas del lago. Damon estaba muerto. Ella lo había visto morir, y de hecho había muerto por ella (aunque todos los demás, en su compasión por Elena, parecían haberse olvidado de eso). Pero la aparición de su nombre tenía que significar algo. Y estaba decidida a descubrir qué.

Ella escuchó. Podía oír los sonidos de Meredith moviéndose en la habitación de al lado con un golpeteo constante que sugería que estaba practicando con su bastón, y desde abajo llegaban las voces débiles de Matt, Alaric, y la Sra. Flowers hablando en el estudio.

Bonnie podía esperar. Se sirvió una taza de té, haciendo crujir otra galleta, y movió los dedos de los pies placenteramente entre las sábanas de color rosa suave. Le gustaba ser una inválida sobrenatural.

Una hora más tarde, había terminado su taza de té y todas las galletas, y la casa estaba más tranquila. Ya era hora.

Salió de la cama, su demasiado largo pantalón del pijama de lunares aleteando alrededor de sus tobillos, y abrió su bolsa de viaje. Mientras que Meredith había estado esperando abajo en su casa, ella había levantado la tabla suelta bajo su cama y cogido Atravesando los Límites Entre los Vivos y los Muertos, una caja de fósforos, un cuchillo de plata, y las cuatro velas que necesitaba para el ritual. Ahora los sacó de su bolso y echó para atrás la alfombra junto a la cama para poder agacharse en el suelo.

Esta noche nada la iba a detener. Iba a llegar a Damon. Tal vez podría contarle lo que estaba pasando. O tal vez él estaba en algún tipo de peligro, en cualquier plano de vampiros muertos en el que había terminado, y necesitaba ser advertido.

En cualquier caso, lo echaba de menos. Bonnie se encogió de hombros y echó los brazos a su alrededor por un momento. La muerte de Damon le había hecho daño, no es que nadie se hubiera dado cuenta. La atención de todos, la simpatía de todos, se había dirigido hacia Elena. Como de costumbre.

Bonnie volvió al trabajo. Rápidamente, encendió la primera vela y, goteando la cera en el suelo para fijarla en posición vertical, lo puso a su norte. —Fuego del norte, protégeme —susurró. Los iluminó en sentido contrario de las agujas del reloj: negro hacia el norte, blanco hacia el oeste, negro hacia el sur y blanco hacia el este.

Cuando el círculo de protección se completó alrededor de ella, cerró los ojos y se sentó en silencio durante unos momentos, centrándose, llegando a encontrar el poder en su centro.

Cuando abrió los ojos, respiró hondo, cogió el cuchillo de plata, y rápidamente, sin darse tiempo a ser cobarde, se cortó en su mano izquierda.

—Ouch —murmuró ella, y volvió su mano encima, goteando sangre en el suelo delante de ella. Luego enjuagó los dedos de la mano derecha de la sangre y untó un poco en cada vela.

La piel de Bonnie se estremeció dolorosamente mientras la magia se levantaba a su alrededor. Perfeccionó sus sentidos, y pudo ver pequeños movimientos en el aire, como si destellos de luz estuvieran apareciendo y desapareciendo fuera de su vista.

—A través de la oscuridad yo te llamo —entonó. No tuvo que buscar en el libro, se había aprendido de memoria esta parte—. Con mi sangre, yo te llamo; con el fuego y la plata yo te llamo; escúchame a través del frío más allá de la tumba. Escúchame a través de las sombras más allá de la noche. Yo te llamo. Tengo necesidad de ti. ¡Escúchame y ven!

La habitación se quedó inmóvil. Era el silencio de la espera, como si alguna gran criatura contuviera la respiración. Bonnie se sentía como si una audiencia entera se

pusiera a su alrededor, suspendido en su entusiasmo. El velo entre los mundos se iba a levantar. Ella no tenía ninguna duda.

—Damon Salvatore —dijo con claridad—. Ven a mí. —No pasó nada.

—Damon Salvatore —dijo Bonnie otra vez, menos confiadamente—, ven a mí.

La tensión, la sensación de magia en la sala comenzaba a disiparse, como si su público invisible se arrastrara en silencio lejos.

Sin embargo, Bonnie sabía que el hechizo había funcionado. Tenía un curioso, en blanco, sentimiento de cortocircuito, como cuando estaba hablando por teléfono y su portador de repente se caía la llamada. Su llamada ha tenido que pasar, estaba segura de ello, pero no había nadie en el otro extremo. ¿Sólo qué quería decir esto? ¿Era que el alma de Damon simplemente... se había ido?

De repente Bonnie escuchó algo. Una respiración débil, sólo una pizca fuera de tiempo con la suya.

Había alguien detrás de ella.

Los pelos se levantaron en la parte posterior de su cuello. No había roto el círculo de protección. Nada debería de ser capaz de cruzar ese círculo, sin duda ningún espíritu, pero lo que estaba detrás de ella estaba dentro del círculo, tan cerca de Bonnie que estaba casi tocándola.

Bonnie se congeló. Luego, lentamente, con cuidado, bajó su mano y palpó buscando el cuchillo. — ¿Damon? —susurró con incertidumbre.

Una risa tintineante sonó detrás de ella, seguida por una voz baja. —Damon no quiere hablar contigo. —La voz era dulce como la miel, pero de alguna manera, también un sonaba venenosa, insidiosa y extrañamente familiar.

—¿Por qué? —preguntó Bonnie con voz temblorosa.

—Él no te ama —dijo la voz en un tono suave, persuasivo—. Nunca se dio cuenta de que estabas allí, a menos que hubiera algo que él quisiera de ti. O tal vez si quisiera poner a Elena celosa. Ya lo sabes.

Bonnie tragó, con demasiado miedo como para dar la vuelta, con demasiado miedo de ver a quién pertenecía la voz.

—Damon veía sólo a Elena. Damon amaba sólo a Elena. Incluso ahora que está muerto y perdido para ella, no escucha tu llamada —cantó alegremente la voz—. Nadie te ama, Bonnie. Todo el mundo ama a Elena, y eso es lo que a ella le gusta. Elena guarda a cada uno para ella misma.

Una sensación de ardor empezó detrás de los ojos de Bonnie, y una lágrima ardiente corrió por su mejilla.

—Nadie te ama —susurró la voz—. No cuando estás de pie al lado de Elena. ¿Por qué crees que nadie te vio como algo más que la amiga de Elena? Durante todo el camino hasta la escuela, ella estaba de pie bajo el sol y tú estabas escondida en la sombra. Ella no podía compartir el centro de atención.

Las palabras se sacudían en la mente de Bonnie, y de repente algo cambió dentro de ella. El terror helado que había sentido momentos antes se había descongelado, para dar paso a la turbulenta ira.

La voz estaba en lo cierto ¿Por qué nunca lo había visto antes? Elena era la amiga de Bonnie sólo porque Bonnie era una lámina de su propia belleza, su propio brillo. Ella había estado usándola durante años sin preocuparse en absoluto de cómo Bonnie se sentía.

—Ella se preocupa sólo de sí misma —dijo Bonnie, medio sollozando—. ¿Por qué no podía alguien ver eso? —empujó el libro lejos de ella y golpeó en la negra vela a su norte, rompiendo el círculo. La mecha echó humo y abrió surcos, y las cuatro velas se apagaron.

—Ahhhh —dijo la voz con satisfacción, y tentáculos de niebla oscura comenzaron a deslizarse desde la esquina de la habitación. Tan rápido como el miedo la había dejado, volvió. Bonnie se dio la vuelta, con el cuchillo, lista para enfrentar la voz, pero no había nadie allí, sólo una oscura, amorfa niebla.

La histeria brotando dentro de ella, se puso de pie y se tambaleó hacia la puerta. Pero la niebla se movió rápidamente, y pronto Bonnie estaba envuelta en ella. Algo cayó con estrépito. No podía ver más que unos pocos centímetros. Bonnie abrió su boca y trató de gritar, pero la niebla caía sobre sus labios, y su grito se convirtió en

un gemido sordo. Sintió que su control sobre el cuchillo se aflojaba y caía al suelo con un ruido metálico sordo. Su visión se volvió borrosa. Bonnie trató de levantar su pie, pero apenas podía moverse.

Entonces, cegada por la niebla, perdió el equilibrio y cayó hacia delante en la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, Elena se encontró en el ático de alguien. Su amplio suelo de madera y sus vigas bajas estaban cubiertos de polvo, la sala estaba llena de objetos: una hamaca, trineos, motos, cajas con palabras como navidad o juguetes de niño o ropas de invierno de B[1], escritas sobre ellas con marcador negro. Telas impermeables estaban colgadas de los objetos más grandes que podrían ser muebles, sillas y mesas, por sus formas.

En el otro extremo de la habitación un colchón tirado en el suelo, con una tela impermeable arrugada en un extremo, como si alguien durmiendo lo hubiera utilizado como una manta improvisada y lo hubiera empujado fuera al levantarse.

Débiles trazas de luz pálida se mostraron alrededor de los bordes de una pequeña ventana cerrada en el extremo más cercano de la buhardilla. Hubo un suave susurro, como si los ratones estuvieran ocupándose de sus asuntos privados al abrigo de los muebles almacenados.

Todo era extrañamente familiar.

Miró hacia el otro extremo de la buhardilla y vio, sin la menor sensación de sorpresa, que Damon estaba sentado en el viejo colchón, sus largas piernas vestidas de negro estaban encogidas, sus codos apoyados en las rodillas. Lograba dar la apariencia de descansar con gracia a pesar de su incómoda posición.

—Los lugares en donde nos encontramos son cada vez menos y menos elegantes — dijo ella secamente.

Damon se rió y levantó sus manos en señal de negación. —Tú escoges la ubicación, princesa —dijo—. Este es tu show. Yo simplemente estoy durante el viaje. —Se detuvo pensativamente—. Bueno, eso no es del todo cierto —confesó—, pero tú eliges las ubicaciones. ¿Dónde estamos, de todos modos?

—¿No lo sabes? —dijo Elena con fingida indignación—. ¡Este es un lugar muy especial para nosotros, Damon! ¡Lleno de recuerdos! Tú me trajiste aquí después de que me convertí en un vampiro, ¿recuerdas?

Él miró a su alrededor. —Oh, sí. El ático de la casa donde el profesor se hospedaba. Conveniente en ese momento, pero tienes razón, un entorno elegante nos convendría más. ¿Puedo sugerir un bonito palacio la próxima vez? —dijo unas palmaditas en el colchón a su lado.

Elena, atravesando el suelo hacia él, tomó un momento para maravillarse de lo realista y detallado que era su sueño. Cada paso que daba enviaba diminutos soplos de polvo del suelo. Había un ligero olor a moho. No recordaba haber olido algo en un sueño antes de estas visiones de Damon.

Cuando se sentó, el olor a moho se hizo más fuerte. Se acurrucó cerca de Damon de todos modos, apoyando la cabeza sobre su hombro, y su chaqueta de cuero crujió cuando él puso su brazo alrededor de ella. Elena cerró los ojos y suspiró. Se sentía a salvo y segura dentro de su abrazo, sentimientos que nunca había asociado con Damon, pero que eran buenos. —Te extraño, Damon —dijo—. Por favor, vuelve conmigo.

Damon apoyó su mejilla contra la cabeza de Elena y ella respiró su olor. Cuero, jabón y el extraño olor enmaderado, pero agradable, que era el propio de Damon. —Estoy aquí —dijo.

—No realmente —dijo Elena, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se las secó eliminándolas con el dorso de sus manos—. Siento como si no hiciera nada más que llorar últimamente —dijo—. Cuando estoy aquí contigo me siento más segura, sin embargo. Pero es sólo un sueño. No va a durar, este sentimiento.

Damon se puso rígido. —¿Segura? —dijo, y había una nota tensa en su voz—. ¿No estás segura cuando no estás conmigo? ¿No está mi hermanito cuidando adecuadamente de ti?

—Oh, Damon, no te puedes imaginar —dijo Elena—. Stefan... —Ella respiró hondo, apoyó la cabeza en sus manos, y comenzó a sollozar.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado? —preguntó Damon bruscamente. Cuando Elena no respondió, simplemente siguió llorando, tomó sus manos y tiró con suavidad pero con firmeza de su cara—. Elena —dijo—. Mírame. ¿Le ha ocurrido algo a Stefan?

—No —dijo Elena a través de sus lágrimas—. Bueno, sí, más o menos... No sé muy bien qué pasa con él, pero ha cambiado. —Damon estaba mirándola fijamente, sus ojos negros como la noche fijos en los de ella, y Elena hizo un esfuerzo para calmarse. Ella odiaba actuar así, tan débil y patética, sollozando sobre el hombro de alguien en lugar de actuar con frialdad formulando una solución al problema en cuestión. No quería que Damon, ni siquiera el Damon de un sueño que sólo era parte de su subconsciente, la viera así. Sollozó y se secó los ojos con el dorso de la mano.

Damon se adentró en un bolsillo interior de su chaqueta de cuero y le entregó un pañuelo blanco cuidadosamente doblado. Elena lo miró, luego a él, y se encogió de hombros. —Soy un caballero a la antigua, a veces —dijo, imperturbable.

Elena se sonó la nariz y se secó las mejillas. No sabía muy bien qué hacer con el pañuelo empapado, parecía grosero entregárselo de vuelta a Damon, de modo que sólo se aferró a él, retorciéndolo entre sus manos mientras pensaba.

—Ahora cuéntame qué está pasando. ¿Qué está mal con Stefan? ¿Qué pasó con él?

—ordenó Damon.

—Bueno... —dijo Elena lentamente—. No sé qué está mal con Stefan, y no sé si le ocurrió algo para cambiarlo que tu no sepas ya. Quizás sólo está reaccionando a tu... ya sabes. —De repente parecía raro referirse a la muerte de Damon cuando él estaba sentado a su lado, descortés de alguna manera, pero Damon asintió con la cabeza para que siguiera adelante—. Ha sido duro para él. Y ha estado aún más tenso y extraño en el último par de días. Entonces, esta tarde, yo estaba visitando a mis padres en el cementerio... —Ella le contó a Damon sobre el ataque de Stefan a Caleb—. Lo peor de todo es que nunca sospeché que ese lado de Stefan existía —terminó—. No puedo pensar en ninguna razón real para que tuviera que atacar a Caleb, sólo dijo que Caleb me quería y que era peligroso, pero Caleb no había hecho nada, y Stefan parecía tan irracional y tan violento. Era como otra persona.

Los ojos de Elena se estaban llenando de lágrimas otra vez, y Damon la atrajo más cerca, acariciándole el pelo suavemente y salpicando su rostro con suaves besos. Elena cerró los ojos y poco a poco se relajó en sus brazos. Damon la sostuvo con más firmeza, y sus besos fueron más lentos y profundos. Luego estaba sosteniendo su cabeza con sus fuertes, suaves manos y besándola en la boca.

—Oh, Damon —murmuró. Esto era más vívido que cualquier sueño que hubiera tenido. Sus labios eran suaves y cálidos, con apenas una poca rugosidad en ellos, y se sentía como si estuviera cayendo en él—. Espera. —Él la besó con más insistencia, pero cuando ella se alejó, la dejó ir.

—Espera —repitió Elena, sentándose con la espalda recta. De alguna manera ella se había tendido hacia atrás hasta que estuvo medio recostada a través del colchón viejo y húmedo con Damon, sus piernas enredadas con las de él. Ella se apartó de él, hacia el borde del colchón.

—Damon, lo que está pasando con Stefan me asusta. Pero eso no significa que... Damon, todavía estoy enamorada de Stefan.

—Me amas a mí, también, lo sabes —dijo Damon ligeramente. Sus oscuros ojos entrecerrados—. No vas a deshacerte de mí tan fácilmente, princesa.

—Te quiero —dijo Elena. Sus ojos estaban secos ahora. Pensó que quizás no le quedaban más lágrimas..., al menos por el momento. Su voz era firme y agregó—. Siempre te amaré, supongo. Pero estás muerto. —Y Stefan es mi verdadero amor, si tuviera que elegir entre ustedes, pensó, pero no lo dijo. ¿Cuál era el punto?—. Lo siento Damon —continuó—, pero te has ido. Y siempre voy a amar a Stefan, pero de repente tengo miedo de él, de lo que podría hacer. No sé qué va a pasar con nosotros. Pensé que las cosas iban a ser fáciles ahora que estamos de nuevo en casa, pero cosas terribles están ocurriendo todavía.

Damon suspiró y se recostó en el colchón. Miró hacia el techo en silencio por un

momento. —Escucha —dijo finalmente, entrelazando sus dedos sobre su pecho—. Tú siempre has subestimado el potencial de Stefan para la violencia.

—Él no es violento —dijo Elena con vehemencia—. Ni siquiera bebe sangre humana.

—No bebe sangre humana porque no quiere ser violento. No quiere hacerle daño a nadie. Pero Elena —Damon se acercó y le cogió la mano—, mi hermanito tiene temperamento. Sé que cualquier persona lo tiene.

Elena se estremeció. Sabía que, cuando eran humanos, Stefan y Damon se habían matado el uno al otro en un arranque de rabia por lo que ellos pensaban que era la muerte de Katherine.

La sangre de Katherine había estado en sus sistemas, y se levantaron de nuevo como vampiros aquella noche. Su ira, los celos por un amor perdido los había destruido a ambos.

—Sin embargo —continuó Damon—, tanto como me duele admitirlo, Stefan nunca te haría daño, y no le haría daño a nadie sin una razón real. No sin el tipo de razón que tú podrías aprobar. No estos días. Puede tener temperamento, pero también tiene una conciencia. —Él sonrió un poco y añadió—. Un molesto y autosuficiente tipo de conciencia, por supuesto, pero está ahí. Y él te ama, Elena. Eres todo el mundo para él.

—Tal vez tengas razón —dijo Elena—. Tengo miedo, sin embargo. Y me gustaría que estuvieras allí conmigo. —Ella lo miró, como soñolienta y confiando como un niño cansado—. Damon, me gustaría que no estuvieras muerto. Te echo de menos. Por favor, vuelve conmigo.

Damon sonrió y la besó nuevamente. Pero luego se apartó y Elena sintió que el sueño cambiaba. Trató de aferrarse a ese momento pero se desvaneció y Damon se fue con él de nuevo.

—Por favor ten cuidado, Damon —dijo Sage, líneas de preocupación estropeando su frente bronceada.

No era frecuente que el musculoso Guardián de las Puertas pareciera preocupado, o hablara un sólo idioma a la vez, pero desde que Damon había retrocedido de la muerte y de las cenizas, Sage había hablado en voz baja y clara para él en Inglés, tratando al vampiro como si se fuera a romper en cualquier momento.

—Por lo general soy cuidadoso —dijo Damon, apoyado contra la pared de lo que

llamaron, a falta de un término mejor, el ascensor místico—. A menos que esté siendo sorprendentemente valiente, por supuesto. —Las palabras estaban en lo cierto, pero a oídos de Damon, su voz sonó apagada: ronca y vacilante.

Sage pareció oír algo incorrecto ahí, también, y su hermoso rostro surcado con el ceño fruncido. —Puedes quedarte más tiempo si quieres.

Damon se apoyó contra la pared blanca. —Me tengo que ir —dijo con tono cansado, por lo que parecía la millonésima vez—. Ella está en peligro. Pero gracias por todo, Sage.

Él no estaría aquí ahora si no fuera por Sage. El poderoso vampiro había limpiado a Damon, le dio ropa elegante de color negro en el tamaño adecuado y lo alimentó con sangre y vino Black Magic hasta que Damon fue traído de nuevo desde el borde de la muerte y recordó quién era de nuevo.

Pero... Damon no se sentía como él. Había un extraño y doloroso vacío en su interior, como si hubiera dejado algo atrás, oculto bajo las cenizas.

Sage estaba todavía con el ceño fruncido, mirándolo con preocupación. Damon se recompuso y le dio a Sage una súbita sonrisa brillante. —Deséame suerte —dijo.

La sonrisa ayudó: El rostro del otro vampiro se relajó. —Bonne chance, mon ami[2] —dijo—. Te deseo la mejor de las suertes. Bilingüe de nuevo, pensó Damon. Debo tener mejor aspecto.

—Fell's Church —dijo en el aire vacío—. Los Estados Unidos, el reino de los mortales. Algún lugar donde pueda esconderme.

Levantó una mano en señal de saludo solemne a Sage y pulsó el único botón del ascensor.

Elena se despertó en la oscuridad. Hizo un rápido y automático chequeo mental:

liso, sábanas de algodón con olor a suavizante, poca luz de la ventana más allá de los pies de su cama a la derecha, el débil sonido de Robert roncando en el dormitorio de la tía Judith en el otro extremo del pasillo. Su propia vieja habitación familiar. De nuevo en casa.

Exhaló un profundo suspiro. No se sentía tan sumida en la desesperación como lo había hecho cuando se metió en la cama; las cosas estaban oscuras, pero podía admitir que había una posibilidad de que algún día mejoraran de nuevo. Pero sus ojos y su garganta se sentían en carne viva de llorar. Echaba tanto de menos a Damon.

Una tabla del suelo crujió. Elena se puso rígida. Ella sabía cómo crujían. Era el agudo quejido que el suelo cerca de su ventana hacía, si te parabas justo en el medio. Alguien estaba en su habitación.

Elena se quedó muy quieta, corriendo a través de las posibilidades. Stefan se habría anunciado tan pronto como escuchar el suspiro. ¿Sería Margaret, vagando en silencio a meterse en la cama con Elena?

—¿Margaret? —preguntó en voz baja.

No hubo respuesta. Sus oídos atentos, Elena pensó que podía distinguir el sonido de una respiración lenta y pesada.

De repente la lámpara de su escritorio se encendió, y Elena se sintió temporalmente deslumbrada por la luz brillante. Sólo podía ver la silueta de una figura oscura.

Entonces su visión se aclaró. Y a los pies de su cama, una media sonrisa cincelada, cuidadosos ojos oscuros, como si él no estuviera seguro de su bienvenida, había una figura vestida de negro.

Damon.

Capítulo 22

Elena no podía respirar. Vagamente podía sentir su boca abriéndose y cerrándose, pero encontró que no era capaz de decir nada. Sus manos y pies estaban dormidos.

Damon le dio una sonrisa casi tímida, lo que era divertido, porque Damon no se avergonzaba, y se encogió de hombros. —Bueno, ¿princesa? Tú querías que estuviera aquí contigo, ¿no?

Como si una goma elástica sujetándola se hubiera roto, Elena saltó de la cama y se lanzó a los brazos de Damon.

—¿Eres real? —dijo, medio sollozando—. ¿Es esto real? —Ella lo besó con fuerza, y se encontró con su beso con el mismo fervor. Él parecía real, piel fría curtida, la sorprendente suavidad de sus familiares labios bajo los de ella.

—Aquí estoy —murmuró en su pelo mientras la atraía hacia él—. Es real, te lo prometo.

Elena dio un paso atrás y golpeó con fuerza su cara. Damon la miró fijamente y alzó la mano para frotar su mejilla.

—Ouch —dijo, y luego esbozó una estrecha e irritante sonrisa—. No puedo decir que fuera totalmente inesperado, recibo una bofetada de mujeres con más frecuencia de lo que parece posible, pero no por una bonita bienvenida por el amor perdido hace mucho tiempo, cariño.

—¿Cómo pudiste? —dijo Elena, sus ojos secos ahora y furiosa—. ¿Cómo pudiste, Damon? Todos hemos estado de duelo. Stefan cayéndose a pedazos. Bonnie culpándose. Y... y... un pedazo de mi corazón murió. ¿Cuánto tiempo has estado vigilándonos? ¿No te importa? ¿Era todo una broma para ti? ¿Te reías cuando llorábamos?

Damon hizo una mueca. —Querida —dijo—. Mi princesa. ¿No te alegras de verme en absoluto?

—¡Por supuesto que sí! —dijo Elena indignada. Ella respiró hondo y se enfrió un poco—. Pero, Damon, ¿en qué estabas pensando? ¡Todos pensábamos que estabas muerto! ¡Permanentemente muerto, no-presentándote-en-mi-dormitorio-a-los-pocos-días-viéndote-perfectamente-sano muerto! ¿Qué está pasando? ¿Los Guardianes hicieron esto? Me dijeron que no podían cuando se lo rogué, que la muerte es permanente para un vampiro, una vez que sucede.

Damon adornó con una genuina, alegre sonrisa. —Bueno, tú de todas las personas deberías saber que la muerte no es siempre permanente.

Elena se encogió de hombros y se envolvió con sus propios brazos.

—Ellos me dijeron que cuando yo volví, era diferente —dijo en voz baja, sus emociones zigzagueando por todas partes. Porque estabas en shock, una pequeña voz en la parte posterior de su cabeza decía sabiamente—. Cosas místicas, ya sabes. No era mi tiempo. ¡Hey! —Ella le dio un golpecito con un dedo, animándose—. ¿Eres humano ahora? Yo era humana cuando volví.

Damon dio un largo, teatral estremecimiento. —Dios no lo quiera. Ya tuve suficiente con la intromisión del kitsune que me convirtió en mortal. Gracias a Dios, o a quien sea, que no tengo que ir a buscar a la princesa vampiro para que me convierta otra vez —sonrió maliciosamente a Elena—. Soy un chupador de sangre, como siempre, cariño —miró a su cuello—. Hablando de eso, estoy más bien hambriento...

Elena le golpeó de nuevo, aunque esta vez más suavemente. —Ya basta, Damon.

—¿Puedo sentarme ahora? —preguntó Damon, cuando Elena asintió con la cabeza,

él se sentó a los pies de su cama y la atrajo a sentarse a su lado. Elena lo miró a los ojos inquisitivamente, luego trazó suavemente su mano sobre sus pómulos agudos, su boca esculpida, su suave pelo negro como el azabache.

—Estabas muerto, Damon —dijo en voz baja—. Lo sé. Te vi morir.

—Sí —dijo él, y suspiró—. Me sentí morir. Fue terriblemente doloroso y parecía como si no fuera a terminar nunca y ser más que unos pocos minutos. —Se estremeció—. Había un poco de mí incluso entonces, sin embargo —Elena asintió con la cabeza—, y Stefan me dijo, me dijo que volara lejos. Y tú lo sujetabas, me

sujetabas, y me dijiste que cerrara los ojos. Y luego ese último pedacito de mí se había ido, también, e incluso el dolor había desaparecido. Y después... yo regresé. —Los oscuros ojos de Damon estaban muy abiertos con el asombroso recuerdo.

—¿Pero cómo? —preguntó Elena.

—¿Recuerdas la esfera estelar?

—¿Cómo podría olvidarla? Fue la raíz de todos nuestros problemas con los kitsune. Fue vaporizada cuando yo... Oh, Damon, usé mis alas de destrucción contra el árbol en la luna del Inframundo. Pero destruyeron la bola kitsune, también, y tuve que ir a los Guardianes para salvar Fell's Church. Las alas de destrucción eran... como nada que haya visto o sentido antes. —Ella se estremeció.

—He visto lo que hiciste a aquella luna —dijo Damon, con una leve sonrisa—. ¿Te haría sentir mejor, mi encantador ángel, si supieras que usando tus Poderes al destruir la estrella es lo que me ha salvado?

—No me llames así —dijo Elena, frunciendo su ceño. Los Guardianes eran lo más parecido a los ángeles reales que había visto, y no tenía buenos recuerdos de ellos—. ¿Cómo te salvó eso?

—¿No explican cómo funciona la condensación en las escuelas modernas? —preguntó Damon con la expresión arrogante que siempre usaba cuando burlonamente criticaba su mundo, en comparación con el que él había crecido—. ¿Es todo educación sexual, empatía y la segunda tasa de novelas ahora, o aún les cuentan a los niños un poco más sobre la ciencia? Sé que han eliminado latín y griego a favor del teatro y la concienciación. —Su voz destilaba desprecio.

Elena se dijo a sí misma que no mordería su cebo. En su lugar plegó sus manos en frente en su regazo. —Creo que es posible que estés unas pocas décadas fuera de fecha. Pero por favor, oh sabio —dijo—, supongo que mi educación no incluye la conexión entre la condensación y la resurrección de los muertos, ilumíname.

—Bonito. —Damon sonrió—. Me gusta ver a una mujer joven que es respetuosa con sus mayores y mejores. —Elena le levantó una ceja en señal de advertencia—. De

todos modos —continuó—, el líquido en la esfera estelar, la magia pura, no desapareció. No es tan fácil deshacerse de la magia fuerte. A medida que la

atmósfera se enfrió, la magia pasó del vapor de vuelta a estado líquido y cayó sobre mí, con la lluvia de cenizas. Estuve empapado en Poder puro durante horas, renaciendo gradualmente.

La boca de Elena estaba abierta. —Esos tramposos —dijo indignadamente—. Los Guardianes me dijeron que te habías ido para siempre, y se llevaron todos los tesoros con los que los sobornamos, también —pensó brevemente en el único y último tesoro que aún tenía, una botella llena del Agua de la Eterna Juventud, escondida en lo alto de la estantería de su armario, y apartó ese pensamiento. Ni siquiera podía reconocer a sí misma que tenía ese tesoro escondido por más de un momento, por temor a que los Guardianes se dieran cuenta de que lo tenía, y ella no lo podía usar... todavía no, tal vez nunca.

Damon encogió un hombro. —Ellos hacen trampas, a veces, me han dicho. Pero es probable que esta vez creyeran que estaban diciendo la verdad. No lo saben todo, aunque pretendan que lo hacen. Y los kitsune y los vampiros están ambos un poco fuera de su área de experiencia.

Él le contó cómo se había despertado, enterrado en el barro y la ceniza, abrió camino hacia la superficie y echó a andar por la desolada luna sin saber quién era o qué le había sucedido, y cómo casi se muere de nuevo, y que Sage lo había salvado.

—¿Y luego qué? —preguntó Elena con impaciencia—. ¿Cómo recordaste todo? ¿Cómo llegaste a la Tierra?

—Bueno —dijo Damon, poniendo una ligera, cariñosa sonrisa—, esa es una historia divertida —alcanzó un bolsillo interior de su chaqueta de cuero y sacó un cuidadosamente doblado pañuelo blanco de lino. Elena parpadeó. Se parecía al pañuelo que le había dado en su sueño. Damon notó su expresión y sonrió ampliamente, como si supiera que lo estaba reconociendo. Lo desdobló y lo tendió para que Elena lo inspeccionara.

Acunados en el interior del pañuelo estaban dos mechones de pelo. Pelo muy familiar, notó Elena. Ella y Bonnie habían cada una cortado un mechón de su cabello y lo habían colocado en el cuerpo de Damon, queriendo dejar una parte de ellas mismas con él, sinceramente no podía llevarse su cuerpo de la desolada luna con ellas. Delante de ella ahora había un rizado mechón rojo y uno ondulado y dorado, tan brillantes y relucientes como si hubieran sido recién cortados de una

cabeza recientemente lavada, en lugar de quedar prendidos en un mundo con lluvia de cenizas por todas partes.

Damon miró los mechones con una expresión compuesta por ternura y un poco de temor. Elena pensó que nunca había visto una tan abierta, casi esperanzadora mirada de él.

—El Poder de la esfera estelar kitsune, los salvó, también —dijo—. Primero estaban quemados casi como cenizas, pero luego se regeneraron. Los sostuve y los analicé y los acaricié, y empezaste a venir a mí. Sage había proporcionado mi nombre, y sonaba bien, pero no podía recordar nada más sobre mí. Pero mientras sostenía estos mechones de pelo, poco a poco recordé quién eras, y lo que habíamos pasado juntos, y todas las cosas... —hizo una pausa—. Lo que sabía y lo que sentía por ti, y entonces recordé el pequeño pájaro rojo, también, y entonces todo lo demás me inundó y fui yo mismo otra vez.

Él apartó la vista y perdió su aspecto sentimental, suavizando su cara en su habitual expresión fría, como si se avergonzara, y luego dobló los mechones de pelo de nuevo en el pañuelo y lo guardó cuidadosamente en su chaqueta.

—Bueno —dijo enérgicamente—, entonces sólo fue cuestión de que Sage me prestara un poco de ropa, me pusiera al tanto de lo que me había perdido, y me proporcionara un ascensor para volver a Fell's Church. Y ahora aquí estoy.

—Apuesto a que estaba sorprendido —dijo Elena—, y eufórico. —El vampiro Guardián de las Puertas Entre Mundos era un gran amigo de Damon, el único amigo de Damon que ella conociera, aparte de ella misma. Los conocidos de Damon tendían a ser enemigos o admiradores con más frecuencia que amigos.

—Él estaba bastante contento —admitió Damon.

—¿Así que acabas de conseguir volver a la Tierra?

Damon asintió con la cabeza.

—Bueno, te has perdido mucho aquí —dijo Elena, lanzándose a una explicación de los últimos días, comenzando con el nombre de Celia escrito en sangre y terminando con la hospitalización de Caleb.

—Wow. —Damon soltó un silbido—. ¿Sin embargo tengo que admitir que el problema es más que mi hermanito actuando como un loco con Caleb? Porque sabes que pueden ser simples celos. Los celos siempre han sido el mayor pecado de Stefan —dijo lo último con un toque presumido en sus labios, y Elena le dio un codazo con suavidad en las costillas.

—No eches abajo a Stefan —dijo ella en tono de reproche, y sonrió para sí misma. Se sentía bien regañando a Damon de nuevo. Él realmente era él mismo, enloquecedor, cambiante y maravilloso de nuevo. Damon estaba de vuelta.

Espera. Oh, no. —¡Tú estás en peligro, también! —exclamó Elena, recordando de repente que todavía podía ser alejado de ella—. Tu nombre apareció anteriormente, escrito en la maleza que sujetaba a Meredith bajo el agua. No sabíamos lo que podría significar, porque pensábamos que estabas muerto. Pero, puesto que estás vivo, parece que tú eres el próximo objetivo —hizo una pausa—. A menos que la caída a través de la luna fuera el ataque contra ti.

—No te preocupes por mí, Elena. Probablemente tienes razón sobre que el ataque en la luna fue mi “accidente”. Pero no han tenido muchos intentos exitosos, ¿cierto? —dijo Damon pensativamente—. Es casi como si lo que sea esto no está intentando muy duro matarnos. Tengo un débil presentimiento de lo que podría estar causando esto.

—¿En serio? —preguntó Elena—. Cuéntame.

Damon sacudió la cabeza. —Es sólo un destello en este momento —dijo—. Déjame conseguir algún tipo de confirmación.

—Pero Damon —suplicó Elena—, incluso un destello es mucho más de lo que el resto de nosotros hemos sido capaces de encontrar. Ven conmigo mañana y cuéntales a todos acerca de eso, y podremos trabajar todos juntos.

—Oh, sí —dijo Damon, con un simulado temblor—. Tú y yo y Mutt y la cazadora de vampiros, un grupo acogedor. Además de mi piadoso hermano y la pequeña bruja roja. Y la bruja anciana y el profesor. No, yo voy a hacer algo más averiguando por mi cuenta. Y es más, Elena —dijo, fijando en ella una mirada oscura—, no le digas a nadie que estoy vivo. Especialmente a Stefan.

—¡Damon! —protestó Elena—. No sabes lo absolutamente devastado que está Stefan, pensando que estás muerto. Tenemos que hacerle saber que estás bien.

Damon sonrió irónicamente. —Creo que probablemente hay una parte de Stefan que está lo suficiente contento de tenerme fuera de la foto. Él no tiene ninguna razón para quererme aquí. —Elena sacudió la cabeza negando furiosamente, pero él continuó—. Es cierto. Pero tal vez es hora de que las cosas sean diferentes entre nosotros, tengo que demostrarle que puedo cambiar. En cualquier caso, no puedo investigar esto correctamente si todo el mundo sabe que estoy cerca. Guarda silencio por ahora, Elena. —Ella abrió la boca para otra objeción, pero él la hizo callar con un beso rápido, feroz. Cuando se separaron, él dijo: —Prométeme por ahora, y yo te prometo que tan pronto como resuelva esto, puedes anunciar mi resurrección al mundo.

Elena asintió con la cabeza dubitativamente. —Si eso es lo que realmente quieres, Damon, y crees que es realmente necesario —dijo—. Pero no estoy feliz con esto.

Damon se puso de pie y le palmeó el hombro. —Las cosas van a ser diferentes ahora —dijo. La miró, su rostro serio—. No soy el mismo que era, Elena.

Elena volvió a asentir, más firmemente esta vez. —Guardaré tu secreto, Damon — prometió.

Damon le dio una pequeña, apretada sonrisa, y luego dio tres pasos hacia la ventana abierta. En un momento se había ido, y un gran cuervo negro voló en la noche.

Capítulo 23

La mañana siguiente, Elena se sentía ligera y alegre, como si estuviera abrazando un enorme, maravilloso secreto para sí misma. Damon estaba todavía vivo. Había estado en su habitación la noche anterior.

¿No?

Había pasado por tantas cosas, que podía difícilmente confiar. Salió de la cama, observando que las nubes que estaban fuera eran de color de rosa y oro de la salida del sol, por lo que debía ser muy temprano. Con mucho cuidado, se acercó a la ventana. No estaba segura de lo que estaba buscando, pero bajó sus manos y rodillas y examinó el suelo.

Allí. Un pedazo pequeño de tierra en la tabla chirriante, caído del zapato de alguien. Y allí, en el alféizar de la ventana, los largos arañazos de las garras de un pájaro. Eso fue prueba suficiente para Elena.

Se puso de pie y dio un divertido salto de alegría, batiendo sus manos fuertemente una vez, una incontenible sonrisa extendiéndose por su rostro. ¡Damon estaba vivo!

Luego tomó una respiración profunda y se quedó inmóvil, disponiendo su cara inexpresiva. Si realmente iba a mantener este secreto, y suponía que tendría, lo había prometido, después de todo, iba a tener que actuar como si nada hubiera cambiado. Y realmente, las cosas estaban muy mal todavía, se dijo a sí misma. Si pensaba en los hechos, no debería estar celebrando todavía.

El retorno de Damon no había alterado el hecho de que algo oscuro estaba tras Elena y sus amigos, o de que Stefan estaba actuando irracionalmente y con violencia. Su corazón se encogió un poco al pensar en Stefan, pero todavía una burbuja de felicidad la atravesó. ¡Damon estaba vivo!

Y, lo que es más, tenía una idea de lo que podría estar pasando. Era exactamente como Damon en su punto más irritante, jugando con esa idea cerca de su pecho y

no dejándole saber lo que estaba pensando, pero aún así, su destello era la mayor esperanza que nadie había sido capaz de ofrecer todavía. Tal vez había una luz al final del túnel después de todo.

Una piedra hizo un sonido metálico contra la ventana de Elena.

Cuando miró fuera, vio a Stefan, sus hombros encorvados, las manos en los bolsillos, mirándola desde el césped. Elena le hizo señas para que se quedara donde estaba, se puso unos vaqueros, una camiseta blanca sin mangas de encaje, y unos zapatos, y bajó a reunirse con él. Había rocío sobre la hierba, y los pasos de Elena

dejaron huellas. El fresco de la madrugada ya estaba siendo reemplazado por el deslumbrante sol caliente: iba a ser otro pegajoso día de verano de Virginia.

Cuando se acercaba a Stefan, Elena ralentizó el paso. No sabía muy bien qué decirle. Desde anoche, cada vez que había pensado en Stefan, se había imaginado involuntariamente el cuerpo de Caleb volando por el aire, el repugnante crunch al golpear contra el monumento de mármol. Y no podía dejar de ver la ira salvaje de Stefan mientras lo había atacado, aunque Damon había estado seguro de que debía haber tenido una razón. Damon. ¿Cómo iba alguna vez a cuidar a Stefan de adivinar la verdad sobre su hermano?

Desde la mirada de dolor en la cara de Stefan, estaba claro que él sintió su aprehensión. Él le tendió la mano. —Sé que no entiendes por qué hice lo que hice ayer —dijo—, pero hay algo que tienes que ver.

Elena se detuvo, pero no lo hizo porque su mano estuviera extendida. Su cara cayó un poco más. —Dime a dónde vamos —dijo.

—Necesito mostrarte algo que encontré —dijo Stefan pacientemente—. Lo entenderás cuando lleguemos allí. Por favor, Elena. Yo nunca te haría daño.

Elena lo miró fijamente. Sabía sin dudas que era cierto que Stefan nunca le haría daño.

—Está bien —dijo, actualizando su mente—. Espera aquí un momento. Ya vuelvo.

Dejó a Stefan en el césped bajo el sol de la mañana mientras se retiraba a la silenciosa penumbra de la casa. Todos los demás estaban todavía dormidos: un rápido vistazo al reloj de la cocina le dijo que eran apenas las seis. Escribió una nota a la tía Judith, diciendo que iba a desayunar con Stefan y que volvería más tarde. Alcanzando su bolso, se detuvo y se aseguró que una ramita de verbena seca estaba metida todavía en su interior. No es que ella pensara que Stefan pudiera hacerle nada a ella... pero nunca hacía daño estar preparada.

Cuando salió de la casa, Stefan la acompañó a su coche aparcado en la acera, abrió

la puerta del lado del pasajero para ella, elevándose sobre ella mientras se sujetaba su cinturón de seguridad.

—¿Cómo de lejos está? —preguntó Elena.

—No lejos —dijo Stefan simplemente. Viéndole conducir, Elena notó las líneas de preocupación en las esquinas de sus ojos, la infeliz caída de su boca, la tensión en sus hombros, y lamentó no poder poner sus brazos alrededor de él y consolarlo, levantar la mano y limpiar aquellas líneas de su mirada. Pero sus recuerdos de la rabia en su rostro el día anterior la detuvo. No podía alcanzarlo.

No habían conducido durante mucho tiempo, cuando Stefan giró hacia un callejón sin salida de casas caras.

Elena se inclinó hacia delante. Estaban parando junto a una gran casa blanca con un porche con columnas amplias. Conocía ese porche. Después de la graduación junior, ella y Matt se habían sentado sobre sus escalones y vieron salir el sol, todavía vestidos con sus trajes de danza. Ella se había quitado las sandalias de raso y puesto la cabeza contra el hombro del esmoquin de Matt, escuchando como en sueños la música y las voces que venían de la fiesta de después de la graduación en la casa tras ellos. Había sido una buena noche en una vida diferente.

Miró a Stefan con tono acusador. —Esta es la casa de Tyler Smallwood, Stefan. No sé qué estás planeando, pero Caleb no está aquí. Está en el hospital.

Stefan suspiró. —Sé que no está aquí, Elena. Su tío y su tía no han estado aquí tampoco, no por varios días, por lo menos.

—Están fuera de la ciudad —dijo Elena automáticamente—. La tía Judith habló con ellos ayer.

—Eso es bueno —dijo Stefan sombríamente—. Entonces estamos a salvo. —Echó una mirada de preocupación arriba y abajo de la calle—. ¿Estás segura de que Caleb no saldrá del hospital hoy?

—Sí —dijo Elena con acritud—. Estaba demasiado herido. Los están manteniendo en observación.

Elena se bajó del coche, cerró la puerta, y se dirigió hacia la casa de los Smallwoods, sin mirar atrás para ver si Stefan la estaba siguiendo.

Él la alcanzó de inmediato. Ella maldijo su velocidad vampírica en su cabeza y apretó el paso.

—Elena —dijo, dando vueltas delante de ella y obligándola a detenerse—. ¿Estás enojada porque quiero mantenerte a salvo?

—No —dijo ella mordazmente—. Estoy enojada porque casi matas a Caleb Smallwood.

La cara de Stefan se hundió con el agotamiento y el dolor, y Elena de inmediato se sintió culpable. Fuera lo que fuera que estaba pasando con Stefan, él todavía la necesitaba. Pero no sabía cómo hacer frente a su violencia. Se había enamorado de Stefan por su alma poética, su dulzura. Damon era el peligroso. Ser peligroso se veía mucho mejor en Damon de lo que lo hacía en Stefan, una seca, observadora voz en la parte posterior de su cabeza dijo, y Elena no pudo negar la verdad de eso.

—Sólo enséñame lo quieres que vea —dijo finalmente.

Stefan suspiró, se giró y la llevó hasta la casa de los Smallwoods. Había esperado que fueran a la puerta delantera de los Smallwoods, pero él atravesó por el lado de la casa hacia un pequeño cobertizo en el patio trasero.

—¿El cobertizo? —preguntó Elena con curiosidad—. ¿Tenemos corte de césped de emergencia que necesitamos abordar antes del desayuno?

Stefan ignoró su broma y se dirigió a la puerta del cobertizo. Elena se dio cuenta de que un candado que había mantenido cerrada la puerta doble había sido separado, tirado en pedazos. Un medio bucle de metal colgaba inútilmente de la argolla. Stefan lo había claramente roto anteriormente.

Elena lo siguió. Al principio, después del brillante rocío de la mañana, no podía ver nada en la penumbra de la nave. Poco a poco, notó que las paredes del cobertizo estaban llenas de papeles sueltos. Stefan se acercó y abrió más la puerta, permitiendo que el flujo de la luz solar entrara en el espacio.

Elena miró los papeles en las paredes y luego dio un paso atrás con un grito agudo: la primera cosa que había sido capaz de distinguir era una foto de su propio rostro. Tiró del papel de la pared y lo miró más de cerca. Era un recorte de un periódico

local, mostrándola vestida en un vestido plateado, bailando en los brazos de Stefan. El pie bajo la foto decía: “Robert E. Lee High School, reina del baile Elena Gilbert y rey Stefan Salvatore”.

¿Reina del baile? A pesar de la gravedad de la situación, sus labios se curvaron en una sonrisa. Realmente había terminado la escuela secundaria en un momento de gloria, ¿no?

Sacó otro recorte de la pared y su cara cayó. Este mostraba un ataúd llevado a través de la lluvia por sepultureros, ceñudos dolientes a la espera. En la multitud,

Elena reconoció a la tía Judith, Robert, Margaret, Meredith y Bonnie, labios fijos, mejillas surcadas de lágrimas. El pie de foto decía: “El pueblo llora a la estudiante del instituto local Elena Gilbert”.

Los dedos de Elena se apretaron inconscientemente, arrugando el recorte. Se volvió para mirar a Stefan. —Esto no debería estar aquí —dijo, una nota de histeria introduciéndose en su voz—. Los Guardianes cambiaron el pasado. No debería haber ningún artículo de prensa o nada más.

Stefan le devolvió la mirada. —Lo sé —dijo—. He estado pensando, y lo mejor que puedo hacer es que tal vez los Guardianes sólo cambiaron la mente de la gente. No podrían ver ninguna evidencia de lo que les pedimos a los Guardianes que borrarán. Sólo vieron lo que soportaban sus nuevos recuerdos, los recuerdos de un pequeño pueblo normal y de un grupo de adolescentes normales. Simplemente otro año escolar.

Elena blandió el papel. —Pero entonces, ¿por qué está esto aquí?

Stefan bajó la voz. —Tal vez no funciona en todo el mundo. Caleb tiene algunas notas garabateadas en un cuaderno que encontré, y parece como si hubiera estado recordando dos conjuntos diferentes de eventos. Escucha esto. —Stefan escarbó entre los papeles que cubrían el suelo y sacó un bloc de notas—. Él escribió: “Hay chicas en el pueblo ahora que sé que estaban muertas. Había monstruos aquí. La ciudad estaba destruida, y nos fuimos antes de que pudieran alcanzarnos. Pero ahora estoy de vuelta y nunca nos fuimos, aunque nadie sino yo lo recuerda. Todo es normal: no monstruos, no muerte”.

—Hmm. —Elena tomó el cuaderno de él y escaneó a través de las páginas. Caleb

había enumerado allí. Vickie Bennett, Caroline, ella. Todos ellos.

Todo aquel que era diferente en este mundo y en el otro. Había notas sobre cómo se acordó de ellos, como pensaba que Elena había muerto y lo que estaba pasando ahora. Pasó un par de páginas, y sus ojos se abrieron. —Stefan, escucha. Tyler le contó sobre nosotros: “Tyler tenía miedo de Stefan Salvatore. Pensaba que mató al Sr. Tanner y que había algo más extraño en él, algo antinatural. Y pensaba que Elena Gilbert y sus amigos estaban enredados en lo que estaba pasando”. Y hay un asterisco refiriéndose al Sr. Tanner estando muerto en un conjunto de recuerdos y vivo en el otro. —Elena escaneó unas cuantas páginas—. Parece que él se concentró en nosotros como la causa de los cambios. Descubrió que estábamos en el centro de todo. Porque nosotros somos los que más cambiamos, aparte de las víctimas de los vampiros y los kitsune, y porque sabía que Tyler desconfiaba de nosotros, él nos está culpando de la desaparición de Tyler.

—Dos conjuntos de recuerdos —repitió Stefan, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa si Caleb no es el único recordando ambas realidades? ¿Qué pasa si los seres

sobrenaturales, o la gente sensibilizada sobre lo sobrenatural, no se vieron afectados por el hechizo?

Elena se quedó helada. —Margaret, me pregunté si recordaba algo. Parecía tan triste cuando me vio. ¿Recuerdas como tenía miedo de que me fuera de nuevo? ¿Crees que me está recordando muriendo junto con los recuerdos que los Guardianes le dieron?

Stefan sacudió la cabeza. —No sé, Elena. ¿Tienes alguna razón para pensar que Margaret es algo más que una niña perfectamente normal? Los niños pequeños pueden ser muy dramáticos sin tener una razón. Margaret tiene mucha imaginación.

—No sé —dijo Elena con frustración—. Pero si los Guardianes apenas cubrieron los viejos recuerdos con otros nuevos, eso explicaría porque mi viejo diario está aún oculto en mi habitación donde lo dejé, y todo lo que había sucedido hasta que me fui de casa está escrito en él. ¿Entonces crees que Caleb sospecha que está pasando algo porque es un hombre lobo después de todo?

—Mira —dijo Stefan, señalando alrededor del cobertizo. Por primera vez, Elena asimiló toda la escena y sus implicaciones. Fotos de ella.

Fotos de Bonnie y Meredith. Incluso fotos de la pobre Caroline, en orden desde sus altivos ojos verdes de debutante hasta un medio monstruo silvestre, en avanzado estado de gestación de los... ¿bebés?... ¿cachorros? de Tyler. Elena notó con un impacto que no había pensado en Caroline en días. ¿Estaba Caroline aún embarazada? ¿Estaba aún transformándose en un hombre lobo, ya que llevaba los bebés de Tyler? Había, pensó Elena, una gran cantidad de hombres lobo en Fell's Church. Poderosos, importantes hombres lobo, y si eso no hubiera cambiado, y si la manada lo recordaba todo, o lo suficiente de todo, entonces estarían probablemente esperando su momento oportuno.

No sólo había recortes sino también fotografías originales alrededor de la habitación. Vio una imagen tomada a través de la ventana de la casa de huéspedes de sí misma inclinándose hacia adelante con entusiasmo para hablar con Meredith, quien estaba toqueteando su mortal bastón de cazadora. Basándose en su indumentaria, había sido tomada justo después de que recogieran a Alaric y Celia. Caleb no sólo había investigado los dos conjuntos de recuerdos sobre los últimos meses sino también había espiado a Elena y sus amigos.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. En la esquina del suelo estaba un enorme ramo de rosas. —¿Qué...? —dijo Elena, alcanzándolas. Y luego lo vio. Un pentagrama estaba dibujado alrededor de las rosas. Y rodeando el pentagrama estaban un montón de fotografías: ella, Bonnie, Meredith, Matt, Stefan, Damon.

—Ese es el mismo tipo de rosas que Caleb te dio, ¿no? —preguntó Stefan en voz

baja. Elena asintió con la cabeza. Eran perfectas, delicados capullos en un oscuro delicioso rojo que le daba ganas de tocar.

—La rosa que lo empezó todo —susurró—. Pinchó el dedo de Bonnie, y su sangre escribió el nombre de Celia. Debe haber venido de aquí.

—Caleb no es sólo un hombre lobo —dijo Stefan—. No sé exactamente lo que hizo aquí, pero a mí me parece magia muy oscura —miró hacia ella suplicantemente—. Descubrí todo ayer —continuó—. Tuve que luchar con él, Elena. Sé que tienes miedo, pero tenía que protegerte a ti y a todos los demás de él.

Elena asintió, demasiado aturdida como para hablar. Ahora comprendía por qué Stefan había actuado como lo había hecho. Él pensó que ella estaba en peligro. Pero aún así... ella no pudo dejar de sentirse mal cuando se acordó del arco del cuerpo

de Caleb mientras fue arrojado. Caleb podría haberlos atacado con magia peligrosa, pero sus notas sonaban confundidas y asustadas. Elena y sus amigos habían cambiado su mundo, y ahora no sabían cuál era la realidad.

—Será mejor que empaquemos todo esto y lo llevemos de vuelta a la pensión —dijo ella bruscamente—. ¿Hay más blocs de notas? —Stefan asintió—. Entonces es mejor mirarlos con cuidado. Si lanzó un hechizo sobre nosotros, algún tipo de maldición, puede estar activo, a pesar de que esté confinado en el hospital por ahora. El hechizo que utiliza podría estar en uno de los blocs de notas, o por lo menos podríamos encontrar algún tipo de idea de qué es lo que está haciendo exactamente. Y, con suerte, como revertirlo.

Stefan estaba mirando un poco perdido, sus ojos verdes interrogando. Sus brazos se mantenían extendidos muy ligeramente, como si hubiera estado esperando que ella lo abrazara y no se había acordado de bajarlos cuando no lo hizo. Pero por alguna razón ella no podía poner sus dedos en él, Elena no se atrevía a abrazarlo. En cambio, ella apartó la mirada y dijo: —¿Tienes algunas bolsas de plástico o algo en el coche que se puedan utilizar para mover esto?

.....

Capítulo 24

Elena colgó su teléfono celular, mientras se detenían delante de la pensión en el coche de Stefan. —La enfermera del hospital dice que Caleb está aún inconsciente —dijo.

—Bien —dijo Stefan. Ella le dirigió una mirada reprobatoria y él se la devolvió con exasperación—. Si está inconsciente —explicó—, eso nos dará más posibilidades de averiguar que hechizo nos está lanzando.

Habían llenado tres bolsas de basura negras con los papeles, recortes y libros que habían encontrado en el cobertizo del jardín de los Smallwood. Elena había sentido miedo de molestar al pentagrama con las rosas y las fotografías a su alrededor en el suelo del cobertizo, por si eso pudiera afectar de alguna manera al hechizo, pero

había tomado un par de fotos de él con su teléfono móvil.

Matt salió y cogió una de las bolsas. —¿Sacando la basura?

—Algo así —dijo Elena gravemente, y lo puso al tanto de todo lo que habían descubierto en la casa de los Smallwood.

Matt hizo una mueca. —Wow. Pero tal vez ahora por fin podemos hacer algo al respecto de lo que está pasando.

—¿Por qué viniste tan temprano? —preguntó Elena, siguiéndolo hacia la casa—. Pensé que no vendrías para la guardia hasta las diez. —Stefan se arrastró detrás de ella.

—Pasé la noche aquí —dijo Matt—. Después de que el nombre de Bonnie apareció, no quería dejarla fuera de mi vista.

—¿El nombre de Bonnie apareció? —Elena se volvió de forma acusadora hacia Stefan—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Stefan se encogió de hombros incómodamente. —No lo sabía —confesó tímidamente.

—Stefan, te dije que protegieras a Meredith y a Celia —espetó—. Se suponía que estarías aquí. Incluso antes de que el nombre de Bonnie apareciera, eran Meredith y Celia las que estaban en peligro. Yo confié en que las cuidarías.

Stefan miró hacia ella. —No soy tu perro faldero, Elena —dijo en voz baja—. Vi una misteriosa amenaza que pensé que tenía que investigar. Actué para protegerte. Y tenía razón. El peligro era más inmediato para ti que para los demás. Y ahora tenemos la oportunidad de unir las piezas del hechizo.

Elena parpadeó ante su tono, pero no podía negar la verdad en sus palabras. —Lo siento —dijo compungidamente—. Tienes razón. Me alegro de que descubrieras el cobertizo de Caleb.

Matt abrió la puerta principal. Arrojaron las bolsas en el pasillo y se dirigieron a la cocina, donde la Sra. Flowers, Alaric y Meredith estaban disfrutando de un

desayuno de croissants, mermelada, frutas y embutidos.

—Celia se ha ido. —Le dijo Meredith a Elena tan pronto como entró en la habitación. Su tono era casualmente informativo, pero sus usualmente frescos ojos grises estaban brillantes, y Elena compartió una sonrisa secreta con su amiga.

—¿A dónde se fue? —preguntó Elena, igualmente casual, buscando un croissant. Había sido una larga mañana, y se moría de hambre.

—Universidad de Virginia —respondió Alaric—. Tiene la esperanza de obtener algunas pistas investigando sobre las maldiciones y la magia popular.

—Puede ser que tengamos alguna información más ahora —anunció Elena con la boca llena de delicioso croissant de mantequilla. Explicó lo que habían encontrado en el cobertizo—. Hemos traído todos los papeles y cuadernos de Caleb. Y esto es lo que él había puesto en el suelo —sacó su teléfono, cargó la imagen, y se lo entregó a la Sra. Flowers.

—Dios mío —dijo la anciana—. Esto sin duda parece magia negra. Me pregunto qué pensaba ese niño que estaba haciendo.

Stefan resopló. —No es un niño, Sra. Flowers. Tengo la firme sospecha de que es un hombre lobo, así como un mago oscuro.

La Sra. Flowers lo miró con severidad. —Él ha encontrado el camino equivocado por buscar a su primo, eso es seguro. Pero esta magia parece más de aficionados para mí. Si ha funcionado, ha sido más por accidente que por el diseño.

—¿Si ha funcionado? —preguntó Meredith—. Creo que la evidencia sugiere que lo que ha hecho funcionó.

—Sin duda, sería demasiada coincidencia que Caleb estuviera intentando lanzarnos hechizos y que una inexplicable maldición nos esté afectando, además —señaló Alaric.

—¿Dónde está Caleb ahora? —preguntó Matt, frunciendo el ceño—. ¿Sabe que habéis encontrado todo esto? ¿Tenemos que seguirle la pista y mantener un ojo sobre él?

Stefan se cruzó de brazos. —Está en el hospital.

Hubo una pequeña pausa mientras los demás se miraron y decidieron, basado en la actitud de piedra de Stefan, no profundizar. Meredith miró inquisitivamente a Elena, y Elena asintió un poco con la cabeza para decir: “Te explicaré más tarde”.

Se volvió hacia la Sra. Flowers. —¿Puede decirme que hechizo está usando Caleb? ¿Qué estaba intentando hacer?

La Sra. Flowers se quedó mirando pensativamente a la foto. —Es una pregunta interesante —dijo—. Las rosas son normalmente usadas en los hechizos de amor, pero la estrella de cinco puntas y las múltiples imágenes a su alrededor sugieren una intención más oscura aquí. El inusual color carmesí de las rosas probablemente hace que sean más eficaces. Podrían ser usadas para evocar otras pasiones además. Mi mejor conjetura sería que Caleb estaba tratando de controlar sus emociones de alguna manera.

Elena lanzó una repentina mirada a Stefan, asimilando su vigilante expresión y sus hombros tensos.

—Pero eso es todo lo que puedo decir por ahora —continuó la Sra. Flowers—. Si el resto de ustedes quieren mirar los cuadernos de Caleb en busca de pistas, Bonnie y yo podemos investigar las propiedades mágicas de las rosas y en qué hechizos pueden ser usadas.

—¿Dónde está Bonnie? —preguntó Elena. A pesar de que había tenido la sensación de que algo faltaba, había sido apenas consciente de que la pequeña pelirroja no se encontraba entre el grupo de la cocina.

—Todavía está durmiendo —dijo Meredith—. Ya sabes cómo le encanta dormir. —Ella sonrió—. Bonnie estaba sin duda disfrutando de ser una damisela en peligro y quejándose a todo el mundo la pasada noche.

—Pensé que estaba siendo muy valiente —dijo Matt inesperadamente. Elena lo miró. ¿Estaba empezando a sentir algo romántico por Bonnie? Habían estado bien juntos, pensó, y se sorprendió al sentir una pequeña punzada de rabia posesiva mezclada con el emparejamiento especulativo. Matt tiene que ser siempre tuyo, después de todo, una dura voz le susurró.

—Voy a subir y despertarla —dijo Meredith con alegría—. No hay descanso para las brujas —giró para ponerse de pie y se dirigió a las escaleras, cojeando ligeramente.

—¿Cómo está tu tobillo? —preguntó Elena—. Te ves mucho mejor.

—Me curo rápido —dijo Meredith—. Supongo que es parte de las cosas de los cazadores de vampiros. No necesité la muleta en el momento en que me fui a la cama la pasada noche, y esta mañana se siente casi normal.

—Que suerte —dijo Elena.

—Que suerte la mía —coincidió Meredith, sonriendo hacia Alaric, quien le devolvió la sonrisa con admiración. Exhibiéndose, corrió ligeramente por la escalera, apoyándose sólo un poco en la barandilla para aguantarse.

Elena cogió otro croissant y extendió mermelada sobre él. —El resto de nosotros

debemos comenzar con todos los papeles y las cosas que cogimos del cobertizo de Caleb. Alaric, como tú eres el único aparte de la Sra. Flowers y Bonnie que sabe mucho acerca de la magia, puedes coger sus cuadernos y, y...

Se interrumpió cuando un grito llegó desde arriba.

—¡Meredith! —gritó Alaric.

Más tarde, Elena no recordaba en realidad haber subido las escaleras. Había sido sólo un destello de empujar extremidades y caos cuando todo el mundo trató de subir la estrecha escalera tan rápido como fuera posible. En la puerta de la pequeña crema y rosa habitación al fondo del pasillo, Meredith estaba de pie, pálida y afectada. Volvió sus grandes y presas del pánico ojos grises hacia ellos y susurró: — Bonnie.

En el interior, la pequeña figura de Bonnie yacía boca abajo inmóvil en el suelo, con un brazo vestido con pijama lanzado hacia la puerta. Apagadas velas negras y blancas estaban en un círculo detrás de ella, una vela negra volcada. Había una mancha de los que parecía ser sangre seca en la mayoría del interior del círculo de velas, y un erosionado libro estaba abierto a su lado.

Elena se abrió paso entre Meredith y se arrodilló al lado de la figura inmóvil, buscando su pulso en el cuello. Dejó escapar el aliento que había estado

conteniendo cuando sintió los latidos del corazón de Bonnie, firmes y fuertes, bajo sus dedos.

—Bonnie —dijo, sacudiéndola por los hombros, después le dio la vuelta suavemente. Respiraba con regularidad, pero sus ojos permanecían cerrados, sus largas pestañas oscuras sobre sus pecosas mejillas.

—Que alguien llame a una ambulancia —dijo Elena rápidamente.

—Yo lo haré —dijo Meredith, saliendo de su postura congelada.

—No necesitamos una ambulancia —dijo la Sra. Flowers en voz baja, mirando a Bonnie con una expresión de tristeza en su rostro.

—¿De qué está hablando? —replicó Meredith—. ¡Está inconsciente! Tenemos que ayudarla.

Los ojos de la Sra. Flowers estaban graves. —Los médicos y enfermeras del hospital no serán capaces de ayudar a Bonnie —dijo—. Puede que incluso la hieran por interferir con soluciones médicas ineficaces para un problema no médico. Bonnie no está enferma, está bajo un hechizo. Puedo sentir el espesor mágico en el aire. Lo mejor que podemos hacer es que esté lo más cómoda que podamos aquí mientras buscamos una cura.

Matt dio un paso adelante en la habitación. Su rostro estaba horrorizado, pero no estaba mirando a la forma inmóvil de Bonnie en el suelo. Levantó una mano y señaló. —Miren —dijo.

Cerca de la cama, una bandeja contenía un pequeño vaso de agua, una taza y un plato habían sido derribados en el suelo. La taza se había estrellado y la tetera colocado en su lado, las hojas de té derramadas en una larga, oscura curva a través del suelo.

Una curva que describía un nombre.

Elena

Capítulo 25

Matt giró su mirada horrorizada entre la proclive figura de Bonnie, el nombre en el suelo, y la cara pálida de Elena. Después de unos pocos minutos conmocionados, Elena se giró y salió de la habitación. Stefan y Matt la siguieron mientras Meredith y los demás se movieron al lado de Bonnie. En el pasillo, Elena se abalanzó sobre Stefan. —Se suponía que cuidarías de ellos. Si hubieras estado aquí, Bonnie habría tenido algún tipo de protección.

Matt, siguiendo de cerca a Stefan fuera del dormitorio de Bonnie, negó. Los dientes de Elena estaban al descubierto, sus oscuros ojos azules brillaban, y ella y Stefan parecían furiosos.

—No es culpa de Stefan, Elena —protestó Matt suavemente—. Alaric y la Sra. Flowers le habían puesto protecciones mágicas. Nada debería haber sido capaz de entrar. Incluso si Stefan hubiera estado aquí, no habría estado en la habitación de Bonnie con ella toda la noche.

—Tendría que haberlo hecho, si eso la mantenía a salvo —dijo Elena con amargura. Su rostro estaba tenso con ira mientras miraba a Stefan.

A pesar de que Matt defendió a Stefan, no pudo reprimir un brillo de satisfacción al ver problemas entre Elena y Stefan por fin. Ya era hora de que Elena se diera cuenta de que Stefan no es perfecto, la peor parte de él dijo alegremente.

La Sra. Flowers y Alaric salieron apresuradamente de la habitación, rompiendo la tensión entre Elena y Stefan. La Sra. Flowers negó con la cabeza. —Parece que Bonnie estuvo muy tontamente tratando de contactar con los muertos, pero no veo cómo pudo hacerse esto a sí misma. Este debe ser el resultado de lo que sea que ha

estado poniéndolos en peligro. Meredith va a permanecer junto al lecho de Bonnie por el momento, mientras investigamos.

Matt miró a Elena y Stefan. —Pensé que habíais dicho que Caleb estaba fuera de la imagen.

—¡Pensé que lo estaba! —dijo Stefan mientras todos se dirigían escaleras abajo—. Tal vez esto es algo que comenzó antes de que peleáramos.

Alaric frunció el ceño. —Si eso es cierto y esto está pasando todavía, Caleb podría no ser capaz de detenerlo. Incluso si él muriera, eso podría no interrumpir una maldición que se autoperpetúa.

Elena se dirigió a la sala y rasgó la primera de las bolsas de basura, su mandíbula tensa. —Tenemos que averiguar qué es lo que hizo —excavó en una pila de cuadernos y ellos metieron las manos en los demás—. Busquen los pasos detallados de un hechizo. Si sabemos cómo lo hizo, quizás Alaric o la Sra. Flowers puedan encontrar la manera de revertirlo.

—El libro de hechizos que Bonnie estaba usando es uno de los míos —dijo la Sra. Flowers—. Nada en él debería haber tenido este efecto en ella, pero lo voy a examinar sólo por si acaso.

Cada uno de ellos sacó una libreta y un montón de papeles y los extendieron alrededor de la mesa de la cocina.

—Hay esquemas en el mío —dijo Stefan después de un minuto—. Hay una estrella de cinco puntas, pero no creo que sea la misma que vimos en el suelo.

Alaric tomó el cuaderno y lo miró, luego meneó la cabeza. —No soy un experto, pero este parece como parte de un hechizo de protección estándar.

El cuaderno frente a Matt tenía en su mayoría notas manuscritas. ¿La primera muerte de Tanner? preguntaba. ¿Halloween? Elena, Bonnie, Meredith, Matt, Tyler, Stefan, todos presentes. Podía oír los pies de Meredith arriba, caminando incansablemente de un lado hacia otro junto a la cama de Bonnie. Él frotó la parte posterior de su puño contra sus ojos antes de avergonzarse a sí mismo por estar llorando. Esto era inútil. E incluso si había algo útil aquí, él nunca lo reconocería.

—¿No les parece extraño chicos? —preguntó Elena—, ¿que Celia fuera la primera afectado por lo que sea este mal? No había nada sobre ella en el cobertizo. Y nunca conoció a Tyler, por no hablar de Caleb. Si Caleb estaba tratando de vengarse de nosotros por la desaparición de Tyler, ¿por qué iba a atacar a Celia en primer lugar? O en todos, realmente.

Ese era un punto realmente bueno, pensó Matt, y estaba a punto de decirlo cuando vio a la Sra. Flowers. Ella estaba parada derecha, mirando junto a su oreja izquierda y asintiendo ligeramente con la cabeza. —¿De verdad lo crees? —dijo en voz baja—. Oh, eso hace la diferencia. Sí, ya veo. Gracias.

Para el momento en que había terminado y sus ojos se rompieron de nuevo a centrarse en ellos, los otros habían notado también la conversación unilateral y había crecido el silencio, mirándola.

—¿Su madre sabe lo qué pasó con Bonnie? —preguntó Matt impacientemente. Él se había quedado en Fell's Church luchando contra los kitsune con la Sra. Flowers cuando sus amigos habían viajado a la Dimensión Oscura, y su tiempo como compañeros de armas le había hecho familiarizarse con los intercambios casuales con el plano espiritual de la señora Flowers. Si la madre de la Sra. Flowers había interrumpido su conversación, probablemente tenía algo útil e importante que decir.

—Sí —dijo la Sra. Flowers, sonriéndole—. Sí, de hecho, Mamá fue muy útil. —Su rostro se puso serio cuando miró a su alrededor—. Mamá fue capaz de sentir lo que se apropió del espíritu de Bonnie. Una vez que entró en la casa, pudo observarlo, aunque fue incapaz de luchar contra él ella misma. Está molesta porque no fue capaz de salvar a Bonnie. Está muy encariñada con ella.

—¿Va Bonnie a estar bien? —preguntó Matt, sobre las preguntas de los otros “¿Qué es?” y “¿Es un demonio o algo así, entonces, no es una maldición?”

La Sra. Flowers miró a Matt en primer lugar. —Es posible que podamos salvar a Bonnie. Seguro que lo intentaremos. Pero tendremos que derrotar a lo que se la llevó. Y el resto de ustedes está todavía en mucho peligro.

Miró a su alrededor a todos ellos. —Es un fantasma.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Qué es un fantasma? —preguntó Elena—. ¿Quieres decir un espíritu?

—Un fantasma, por supuesto —dijo Stefan en voz baja, moviendo la cabeza como si

no pudiera creer que la idea no se le hubiera ocurrido antes—. Había un pueblo del que he oído hablar una vez que regresé a Italia hace muchos años, donde decían que un fantasma acechaba por las calles de Umbría. No era un fantasma, sino un ser creado por emociones fuertes. La historia era que un hombre se enfureció tanto con su amada infiel que la mató a ella y a su amante, y luego se suicidó. Y estas acciones lanzaron algo, un ser hecho de sus emociones. Uno por uno, las personas que vivían cerca se volvieron locas. Hicieron cosas terribles. —Stefan parecía

conmovido hasta la médula.

—¿Es eso a lo que nos estamos enfrentando? ¿Una especie de demonio creado por la ira que vuelve loca a la gente? —Elena se volvió hacia la Sra. Flowers suplicantemente—. Porque francamente creo que esta ciudad ha tenido suficiente de eso.

—No puede ocurrir otra vez —dijo Matt. Él también estaba buscando a la Sra. Flowers. Ella era la única persona que había visto la destrucción casi total de Fell's Church con él. Los otros habían estado allí en el comienzo, seguro, pero cuando las cosas se pusieron realmente mal, cuando estuvieron en su peor momento, las chicas y los vampiros se habían desconectado en la Dimensión Oscura, luchando sus propias batallas para arreglarlo.

La Sra. Flowers lo miró a los ojos y asintió con firmeza, como si estuviera haciendo una promesa. —No —dijo—. Stefan, lo que estás describiendo, probablemente fue un fantasma furioso, pero parece como si la explicación popular de lo que estaba pasando no fuera del todo exacta. Según Mamá, los fantasmas se alimentan de emociones como los vampiros de sangre. Cuanto más fuerte sea una emoción, mejor alimentados y más activos son. Son atraídos por personas o comunidades que ya tienen estas emociones fuertes, y crean casi un bucle de retroalimentación, alentando y nutriendo pensamientos que harán la emoción más fuerte para poder seguir alimentándose. Son muy poderosos físicamente, pero sólo pueden sobrevivir mientras sus víctimas sigan alimentándolos.

Elena estaba escuchando atentamente. —¿Pero qué pasa con Bonnie? —miró a Stefan—. ¿En esa ciudad de Umbría, la gente cayó en coma a causa del fantasma?

Stefan sacudió la cabeza. —No de que yo sepa —dijo—. Tal vez ahí es donde entra en juego Caleb.

—Voy a llamar a Celia —dijo Alaric—. Esto ayudará a centrar su investigación. Si alguien tiene algún material sobre todo esto, ese es el Dr. Beltram.

—¿Puede su madre decir qué tipo de fantasma era? —preguntó Stefan a la Sra. Flowers—. Si sabemos de qué emociones se alimenta, podremos cortar su suministro.

—Ella no lo sabe —dijo—. Y no sabe cómo derrotar a un fantasma tampoco. Y hay una cosa más que debemos tener en consideración: Bonnie tiene una gran cantidad de energía psíquica innata propia. Si el fantasma la ha cogido, es probable que se esté aprovechando de eso.

Matt asintió con la cabeza, siguiendo su hilo de pensamientos. —Y si es así —terminó tristemente—, entonces esto sólo va a hacerse más fuerte y más peligroso.

Capítulo 26

La jornada transcurrió con mucha investigación, pero muy poca en el camino de resultados, lo que dejó a Elena sintiéndose cada vez más preocupada por el estado de coma de su amiga. Para cuando la noche cayó y tía Judith llamó para preguntar cansinamente si la familia de Elena la volvería a ver en todo ese día, habían clasificado la primera bolsa de papeles y Alaric había terminado sobre un tercio aproximadamente de lo que parecía ser el cuaderno donde Caleb mantenía el registro de sus experimentos mágicos, quejándose de la terrible escritura de Caleb.

Elena frunció el ceño, tirando de otro montón de papeles. Mirando a través de las fotografías y recortes confirmó que Celia no había sido una de las víctimas que Caleb había planeado. Si el fantasma se dirigió a ella primeramente, debe haber sido porque era rica en cualquier emoción que está alimentando al fantasma.

—Insolencia —sugirió Meredith, pero fue cuidadosa de decirlo lejos del oído de Alaric.

Los recortes y las impresiones también mostraban que Caleb estaba obsesionado

con la desaparición de Tyler, y que tenía pruebas y recuerdos de dos líneas diferentes de tiempo para el mismo período, uno donde Fell's Church había estado cayéndose a pedazos y Elena Gilbert había muerto, y otro donde todo había estado bien, gracias, en la pequeña ciudad de Virginia de Fell's Church, incluyendo el permanente reinado de la chica de oro de último año, Elena. Además de los propios dobles recuerdos de Caleb, que sólo cubrían el verano, Tyler aparentemente había hablado con él por teléfono el anterior otoño e invierno sobre los misteriosos acontecimientos que rodearon la muerte del señor Tanner y todo lo que siguió. A pesar de que las notas de Caleb no sonaban como si Tyler le hubiera mencionado su propia transformación a hombre lobo y conspiración con Klaus, sólo sus crecientes sospechas de Stefan.

—Tyler —gimió Elena—. A pesar de que hace mucho tiempo que se ha ido, se las arregla para causar problemas.

El examen de Alaric del cuaderno hasta el momento había demostrado que tenían razón en lo de que Caleb era un usuario de la magia, y que tenía intención de usar su magia tanto para vengarse de ellos como para tratar de localizar a Tyler. Pero no había demostrado que hubiera convocado al fantasma.

Y a pesar de cualquier emprendimiento de Alaric buscando notas, conjuros o un dibujo que la Sra. Flowers pudiera inspeccionar, no habían descubierto todavía qué tipo de conjuro había estado haciendo Caleb, o para qué propósito servían las rosas.

Stefan escoltó a Elena a casa para cenar, y luego regresó para seguir ayudando a los demás. Él había querido quedarse con Elena, pero ella sentía que su tía no apreciaría a un invitado de última hora.

Al segundo en que Elena cruzó la puerta, pudo sentir la prolongada presencia de Damon y recordó cómo, hace sólo unas horas, habían estado arriba, abrazados. A lo largo de la comida, mientras le contaba a Margaret un cuento antes de dormir, y luego durante su última llamada a Meredith para verificar el resto de los avances del grupo, había pensado ansiosamente en él, preguntándose si volvería a verlo esta noche. Esto a su vez encendió remordimientos de conciencia relacionados con Stefan y Bonnie. Estaba siendo muy egoísta, manteniendo en secreto el retorno del hermano de Stefan, y pensando en sí misma mientras que Bonnie estaba en peligro. El ciclo entero era agotador, pero aún así no podía contener su euforia porque

Damon estaba vivo.

Sola en su habitación por fin, Elena deslizó un cepillo por su sedoso pelo dorado y se puso el camisón sencillo y suave que había llevado la noche anterior. Estaba caliente y húmedo fuera, y por la ventana se oía el canto de los grillos ocupados. Las estrellas estaban brillando, y una media luna flotaba alto sobre los árboles afuera. Dio las buenas noches a tía Judith y Robert, y se metió en la cama, esponjando las almohadas a su alrededor.

Casi esperaba una larga espera. A Damon le gustaba tomarle el pelo, y le gustaba hacer una entrada, así que era bastante probable que esperara hasta que pensara que estaba dormida, y luego pasaría rápidamente por su habitación. Pero ella apenas había apagado la luz cuando un pedazo de oscuridad pareció separarse de la noche fuera de su ventana. No hubo el más leve roce de una pisada en el suelo, y luego el colchón gimió mientras Damon se acomodó a los pies de su cama.

—Hola, amor —dijo él en voz baja.

—Hola —dijo ella, sonriéndole. Sus ojos brillaron para ella en las sombras, y Elena de repente se sintió caliente y feliz, a pesar de todo.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó—. Vi un montón de alboroto sucediendo en la casa de huéspedes. ¿Algo tiene a tus compinches nerviosos?

Su tono era casualmente sarcástico, pero su mirada era intensa, y Elena sabía que había estado preocupado.

—Si dejas que les diga a todos que estás vivo, puedes estar con nosotros y sabrías todo lo que está pasando de primera mano —bromeó. Luego se volvió sombría—. Damon, necesitamos tu ayuda. Algo terrible a sucedido.

Le contó sobre Bonnie, y sobre lo que habían descubierto en el cobertizo del jardín

de los Smallwood.

Los ojos de Damon flamearon. —¿Un fantasma tiene al pequeño pájaro rojo?

—Eso es lo que la madre de la Sra. Flowers dijo —respondió Elena—. Stefan nos dijo que él había sabido de un fantasma furioso en algún lugar de Italia.

Damon hizo un pequeño “ipfft!” ruidoso. —Me acuerdo de eso. Fue divertido en el momento, pero nada como lo que has estado describiendo. ¿Cómo explica esta teoría de Stefan que Bonnie haya sido tomada? ¿O la aparición de los nombres cuando alguien está en peligro?

—Es la teoría de la Sra. Flowers, también —dijo Elena indignadamente—. O de su madre, supongo. Y es lo único que tiene sentido. —Podía sentir a Damon acariciando su brazo con el más liviano toque de pluma, y se sentía bien. Los cabellos le picaban en la parte posterior de sus brazos, y se estremeció de placer a pesar de sí misma. Basta, pensó severamente. Este es un asunto serio. Movi6 su brazo fuera del alcance de Damon.

Él sonaba divertido y perezoso cuando habló. —Bueno, no puedo culpar a la vieja bruja y al fantasma de su madre —dijo—. Los seres humanos en su mayoría permanecen en su propia dimensión; aprenden sólo el más pequeño pedazo de los que está pasando, incluso los más dotados de ellos. Pero si Stefan se comportara como cualquier vampiro que se menos precie y no fuera por ahí tratando de ser humano todo el tiempo, tendría alguna pista más. Él incluso apenas viajó a la Dimensión Oscura excepto cuando fue arrastrado allí para sentarse en una jaula o para salvar a Bonnie. Tal vez si lo hubiera hecho, podría entender lo que estaba pasando y sería capaz de proteger a sus mascotas humanas un poco mejor.

Elena se erizó. —¿Mascotas humanas? Yo soy una de esas mascotas humanas, también.

Damon se rió entre dientes, y Elena se dio cuenta de que lo había dicho a propósito, para sacarla de quicio. —¿Una mascota? ¿Tú, princesa? Nunca. Un tigre, tal vez. Algo salvaje y peligroso.

Elena puso los ojos en blanco. Entonces la implicación de las palabras de Damon le pegó. —Espera, ¿estás diciendo que este no es un fantasma? ¿Y que tú sabes lo que es en realidad? ¿Es algo que vino de la Dimensión Oscura?

Damon se desplazó más cerca de ella. —¿Te gustaría saber lo que sé? —dijo, su voz como una caricia—. Hay un montón de cosas que podría contarte.

—Damon —dijo Elena firmemente—. Deja de coquetear y presta atención. Esto es importante. Si sabes algo, por favor dímelo. Si no, por favor no juegues conmigo. La

vida de Bonnie está en juego, y todos estamos en peligro. Tú estás en peligro, también, Damon: no te olvides, tu nombre ha sido escrito, y no sabemos a ciencia cierta qué sucedió en la Luna Oscura que te atacó.

—No estoy demasiado preocupado. —Damon agitó su mano despectivamente—. Se necesita más que un fantasma para hacerme daño, princesa. Pero, sí, sé un poco más de esto que Stefan —giró su mano sobre la palma de la mano de ella y trazó con los dedos fríos—. Es un fantasma —dijo—. Pero no del mismo tipo que el que vimos en Italia hace mucho tiempo. ¿Te acuerdas de que Klaus era un Original? Él no fue engendrado como Katherine o Stefan o como yo lo hemos hecho, él nunca fue humano. Vampiros como Klaus consideran a vampiros como nosotros quienes empezamos como seres humanos como débiles mestizos. Él era mucho más fuerte que nosotros y mucho más difícil de matar. Hay diferentes tipos de fantasmas, también. Los fantasmas que nacen de las emociones humanas en la Tierra son capaces de intensificar y estimular estas emociones. No tienen mucha conciencia de sí mismos, sin embargo, y nunca son muy fuertes. No son más que parásitos. Si se cortan las emociones que necesitan para sobrevivir, se desvanecen rápidamente.

Elena frunció el ceño. —¿Pero tú crees que es otro, más poderosos tipo de fantasma? ¿Por qué? ¿Qué te contó Sage?

Damon le dio unos golpecitos en la mano mientras contaba. —Uno: los nombres. Eso está más allá de los poderes de un fantasma común. Dos: se llevó a Bonnie. Un fantasma normal no sería capaz de hacer eso, y no podría obtener nada de ello si pudiera. Un fantasma original, sin embargo, puede robar su espíritu y llevarlo de vuelta a la Dimensión Oscura. Puede drenar su fuerza vital y emociones y hacerse más fuerte.

—Espera —dijo Elena, alarmada—. ¿Bonnie está de vuelta en la Dimensión Oscura? ¡Cualquier cosa puede estar sucediéndole! ¡Podría ser esclavizada de nuevo! — Lágrimas pincharon en las esquinas de sus ojos al pensar en cómo eran tratados los seres humanos en la Dimensión Oscura.

Damon apretó su mano. —No, no te preocupes por eso. Ella está allí sólo en espíritu, el fantasma la tendrá en algún tipo de celda, querrá mantenerla a salvo. Creo que lo peor que podría pasarle es que esté aburrida —frunció el ceño. Esto está agotando su fuerza vital, sin embargo, y eso va a debilitarla con el tiempo.

—¿Crees que el aburrimiento es lo peor que le puede pasar... oh, por lo menos hasta que se drene toda su fuerza vital? Eso no es lo suficientemente bueno, Damon. Tenemos que ayudarla. —Elena pensó por un momento—. ¿Así que los fantasmas viven en la Dimensión Oscura?

Damon vaciló. —No al principio. Los fantasmas originales fueron relegados a la

Luna Oscura por los Guardianes.

—Donde tú moriste.

—Sí —dijo Damon mordazmente. Luego frotó el dorso de la mano de ella en una disculpa silenciosa por su tono—. Los fantasmas originales son mantenidos dentro de una prisión en la Luna Oscura, simplemente anhelando una oportunidad de salir. Al igual que los genios en una botella. Si algo se rompiera en el muro de la prisión, su objetivo final sería llegar a la Tierra y alimentarse de las emociones humanas. Después de que el Árbol del Mundo fuera destruido, Sage dijo que las cosas cambiaron, lo que tendría sentido si un fantasma Original logró escapar cuando las cosas cambiaron después de la destrucción.

—¿Porqué venir todo el camino hacia la Tierra, sin embargo? —preguntó Elena—. Hay muchos demonios y vampiros en la Dimensión Oscura.

Ella pudo ver la sonrisa de Damon en las sombras. —Creo que las emociones humanas son extra deliciosas. Como lo es la sangre humana. Y no hay suficientes humanos en la Dimensión Oscura para hacer una comida realmente buena. Hay tantos humanos en la Tierra que un Original aquí puede simplemente mantenerse engullendo emociones y hacerse cada vez más poderoso.

—¿Así que nos ha seguido desde la Luna Oscura? —preguntó Elena.

—Debe haber hecho autostop con ustedes cuando regresaron a la Tierra. Habría querido llegar tan lejos de su prisión como fuera posible, por lo que una apertura entre las dimensiones habría sido irresistible.

—¿Y fue liberado de su prisión cuando usé mis Alas de Destrucción e hice explotar la Luna?

Damon se encogió de hombros. —Esa parece ser la explicación más probable.

El corazón de Elena se hundió. —Así que la visión de Bonnie estaba en lo cierto. He traído esto. Es mi culpa.

Él echó hacia atrás el pelo de ella y besó su cuello. —No pienses de esa manera —dijo—. ¿Cómo podrías haberla detenido? No lo sabías. Y estoy agradecido de que usaras Alas de Destrucción: eso es lo que me salvó, después de todo. Lo importante ahora es luchar contra el fantasma. Tenemos que enviarlo de vuelta antes de que sea demasiado poderoso. Si consigue un punto de apoyo real aquí, puede empezar a influir en más y más gente. El mundo entero podría estar en peligro.

Elena medio conscientemente arqueó el cuello hacia un lado para que Damon pudiera conseguir un mejor ángulo, y él gentilmente trazó la vena en el lado de su cuello con sus labios por un momento antes de que ella se diera cuenta de lo que

estaban haciendo y lo empujó suavemente fuera de nuevo. —No entiendo, sin embargo. ¿Por qué nos dice lo que pasara después? —dijo—. ¿Por qué nos da los nombres?

—Oh, eso no es de su propio hacer —dijo Damon, y besó su hombro—. Incluso el más poderoso fantasma tiene que seguir las reglas. Es parte del hechizo que los Guardianes pusieron en los fantasmas Originales, cuando los relegaron a la Luna Oscura. Una garantía en caso de que los Originales escaparan alguna vez. De esta manera, sus presas saben que están viniendo, y les da una oportunidad justa de resistencia.

—Los Guardianes los encarcelaron —dijo Elena—. ¿Podrían ayudarnos a enviarlos de vuelta?

—No sé —dijo Damon brevemente—. Yo no les preguntaría si pudiera evitarlo, sin embargo. No confío en ellos, ¿y tú?

Elena pensó en la fría eficiencia de los Guardianes, en la forma en la que habían desestimado la muerte de Damon como irrelevante. De la forma en que habían causado la muerte de sus propios padres. —No —dijo, temblando—. Vamos a dejarlos fuera de esto si podemos.

—Vamos a derrotarlo nosotros mismos, Elena —dijo Damon, y le acarició la mejilla con la mano.

—Ya basta —dijo Elena—. Tenemos que concentrarnos.

Damon dejó de tratar de tocarla por un momento y pensó. —Háblame de tus amiguitos. ¿Está la gente tensa? ¿Peleándose? ¿Actuando fuera de personaje?

—Sí —dijo Elena de inmediato—. Nadie ha estado actuando como sí mismo. No puedo poner mi dedo en ello, pero algo ha estado mal desde que regresamos.

Damon asintió con la cabeza. —Dado que probablemente vino con ustedes, tiene sentido que se haya dirigido a ustedes y a los relacionados con ustedes como sus primeras víctimas.

—¿Pero cómo lo detenemos? —preguntó Elena—. ¿Qué dicen esas historias de las que has oído hablar sobre los fantasmas Originales sobre volver a capturarlos una vez que se han escapado de su prisión?

Damon suspiró, y sus hombros cayeron un poco. —Nada —dijo—. No sé nada más. Voy a tener que volver a la Dimensión Oscura y ver lo que puedo encontrar, o si puedo luchar con el fantasma desde allí.

Elena se puso rígida. —Eso es muy peligroso, Damon.

Damon se rió entre dientes, un sonido seco en la oscuridad, y Elena sintió sus dedos recorriendo su cabello, alisando las hebras de seda, y luego torciéndolas, tirando suavemente. —No para mí —dijo—. La Dimensión Oscura es un gran lugar para ser un vampiro.

—Excepto que tú moriste allí —recordó Elena—. Damon, por favor. No puedo soportar perderte otra vez.

La mano de Damon se calmó, y después él la estaba besando con suavidad, y su otra mano se acercó para tocarle la mejilla. —Elena —dijo mientras rompía de mala gana el beso—. No me vas a perder.

—Tiene que haber otra manera —insistió.

—Bueno, entonces será mejor que la encontremos, y pronto —contestó Damon sombríamente—. De lo contrario el mundo entero estará en peligro.

Damon estaba saturado con Elena. Su dulce, rico aroma en su nariz, el palpitante latido de su corazón en sus oídos, la seda de su pelo y el satén de su piel contra sus dedos. Quería besarla, abrazarla, hundir sus colmillos en ella y saborear el néctar embriagador de su sangre, esa sangre vibrante que sabía cómo ninguna otra.

Pero ella lo hizo ir, aunque él sabía que no quería hacerlo.

Ella no dijo que era por su hermano pequeño por lo que lo rechazó, pero él lo sabía de todos modos.

Cuando la dejó, se transformó elegantemente en un cuervo negro de gran tamaño y otra vez voló desde la ventana de su dormitorio hasta el membrillo cercano. Allí, él plegó sus alas y se pasó de un pie a otro, estableciéndose para velar por ella. Podía sentirla a través de la ventana, ansiosa al principio, sus pensamientos batiendo, pero pronto su pulso se desaceleró, su respiración profundizó, y supo que estaba dormida. Se quedaría y la protegería.

No había duda: tenía que salvarla. Si Elena quería un caballero cortés, alguien que la protegiera noblemente, Damon podría hacer eso. ¿Por qué ese debilucho de Stefan se llevaba toda la gloria?

Pero no estaba seguro de lo que vendría después. A pesar de la súplica de Elena para que no fuera, la partida hacia la Dimensión Oscura parecía el siguiente paso lógico en la lucha contra este fantasma. Pero, ¿cómo llegar? No había caminos fáciles. No tenía tiempo para viajar a una de las puertas de nuevo, tampoco quería dejar de lado a Elena el tiempo suficiente para viajar hasta allí. Y no podía esperar encontrar algo tan útil como una esfera estelar otra vez por casualidad.

Además, si conseguía llegar allí, estar en la Dimensión Oscura sería especialmente peligroso para él ahora. No creía que los Guardianes supieran que había vuelto de entre los muertos, y no sabía cómo iban a reaccionar cuando lo hicieran. Prefería no saberlo. Los Guardianes no se preocupaban mucho por los vampiros, y solía gustarles que las cosas siguieran el camino que debería ser. Mira como habían despojado los poderes de Elena cuando llamó su atención.

Damon encogió sus hombros y esponjó sus plumas iridiscentes irritablemente. Tenía que haber otra manera.

Hubo el más mínimo crujido bajo sus pies. Nadie, sin los oídos sensibles de un vampiro lo habría oído, era muy cauteloso, pero Damon lo atrapó. Se cuadró y se

asomó bruscamente alrededor. Nadie podría llegar a su princesa.

Oh. Damon volvió a relajarse e hizo clic con su pico con irritación. Stefan. La sombra de su hermano pequeño se puso bajo el árbol, la cabeza inclinada hacia atrás, mirando con devoción a la ventana oscura de Elena. Por supuesto que él estaba allí, parado para defenderla contra todos los horrores de la noche.

Y así, Damon supo lo que tenía que hacer: si quería aprender más sobre el fantasma, tendría que entregarse a él.

Cerró los ojos, permitiendo que cada sentimiento negativo que había tenido acerca de Stefan lo inundara. Como Stefan había siempre tomado todo lo que Damon quería, lo había robado, si era necesario.

Maldito Stefan, pensó Damon con amargura. Si su hermano no hubiera llegado a la ciudad antes que él, Damon hubiera tenido la oportunidad de enamorar a Elena primero, para ser él quien obtuviera la total dedicación que veía en sus ojos cuando ella miraba a Stefan.

En cambio, allí está él, el segundo mejor. No había sido suficiente para Katherine tampoco, ella quería a su hermano, también. Elena, tigre al gatito que Katherine había sido, habría sido la compañera perfecta para Damon. Hermosa, fuerte, astuta, capaz de un gran amor, podrían haber gobernado la noche juntos.

Pero ella se había enamorado de su cobarde y debilucho hermanito. Las garras de Damon apretaron la rama en la que estaba sentado.

—¿No es triste? —sugirió una voz tranquila a su lado—, ¿cómo tratas y tratas, pero nunca eres suficiente para las mujeres que amas?

Un tentáculo de niebla fría tocó su ala. Damon se irguió y miró a su alrededor. Niebla oscura estaba llegando alrededor del árbol de membrillo, junto al nivel de Damon. A continuación, Stefan estaba inconsciente. La niebla había dejado a

Damon solo.

Con una sonrisa privada, Damon sintió que la niebla lo envolvió, y luego todo fue oscuridad.

Capítulo 27

La siguiente mañana fue otra calurosa. El aire era tan denso y húmedo que simplemente caminar por la calle se sentía desagradable, como recibir una bofetada con un paño tibio y húmedo. Incluso en el interior del coche con el aire acondicionado encendido, Elena podía sentir su pelo generalmente liso encrespándose por la humedad.

Stefan se había presentado en su casa después del desayuno, esta vez con una lista de hierbas y suministros mágicos que la Sra. Flowers quería que buscaran en la ciudad para nuevos hechizos de protección.

Mientras viajaban, Elena miró por la ventana a las casas de color blanco puro y césped recortado residenciales de Fell's Church mientras poco a poco daban paso a edificios de ladrillo y ventanas de tiendas de buen gusto del distrito comercial en el centro de la ciudad.

Stefan estacionó en la calle principal, en el exterior de un pequeño y lindo café donde habían tomado capuchinos juntos el otoño pasado, poco después de que ella se hubiera enterado de lo que él era. Sentado en una de las pequeñas mesas, Stefan le había dicho cómo hacer un capuchino italiano tradicional, y eso le había llevado a recordar las grandes fiestas de su juventud en el Renacimiento: las sopas aromáticas rociadas con semillas de granada; ricos asados rociados con agua de rosas; pasteles con flores de saúco y castañas. Un curso tras otro de dulces, ricos, altamente condimentados alimentos que un italiano moderno nunca reconocería como parte de la cocina de su país.

Esto había impresionado a Elena cuando se dio cuenta de lo diferente que el mundo había sido la última vez que Stefan había comido alimentos humanos. Él había mencionado de pasada que los tenedores acababan de entrar en la moda cuando era joven, y que su padre los había ridiculizado como un capricho vanidoso. Hasta que Katherine había llevado una influencia más moderna y propia de una dama a su casa, ellos habían comido sólo con cucharas y cuchillos afilados para cortar. —Era elegante, sin embargo. —Le había dicho él, riéndose de la expresión de su cara—. Todos teníamos excelentes modales en la mesa. Difícilmente lo habrías notado.

En ese momento, ella había pensado en las diferencias con los chicos que había conocido, el alcance de toda la historia que había presenciado, era romántico.

Ahora... bueno, ahora no sabía lo que pensaba.

—Es por aquí, creo —dijo Stefan, tomándola de la mano y devolviéndola a la actualidad—. La Sra. Flowers dijo que una tienda New Age ha abierto y deben tener la mayor parte de las cosas que necesitamos.

La tienda se llamaba “Espíritu y Alma”, y era muy pequeña pero vibrante, llena de cristales y figuritas de unicornios, cartas de tarot y atrapa-sueños. Todo estaba pintado en tonos de morado y plata, y tapices de seda volaban en la brisa de un pequeño acondicionador de aire. El aire acondicionado no era lo suficientemente fuerte como para poner mucho impacto en la viscosidad del calor de hoy, sin embargo, y la pequeña mujer parecida a un pájaro con largo cabello rizado y estrepitosos collares que emergió de la parte trasera de la tienda se veía cansada y sudorosa.

—¿En qué puedo ayudarlos? —dijo en una baja y musical voz, que Elena sospechó que había adoptado para encajar en el ambiente de la tienda. Stefan sacó el pedazo de papel cubierto de la escritura a mano de la Sra. Flowers y entrecerró los ojos en él. Visión de vampiro o no, descifrar la escritura de la Sra. Flowers podía ser un desafío.

Oh, Stefan. Él era sincero, y dulce, y noble. Su alma de poeta brillaba a través de sus preciosos ojos verdes. No podía lamentar amar a Stefan. Pero a veces secretamente deseaba haber encontrado a Stefan en una forma menos complicada, que el alma y la inteligencia, el amor y la pasión, la sofisticación y la delicadeza hubiera de alguna manera sido posible en forma de un verdadero chico de dieciocho años, que hubiera sido lo que había fingido ser la primera vez que lo conoció: misterioso, extraño, pero humano.

—¿Tiene cualquier cosa hecha de hematita? —preguntó él—. ¿Joyería, o tal vez baratijas? E incienso con... —frunció el ceño hacia el papel—. ¿Althea en él? ¿Suena bien Althea?

—¡Por supuesto! —dijo la tendera con entusiasmo—. Althea es bueno para la protección y la seguridad. Y huele muy bien. Los diferentes tipos de incienso están aquí.

Stefan siguió a la dependienta al interior de la tienda, pero Elena se quedó cerca de la puerta. Se sentía agotada, a pesar de que el día apenas había comenzado. Había un estante de prendas de vestir por la ventana del frente, y jugueteó distraídamente con él, empujando perchas de un lado a otro. Había una túnica rosada salpicada de diminutos espejos, un poco hippie pero linda. A Bonnie podría gustarle, pensó Elena automáticamente, y luego retrocedió.

A través de la ventana, vislumbró un rostro que conocía, y se giró, el top colgando

olvidado en su mano.

Buscó en su mente el nombre. Tom Parker, eso era. Había salido con él en un par de citas en el tercer año, antes de que ella y Matt se hubieran juntado. Se sentía como mucho más que un año y medio atrás. Tom había sido bastante agradable y suficientemente hermoso, una cita perfectamente satisfactoria, pero no había sentido una chispa entre ellos y, como Meredith había dicho, “practica la captura y liberación” con él, “liberándolo a nadar de nuevo en las aguas de las citas”.

Él había estado loco por ella, sin embargo. Incluso después de que habían roto, había merodeado a su alrededor, mirando con ojos de cachorro, suplicándole que regresaran. Si las cosas hubieran sido diferentes, si hubiera sentido algo por Tom, ¿no sería su vida más sencilla ahora?

Miró a Tom. Él estaba paseando por la calle, sonriendo, de la mano de Marissa Peterson, la chica con la que había empezado a salir cerca del final del año pasado. Tom era alto, e inclinó su peluda cabeza morena para oír lo que Marissa le estaba diciendo. Se sonrieron el uno al otro, y alzó su mano libre con suavidad, tirando en broma de su pelo largo. Parecían felices juntos.

Bueno, bien para ellos. Fácil ser feliz cuando estaban sin complicaciones en el amor, cuando no había nada más difícil en la vida que pasar un verano con sus amigos antes de ir a la universidad. Fácil ser feliz cuando ni siquiera podían recordar el caos que su ciudad había sido antes de que Elena los hubiera salvado. Ni siquiera estaban agradecidos. Eran demasiado afortunados: no sabían nada de la oscuridad que acechaba en los bordes de su segura, iluminada por el sol, vida.

El estómago de Elena se retorció. Vampiros, demonios, fantasmas, amor desafortunado. ¿Por qué tenía que ser la que lidiaba con todo esto?

Escuchó durante un momento. Stefan estafa aún consultando con la dependienta y le oyó decir preocupadamente: —Las ramitas de fresno tendrán el mismo efecto, ¿no? —Y la tranquilizadora mujer murmuró. Estaría ocupado por un tiempo más. Estaba sólo sobre un tercio del final de la lista que la Sra. Flowers les había dado.

Elena puso la camiseta en su sitio en el estante y salió de la tienda.

Con cuidado de no ser notada por la pareja de la calle, los siguió a cierta distancia, echando una larga mirada a Marissa. Era flaca, con pecas y un pequeño bulto en la nariz. Bastante bonita, supuso Elena, con largo, lacio y oscuro cabello y una boca ancha, pero no especialmente llamativa. No había sido nadie en la escuela, tampoco. En el equipo de voleibol, quizás. Anuario. Pasable, pero no calificaciones estelares. Amigos, pero no popular. Una cita de vez en cuando, pero no una chica en la que se fijaran los chicos. Un trabajo a tiempo parcial en una tienda, o tal vez en la biblioteca. Ordinaria. Nada especial.

¿Entonces por qué la ordinaria, nada especial Marissa conseguía tener esta vida sin complicaciones, iluminada por el sol, mientras que Elena había estado en el infierno, literalmente, para conseguir lo que Marissa parecía tener con Tom y aún no había conseguido tener?

Una brisa fría tocó la piel de Elena, y se estremeció a pesar del calor de la mañana. Levantó la vista.

Oscuros, fríos tentáculos de niebla estaban a la deriva a su alrededor, sin embargo, el resto de la calle estaba tan soleada como lo había estado unos minutos antes. El corazón comenzó a golpearle con fuerza antes de que su cerebro incluso se actualizara y se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. ¡Corre! Gritó algo dentro de ella, pero ya era demasiado tarde. Sus miembros eran de repente pesados como el plomo.

Una fría, seca voz habló detrás de ella, una voz que sonaba extrañamente como la de observación dentro de su propia cabeza, la que le decía verdades incómodas que no quería reconocer. —¿Por qué es esto? —dijo la voz—, ¿qué sólo puedes amar a monstruos?

Elena no se atrevía a dar la vuelta.

—¿O es que sólo los monstruos pueden realmente amarte, Elena? —continuó la voz, tomando un tono suavemente triunfante—. Todos los chicos en la escuela secundaria, sólo te querían como un trofeo. Ellos vieron el pelo dorado, los ojos azules y el rostro perfecto, y pensaron en lo bien que se verían contigo de su brazo.

Armándose de valor, Elena se volvió lentamente. No había nadie allí, pero la niebla era cada vez más gruesa. Una mujer que empujaba un cochecito pasó rozándola con una plácida mirada. ¿No podía ver a Elena siendo envuelta en su propia niebla privada? Elena abrió la boca para gritar, pero las palabras se atascaron en su garganta.

La niebla era más fría ahora, y se sentía casi sólida, como si estuviera sosteniendo a Elena de nuevo. Con un gran esfuerzo de voluntad, se obligó hacia delante, pero sólo podía tambalearse hasta el banco en frente a una tienda cercana. La voz volvió a hablar, le susurró al oído, regodeándose. —Nunca te vieron, esos chicos. Las chicas como Marissa, como Meredith, pueden encontrar el amor y ser felices. Sólo los monstruos se molestan en buscar a la verdadera Elena. Pobre, pobre Elena, nunca serás normal, ¿verdad? No como las otras chicas. —Se rió suavemente, con saña.

La niebla espesa presionó a su alrededor. Ahora Elena no podía ver el resto de la calle, o cualquier cosa más allá de la oscuridad. Trató de desplazar sus pies, avanzar unos pasos, para quitarse de encima la niebla. Pero no podía moverse. La niebla era como una manta pesada sujetándola, pero no podía tocarla, no podía luchar contra

ella.

Elena entró en pánico, intentó una vez más emerger sus pies, abrió la boca para llamar a Stefan, pero la niebla se arremolinaba en ella, a través de ella, absorbiéndola a través de cada poro. Incapaz de defenderse o gritar, ella se derrumbó.

Todavía estaba muy frío.

—Al menos tengo ropa en este momento —murmuró Damon, dando patadas a un trozo de madera quemada mientras caminaba a través de la superficie árida de la Luna Oscura.

El lugar estaba empezando a llegar a él, tenía que admitir. Había estado vagando por este paisaje desolado durante lo que le parecieron días, aunque la invariable oscuridad aquí hacía imposible para él saber con certeza cuánto tiempo había pasado.

Cuando se había despertado, Damon había asumido que iba a encontrar al pequeño pájaro rojo junto a él, ansioso por su compañía y protección. Pero había despertado solo, tendido en el suelo. Ningún fantasma, ninguna chica agradecida.

Frunció el ceño y metió un pie tentativo en un montón de ceniza que podría ocultar un cuerpo, pero se sorprendió al no encontrar nada más de que barro debajo de las cenizas, salpicaduras más sucias en sus alguna vez brillantes botas negras. Después de haber llegado aquí y haber comenzado la búsqueda de Bonnie, había esperado que en cualquier momento, podría toparse con su cuerpo inconsciente. Había tenido una imagen poderosa de cómo podría verse, pálida y silenciosa en la oscuridad, largos rizos rojos cubiertos de ceniza. Pero ahora estaba convencido de que, donde quiera que el fantasma hubiera tenido a Bonnie, ella no estaba aquí.

Había venido aquí a ser un héroe: derrotar al fantasma, salvar a la chica, y finalmente salvar a su chica. Qué idiota, pensó, encrespando su labio en su propia insensatez.

El fantasma no le había llevado a cualquier lugar al que mantenía a Bonnie. Solo en este montón de cenizas de la luna, se sentía extrañamente rechazado. ¿No lo querían?

Un poderoso viento repentino empujó contra él, y Damon se tambaleó hacia atrás unos pasos antes de recuperar el equilibrio. El viento trajo un sonido con él: ¿Era un gemido? Él cambió su curso, encorvando sus hombros y se dirigió a donde pensó que el sonido había venido.

Luego el sonido de repitió, un triste, sollozante gemido hizo eco detrás de él.

Se dio la vuelta, pero sus pasos eran más juntos y menos seguros de lo habitual. ¿Y si estaba equivocado y la brujita estaba herida y sola en algún lugar de esta luna olvidada de Dios?

Estaba terriblemente hambriento. Empujó su lengua contra sus dolorosos caninos, y crecieron como cuchillos afilados. Tenía la boca tan seca; imagino el flujo de

dulce, rica sangre, viva en sí misma pulsando sobre sus labios. El gemido se asomó una vez más, a su izquierda esta vez, y otra vez se desvió hacia él. El viento soplaba en contra de su rostro, frío y húmedo con la niebla.

Esto era culpa de Elena.

Él era un monstruo. Se suponía que debía ser un monstruo, para extraer la sangre sin pestañear, para matar sin pensarlo dos veces o ser cuidadoso. Pero Elena cambió todo eso. Ella le había hecho querer protegerla. Entonces había empezado a velar por sus amigos, y finalmente incluso salvando su pequeña ciudad provincial, cuando un vampiro que se preciara habría desaparecido cuando los kitsune vinieron, o disfrutado de la devastación con sangre caliente en sus labios.

Había hecho todo eso, había cambiado para ella, y ella todavía no lo amaba.

No lo suficiente, de todos modos. Cuando le había besado la garganta y acariciado su cabello la otra noche, ¿qué había estado pensando ella? Ese debilucho de Stefan.

—Siempre es Stefan, ¿no? —Una clara, fría voz dijo detrás de él. Damon se quedó inmóvil, los pelos de su nuca aumentando.

—Todo lo tratas de tomar de él —continuó la voz—, tú estás simplemente luchando para igualar la balanza, porque el hecho es que él lo tiene todo, y tú no tienes nada en absoluto. Sólo quieres que las cosas sean justas.

Damon se estremeció, no dándose la vuelta. Nadie había entendido nunca eso. Él sólo quería que las cosas fueran justas.

—Su padre se preocupaba por él mucho más de lo que lo hacía por ti. Siempre has sabido eso —prosiguió la voz—. Tú eras el mayor, el heredero, pero Stefan era al que su padre amaba. Y, en el romance, siempre has ido dos pasos por detrás de Stefan. Katherine ya lo quería a él en el momento en que la conociste, entonces la misma triste historia sucedió de nuevo con Elena. Ellas dicen que te quieren, esas chicas tuyas, pero nunca te amaron mejor, o más, o sólo, ni siquiera cuando les diste todo tu corazón.

—Y sabes por qué eso es así, ¿verdad, Damon? —La criatura continuó sin problemas—. Stefan. Stefan siempre ha tenido todo lo que tú has querido.

Él ha conseguido las cosas que tú querías antes incluso de que tú las vieras, y no dejó nada para ti. Elena no te ama. Ella nunca lo ha hecho y nunca lo hará.

Algo se rompió dentro de Damon con las palabras de la criatura, y al instante se replicó de nuevo a sí mismo. ¿Cómo se atreve el fantasma a cuestionar el amor de Elena? Eso era lo único verdadero que él conocía.

Una brisa fría agitó la ropa de Damon. No podía oír los gemidos ahora. Y luego todo se quedó inmóvil.

—Sé lo que estás haciendo —espetó Damon—. ¿Crees que puedes engañarme? ¿Crees que puedes volverme en contra de Elena?

Un suave, húmedo paso en el barro sonó detrás de él. —Oh, pequeño vampiro —dijo la voz burlonamente.

—Oh, pequeño fantasma —dijo Damon de vuelta, igualando el tono de la criatura—. No tienes la menor idea de lo que acabas de hacer. —Armándose de valor para saltar, se dio la vuelta, los colmillos totalmente extendidos. Pero antes de que pudiera saltar, frías manos fuertes lo agarraron por el cuello y tiraron de él en el aire.

—Me gustaría también recomendar enterrar pedazos de hierro en torno a lo que estás tratando de proteger —sugirió la dependienta—. Las herraduras son tradicionales, pero cualquier cosa de hierro, especialmente algo redondo o curvo, lo hará. —Ella había pasado por varias etapas de incredulidad mientras Stefan había tratado de comprar lo que parecía como cualquier objeto, hierba, o encanto relacionado con la protección en la tienda, y ahora se había convertido en una útil maníaca.

—Creo que tengo todo lo que necesito por ahora —dijo Stefan cortésmente—. Muchas gracias por su ayuda.

Sus hoyuelos brillaron mientras marcaba el importe de sus comprar en la antigua máquina registradora de metal de la tienda, y él le devolvió la sonrisa. Pensó que había logrado descifrar todos los elementos de la lista de la Sra. Flowers correctamente y se sentía bastante orgulloso de sí mismo.

Alguien abrió la puerta para entrar, y una fría brisa pasó velozmente por la tienda, haciendo que los objetos mágicos y los tapices se agitaran.

—¿Sentiste eso? —preguntó la dependienta—. Creo que una tormenta se está

acercando. —Su pelo, atrapado por el viento, se dispersó en el aire.

Stefan, a punto de hacer una réplica agradable, miró con horror. Sus largos mechones, suspendidos por un momento, se retorcieron en tentáculos en una rizada cadena que describía, clara y fríamente:

matt

Pero si el fantasma había encontrado un nuevo objetivo, eso significaba que Elena...

Stefan se giró, mirando frenéticamente hacia la parte delantera de la tienda. Elena no estaba allí.

—¿Estás bien? —preguntó la dependienta mientras Stefan se quedó mirando salvajemente alrededor. Ignorándola, corrió hacia la puerta de la tienda, contemplando cada pasillo, en cada rincón.

Stefan extendió su Poder, buscando un rastro de distintiva presencia de Elena. Nada. Ella no estaba en la tienda. ¿Cómo pudo no darse cuenta de su salida?

Apretó los puños en sus ojos hasta que pequeñas estrellas estallaron bajo sus párpados. Esto era culpa suya. No se había alimentado de sangre humana, y sus poderes habían disminuido muchísimo. ¿Por qué se permitió a sí mismo estar tan débil? Si hubiese estado con toda su fuerza, se habría dado cuenta inmediatamente de que ella se había ido. Fue autoindulgente ceder a su conciencia cuando tenía gente que proteger.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer otra vez. Lo había seguido por los pasillos de la tienda, sosteniendo su bolsa, y estaba mirándolo con ansiedad.

Stefan agarró la bolsa. —La chica con la que vine —dijo con urgencia—. ¿Has visto a dónde ha ido?

—Oh —respondió ella, frunciendo el ceño—. Volvió a salir cuando nos dirigimos a mirar a través de la sección de inciensos.

Hace mucho tiempo de eso. Incluso la dependienta se había dado cuenta de que Elena había salido.

Stefan hizo un brusco gesto de agradecimiento antes de caminar a grandes pasos hacia la deslumbrante luz del sol. Miró frenéticamente arriba y abajo de la calle principal.

Sintió una oleada de alivio cuando la vio sentada en un banco delante de la farmacia unas pocas puertas más abajo. Pero luego notó su postura de desplome, su hermosa cabeza rubia descansando lánguidamente en uno de sus hombros.

Stefan estuvo a su lado en un instante, agradecido de encontrar su respiración superficial pero estable, su pulso firme. Pero ella estaba inconsciente.

—Elena —dijo, acariciando suavemente su mejilla—. Elena, despierta. Ven a mí. — Ella no se movió. Él sacudió su brazo un poco más fuerte—. ¡Elena! —Su cuerpo se tambaleó en el banco, pero ni su respiración ni el ritmo constante de su corazón cambiaron en absoluto.

Igual que Bonnie. El fantasma se había llevado a Elena y Stefan sintió que algo dentro de él se desgarraba en dos. No había logrado protegerla, proteger a cualquiera de ellas.

Stefan suavemente deslizó una mano bajo el cuerpo de Elena, ahuecando su cabeza protectoramente con la otra mano, y la atrajo a sus brazos. La acunó contra él y, canalizando el poco poder que le quedaba en la velocidad, comenzó a correr.

Meredith miró su reloj por lo que parecía ser la centésima vez, preguntándose por

qué Stefan y Elena no estaban de vuelta todavía.

—No puedo leer esta palabra en absoluto. —Se quejó Matt—. Te lo juro, pensé que mi letra era mala. Parece que Caleb escribió esto con los ojos cerrados. —Había estado corriendo sus manos por el pelo frustradamente y este se levantó en pequeñas púas desordenadas, y había débiles sombras bajo sus ojos.

Meredith dio un trago al café y le tendió la mano. Matt le pasó el cuaderno que había estado examinando. Habían descubierto que ella era la mejor leyendo la pequeña y angular caligrafía de Caleb. —Eso es una O, creo —dijo—. ¿Es deosil una palabra?

—Sí —dijo Alaric, sentándose un poco más erguido—. Significa que gira en sentido de las agujas del reloj. Representa movimientos de la energía espiritual en formas físicas. Podría haber algo ahí. ¿Puedo verlo?

Meredith le entregó el cuaderno. Sus ojos estaban doloridos y sus piernas rígidos de estar sentada toda la mañana revisando los cuadernos, recortes y fotografías de Caleb. Movié los hombros hacia adelante y hacia atrás, estirándolos.

—No —dijo Alaric después de unos minutos leyendo—. No es bueno. Esto es sólo sobre fundir un círculo mágico.

Meredith estaba a punto de hablar cuando Stefan apareció en la puerta, pálido y

con los ojos desorbitados. Elena yacía inconsciente en sus brazos. Meredith dejó caer su taza de café. —¡Stefan! —gritó, mirando con horror—. ¿Qué pasó?

—El fantasma la atrapó —dijo Stefan, su voz capturada—. No sé cómo.

Meredith sintió que estaba cayendo. —Oh no, oh no. —Se escuchó decir a sí misma en un hilo de voz conmocionado—. No Elena, también.

Matt se puso de pie, ceñudo. —¿Por qué no lo detuviste? —preguntó en tono acusador.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Stefan con frialdad, y pasó junto a ellos hacia las escaleras, agarrando a Elena protectoramente. En silencio acuerdo, Matt, Meredith y Alaric lo siguieron hasta la habitación donde dormía Bonnie.

La Sra. Flowers estaba tejiendo junto a su cama, y su boca se abrió en una O de asombro cuando vio lo que llevaba Stefan. Stefan colocó suavemente a Elena en el otro lado de la cama doble cerca de la pálida y pequeña forma de Bonnie.

—Lo siento —dijo Matt lentamente—. No debería haberte culpado. Pero... ¿qué pasó?

Stefan se encogió de hombros, mirando afectado.

El corazón de Meredith se apretó en su pecho al ver a sus dos mejores amigas dispuestas como muñecas de trapo. Estaban tan quietas. Incluso durmiendo, Elena siempre había sido más móvil, más expresiva que esto. En el transcurso de un millar de fiestas de pijama, desde que eran pequeñas, Meredith había visto sonreír a Elena mientras dormía, rodando con fuerza entre las mantas, acurrucando su cara en las almohadas. Ahora, el rosa, dorado y crema cálido que coloreaba a Elena parecía descolorido y frío.

Y Bonnie, Bonnie que era tan vibrante y de rápido movimiento, casi nunca se había mantenido inmóvil durante más de un minuto o dos en toda su vida. Ahora estaba inmóvil, congelada, casi incolora a excepción de los puntos oscuros de sus pecas contra sus pálidas mejillas y la extensión de pelo rojo brillante en su almohada. Si no fuera por el leve aumento y la caída de su pecho, las chicas podrían haber sido maniqués.

—No lo sé —dijo Stefan una vez más, las palabras sonando más presas del pánico esta vez, y miró hacia arriba para encontrarse con los ojos de Meredith—. No sé qué hacer.

Meredith se aclaró la garganta. —Llamamos al hospital para comprobar a Caleb mientras no estabas —dijo cautelosamente, sabiendo el efecto que sus palabras podrían hacer—. Ha sido dado de alta.

Los ojos de Stefan brillaron mortalmente. —Creo —dijo, su voz como un cuchillo—, que debemos hacerle una visita a Caleb.

Elena estaba suspendida en oscuridad. No estaba alarmada, sin embargo. Estaba como flotando suavemente bajo agua caliente, suavemente flotando en la corriente, y una parte de ella se preguntaba vagamente y sin temor, si era posible que había salido de la cuenca de la cascada de Hot Springs. ¿Había estado a la deriva y soñando todo este tiempo?

Luego, de repente estaba acelerando, explotando hacia arriba. Abrió sus ojos a la deslumbrante luz del día y tomó un largo, tembloroso suspiro.

Entrañables y preocupados ojos marrones oscuros la contemplaron desde un rostro pálido flotando por encima de ella.

—¿Bonnie? —jadeó Elena.

—¡Elena! Gracias a Dios —gritó Bonnie, agarrándola por los brazos en un apretado agarre—. He estado aquí sola durante días y días, o lo que sentí como días y días, de todos modos, porque la luz nunca cambia, así que no puedo decirlo por el sol. Y no hay nada que hacer aquí, no puedo encontrar la manera de salir y no hay nada que comer, aunque estoy extrañamente no hambrienta, así que supongo que no importa. Intenté dormir para pasar el rato, pero no estaba cansada. Y de repente tú estabas aquí, y estoy tan feliz de verte, pero no te despertabas y estaba muy preocupada. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —dijo Elena atontadamente—. Lo último que recuerdo es estar en un banco. Creo que quedé atrapada por una especie de niebla mística.

—¡Yo también! —exclamó Bonnie—. No la parte del banco sino la parte de la niebla. Estaba en mi habitación en la pensión y esa extraña niebla me atrapó. —Se estremeció dramáticamente—. No me podía mover en absoluto y estaba muy fría. —De repente sus ojos se ampliaron con culpa—. Estaba haciendo un hechizo cuando sucedió y algo vino detrás de mí y me dijo cosas feas.

Elena se estremeció. —Yo también escuché una voz.

—¿Crees que yo... desaté algo? ¿Cuándo estaba haciendo el hechizo? He estado preocupándome de que, quizá, podría haberlo hecho accidentalmente. —La cara de Bonnie estaba blanca.

—No es tu culpa. —Le aseguró Elena—. Nosotros creemos que fue el fantasma, la cosa que está causando los accidentes, que robó tu espíritu para poder usar tu poder para él. Y ahora me ha cogido a mí, supongo.

Rápidamente le contó a Bonnie sobre el fantasma, luego se empujó hacia arriba sobre sus codos y miró alrededor por primera vez. —No puedo creer que estemos aquí de nuevo.

—¿Dónde? —preguntó Bonnie ansiosamente—. ¿Dónde estamos?

Era mediodía y un soleado cielo azul se extendía brillante sobre sus cabezas. Elena estaba bastante segura de que siempre era mediodía aquí. Sin duda lo había sido la última vez que había estado aquí. Estaban en un ancho, largo campo que parecía continuar indefinidamente. Tan lejos como Elena podía ver, había altos arbustos creciendo, rosales con perfectas y aterciopeladas flores negras. Rosas medianoche. Rosas generosamente mágicas crecidas mediante hechizos de propiedad que sólo los kitsune podían revestir. Un kitsune había enviado a Stefan una de esas rosas una vez, con un hechizo para convertirlo en humano, pero Damon la había interceptado accidentalmente, para disgusto de ambos hermanos.

—Estamos en el campo de rosas mágicas de los kitsune, en el que desemboca la Puerta de los Siete Tesoros. —Le contó a Bonnie.

—Oh —dijo Bonnie. Pensó por un momento y luego preguntó con una expresión de impotencia—. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Es el fantasma un kitsune?

—No lo creo —respondió Elena—. Tal vez es sólo un lugar conveniente para escondernos.

Elena tomó una respiración profunda. Bonnie era una buena persona con la que estar en una crisis. No buena en la manera en la que lo era Meredith, la manera en la que lo era Meredith era la manera de planificar y conseguir hacer las cosas, pero buena en que Bonnie miraba a Elena confiadamente con grandes, inocentes ojos y formulando preguntas, confiando que Elena conociera las respuestas. Y Elena se sintió inmediatamente competente y protectora, como si pudiera enfrentar cualquier situación en la que estuvieran envueltas. Como ahora. Con Bonnie dependiendo de ella, la mente de Elena estaba trabajando más claramente de lo que lo había hecho por días. En cualquier momento se le ocurriría un plan para

salir de aquí. En cualquier momento, estaba segura.

Los pequeños y fríos dedos de Bonnie se abrieron camino en la mano de Elena. —Elena, ¿estamos muertas? —preguntó en una diminuta, temblorosa voz.

¿Estamos muertas? Se preguntó Elena. No lo creía. Bonnie había estado viva

después de que el fantasma se la llevara, pero era imposible despertarla. Era más probable que sus espíritus hubieran viajado hasta aquí en el plano astral y sus cuerpos estuvieran de vuelta en Fell`s Church.

—¿Elena? —repitió Bonnie ansiosamente—. ¿Crees que estamos muertas?

Elena abrió su boca para responder cuando un ruido de pisotones la interrumpió. Los rosales cercanos comenzaron a agitarse violentamente, y se oyó un gran estruendo que parecía venir de todas direcciones a la vez. El chasquido de las ramas era ensordecedor, como si algo grande estuviera empujando su camino a través de los helechos. Alrededor de ellas, espinosas ramas de rosales azotaban a un lado y otro, a pesar de que no había viento. Ella gritó cuando una de las ramas agitadas le golpeó en el brazo, cortando su piel abierta.

Bonnie dejó escapar un gemido, y el corazón de Elena marcó un doble compás en su pecho. Se dio la vuelta, empujando a Bonnie detrás de ella. Apretó sus puños y se agachó, intentando recordar lo que Meredith le había enseñado sobre luchar y atacar. Pero cuando miró alrededor todo lo que pudo ver por millas eran rosas. Perfectas rosas negras.

Bonnie dio un pequeño gemido y se apretó aún más contra su espalda.

De repente Elena sintió un agudo, doloroso tirón rasgando a través de ella, como si algo estuviera siendo sacado lentamente pero con firmeza de su torso. Jadeó y se tambaleó, apretando sus manos en el estómago. Esto es él, pensó aturdidamente, sintiendo como si todos los huesos de su cuerpo fueran terreno de pulpa. Voy a morir.

Capítulo 28

Nadie respondió a la puerta de la casa de los Smallwood. El camino de entrada estaba vacío y la casa se veía desierta, las persianas retiradas.

—Quizá Caleb no está aquí —dijo Matt nerviosamente—. ¿Podría haber ido a otro lugar cuando salió del hospital?

—Puedo olerlo. Puedo oír su respiración —gruñó Stefan—. Está aquí, de acuerdo. Está escondido.

Matt nunca había visto a Stefan tan enojado. Sus normalmente calmados ojos verdes estaban brillantes con rabia, sus colmillos parecían extenderse involuntariamente, sus pequeñas puntas afiladas mostrándose cada vez que abría la boca. Stefan atrapó a Matt mirándolos y frunció el ceño, corriendo su lengua

conscientemente a través de sus caninos.

Matt echó una ojeada a Alaric, el que había estado creyendo que era la única otra persona normal en su grupo, pero Alaric estaba mirando a Stefan con lo que parecía claramente fascinación en vez de alarma. No totalmente normal, entonces, pensó Matt.

—Podemos entrar —dijo Meredith tranquilamente. Miró hacia Alaric—. Dime si viene alguien.

Él asintió con la cabeza y se posicionó para bloquear la vista de cualquiera que pasara caminando por la acera. Con fría eficiencia, Meredith encajó uno de los finales de su bastón de lucha en la rendija de la puerta y comenzó a abrirla.

La puerta estaba hecha de pesado roble, y claramente había dos cerraduras y una cadena en el interior, por lo que se mantuvo firme ante el apalancamiento de Meredith.

Meredith maldijo, luego murmuró: “Vamos, vamos”, redoblando sus esfuerzos. Las cerraduras y la cadena cedieron de repente bajo su fuerza, y la puerta se abrió de golpe, golpeando en la pared detrás de ella.

—Demasiado para una entrada silenciosa —dijo Stefan. Se movió inquieto hacia el umbral, mientras que ellos desfilaban ante él.

—Estás invitado —dijo Meredith, pero Stefan sacudió la cabeza.

—No puedo —dijo—. Sólo funciona si tú vives aquí.

Los labios de Meredith se apretaron, se volvió y corrió escaleras arriba. Hubo un breve grito de sorpresa y algunos golpes sordos. Alaric echó una mirada a Matt nerviosamente, y después subió las escaleras.

—¿Debemos ayudarla? —dijo.

Antes de que Matt pudiera responder, y estaba bastante seguro de que Meredith no era la que necesitaba ayuda, ella regresó, empujando a Caleb escaleras abajo delante de ella y torciendo una de sus manos firmemente tras su espalda.

—Invítale dentro —ordenó mientras que Caleb tropezaba con la parte inferior de las escaleras. Caleb sacudió la cabeza, y ella tiró de su mano más arriba de modo que él lanzó un grito de dolor.

—No —dijo él tercamente—. No puedes entrar. —Meredith lo empujó hacia Stefan, deteniéndolo justo en el umbral de la puerta de entrada.

—Mírame —dijo Stefan suavemente, y los ojos de Caleb volaron hacia él. Las pupilas de Stefan se ampliaron tragándose sus iris verdes en negro, y Caleb sacudió la cabeza frenéticamente, pero parecía incapaz de romper su mirada.

—Déjame. Entrar —ordenó Stefan.

—Entra, entonces —dijo Caleb sombríamente. Meredith lo liberó y sus ojos se despejaron. Se volvió y subió corriendo las escaleras.

Stefan explotó a través de la puerta como si fuera un tiro a través de una pistola y luego le siguió los pasos escaleras arriba. Sus sigilosos, suaves movimientos le recordaron a Matt a los de un depredador, los de un león o un tiburón. Matt se estremeció. A veces olvidaba cuan verdaderamente peligroso era Stefan.

—Será mejor que vaya con él —dijo Meredith—. No queremos que Stefan haga algo de lo que pueda arrepentirse. —Se detuvo—. No antes de que descubramos lo que necesitamos saber, de todos modos. Alaric, tú eres el que más sabe sobre magia, así que ven conmigo. Matt, mantén un ojo fuera y avísanos si los Smallwood llegan. — Ella y Alaric siguieron a Stefan escaleras arriba.

Matt esperó a que los gritos empezaran, pero se mantuvo un ominoso silencio arriba. Manteniendo un ojo en el camino de entrada a través de las ventanas delanteras, Matt merodeó a través de la sala de estar. Él y Tyler habían sido amigos una vez, o al menos solían juntarse de vez en cuando porque ambos eran jugadores de primera línea en el equipo de fútbol. Se habían conocido en la escuela primaria.

Tyler bebía demasiado, festejaba muy duro, era grosero y sexista con las chicas, pero había algo en él que Matt había disfrutado a veces. Era la forma en la que se abalanzaba en las cosas, si era lo que no tiene prohibido un quatterback[1] del equipo adversario o arrojando la fiesta más absolutamente loca que nadie había visto nunca. O el tiempo en que habían estado en séptimo grado y se había obsesionado con ganar al Street Fighter[2] en el PlayStation 2. Cada día que habían tenido Matt y el resto de los chicos, todos ellos pasando horas sentados en el suelo de la habitación de Tyler, comiendo patatas fritas, hablando basura y golpeando los botones del mando hasta que Tyler había descubierto la manera de ganar todas las peleas. Matt dejó escapar un suspiro y miró por la ventana otra vez.

Hubo un breve ruido sordo en el piso de arriba, y Matt se congeló. Silencio.

Cuando giró de vuelta hacia la sala de estar, Matt notó una foto en particular, entre la fila ordenada de marcos encima del piano. Cruzó y la recogió.

Debía haber sido el banquete de fútbol, el tercer año de la secundaria. En la imagen, el brazo de Matt estaba alrededor de Elena, con quién había estado

saliendo entonces, y ella estaba sonriendo hacia él. Junto a ellos estaba Tyler, de la mano con una chica cuyo nombre Matt no podía recordar. Alison, tal vez, o Alicia. Había sido mayor que ellos, una senior, y se había graduado ese año y dejado la ciudad. Todos estaban engalanados, él y Tyler en chaqueta y corbata, las chicas de vestidos de fiesta.

Elena llevaba uno blanco, engañosamente simple vestido, se veía tan hermosa que le había quitado la respiración a Matt.

Las cosas habían sido muy fáciles entonces. El quartebarck y la chica más guapa de la escuela. Ellos habían sido la pareja perfecta.

Luego Stefan llegó a la ciudad, le susurró una fría, mecánica voz, y lo destruyó todo.

Stefan, que había fingido ser amigo de Matt. Stefan, que había fingido ser un humano.

Stefan, que había perseguido a la novia de Matt, la única chica de la que Matt se había enamorado realmente. Probablemente, la única chica con la que se podría sentir alguna vez de esa manera. Claro, ellos habían roto justo antes de que Elena conociera a Stefan, pero Matt podría haber conseguido que volvieran, y no para él.

La boca de Matt se torció, y arrojó la foto al suelo. El vidrio se rompió, y la foto quedó allí, Matt, Elena, Tyler y la chica cuyo nombre no recordaba sonriendo inocentemente hacia el techo, sin darse cuenta de lo que se dirigía hacia ellos, por el caos que estallaría menos de un año después. Debido a Stefan.

Stefan. La cara de Matt estaba caliente con la ira. Había un zumbido en su cabeza. Stefan el traidor. Stefan el monstruo. Stefan que le había robado la chica a Matt.

Matt pisó deliberadamente la imagen y la pulverizó bajo su talón. El marco de madera se rompió. La sensación de los cristales rompiéndose bajo su pie era extrañamente satisfactoria.

Sin mirar atrás, Matt pisoteó por la sala de estar hacia las escaleras. Ya era hora de que él tratara con el monstruo que había arruinado su vida.

—¡Confiesa! —gruñó Stefan, haciendo su mejor esfuerzo para obligar a Caleb. Pero estaba demasiado débil y Caleb mantuvo su bloqueo mental. No había duda, este chico tenía acceso al Poder.

—No sé de qué estás hablando —dijo Caleb, presionando la espalda contra la pared como si pudiera excavar un túnel en ella. Sus ojos pasando nerviosamente de la cara de enojo de Stefan a Meredith, quien sostenía su bastón equilibrado entre sus manos, listo para atacar, y de nuevo a Stefan—. Si me dejas solo, no voy a ir a la policía. No quiero problemas.

Caleb se veía pálido y más pequeño de lo que Stefan recordaba. Había moretones en su cara, y uno de sus brazos estaba enyesado y apoyado en un cabestrillo. A pesar de todo, Stefan sintió una punzada de culpabilidad mientras lo miraba.

No es humano, se recordó.

Aunque... Caleb no parecía todo lo lobuno tampoco, para un hombre lobo. ¿No debería haber algo más de animal en él? Stefan no había conocido muchos hombres lobo, pero Tyler había tenido grandes dientes blancos y la agresión apenas reprimida.

Junto a él, Alaric parpadeó hacia el herido muchacho. Ladeando la cabeza y examinándolo, se hizo eco de los pensamientos de Stefan, preguntando con escepticismo: —¿Estás seguro de que es un hombre lobo?

—¿Un hombre lobo? —dijo Caleb—. ¿Estás loco?

Sin embargo, Stefan estaba observando cuidadosamente a Caleb, y vio un pequeño parpadeo en los ojos de Caleb. —Estás mintiendo —dijo Stefan fríamente, llegando con su mente una vez más, encontrando finalmente una grieta en la defensa de Caleb—. No crees que estamos locos. Sólo estás sorprendido de lo que sabemos acerca de ti.

Caleb suspiró. Su rostro estaba blanco y tenso, pero una determinada falsedad salía de ella mientras Stefan hablaba. Sus hombros se desplomaron y se apartó de la pared un poco, su cabeza colgada con cansancio.

Meredith se puso tensa, lista para saltar, a medida que él avanzaba. Se detuvo y levantó las manos. —No voy a intentar nada. Y no soy un hombre lobo. Pero, sí, sé que Tyler lo es, y supongo que tú sabes eso, también.

—Tú tienes el gen de hombre lobo —dijo Stefan—. Puedes fácilmente ser un hombre lobo, también.

Caleb se encogió de hombros y miró a Stefan directamente a los ojos. —Supongo. Pero no me sucedió a mí, sino que le sucedió a Tyler.

—¿Sucedió? —preguntó Meredith, alzando su voz con indignación—. ¿Sabes lo que hizo Tyler para ser un hombre lobo?

Caleb la miró con recelo. —¿Lo qué hizo? Tyler no hizo nada. La maldición de la familiar lo alcanzó, eso es todo. —Su rostro estaba ensombrecido y ansioso.

Stefan encontró su tono amable a su pesar. —Caleb, tienes que matar a alguien para

convertirte en un hombre lobo, incluso si eres portador del gen. A menos que seas mordido por un hombre lobo tú mismo. Hay ciertos rituales que deben llevarse a cabo. Rituales de sangre. Tyler asesinó a una chica inocente.

Las rodillas de Caleb parecían fallar, y se deslizó hasta el suelo con un golpe sordo. Parecía enfermo. —Tyler no haría eso —dijo, pero su voz era inestable—. Tyler fue como un hermano para mí después de que murieron mis padres. Él no podría matar a nadie. No te creo.

—Lo hizo —confirmó Meredith—. Tyler asesinó a Sue Carson. Negociamos para que volviera a la vida, pero eso no cambia el hecho de que la mató.

Su voz tenía el timbre inconfundible de la verdad, y toda la lucha parecía salir de Caleb. Se hundió más y apoyó la frente contra sus rodillas. —¿Qué quieren de mí?

Se veía tan delgado y arrugado que, a pesar de la urgencia de su misión, Stefan estaba distraído. —¿No eras más alto que ahora? —preguntó—. ¿Más grande? ¿Más... juntos? La última vez que te vi, quiero decir.

Caleb murmuró algo en sus rodillas, demasiado apagado y distorsionado, incluso para que un vampiro lo escuchara con claridad. —¿Qué? —preguntó Stefan.

Caleb miró hacia arriba, su cara manchada de lágrimas. —Era un glamur, ¿está bien? —dijo con amargura—, me hice ver mejor porque quería que Elena me quisiera. —Stefan pensó en el resplandeciente, sano rostro de Caleb, su altura, su culminante aureola de rizos dorados. No era extraño que pareciera sospechoso; el subconsciente de Stefan debe haber sabido de lo improbable que era que un ser humano común fuera igual que un arcángel. No era de extrañar que se sintiera mucho más ligero de lo que esperaba cuando lo lanzó a través del cementerio, pensó Stefan.

—Así que eres un usuario de magia, incluso si no eres un hombre lobo —dijo Meredith con rapidez.

Caleb se encogió de hombros. —Eso ya lo sabían —dijo—. Vi lo que le hicieron a mi cuarto de trabajo en el cobertizo. ¿Qué más quieren de mí?

Meredith dio un paso adelante a modo de advertencia, el bastón preparado, su mirada clara y despiadada, Caleb se estremeció lejos de ella. —Lo que queremos —dijo enunciando cada palabra con claridad—, es que nos digas cómo convocaste al fantasma, y cómo podemos deshacernos de él. Queremos a nuestros amigos de vuelta.

Caleb la miró fijamente. —Te juro que no sé de lo que me estás hablando.

Stefan rondaba a Caleb en su otro lado, manteniéndose fuera de equilibrio para que

los ojos del muchacho se sacudieran nerviosamente hacia atrás y adelante entre Stefan y Meredith.

A continuación, Stefan se detuvo. Podía ver que Caleb parecía genuinamente confundido. ¿Era posible que estuviera diciendo la verdad? Stefan se arrodilló para estar al nivel de los ojos de Caleb y trató con un tono más suave. —¿Caleb? —preguntó, agotando sus últimos restos de Poder para obligar al chico a hablar—. ¿Puedes contarnos qué tipo de magia hiciste? Algo con las rosas, ¿verdad? ¿Cuál fue el hechizo que hiciste?

Caleb tragó, su manzana de Adán moviéndose. —Tenía que averiguar lo que le sucedió a Tyler —dijo—. Por eso he venido aquí para el verano. Nadie parecía preocupado, pero yo sabía que Tyler no desaparecería así. Tyler había hablado sobre ustedes, todos ustedes, y Elena Gilbert. Tyler te odiaba, Stefan, y al principio le gustaba Elena, y después realmente la odiaba, también. Cuando llegué aquí, sin embargo, todos sabían que Elena Gilbert estaba muerta. Su familia estaba aún de luto. Y tú te habías ido, Stefan; habías dejado la ciudad. Traté de juntar las piezas de lo que había sucedido, había algunas historias extrañas, y después un montón de historias extrañas sucedieron en la ciudad. Violencia, y chicas volviéndose locas, y niños atacando a sus padres. Y luego, de repente, todo había terminado, simplemente se detuvo, y fue como si yo fuera el único que recordaba lo que había sucedido. Pero también recordaba un verano normal. Elena Gilbert había estado aquí todo el tiempo, y nadie pensaba nada al respecto, porque no se acordaban de su muerte. Sólo yo parecía tener dos juegos de memorias. La gente que yo había visto lastimarse. —Se estremeció ante el recuerdo—, o incluso muertos estaban bien otra vez. Sentí como si me estuviera volviendo loco.

Caleb empujó su lanudo pelo rubio oscuro atrás fuera de su rostro, frotó su nariz, y tomó aire. —Todo lo que estaba pasando, te conocí y Elena estaba en el centro de eso. Las diferencias entre los recuerdos me dijeron eso. Y me di cuenta de que debías estar conectado con la desaparición de Tyler, también. Ya sea que tú le hubieras hecho algo, o que supieras algo sobre lo que le había sucedido. Pensé que si podía examinar minuciosamente a ti a tus amigos, algo saldría. Una vez que estuvieran colocados entre sí, estaría en condiciones de trabajar a mi manera y encontrar lo que estaba pasando. Tal vez podría conseguir que Elena cayera para mí con un encanto, o una de las otras chicas. Yo simplemente tenía que saber —miró de uno a otro de ellos—. El hechizo de rosas se supone que te hace irracional, volviendo a uno contra el otro.

Alaric frunció el ceño. —¿Quieres decir que no convocaste algo?

Caleb negó con la cabeza. —Mira —dijo, tirando de un grueso volumen encuadernado en piel de debajo de su cama—. El hechizo que usé está aquí. Eso es todo lo que hice, para ser sincero.

Alaric tomó el libro y pasó las páginas hasta que encontró el hechizo correcto. Lo estudió, su frente arrugándose, y dijo: —Él está diciendo la verdad. No hay nada acerca de convocar un fantasma en este libro. Y el hechizo aquí se ajusta a lo que vimos en el taller de Caleb y de lo que he estado leyendo en sus cuadernos. Este hechizo de aumento es un hechizo de discordia de relativamente bajo nivel; haría todas las emociones negativas que sintiéramos: odio, ira, celos, miedo, tristeza, sólo un poco más fuertes, haciéndonos un poco más propensos a culparnos unos a otros por todo lo que salió mal.

—Pero cuando se combina con los poderes de cualquier fantasma que podría estar rondando por aquí, el hechizo se convertiría en un circuito de retroalimentación, al igual que la Sra. Flowers dijo que podría suceder, fortaleciendo nuestras emociones y haciendo al fantasma más poderoso —dijo Stefan lentamente.

—Celos —dijo Meredith pensativamente—. Sabes, odio admitirlo, pero yo estaba terriblemente celosa de Celia cuando estuvo aquí. —Eché un vistazo de disculpa a Alaric, que se acercó y tocó gentilmente su mano.

—Ella estaba celosa de ti, también —dijo Stefan de manera casual—. Yo podía sentirlo —suspiró—. Y yo me he sentido celoso también.

—¿Así que tal vez un fantasma celoso? —dijo Alaric—. Bien, eso nos dará más de una base para investigar hechizos de destierro. Aunque yo no he sentido celos en absoluto.

—Por supuesto que no —dijo Meredith a propósito—. Tú eres el que has tenido a dos chicas peleando por ti.

De repente, Stefan se sintió tan agotado que sus piernas temblaban. Necesitaba alimentarse, inmediatamente. Asintió con la cabeza torpemente a Caleb. —Lo siento... por lo que pasó.

Caleb lo miró. —Por favor cuéntame que le pasó a Tyler —imploró—. Tengo que saberlo. Te dejaré en paz si me dices la verdad, lo prometo.

Meredith y Stefan se miraron, y Stefan levantó las cejas levemente. —Tyler estaba vivo cuando salió de la ciudad el invierno pasado —dijo Meredith lentamente—. Eso es todo lo que sabemos de él, lo juro.

Caleb la miró durante un largo rato, y luego asintió. —Gracias —dijo simplemente.

Ella asintió con la cabeza hacia él secamente, como un general reconociendo las tropas, y encabezó el camino fuera de su habitación.

En ese momento, un ahogado, interrumpido grito vino de abajo, seguido por un

ruido sordo. Stefan y Alaric corrieron tras Meredith por las escaleras, casi chocando con ella cuando se detuvo repentinamente.

—¿Qué es? —preguntó Stefan. Meredith se hizo a un lado.

Matt estaba tendido boca abajo al pie de las escaleras, con los brazos abiertos como agarrándose a sí mismo. Meredith se acercó rápidamente el resto del camino escaleras abajo hacia él y le dio la vuelta con cuidado.

Tenía los ojos cerrados, su rostro pálido. Estaba respirando, lento pero constantemente. Meredith le tomó el pulso, y luego lo sacudió suavemente por el hombro. —¡Matt! —miró a Stefan y Alaric—. Igual que los demás —dijo sombríamente.— El fantasma se lo ha llevado.

Capítulo 29

No voy a morir, no otra vez, pensó Elena furiosamente mientras se retorció de dolor, la mordaza invisible sujetándola aún más abajo.

Bonnie cayó sobre la hierba, incluso más pálida que antes, agarrando su estómago en una imagen de espejo de Elena.

¡No puede atrapar!

Y entonces, tan repentinamente como había comenzado, cesó el ruido ensordecedor y el dolor aplastante se levantó. Elena se derrumbó en el suelo, el aire silbando de nuevo en sus pulmones. Esto terminó moliendo mis huesos para hacer pan, pensó Elena semi-histéricamente, y prácticamente soltó una risita.

Bonnie jadeó ruidosamente, dejando escapar un pequeño sollozo. —¿Qué fue eso? —preguntó Elena.

Bonnie sacudió la cabeza. —Se sentía como si algo se estuviera retirando de nosotras —dijo ella, jadeante—. Lo sentía antes, también, justo antes de que tu llegaras.

—Esa sensación de tracción. —Elena hizo una mueca, su mente girando—. —Creo que es el fantasma. Damon dice que lo quiere para drenar nuestra energía. Eso debe ser lo que hace.

Bonnie estaba mirando con la boca un poquito abierta. Su lengua rosada salió como una flecha y se lamió los labios. —¿Damon dice? —dijo. Frunció el ceño ansiosamente—. Damon está muerto, Elena.

—No, él está vivo. La esfera estelar lo trajo de vuelta después de que dejamos la luna oscura. Me enteré después de que el fantasma te tomó.

Bonnie hizo un ruidito, una especie de iEEP! que le recordó a Elena al de un conejo, de algo suave y pequeño y sorprendente. Toda la sangre se drenó fuera de su rostro, dejando sus generalmente débiles pecas vívidas contra el blanco de sus mejillas. Apretó las manos temblorosas en su boca, mirando fijamente a Elena con grandes

ojos oscuros.

—Escucha, Bonnie —dijo Elena con fiereza—. Nadie lo sabe todavía. Nadie más que tú y yo, Bonnie. Damon quería mantenerlo en secreto hasta que pudiera entender la manera correcta para regresar. Así que tenemos que guardar silencio al respecto.

Bonnie asintió con la cabeza, todavía boquiabierto. El color estaba corriendo de nuevo en sus mejillas, y parecía como si estuviera atrapada entre la alegría y la confusión total.

Echando un vistazo por encima del hombro, Elena notó que había algo en la hierba a los pies de un rosal más allá de Bonnie, algo inmóvil y negro. Un escalofrío la atravesó cuando recordó el cuerpo de Caleb, al pie del monumento en el cementerio.

—¿Qué es eso? —preguntó bruscamente. La expresión de Bonnie se volcó en confusión. Elena pasó junto a ella y caminó hacia él, entornando los ojos en la luz del sol.

Cuando llegó lo suficientemente cerca, Elena vio con asombro que era Matt, permaneciendo quieto y en silencio bajo el rosal. Un toque de pétalos negros se dispersaba a través de su pecho. A medida que se acercó a él, los ojos de Matt hicieron una mueca, ella pudo ver que se movían rápidamente hacia adelante y hacia atrás bajo los párpados, como si estuviera teniendo un sueño intenso, y luego se abrieron de golpe mientras tomaba un largo, ruidoso, trago de aire. Sus ojos azules se encontraron con los de ella.

—¡Elena! —dijo él jadeando. Se subió sobre sus codos y miró más allá de ella—. ¡Bonnie! ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? ¿Dónde estamos?

—El fantasma nos sorprendió, nos trajo al Inframundo, y nos está utilizando para hacerse más poderoso —dijo Elena brevemente—. ¿Cómo te sientes?

—Un poco sorprendido —bromeó Matt con una voz débil. Miró a su alrededor, y luego se lamió los labios nerviosamente—. Eh, ¿así que esto es el Inframundo? Es más agradable de lo que me imagine por vuestras descripciones. ¿No debería ser el cielo rojo? ¿Y dónde están todos los vampiros y los demonios? —miró a Elena y Bonnie severamente.

—¿Están diciéndome la verdad sobre lo que les ha pasado aquí, chicas? Porque este lugar parece muy bonito para una dimensión infernal, con todas las rosas y todo.

Elena lo miró fijamente. Es posible que demasiadas cosas extrañas les hubieran ocurrido.

Entonces se dio cuenta del indicio de pánico en el rostro de Matt. No estaba extrañamente sobre lo que estaba ocurriendo; estaba simplemente siendo valiente, silbando para mantener sus espíritus en este nuevo peligro.

—Bueno, queríamos impresionarte —bromeó con una sonrisa temblorosa, luego rápidamente se puso manos a la obra—. ¿Qué estaba pasando cuando estabas en casa? —preguntó.

—Um —dijo Matt—, Stefan y Meredith estaban interrogando a Caleb acerca de cómo convocó al fantasma.

—Caleb no es el responsable del fantasma —dijo Elena con firmeza—. Nos siguió a casa, cuando estábamos aquí antes. Tenemos que llegar a casa de inmediato para poder decirles que estamos tratando con uno de los originales. Será mucho más difícil para nosotros librarnos de él con un proceso ordinario.

Matt miró a Bonnie interrogante. —¿Cómo sabe ella esto?

—Bueno —dijo Bonnie, con un toque de la alegría de siempre que recibía un chisme —, aparentemente Damon se lo contó. ¡Él está vivo y ella lo vió!

Demasiado para mantener el secreto de Damon, Bonnie, pensó Elena, poniendo los ojos en blanco. Sin embargo, realmente no importaba si Matt lo sabía. Él no era a quien Damon quería mantener el secreto, y no era probable que fuera capaz de contárselo a Stefan en un futuro cercano.

Elena sintonizó las exclamaciones de asombro de Matt y las explicaciones de Bonnie mientras escudriñaba el área alrededor de ellos. Luz del sol. Rosales.

Rosales. Luz del sol. Hierba. Cielo azul claro. Todo igual, en todas direcciones. Donde quiera que mirara, perfectas flores de terciopelo negro asentían serenamente en un claro sol de mediodía. Los arbustos eran todos iguales, hasta el

número y las posiciones de las rosas en cada uno de ellos y las distancias entre ellos. Incluso los tallos de la hierba eran uniformes, todos deteniéndose a la misma altura. El sol no se había movido desde que había llegado.

Todo parecía como si debiera ser bonito y relajante, pero después de unos minutos la monotonía se convertía en enervante.

—Había una puerta. —Le dijo a Bonnie y a Matt—. Cuando estábamos buscando

este campo desde la Entrada de los Siete Tesoros. Había un camino desde allí, así que debe haber una manera de salir aquí. Sólo tenemos que encontrarla.

Habían empezado a encaramarse a sus pies cuando, sin previo aviso, el agudo tirante dolor golpeó de nuevo. Elena agarró su estómago. Bonnie perdió su equilibrio y cayó de nuevo a una posición de sentada en el suelo, sus ojos bien cerrados.

Matt dio una exclamación ahogada y jadeó. —¿Qué es eso?

Elena esperó a que el dolor se desvaneciera de nuevo antes de responderle. Sus rodillas estaban tambaleándose. Se sentía mareada y enferma. —Otra razón por la que necesitamos salir de aquí —dijo—. El fantasma está usándonos para aumentar su poder. Creo que nos necesita aquí para hacer eso. Y si no encontramos la puerta pronto, podríamos estar demasiado débiles para llegar a casa.

Miró a su alrededor una vez más, la uniformidad casi vertiginosa. Cada rosal estaba centrado en una pequeña cama circular de oscuro barro de aspecto rico. Entre estos círculos, la hierba del campo era suave y aterciopelada, como el jardín de una casa señorial inglesa o un campo de golf muy bueno.

—Está bien —dijo Elena, y tomo una profunda, relajante respiración—. Vamos extendiéndonos y buscando con cuidado. Nos quedaremos a unos diez pies de distancia el uno del otro e iremos de un extremo de este jardín de rosas a la otra, buscando. Miren a su alrededor cuidadosamente, cualquier cosa que sea diferente al resto del campo podría ser la pista que necesitamos para encontrar la salida.

—¿Vamos a buscar en todo el campo? —preguntó Bonnie, sonando consternada—. Es enorme.

—Haremos un poco cada vez —dijo Elena alentadoramente. Empezaron en una línea extendida, mirando fijamente hacia atrás y adelante, arriba y abajo. Al principio había sólo el silencio de la concentración enfocada mientras buscaban. No había señales de una puerta. Paso a paso a través del campo, nada cambió. Interminables filas de rosales idénticos se extendían en todas las direcciones, separados unos tres metros el uno del otro, suficiente espacio entre ellos para que una persona pasara con facilidad.

El eterno sol de mediodía caía a plomo incómodamente en la parte superior de sus cabezas, Elena se limpió una gota de sudor de su frente. El olor de las rosas colgaba pesadamente en el aire caliente, al principio Elena lo había encontrado agradable, pero ahora le parecía nauseabundo, como un perfume demasiado dulce. Los tallos perfectos de hierba se doblaban bajo sus pies, luego se levantaban de nuevo, no aplastados, como si ellos nunca hubieran pasado.

—Me gustaría que hubiera una brisa. —Se quejó Bonnie—. Pero no creo que el viento sople aquí jamás.

—Este campo debe terminar en algún momento —dijo Elena desesperadamente—. No puede simplemente continuar para siempre. —Había una sensación repugnante en la boca del estómago, sin embargo, que le sugería que tal vez podría continuar para siempre. Este no era su mundo, después de todo. Las reglas eran diferentes aquí.

—¿Dónde está Damon ahora? —preguntó Bonnie de repente. No estaba mirando a Elena. Estaba manteniendo el mismo ritmo constante, el mismo cuidado, mirada sistemática. Pero había una nota de tensión en su voz, y Elena rompió su propia búsqueda para mirarla rápidamente.

A continuación, una posible respuesta a la pregunta de Bonnie golpeó a Elena y se paró en seco. —¡Eso es! —dijo—. Bonnie, Matt, creo que Damon podría estar aquí. O no aquí, no en el jardín de rosas, pero en algún lugar en el Inframundo, en la Dimensión Oscura. —La miraron sin comprender.

—Damon estaba tratando de venir aquí para buscar el fantasma, —explicó Elena—. Pensaba que nos siguió a casa desde aquí cuando volvimos a nuestro propio mundo, así que aquí es probablemente donde empezaría a buscar su cuerpo físico. La última vez que lo vi, me dijo que pensaba que sería capaz de combatir mejor desde aquí, de dónde vino. Si él está aquí, a lo mejor nos puede ayudar a volver a

Fell's Church.

Damon, por favor si estás aquí en algún lugar. Por favor, ayúdanos, le rogó en silencio.

En ese momento, algo llamó su atención. Delante de ellos, entre dos rosales que parecían exactamente iguales que cualquiera de los otros rosales del jardín, había el más mínimo cambio, la más mínima distorsión. Se veía como la reverberación que a veces aparece sobre las carreteras más calientes, más aún en los días de verano, los rayos del sol rebotando en el asfalto.

No había asfalto aquí para irradiar de vuelta el calor del sol. Pero algo tenía que causar aquel brillo.

A menos que ella lo estuviera imaginando. ¿Estarían sus ojos jugando una mala pasada, mostrándole un espejismo entre los rosales?

—¿Ven eso? —preguntó a los demás—. ¿Allí, justo un poco a la derecha?

Se detuvieron y miraron con atención.

—¿Tal vez? —dijo Bonnie vacilante.

—Creo que sí —dijo Matt—. Como aire caliente que sube, ¿verdad?

—Correcto —dijo Elena. Frunció el ceño, estimando la distancia. Tal vez quince pies—. Debemos tomarlo en una carrera —dijo—. En caso de que tengamos problemas para llegar. Es posible que haya algún tipo de barrera que tengamos que romper para salir. No creo que dudar nos ayude.

—Vamos a cogernos de las manos —sugirió Bonnie nerviosamente—. No quiero perderlos, chicos.

Elena no apartó los ojos del brillo en el aire. Si lo perdiera, nunca lo encontraría de nuevo, no con la uniformidad de todo aquí. Una vez que se dieran la vuelta, nunca serían capaces de distinguir este lugar de cualquier otro.

Los tres se cogieron de las manos, mirando a la pequeña distorsión que esperaban

que fuera una puerta. Bonnie estaba en el medio y se aferró a la mano de Elena con sus delgados, cálidos dedos.

—Un, dos, tres, ya —dijo Bonnie, y luego estaban corriendo. Tropezaron en la hierba, tejiéndose entre los rosales. El espacio entre los arbustos era apenas suficiente para tres corriendo uno al lado del otro, y una rama espinosa se atrapó en el cabello de Elena. No podía soltar a Bonnie y no podía parar, así que sólo tiró la cabeza hacia adelante a pesar de dolorosos tirones en su pelo y siguió corriendo, dejando un mechón de pelo colgado de un arbusto tras ella.

A continuación estaban en el brillo entre los arbustos. De cerca, era aún más difícil de ver, y Elena dudó que se encontraran en el lugar correcto excepto por el cambio en la temperatura. Podría haber parecido una reverberación desde la distancia, pero estaba tan frío y vigorizante como un lago de montaña, a pesar de la calidez del sol justo por encima de ellos.

—¡No se detengan! —gritó Elena. Y se hundieron en el frío.

En un instante, todo se volvió negro, como si alguien hubiera apagado el sol.

Elena se sintió caer, y se aferró desesperadamente a la mano de Bonnie.

¡Damon! Lloró en silencio. ¡Ayúdame!

Capítulo 30

Stefan condujo como un loco todo el camino de regreso a la pensión. —No puedo creer que me olvidara de decirle que su nombre había sido llamado —dijo por lo que parecía ser la centésima vez—. No puedo creer que lo dejáramos solo.

—Cálmate —dijo Meredith, tratando de mantener el cuerpo dormido de Matt constante en el asiento de atrás mientras Stefan daba la vuelta en una esquina, los neumáticos chirriando—. Vas demasiado rápido.

—Estamos en un apuro —gruñó Stefan, tirando con fuerza el volante para girar bruscamente a la derecha. Alaric se dio la vuelta en el asiento del acompañante y le dio a Meredith una mirada llena de pánico cuando Stefan evitó por poco un camión de basura. Ella suspiró. Sabía que él estaba tratando de compensar su error, por no decirles inmediatamente que el nombre de Matt había aparecido en la tienda de hierbas, pero matarlos a todos en una carrera para llegar a casa no era exactamente la solución. Por otra parte, aunque probablemente habrían hecho las cosas de manera diferente si lo hubieran sabido, no podrían haber cambiado el resultado para Matt. No era como si sus precauciones hubieran salvado a Bonnie o a Elena.

—Por lo menos tienes reflejos de vampiro —dijo, más para tranquilizar a Alaric que por cualquier particular confianza en la capacidad de conducción de Stefan.

Había insistido en ser la que fuera sentada en la parte trasera con Matt, y ahora volvió su atención a él. Puso una mano sobre su pecho para que no se cayera al suelo cuando el choche se sacudió y se desvió.

Estaba demasiado quieto. Ninguna de las contracciones y movimientos de ojos que por lo general venían con el sueño, sólo el constante y superficial ascenso y caída de su respiración. Ni siquiera estaba roncando. Y ella sabía por los viajes al campo ya en sexto grado que Matt roncaba como una sierra circular. Siempre.

Meredith nunca lloraba. Ni siquiera cuando ocurría lo peor. Y no iba a empezar ahora, no cuando sus amigos necesitaban su calma y su concentración para tratar de encontrar la manera de salvarlos. Pero si hubiera sido el tipo de chica que lloraba, en lugar del tipo de chica que proponía estrategias, habría estado sollozando. E incluso ahora, el aliento atrapaba su garganta un poco de dolorosamente, hasta que se disciplinó a sí misma en una calma impasible.

Ella era la única que quedaba. De los cuatro viejos amigos que habían experimentado la escuela, los veranos y la adolescencia y todos los horrores que el mundo sobrenatural podía arrojarles, ella era la única que el fantasma no había capturado. Todavía.

Meredith apretó los dientes y mantuvo estable a Matt.

Stefan se detuvo y estacionó frente a la pensión, habiendo de alguna manera

evitado causar daño a otros vehículos o peatones a lo largo del camino. Alaric y Meredith comenzaron a hacer avanzar lentamente a Matt con cuidado fuera del

coche, enlazando los brazos de él alrededor de sus cuellos y poco a poco desplazándolo fuera en una posición medio erguida. Pero Stefan simplemente agarró a Matt lejos de ellos y lo arrojó por encima de su hombro.

—Vamos —dijo, y se alejó hacia la casa de huéspedes, fácilmente equilibrando el cuerpo inconsciente de Matt con una sola mano, sin mirar atrás.

—Se ha convertido en una especie de tipo raro —comentó Alaric, mirando a Stefan alerta. El sol captó la barba en el mentón sin afeitar de Alaric y esta brilló con un toque de oro. Él se volvió hacia Meredith y le dio una triste, irresistible sonrisa—. Una vez más en la brecha... —dijo.

Meredith cogió su mano, cálida y sólida en la de ella. —Vamos —dijo.

Una vez en la pensión, Stefan pisó fuertemente yendo derecho al piso de arriba para depositar a Matt con los otros cuerpos, los otros durmientes, se recordó Meredith a sí misma ferozmente.

Meredith y Alaric, de la mano, giraron hacia la cocina. Mientras abría la puerta, Meredith escuchó la voz de la Sra. Flowers.

—Muy útil en verdad, querida. —Estaba diciendo, una cálida nota de aprobación en su voz—. Lo has hecho muy bien. Estoy muy agradecida.

Meredith abrió. En la mesa de la cocina con la Sra. Flowers, fresca, tranquila y bonita en un vestido de lino azul, se sentaba la Dra. Celia Conner, bebiendo té.

—Hola, Alaric. Hola, Meredith —dijo Celia. Sus oscuros ojos aburridos fríamente en los de Meredith.

—Nunca creerán lo que he encontrado.

—¿Qué? —dijo Alaric con entusiasmo, dejando ir la mano de Meredith. Su corazón dio un vuelco.

Celia metió la mano en un bolso de mano sentado en su silla y sacó un grueso libro encuadernado en irregular cuero marrón. Ella sonrió triunfante y anunció: —Es un libro sobre fantasmas. El Dr. Beltram terminó enviándome a Dalcrest College,

donde actualmente tienen una colección muy completa de textos sobre lo paranormal.

—Sugiero que vayamos al cuarto de estar —dijo la Sra. Flowers—, donde podamos

estar cómodos, y examinar su contenido juntos.

Se trasladaron al cuarto de estar, pero Stefan, cuando se unió a ellos, no parecía más cómodo.

—Diferentes tipos de fantasmas —dijo, tomando el libro de Celia y volteando rápidamente las páginas—. La historia de fantasmas en nuestra dimensión. ¿Por qué no tiene esta cosa un índice?

Celia se encogió de hombros. —Es muy antiguo y raro —dijo—. Fue difícil de encontrar, y es el único libro sobre el tema que probablemente seamos capaces de conseguir, tal vez el único que existe, por lo que vamos a tener que excusar ese tipo de cosas. Estos textos más antiguos, los autores querían que lo leyéramos directamente a través de ellos y realmente aprendamos sobre su tema, para entender lo que querían decir, no sólo para encontrar la página que necesitamos de inmediato. Puedes tratar de buscar cerca del final, sin embargo.

Alaric estaba mirando el azote de Stefan a través de las páginas con una expresión de dolor. —Es un libro raro, Stefan —dijo—. Por favor, ten más cuidado con él. ¿Quieres que lo mire yo? Estoy acostumbrado a encontrar lo que necesito en este tipo de libros.

Stefan gruñó, literalmente le gruñó, y Meredith sintió los pelos a lo largo de la parte posterior de su cuello elevarse. —Voy a hacerlo yo mismo, profesor. Estoy en un apuro.

Miró abajo hacia el texto. —¿Por qué tiene que estar en una impresión tan adornada? —Se quejó—. No me digas que porque es viejo. Soy más viejo que él, y apenas puedo leerlo. Huh. “Los fantasmas que se alimentan como vampiros en una opción de sensibilidad, ya sea la culpa o desesperación, o rencor; o la lujuria de víveres, el extraño demonio, o la mujer caída. Cuanto más fuerte sea la sensibilidad, peor será el resultado del fantasma creado”. Creo que podríamos habernos dado cuenta de eso nosotros mismos.

La Sra. Flowers se encontraba un poco alejada del resto del grupo, los ojos fijos en el vacío, murmurando aparentemente para sí misma mientras se comunicaba con su madre.

—Lo sé —dijo—. Se lo diré. —Sus ojos se centraron en los otros mientras ellos estaban alrededor de Stefan, mirando por encima de sus hombros—. Mamá dice que el tiempo se está acabando —advirtió.

Stefan se puso en pie y estalló. —Sé que se está acabando el tiempo —rugió, igualándose con el rostro sorprendido de la Sra. Flowers—. ¿Puede su madre decirnos algo útil por una vez?

La Sra. Flowers se tambaleó lejos de él, llegando a estabilizarse en la parte posterior de una silla. Su rostro estaba blanco, y de pronto parecía más vieja y más frágil que nunca.

Los ojos de Stefan se abrieron como platos, su color oscurecido en un verde de mar tormentoso, y tendió sus manos, su cara horrorizada. —Lo siento —dijo—. Sra. Flowers, lo siento. No tenía la intención de asustarla. No sé qué me pasó... Estoy muy preocupado por Elena y los otros.

—Lo sé, Stefan —dijo la Sra. Flowers gravemente. Había recuperado su equilibrio y se veía más fuerte, tranquila y sabia de nuevo—. Vamos a traerlos de vuelta, ya sabes. Debes tener fe. Mamá lo hace.

Stefan se sentó, volviendo al libro, sus labios apretados en una línea recta.

Su piel hormigueando con aprehensión, Meredith se apoderó de su bastón con más fuerza mientras lo observaba. Cuando le había revelado a los demás que los miembros de su familia eran hereditariamente cazadores de vampiros y que ahora era su turno tomar el servicio, le había dicho a Elena y a Stefan que ella nunca se volvería contra Stefan, que entendía que él no era como los otros, vampiros malos, que él era bueno: inofensivo y benigno para los humanos.

No había hecho tales promesas sobre Damon, y Elena y Stefan no se lo habían pedido. Todos ellos compartían un entendimiento tácito de que Damon no podía ser caracterizado como inofensivo, ni siquiera cuando a regañadientes había trabajado con ellos, y que Meredith necesitaba mantener sus opciones abiertas

cuando se trataba de él.

Pero Stefan... ella nunca había pensado que esto pasaría, pero ahora Meredith estaba preocupada de que algún día podría no ser capaz de mantener su promesa sobre Stefan. Nunca lo había visto actuar de la manera que lo había hecho últimamente: irracional, furioso, imprevisible, violento. Sabía que su comportamiento estaba probablemente causado por el fantasma, pero ¿estaba Stefan siendo demasiado peligroso? ¿Podría ella matarlo si tuviera que hacerlo? Él era su amigo.

El corazón de Meredith estaba corriendo. Se dio cuenta de que sus nudillos se habían blanqueado contra su bastón de lucha, y le dolía la mano. Sí, se dio cuenta, que lucharía contra Stefan y trataría de matarlo, si tenía que hacerlo. Es cierto que él era su amigo, pero su deber era lo primero.

Tomó una respiración profunda y conscientemente relajó sus manos. Mantén la calma, se dirigió a sí misma. Respira. Stefan se estaba manteniendo más o menos bajo control. No era una decisión que tuviera que hacer. Todavía no, de todos modos.

Unos minutos más tarde, Stefan dejó de pasar las páginas. —Aquí —dijo—. Creo que es esto. —Le entregó el libro a la Sra. Flowers.

Ella recorrió la página rápidamente y asintió con la cabeza. —Esto parece como el ritual justo —dijo seriamente—. Debo tener todo lo necesario para llevarlo a cabo aquí en la casa.

Alaric alcanzó el libro. Leyó el hechizo, también, con el ceño fruncido. —¿Tiene que ser un hechizo de sangre? —preguntó a la Sra. Flowers—. Si fracasa, el fantasma podría ser capaz de volverse contra nosotros.

—Me temo que va a tener que ser un hechizo de sangre —respondió la Sra. Flowers—. Necesitamos más tiempo para experimentar para cambiar el hechizo, y tiempo es lo único que no tenemos. Si el fantasma es capaz de utilizar a sus cautivos de la manera que pensamos que puede, sólo va a conseguir más poder.

Alaric empezó a hablar de nuevo, pero fue interrumpido.

—Espera —dijo Celia, una nota un poco estridente en su voz habitualmente ronca—. ¿Un hechizo de sangre? ¿Qué significa eso? Yo no quiero involucrarme en nada —buscó una palabra—, desagradable.

Ella buscó el libro, pero Stefan cerró su mano sobre él. —Desagradable o no, esto es lo que estamos haciendo —dijo en voz baja, pero con una voz tan dura como el acero—. Y tú eres parte de esto. Es demasiado tarde para echarse atrás. No te dejaré.

Celia dio un estremecimiento convulsivo y se encogió en su silla. —No te atrevas a amenazarme —dijo con voz temblorosa.

—Todo el mundo cálmense —dijo Meredith bruscamente—. Celia, nadie va a obligarte a hacer nada a menos que estés de acuerdo. Yo te protegeré si es necesario. —Sus ojos volaron rápidamente a Alaric, que estaba mirando hacia atrás y adelante entre ellos, con cara de preocupación—. Pero necesitamos tu ayuda. Por favor. Tú puedes que nos salvaras a todos por encontrar el hechizo, y estamos agradecidos, pero Stefan tiene razón, eres parte de esto, también. No sé si va a funcionar sin ti. —Ella dudó un instante—. O, si lo hace, podría dejarte a ti como único objetivo del fantasma —añadió astutamente.

Celia se estremeció de nuevo y se abrazó a sí misma. —No soy una cobarde —dijo rotundamente—. Soy una científica y este... misticismo irracional me preocupa. Pero me apunto. Ayudaré en todo lo que pueda.

Meredith, por primera vez, sintió un destello de compasión por ella. Entendía lo

difícil que debía ser para Celia seguir pensando en sí misma como una persona lógica, mientras que los límites de lo que siempre había aceptado como realidad se derrumbaban a su alrededor.

—Gracias, Celia. —Meredith miró a su alrededor a los demás—. Tenemos el ritual. Tenemos los ingredientes. Sólo tenemos que reunir todo y empezar a lanzar el hechizo. ¿Estamos listos?

Todo el mundo se enderezó, sus rostros tomando expresiones de rigurosa voluntad. Tan terrible como esto era, era bueno tener finalmente un propósito y un plan.

Stefan respiró profundamente y visiblemente se agarró a sí mismo, relajando los

hombros y la postura estableciéndose en algo menos depredador. —Está bien, Meredith —dijo. Sus ojos tormentosamente verdes encontrándose con los fríos y grises de ella, en perfecto acuerdo—. Vamos a hacer esto.

Capítulo 31

Sabiendo que no podía realizar el ritual con el estómago vacío, Stefan persiguió varias ardillas en el jardín trasero de la Sra. Flowers, luego regresó al garaje de la pensión. Meredith había estacionado el antiguo Ford de la Sra. Flowers fuera, y había espacio más que suficiente para establecer todo lo que necesitaban para el ritual de destierro.

Stefan inclinó su cabeza hacia un deslizante ruido en las sobras e identificó los rápidos latidos del corazón de un pequeño ratón. El ambiente podía no ser confortable, pero la amplitud de la habitación y el suelo de cemento decía que sería un excelente lugar para hacer el hechizo.

—Dame la cinta de medir, por favor —dijo Alaric desde su posición tendido en medio del suelo del garaje—. Tengo que conseguir esta línea con la longitud justa. —La Sra. Flowers había desenterrado una caja de tizas de colores desde algún lugar de la pensión, y Alaric tenía el libro entreabierto y estaba cuidadosamente copiando los círculos, símbolos arcanos, parábolas y elipses de sus páginas en el liso cemento.

Stefan le dio la herramienta y lo miró mientras cuidadosamente medía desde el círculo más interno de una fila de extrañas runas cerca del exterior de su dibujo. —Es importante que todo sea preciso —dijo Alaric, frunciendo el ceño y chequeando los extremos de la cinta de medir—. El más pequeño error podría conducirnos accidentalmente estableciendo esta cosa puesta en libertad en Fell`s Church.

—¿Pero no está libre ya? —preguntó Stefan.

—No —explicó Alaric—. Este ritual permite que el fantasma aparezca en su forma corporal, lo cual es mucho más poderoso que lo insustancial que es ahora.

—Entonces es mejor que lo hagas bien —coincidió Stefan sombríamente.

—Si todo va según lo previsto, el fantasma se verá atrapado en el círculo más interno —dijo Alaric, señalando—. Nosotros estaremos en el borde exterior, sobre las últimas runas. Debemos estar seguros ahí —miró hacia arriba y dio una sonrisa triste a Stefan—. Espero. Me temo que nunca he hecho ningún tipo de convocatoria en la vida real antes, aunque he leído mucho sobre ello.

Estupendo, pensó Stefan, pero devolvió la sonrisa de Alaric sin comentarios. El hombre estaba haciendo lo mejor que podía. Todo lo que podían hacer era esperar que fuera lo suficiente para salvar a Elena y los demás.

Meredith y la Sra. Flowers entraron en el garaje, cada una con una bolsa de plástico. Celia se arrastró detrás de ellas.

—El agua bendita —dijo Meredith, levantando un rociador de plantas de su bolsa para mostrárselo.

—No funciona en los vampiros —recordó Stefan.

—No estamos convocando a un vampiro —respondió ella, y se fue para humedecer los espacios exteriores en la figura, con cuidado de no alterar las líneas de tiza.

Alaric se levantó y echó a andar muy cautelosamente saltando fuera del gran diagrama de colores, sujetando el libro en una mano. —Creo que estamos listos —dijo.

La Sra. Flowers miró a Stefan. —Necesitamos a los demás —dijo—. Todos los afectados por los poderes del fantasma tiene que estar aquí.

—Te ayudaré a transportarlos abajo —ofreció Alaric.

—No es necesario —dijo Stefan, y se dirigió al piso de arriba solo. De pie al lado de la cama en el pequeño dormitorio rosa y crema, miró a Elena, Matt y Bonnie. Ninguno de ellos se había movido desde que había puesto a Matt allí.

Suspiró y reunió a Elena en sus brazos en primer lugar. Después de un momento, cogió también su almohada y una manta. Por lo menos podía tratar de hacérselo más cómodo.

Unos minutos más tarde los tres durmientes estaban acostados en la parte delantera del garaje, adecuadamente fuera del diagrama, sus cabezas apoyadas sobre almohadas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stefan.

—Ahora cada uno de nosotros elegiremos una vela —dijo la Sra. Flowers, abriendo la bolsa de plástico—. Una que sientas que te representa en el color. Según el libro, deben ser sumergidas a mano y perfumadas especialmente, pero esto tendrán que hacerlo solos. Yo no voy a escoger una —dijo la Sra. Flowers, entregándole la bolsa a Stefan—. El fantasma no ha enfocado sus poderes en mí, y yo no recuerdo haber estado celosa de nadie desde 1943.

—¿Qué ocurrió en 1943? —preguntó Meredith curiosamente.

—Perdí la corona de Pequeña Miss Fell`'s Church contra Nancy Sue Baker —respondió la Sra. Flowers. Cuando Meredith la miró boquiabierta, echó las manos en el aire—. Aunque yo era una niña una vez, ya sabes. Estaba sorprendentemente adorable, con rizos de Shirley Temple, y a mi madre le gustaba vestirme de volantes y mostrarme fuera.

Poniendo la asombrosa imagen de la Sra. Flowers con rizos de Shirley Temple fuera de su mente, Stefan se asomó a través de la variedad de velas y optó por una de color azul oscuro. Parecía correcta para él de alguna manera. —Necesitamos velas para los demás, también —dijo. Con cuidado, eligió una de oro para Elena y una rosa para Bonnie.

—¿Estás yendo sólo por los colores de su pelo? —preguntó Meredith—. Eres de ese tipo de chicos.

—Sabes que estos son los colores adecuados para ellas, sin embargo —sostuvo Stefan—. Además el pelo de Bonnie es rojo, no rosa.

Meredith asintió a regañadientes. —Supongo que tienes razón. Blanco para Matt, sin embargo.

—¿En serio? —preguntó Stefan. No sabía cual elegir para Matt. Una con la bandera americana estampada, tal vez, si la hubiera tenido.

—Él es la persona más pura que conozco —dijo Meredith en voz baja. Alaric levantó una ceja y ella le dio un codazo—. Puro de espíritu, quiero decir. Lo que se ve es lo que hay con Matt, y él es bueno y sincero hasta el final.

—Supongo que sí —dijo Stefan, y miró sin hacer comentarios como Meredith eligió una vela de color marrón oscuro para ella.

Alaric barajó a través de la bolsa y cogió una vela de color verde oscuro, y Celia seleccionó una de lavanda pálido. La Sra. Flowers tomó la bolsa con las velas restantes y la guardó en un estante alto, cerca de la puerta del garaje, entre una bolsa de tierra para macetas y lo que parecía una antigua linterna de keroseno.

Todos se sentaron en el suelo del garaje en un semicírculo, fuera del diagrama, mirando hacia el círculo interior vacío, sosteniendo sus velas apagadas. Los durmientes detrás de ellos, Meredith sostenía la vela de Bonnie en su regazo, así como la suya propia; Stefan tomó la de Elena, y Alaric la de Matt.

Meredith sacó una pequeña navaja de su bolso, se cortó un dedo, y rápidamente, el asunto con total naturalidad, untó una raya de sangre desde la parte superior hasta la parte inferior de su vela marrón, luego pasó la navaja a Alaric, junto con una pequeña botella de desinfectante. Uno por uno, los demás siguieron su ejemplo.

—Esto es realmente insalubre —dijo Celia, haciendo una mueca de dolor, pero siguió adelante.

Stefan era muy consciente del olor de la sangre humana en un espacio tan cerrado. A pesar de que acababa de comer, sus caninos picaban en una respuesta automática.

Meredith recogió las velas y se dirigió a sus amigos durmientes, cruzando de uno a otro, levantando sus manos para hacer un corte rápido y limpiar la sangre contra sus velas. Ninguno de ellos ni siquiera se inmutó. Cuando hubo terminado, Meredith redistribuyó las velas de los durmientes y volvió a su lugar.

Alaric empezó a leer, en latín, las primeras palabras del hechizo. Después de un par de frases, dudó en una palabra y Stefan silenciosamente cogió el grimorio.

Suavemente empezó donde Alaric lo había dejado. Las palabras fluían en su boca, la sensación del latín en sus labios le recordaba las horas dedicadas a su tutor de la infancia hace cientos de años, y de un período en que vivió en un monasterio en Inglaterra durante los primeros días de su lucha con el vampirismo.

Cuando llegó el momento, chasqueó los dedos, y, con un toque de Poder, su vela se encendió. Se la entregó a Meredith, quien goteó un poco de la cera derretida en el suelo del garaje en el borde del diagrama y pegó la vela allí. Una por una, en los puntos apropiados del ritual, él encendía una vela y ella la colocaba, hasta que hubo una pequeña fila de velas multicolores ardiendo valientemente entre ellos y las líneas de tiza del diagrama.

Stefan continuó leyendo. De repente, las páginas del libro comenzaron a revolotear. Un viento frío, no natural se elevó en el interior del garaje cerrado, las llamas de las velas parpadearon salvajemente y luego se apagaron. Dos velas cayeron. El pelo largo de Meredith giró en su cara.

—Esto no se suponía que ocurriera —gritó Alaric.

Pero Stefan sólo entornó los ojos contra el viento y siguió leyendo.

La oscuridad total y la desagradable sensación de caída duró sólo un momento, luego Elena aterrizó de manera chocante sobre ambos pies y se tambaleó hacia adelante, apretando las manos de Matt y Bonnie.

Estaban en una habitación octogonal oscura llena de puertas. Una sola de mobiliario se sentaba en el centro. Detrás de la solitaria mesa descansaba un curtido, hermoso, increíblemente musculoso, vampiro con el torso desnudo y con una larga, vertiginosa melena de cabello bronce cayendo más allá de sus hombros.

Al instante Elena supo dónde estaba.

—Estamos aquí —jadeó—. ¡El Salón de la Entrada!

Sage se puso en pie al otro lado de la mesa, su cara casi cómicamente sorprendida.

—¿Elena? —exclamó—. ¿Bonnie? ¿Matt? ¿Qué está pasando? ¿Qu'est-ce qui arrive?

Por lo general, Elena se habría aliviado al ver a Sage, quien siempre había sido amable y servicial con ella, pero ella tenía que llegar a Damon. Ella sabía dónde estaba. Casi podía oírlo llamándola.

Cruzó la habitación vacía, con apenas una mirada al sorprendido portero, tirando de Matt y Bonnie junto a ella.

—Lo siento, Sage —dijo mientras llegaba a la puerta que quería—. Tenemos que encontrar a Damon.

—¿Damon? —dijo—. ¿Está de vuelta otra vez? —Y luego ellos pasaron a través, haciendo caso omiso de los gritos de “¡Stop[2]! ¡Arretez-vous[3]!” de Sage.

La puerta se cerró detrás de ellos, y se encontraron en un paisaje de cenizas. Nada crecía allí, y no había puntos de referencia. Fuertes vientos habían soplado las finas cenizas negras cambiando colinas y valles. Mientras observaban, una fuerte ráfaga atrapó la ligera capa superior de ceniza y lo envió volando en una nube que pronto se acomodó en nuevas formas. Por debajo de la ligera ceniza, podían ver los pantanos de mojada, fangosa ceniza. Cerca de allí había una piscina de cenizas ahogadas en lo que seguía siendo agua. Nada más que ceniza y lodo, con excepción de una poca madera ennegrecida y quemada ocasional.

Por encima de ellos estaba un cielo crepuscular en el cual colgaba un enorme planeta y dos grandes lunas, una girando blanco azulada, y la otra plateada.

—¿Dónde estamos? —dijo Matt, quedándose con la boca abierta hacia el cielo.

—Una vez este era un mundo, una luna, técnicamente, que estaba bajo la sombra de un árbol enorme —dijo Elena, caminando con paso firme—. Hasta que lo destruí. Aquí es donde Damon murió.

Sintió más que vio a Matt y Bonnie intercambiando una mirada. —Pero, eh, luego regresó, ¿verdad? Tu lo viste en Fell's Church la otra noche, ¿no? —dijo Matt vacilante—. ¿Por qué estamos aquí?

—Sé que Damon está cerca —dijo Elena impacientemente—. Puedo sentirlo. Ha venido de nuevo aquí. Tal vez es aquí donde comenzó su búsqueda del fantasma. — Siguieron caminando. Pronto no estaban tanto caminado como vadeando a través de cenizas negras que se pegaban a las piernas en desagradables y espesas acumulaciones. El barro bajo la ceniza se aferró a sus zapatos, liberándose de él en cada paso con un húmedo sonido de succión.

Estaban casi allí. Podía sentirlo. Elena aceleró el ritmo, y los otros, aún vinculados a ella, se apresuraron a seguirle el ritmo. La ceniza era más gruesa y profunda aquí porque se estaban acercando a donde el tronco había sido el centro de este mundo. Elena lo recordó explotando, subiendo repentinamente hacia el cielo como un cohete, desintegrándose a medida que se fue. El cuerpo de Damon había estado debajo y había sido enterrado completamente por la lluvia de ceniza. Elena se detuvo. Había un montón de espesa ceniza a la deriva que parecía que iba a ser al menos tan alto como sus cinturas en algunos lugares. Pensó que podría ver donde se había despertado Damon, la ceniza turbada y hundida, como si alguien hubiera hecho un túnel. Pero no había nada alrededor excepto ellos mismos. Un viento frío sopló una lluvia de cenizas, y Bonnie tosió. Elena, hasta las rodillas en las frías, pegajosas cenizas, soltó las manos de Bonnie y se rodeó a sí misma.

—Él no está aquí —dijo sin expresión—. Estaba tan segura de que estaría aquí.

—Debe estar en otro lugar, entonces —dijo Matt lógicamente—. Estoy seguro de que está luchando contra el fantasma, como dijiste que iba a hacerlo. La Dimensión Oscura es un lugar muy grande.

Bonnie se estremeció y se acurrucó más cerca de Matt, sus grandes ojos marrones y llenos de rasgos conmovedores, como un cachorro hambriento. —¿Podemos ir a casa ahora? ¿Por favor? Sage puede enviarnos otra vez, ¿no?

—Simplemente no lo entiendo —dijo Elena, mirando el espacio vacío donde había estado el gran tronco del árbol—. Sabía que iba a estar aquí. Prácticamente podía

oírlo llamándome.

Justo en ese momento una baja, musical risa cortó a través del silencio. Era un sonido hermoso, pero había algo frío y extraño en él, algo que hizo a Elena estremecerse.

—Elena —susurró Bonnie, sus ojos muy abiertos—. Eso es lo que oí antes de que la niebla me llevara.

Se dieron la vuelta.

Detrás de ellos había una mujer. Un ser con forma de mujer, de todos modos. Elena se corrigió rápidamente. No era una mujer. Y, como su risa, este ser con forma de mujer era hermoso, pero aterrador. Ella-él era enorme, más de una vez y media el tamaño de un humano, pero perfectamente proporcionado, y parecía como si estuviera hecha de hielo y niebla en azules y verdes, como el más puro glaciario, sus ojos eran claros, con sólo un toque de verde pálido. Mientras la miraban, sus sólidas, heladas-transparentes caderas y piernas cambiaron y se nublaron, cambiando en un remolino de niebla.

Una larga onda de cabello verde azulado a la deriva detrás de ella, formando poco a poco una nube turbulenta. Le sonrió a Elena, y sus afilados dientes brillaron como carámbanos de plata. Había algo en su pecho, sin embargo, que no era hielo, algo sólido, redondeado y oscuro, rojo oscuro.

Elena vio todo esto en un instante antes de que su atención se fijara por completo en la mano extendida de la mujer de hielo-cosa.

—Damon —jadeó.

La mujer de hielo lo sostenía casualmente alrededor del cuello, haciendo caso omiso de sus luchas mientras colgaba en el aire. Lo sostenía con tanta facilidad que parecía un juguete. El vampiro vestido de negro balanceó su pierna, pateando al lado de la capa de la mujer de hielo, pero el pie, simplemente pasó a través de la niebla.

—Elena —dijo Damon con voz ahogada y débil.

La mujer de hielo, el fantasma, ladeó la cabeza y miró a Damon, y luego le apretó el cuello un poco más.

—No necesito respirar, tú... fantasma idiota —dijo con voz entrecortada desafiadamente.

La sonrisa del fantasma se abrió y dijo con una dulce, fría voz, como cristales

sonando juntos: —Pero tu cabeza puede estallar, ¿no? Eso voy a hacerlo igualmente. —Lo sacudió un poco, y luego trasladó su sonrisa a Elena, Bonnie y Matt. Elena instintivamente dio un paso atrás cuando sus glaciales ojos la encontraron.

—Bienvenidos —dijo el fantasma en un tono de placer, como si fueran viejos amigos—. Los he encontrado a ti y a tus amigos tan refrescantes, todos sus pequeños celos. Cada uno de ustedes con su propio sabor especial de la envidia. Te has metido en un montón de problemas, ¿no? No me he sentido tan fuerte ni tan bien alimentado durante miles de años. —Su rostro se puso pensativo, y comenzó a sacudir a Damon suavemente hacia arriba y hacia abajo. Él estaba haciendo un sonido gutural de asfixia ahora, y lágrimas de dolor corrían por su rostro.

—Pero en realidad tú deberías haber estado donde te dejé —continuó el fantasma, su voz un poco más fría, y balanceó a Damon casualmente en un gran arco a través del aire. Él resolló y tiró de su enorme mano. ¿Era cierto que no le hacía falta respirar? Elena no lo sabía. Damon no dudaría en mentir acerca de ello si tenía una razón, o incluso sin ninguna razón excepto molestar a su oponente.

—¡Basta! —gritó Elena.

El fantasma volvió a reír, realmente divertido. —Adelante, obligame, pequeña —apretó la garganta de Damon y él se estremeció. Entonces sus ojos se pusieron en blanco hasta que Elena sólo pudo ver el espantoso blanco cubierto de pequeñas venas rojas en sus ojos, y entonces él se volvió lacio.

Capítulo 32

Matt observó con horror como el fantasma sacudió a Damon como un muñeco de trapo.

Elena se dio la vuelta para bloquear sus ojos con Matt y Bonnie. —Tenemos que salvarlo —susurró, una firme determinación en su rostro, e inmediatamente echó a correr, abriéndose camino a través de los montones de ceniza.

Matt pensó que si Damon, con su fuerza y habilidades de vampiro para la lucha afinadas durante siglos, estaba tan indefenso en manos de este fantasma, ¡oh!, con

la forma en que los estaba tirando de un lado a otro, su cabeza realmente iba a estallar, entonces Matt, Bonnie y Elena tenían menos probabilidades que una bola de nieve en el infierno de hacer alguna diferencia en esta pelea. La única pregunta real era si el fantasma iba a matarlos a ellos, también.

Y la verdad es que a Matt ni siquiera le gustaba Damon, ni un poquito. Claro, Damon había ayudado a salvar Fell's Church de Katherine y Klaus, y de los demonios kitsune, pero todavía era un asesino, sarcástico, sin arrepentimiento, engreído, arrogante, repugnante y generalmente desagradable vampiro. Damon había indudablemente herido a más personas de las que había ayudado en su larga vida, incluso si se le atribuye haber salvado a cada residente de Fell's Church. Y siempre llamaba a Matt "Mutt" pretendiendo que no podía recordar su nombre real, lo que era completamente indignante. Como Damon quería que fuera.

Sin embargo, Elena quería a Damon. Por la razón que fuera. Probablemente la misma razón inexplicable por la que las chicas normales amaban a los chicos normales mayores y malos, sospechaba Matt. Un tipo bueno-muy-en-el-interior, que él no había visto por sí mismo.

Pero Elena lo hacía.

Y Damon era parte del equipo, más o menos, y no dejaría que sus compañeros fueran decapitados por un demonio de hielo en las lunas cubiertas de ceniza en otras dimensiones, sin al menos hacer todo lo posible para oponer resistencia.

Ni aunque no le gustara nada.

Matt corrió detrás de Elena, y Bonnie los siguió. Cuando alcanzaron al fantasma, Elena ya estaba arañando la helada mano azul que apretaba la garganta de Damon, tratando de levantar sus dedos hacia arriba lo suficiente como para deslizarse por debajo. El fantasma apenas la miró. Matt dejó salir un suspiro mental ante la desesperanza de todo el asunto y columpió un golpe poderoso hacia el estómago del fantasma.

Antes de que su puño pudiera conectar, su objetivo pasó de hielo a intangible bruma, y su golpe pasó a través del fantasma. Perdiendo el equilibrio, Matt se tambaleó y cayó en el torso del ahora vaporoso fantasma. Fue como caer en un río helado y frío de aguas residuales. Un anestésico escalofrío y olor horrible, repugnante se apoderó de Matt. Se retiró de la niebla, con náuseas y escalofríos, pero en posición vertical. Parpadeó aturdido alrededor.

Elena estaba lidiando con los dedos del fantasma, arañando y tirando, el fantasma la miraba con una especie de distante diversión, sin estar al menos un poco alarmado o incómodo por los esfuerzos de la chica. Luego se movió, tan rápidamente que Matt sólo vio una mancha de color verde azulado, enviando a

Elena volando, sus brazos y piernas agitándose, en un montón de cenizas. Ella se puso de pie inmediatamente, sangre goteando de su cuero cabelludo, dejando huellas de color rojo a través de la ceniza que ahora recubría su piel.

Bonnie lo estaba intentando, también: había trabajado su camino por detrás del fantasma y lo estaba golpeando y pateando. Principalmente, con los pies y los puños oscilando inofensivos derechos a través de la niebla del fantasma, pero de vez en cuando un golpe conectaba con el hielo más sólido. Estos golpes parecían que eran totalmente ineficaces, sin embargo: Matt no podía decir si el fantasma se había dado cuenta de que Bonnie lo estaba atacando.

Venas sobresalían de la cara y cuello de Damon, colgaba de la mano del fantasma. La carne de su cuello estaba blanca alrededor de los estirados tendones. Super poderes de vampiro fuerte y viejo o no, Damon estaba herido. Matt lanzó una oración en una dirección cualquiera que recibiera el santo que cuidaba de las personas que persiguen las causas perdidas, y se lanzó para atrás hacia la pelea

Hubo oscuridad. Y luego hubo dolor, y la oscuridad enrojeció, luego se aclaró, y Damon pudo ver una vez más.

El fantasma, esa zorra de fantasma, estaba sujetándolo por el cuello, y su piel estaba muy fría, tan fría que quemaba donde le tocaba. No podía moverse.

Pero pudo ver a Elena de pie debajo de él. La bella Elena, cubierta de cenizas, manchada de sangre, sus dientes al descubierto y sus ojos brillando como si fuera una diosa guerrera. Su corazón se llenó de amor y temor. El valiente pequeño pájaro rojo y el chico Mutt luchaban a su lado.

Por favor, quería decir. No trates de salvarme. Corre. Elena, tienes que correr.

Pero no podía moverse, no podía hablar.

Entonces el fantasma cambió su postura y, mientras Damon lo miraba, Elena detuvo su ataque y se aferró a su estómago, haciendo muecas de dolor. Matt y Bonnie estaban iguales, sus rostros pálidos y tensos, sus bocas abiertas en gritos. Con un gemido, Bonnie se derrumbó.

Oh no, pensó Damon con un rayo de horror. No Elena. No pájaro rojo. No por mí.

Entonces, de repente, un viento racheado se arremolinó a su alrededor, y fue arrojado de las garras del fantasma. Hubo un estruendo en sus oídos y un ardor en sus ojos. Mirando a su alrededor, vio a Bonnie y a Elena, sus largos cabellos volando a su alrededor salvajemente; Matt, sus brazos moviéndose como molinete;

y el fantasma, su cara de cristal verde sorprendida en lugar de astuta.

Tornado, pensó Damon vagamente, y luego, puerta, y se dio cuenta de que estaba siendo tirado hacia arriba, de vuelta en la oscuridad una vez más.

El viento aullaba en un tono ensordecedor, y Stefan tuvo que levantar la voz en un grito hasta oírse a sí mismo. Tenía que mantener ambas manos cerradas sobre el libro, estaba siendo sacado de sus manos como si algo vivo y muy fuerte estuviera conscientemente tratando de arrancárselo.

—Mihi adi. Te voco. Necesse tibi est parere —dijo Stefan—. Ven a mí. Yo te llamo. Debes obedecer.

Ese era el final del hechizo de invocación en latín. La siguiente parte era el hechizo de destierro, la que sería en inglés. Por supuesto, el fantasma tenía que estar realmente allí para que parte del hechizo fuera eficaz.

El viento azotando a través del garaje se hizo aún más fuerte. Fuera, un trueno retumbó.

Stefan miró el círculo más interno, profundo en las sombras del garaje, pero no había nada allí. El viento artificial estaba empezando a ceder. El pánico se elevó en su pecho. ¿Habrían fallado? Miró ansiosamente hacia Alaric y Meredith, luego a la señora Flowers, pero ninguno de ellos lo miraban a él, contemplaban paralizados el círculo.

Stefan miró atrás hacia él, esperanzado. Pero no había nada allí.

Espera.

Había el menor movimiento de algo, justo en el centro del círculo, el más mínimo destello de luz azul-verde, y junto con él vino un frío.

No como el frío viento que había girado por el garaje, sino más bien como un helado aliento, inhalando y exhalando, inhalando y exhalando, despacio y contantemente frío glacial, desde ese mismo punto.

El destello se amplió, profundizó y oscureció, y de repente lo que estaba mirando Stefan cambió y pasó de un amorfo destello a una mujer. Una helada, brumosa, gigante mujer de color en tonos de azul y verde. Dentro de su pecho estaba una profunda rosa roja, su tronco era una sólida masa de espinas.

Meredith y Celia dejaron escapar suspiros audibles. La Sra. Flowers se quedó en calma, mientras que la mandíbula de Alaric había caído.

Este debía ser el fantasma de los celos. Stefan siempre había pensado en los celos como ardientes. Besos de fuego, ira ardiente. Pero la ira, la lujuria, la envidia, todas las cosas que despertaban celos, podían ser fríos también, y no tenía ninguna duda de que tenían al fantasma correcto.

Stefan observó todas estas cosas del fantasma y las olvidó de nuevo en una fracción de segundo, porque no era sólo la mujer de hielo lo que se había materializado dentro del círculo.

Confundidas, llorando, tambaleándose, manchados de ceniza y barro, tres personas habían aparecido allí.

Su hermosa, elegante Elena, cubierta de mugre, su cabello dorado y enmarañado, líneas de sangre corriendo por su rostro. La pequeña y delicada Bonnie, manchada de lágrimas y pálida como la leche, pero con una expresión de furia como si pateara y arañara al fantasma. Y el todo americano, siempre confiable Matt, polvoriento y desaliñado, dirigiéndose a mirar sobre ellos con una peculiar expresión en blanco, como simplemente preguntándose en qué nuevo infierno había aterrizado ahora.

Y entonces una persona más, una cuarta figura tambaleante y sin aliento, el último brilló a la vista. Por un momento, Stefan no lo reconoció, no podían reconocerle, porque este hombre no debía existir. En su lugar, sólo se sentía como un extraño inquietantemente familiar. El extraño se puso las manos en la garganta protectoramente y miró por el círculo, directamente a Stefan. A través de un sangrante, hinchado labio y magulladas rendijas de los ojos, el fantasma de una brillante sonrisa apareció, y los engranajes de la mente de Stefan encajaron en su lugar y comenzó a girar de nuevo al final.

Damon.

Stefan estaba tan asombrado que no sabía qué sentir al principio. Entonces, en lo profundo de él, un calor lento se extendió con la idea de que su hermano estaba de vuelta. La última pieza sacada de toda su extraña historia estaba aquí de nuevo. Stefan no estaba solo. Stefan dio un paso adelante hacia el borde del diagrama, conteniendo la respiración.

—¿Damon? —dijo en voz baja, con admiración.

El fantasma quebró su cabeza hacia él, y Stefan estuvo clavado en su lugar por su fría mirada.

—Regresé antes, sabes —dijo un tono familiar, su voz refrigeró a Stefan como si agua helada hubiera sido arrojada a su cara—. Sólo que él no quería que lo supieras para poder tener a Elena para él solo. Ha estado al acecho, un perfil bajo, jugando una mala pasada.

como siempre lo hace.

El fantasma era, sin duda femenino, y su frío tono de observación le recordó a Stefan la pequeña voz que a veces hablaba en la parte posterior de su mente, llamando a sus pensamientos más negros y vergonzosos. ¿Podían los demás incluso escucharla? ¿O estaba hablando directamente en su mente?

Se arriesgó a mirar alrededor. Todos ellos, Meredith, Celia, Marie, la Dra. Flowers, estaban detenidos como estatuas, mirando al fantasma. Detrás de ellos, las camas improvisadas estaban vacías. Cuando las tres formas astrales de los durmientes habían entrado en el círculo con el fantasma, sus cuerpos debieron de alguna manera unirse a ellos, haciéndolos sólidos dentro del círculo interno.

—Vino por Elena. —Se meó el fantasma—. Mantuvo su resurrección en secreto para poder seguirla. Damon no se preocupó por un momento sobre cómo te sentías acerca de su muerte. Y mientras estabas de luto, él estaba muy ocupado visitando el dormitorio de Elena.

Stefan se tambaleó hacia atrás.

—Él siempre quiere lo que tú tienes, y lo sabes —continuó el fantasma, sus transparentes labios curvándose en una sonrisa—. Ha sido cierto desde que eran mortales. ¿Recuerdas cómo llegó a casa de la universidad y se robó a Katherine lejos de ti? Utilizó todos sus encantos en ella, sólo porque sabía que la amabas. Incluso con las pequeñas cosas: si tenías un juguete, lo tomaba. Si querías un caballo, lo montaba. Si había un pedazo de carne en el plato entre ustedes, lo tomaba, incluso aunque no tuviera hambre, sólo para que tú no lo tuvieras.

Stefan sacudió la cabeza lentamente de lado a lado, una vez más sintiéndose demasiado lento, como si hubiera perdido una vez más un momento importante. ¿Damon había estado visitando a Elena? Cuando había llorado la caída de su hermano en su hombro, ¿había sabido Elena que Damon estaba vivo?

—Pero pensaste que podías confiar en Elena, ¿no es cierto, Stefan? —Elena se volvió a mirarlo, sus mejillas pálidas por debajo de su capa de ceniza. Se veía enferma y aprensiva.

—No, Stefan... —comenzó a decir Elena, pero el fantasma pasó rápidamente por delante, sus palabras hablando con dulzura venenosa. Stefan sabía lo que estaba haciendo. Él no era un tonto. Sin embargo se sintió asintiendo con la cabeza, estando de acuerdo, una lenta ira roja aumentando en su interior a pesar de la lucha de su lado más racional en su contra.

—Elena te guardó su secreto, Stefan. Ella sabía que estabas sufriendo y sabía que Damon estaba vivo y podía aliviar tu sufrimiento, pero aún así guardó silencio, ya que Damon se lo pidió, y lo que Damon quería era más importante que ayudarte. Elena siempre quiso a ambos hermanos Salvatore. Es gracioso, de verdad, Stefan, como nunca eres suficiente para las mujeres que amas. Esta no es la primera vez que Elena escoge a Damon antes que a ti, ¿verdad?

Elena sacudió la cabeza, pero Stefan apenas podía ver a través de la ola de furia y de la miseria creciente en su interior.

—Secretos y mentiras —siguió la fantasma alegremente, con una tintineante risa helada—, y el tonto Stefan Salvatore siempre unos pasos por detrás. Has sabido siempre que había algo entre Elena y Damon de lo que tú no formabas parte, Stefan, y sin embargo nunca habrías sospechado que ella te traicionaría por él.

Damon pareció sacudir su aturdimiento, como si de repente escuchara al fantasma por primera vez. Sus cejas se fruncieron y lentamente volvió la cabeza para mirarlo.

Él abrió la boca para hablar, pero en ese momento, algo en Stefan se rompió, y antes de que Damon pudiera dictar cualquier negación o provocación que tuviera en la punta de la lengua, Stefan se lanzó hacia adelante con un grito de rabia, zambulléndose directamente a través del diagrama de tiza. Más rápido de lo que el ojo humano podía seguir, Stefan golpeó a Damon hacia atrás fuera del círculo y lo lanzó contra la pared del garaje.

Capítulo 33

—¡Alto! —gritó Elena—. ¡Stefan! ¡Basta ya! ¡Lo vas a matar!

Aunque mientras lo decía, se dio cuenta de que matar a Damon podía ser exactamente lo que Stefan quería. Stefan rasgó a Damon con sus dientes y sus manos, sin aporrearlo, pero rasgándolo asilvestradamente, con los colmillos y garras. Stefan, su cuerpo en una primitiva y viciosa postura agachada, sus caninos extendidos, su cara deformada por una mueca de furia animal, nunca se había parecido más a un vampiro sediento de sangre.

Y detrás de Elena mientras los miraba, esa seductora, escalofriante voz continuó, diciéndole a Stefan que iba a perderlo todo, como siempre lo hacía. Que Damon tomaba todo lo suyo y lo arrojó descuidadamente, cruelmente a un lado, porque Damon simplemente quería arruinar todo lo que Stefan tenía.

Elena se giró, y demasiado asustada por lo que Stefan estaba haciendo a Damon tener ningún miedo a dejar al fantasma, lo golpeó con los puños. Después de un momento, Matt y Bonnie se unieron a ella.

Al igual que antes, mayormente sus manos sólo se deslizaban a través de la niebla del fantasma. El pecho del fantasma era sólido, sin embargo, y Elena centró su ira en él, golpeando contra el hielo duro con tanto poder como pudo.

Bajo el hielo del pecho de la criatura, una rosa brillaba en un rico rojo oscuro. Era una hermosa flor, pero parecía mortífera, su color le recordaba a sangre envenenada. Su tallo espinoso parecía hinchado, más grueso que el de una flor normal. Mientras Elena lo miraba, el brillo profundizó y los pétalos se abrieron aún más, hinchándose a plena floración. ¿Es eso su corazón? Se preguntó Elena. ¿Están los celos de Stefan alimentándolo? Estrelló su puño contra el pecho del fantasma otra vez, justo encima de la rosa, y el fantasma la miró por un momento.

—Para —dijo Elena ferozmente—. Deja a Stefan en paz.

El fantasma estaba realmente mirándola ahora, y su, no-sonrisa se ensanchó, sus afilados dientes semejantes al vidrio brillaron por debajo de sus labios brumosos.

En los glaciales profundos de sus ojos, Elena pensó que cogería un frío pero genuino destello, y el propio corazón de Elena se congeló.

Entonces, el fantasma volvió su atención hacia Stefan y Damon, y, aunque Elena nunca lo hubiera creído posible, las cosas empeoraron.

—Damon —dijo el fantasma roncamente, y Damon, quién había estado débil y agotado, con los ojos bien cerrados, pasivo bajo el asalto de Stefan, blindando su rostro, pero no luchando, abrió los ojos.

—Damon —dijo de nuevo, sus ojos brillantes—. ¿Qué derecho tiene Stefan a atacarte? Todo lo que trataste de tomar de él, estabas simplemente luchando contra el hecho de que él lo tiene todo: el amor de su padre, las chicas que tú querías, tú no tienes nada en absoluto. Él es un mocoso santurrón, un débil que se auto desprecia, pero se queda con todo.

Los ojos de Damon se abrieron como en reconocimiento al escuchar su propia profunda miseria, y su rostro se contrajo con emoción. Stefan estaba arañándole y mordiéndole, pero retrocedió un poco mientras Damon rompió en acción, agarrándolo por el brazo y desgarrándolo. Elena hizo una mueca de dolor al oír el crujido de algo, ¡Oh, Dios!, algo en el brazo o en el hombro de Stefan rompiéndose.

Sin desanimarse, Stefan sólo hizo una mueca y luego se abalanzó sobre Damon de nuevo, el brazo herido colgando torpemente. Damon era más fuerte, señaló Elena aturdidamente, pero estaba agotado, seguramente no sería capaz de mantener su ventaja por mucho tiempo. Por el momento parecían bastante igualados. Ambos estaban furiosos, ambos luchando sin reservas. Un bestial, desagradable gruñido vino de uno de ellos, una débil y viciosa risa del otro, y Elena se dio cuenta con horror que no tenía ni idea de quien venía cada sonido.

El fantasma siseó con placer. Elena retrocedió lejos de ella y, por el rabillo del ojo, vio a Bonnie y Matt retroceder, también.

—¡No rompan las líneas! —gritó Alaric desde el otro lado de... ¿dónde estaban ahora, de todos modos? Oh, el garaje de la Sra. Flowers... el garaje. Sonaba desesperado, y Elena se preguntó si habría estado gritando por un tiempo. Había algún sonido de fondo, pero no había sido un momento para escucharlo—. ¡Elena! ¡Bonnie! ¡Matt! ¡No rompan las líneas! —gritó de nuevo—. ¡Pueden salir, pero

pasen por encima de las líneas con cuidado!

Elena miró hacia abajo. Un elaborado modelo de líneas de diferentes colores estaban marcadas con tiza bajo sus pies, y ella, Bonnie, Matt y el fantasma estaban todos juntos en un pequeño círculo en el centro más interno de ese patrón.

Bonnie fue la primera en darse cuenta claramente de lo que Alaric estaba diciendo. —Vamos —murmuró, tirando de los brazos de Elena y Matt. Luego cogió su camino, con delicadeza pero rápidamente, a través del suelo, lejos del fantasma y hacia sus amigos. Matt la siguió. Tuvo que hacer una pausa en un sólo pie en una pequeña sección y llegar con su otro pie, hubo un momento en que se tambaleó, una zapatilla de deporte casi borrando una línea azul de tiza. Sin embargo, se equilibró y siguió adelante.

A Elena le llevó, aún mayormente centrada en las figuras luchando desesperadamente de Damon y Stefan, unos segundos más para darse cuenta de que tenía que pasar también. Era casi demasiado tarde. Mientras estaba a punto de dar el primer paso fuera del círculo interior, el fantasma volvió sus vidriosos ojos sobre ella.

Elena huyó, saltando rápidamente fuera del círculo y apenas llegando a pararse arrastrándose a través del diagrama. El fantasma dio un golpe hacia ella, pero su mano se detuvo antes de cruzar por encima de una línea de tiza, y gruñó con frustración.

Alaric temblorosamente se apartó el alborotado pelo de los ojos. —No estaba seguro de si esto iba a contenerlo —admitió—, pero parece que está funcionando. Ahora, con cuidado, Elena, mirando donde pisas, camina hasta aquí. —Matt y Bonnie ya habían llegado a la pared del garaje, a cierta distancia de donde Stefan y Damon estaban encerrados en la batalla, y Meredith había envuelto sus brazos alrededor de ellos, su oscura cabeza enterrada en el hombro de Matt, Bonnie acurrucada a su lado, sus ojos tan redondos como los de un gatito asustado.

Elena miró al complejo patrón dibujado en el suelo y comenzó a moverse con cuidado entre las líneas, dirigiéndose no junto a sus otros amigos sino hacia donde los dos vampiros luchaban.

—¡Elena! ¡No! ¡Por aquí! —llamó Alaric, pero Elena no le hizo caso. Ella tenía que ir

junto a Damon y Stefan.

—Por favor —dijo, casi sollozando, mientras los alcanzaba—. Damon, Stefan, tienen que parar. El fantasma les está haciendo esto. Realmente no quieren hacerse daño. No son ustedes mismos. Por favor.

Ninguno de ellos le prestó atención. Ni siquiera estaba segura de si podían escucharla. Estaban casi inmóviles ahora, sus músculos esforzándose en agarrarse el uno al otro mientras trataban simultáneamente de atacar y defenderse del otro. Poco a poco, mientras Elena miraba, Damon empezó a superar a Stefan, gradualmente empujando sus brazos a un lado, inclinándose hacia su garganta, sus dientes blancos expuestos.

—¡Damon! ¡No! —gritó Elena. Se estiró para agarrar su brazo, para quitarlo de Stefan. Sin ni siquiera mirarla, con indiferencia, cruelmente la empujó a un lado, enviándola volando.

Aterrizó sobre su espalda y se deslizó por el suelo, y dolió, el impacto traqueteó sus dientes juntos, golpeando su cabeza contra el cemento, blancos shocks de dolor quemando detrás de sus ojos. Cuando empezó a levantarse de nuevo, vio con consternación empujar a Damon a través de las últimas defensas de Stefan y hundir sus colmillos en el cuello de su hermano menor.

—¡No! —gritó de nuevo—. ¡Damon, no!

—Elena, ten cuidado —gritó Alaric—. Estás en el diagrama. Por favor, haz lo que hazas, no rompas ninguna línea más.

Elena miró a su alrededor. Su aterrizaje la había enviado arrastrando a través de varias de las marcas de tiza, las cuales estaban ahora manchadas a su alrededor, borrones de color. Se puso rígida en terror y contuvo un suspiro. ¿Estaba suelto ahora? ¿Lo había liberado?

Armándose de valor, se volvió hacia el círculo más interno.

El fantasma estaba sintiendo sobre sí mismo con sus largos brazos, acariciando arriba y abajo contra alguna pared invisible que bordeaba el círculo que lo mantenía contenido. Mientras Elena miraba, su boca se estrechó con un esfuerzo y

llevó sus manos a un solo lugar y empujó.

El aire de la habitación se agitó.

Pero el fantasma no logró romper el círculo, y después de un momento dejó de empujar y silbó con decepción.

Luego su mirada se posó sobre Elena, y volvió a sonreír.

—Oh, Elena —dijo, su voz suave con falsa compasión—. La chica bonita, la que todo el mundo quiere, por la que todos los chicos se pelean. Es muy duro ser tú. —La voz se torció, su tono cambiando a burla amarga—. Pero en realidad no están pensando en ti, ¿verdad? Los dos que quieres, no eres la chica para ellos. Sabes por qué se sienten atraídos por ti. Katherine. Siempre Katherine. Te quieren porque te pareces a ella, pero no eres ella. La chica que amaron hace mucho era suave, dulce y amable. Una inocente, una víctima, un hoja para sus fantasías. Tú no eres para nada como ella. Van a descubrir eso, ya lo sabes. En cuanto tus formas mortales cambien, y los harán. Ellos serán siempre los mismos, pero tú estás cambiando y envejeciendo cada día, en pocos años te verás mucho más vieja que ellos, entonces se darán cuenta de que no eres la persona que aman. Tú no eres Katherine, y nunca lo serás.

Los ojos de Elena picaron. —Katherine era un monstruo —escupió a través de sus dientes.

—Ella se convirtió en un monstruo. Comenzó como una joven dulce. —La corrigió el fantasma—. Damon y Stefan la destruyeron. Como te van a destruir a ti. Nunca vas a llevar una vida normal. No eres como Meredith, Bonnie o Celia. Ellas van a tener posibilidades de volver a la normalidad cuando estén listas, a pesar de la forma en que las has arrastrado a tus batallas. Pero tú, nunca serás normal. Y sabes de quién es la culpa de eso, ¿no?

Elena, sin pensar, miró a Damon y Stefan, justo cuando Stefan consiguió empujar a Damon lejos de él. Damon se tambaleó hacia atrás, hacia el grupo de seres humanos apiñados junto a la pared del garaje. Sangre estaba corriendo de su boca y por una terrible herida en el cuello de Stefan.

—Te han condenado, al igual que condenaron a la que realmente amaron —dijo el

fantasma en voz baja.

Elena se puso de pie, su corazón latiendo con fuerza, cargado con miseria e ira.

—¡Elena, detente! —dijo una poderosa voz de contralto, llena de autoridad de tal manera que Elena se apartó de Damon y Stefan y, parpadeando como si se estuviera despertado de un sueño, miró por el diagrama hacia los otros.

La Sra. Flowers se situó en el borde de las líneas de tiza, sus manos en las caderas, los pies firmemente plantados. Sus labios eran una recta línea enojada, pero sus ojos eran claros y reflexivos. Se encontró con la mirada de Elena, y Elena se sintió calmada y fortalecida. Entonces la Sra. Flowers miró a su alrededor a los demás

reunidos a su lado.

—Debemos realizar el hechizo de destierro ahora —declaró—. Antes de que el fantasma se las arregle para matarnos a todos. ¡Elena! ¿Me escuchas?

Una oleada de propósitos corriendo a través de ella, Elena asintió con la cabeza y volvió a unirse a los demás.

La Sra. Flowers puso las manos fuertemente juntas, y el aire se agitó de nuevo. La voz del fantasma se interrumpió y gritó con furia, empujando el aire que lo rodeaba, sus manos reuniendo la resistencia de antes, su prisión invisible más pequeña.

Meredith buscó con urgencia a su alrededor el estante más alto, cerca de la puerta del garaje, sus manos tocando y rechazando varios objetos. ¿Dónde había puesto la Sra. Flowers las velas? Pinceles, no. Linternas, no. Antiguas latas de insecticida, no. Bolsa de tierra para macetas, no. Alguna cosa de metal rara que no pudo deducir sólo tocándolo, no.

Bolsa de velas. Sí.

—Ya lo tengo —dijo, sacándola de la estantería y vertiendo lo que probablemente fuera una década de polvo sobre su cabeza—. Urgh —farfulló.

Esto es un señal de la gravedad de la situación, pensó Meredith, que Bonnie y Elena ambas mirándola, su cabeza y sus hombros cubiertos de espeso polvo y telarañas, y no se rieron o se movieron para quitárselo. Tenían cosas más importantes de las que preocuparse que un poco de suciedad.

—Está bien —dijo—. En primer lugar, tenemos que averiguar de qué color sería la vela de Damon. —La Sra. Flowers había señalado que Damon era claramente una víctima de los celos del fantasma también, por lo que tendría que tomar parte en el ritual de destierro para que funcionara plenamente.

Mirando hacia los dos hermanos vampiros aún intentando desgarrarse, Meredith tuvo serias dudas de que Damon fuera a participar. O Stefan, para el caso. Estaban centrados únicamente en infligirse tanto daño como fuera posible uno al otro. Sin embargo, tendrían que conseguir a los dos vampiros de vuelta para hacer el trabajo del hechizo.

De alguna manera.

Meredith se encontró a sí misma preguntándose fríamente si, si Damon y Stefan morían, podrían llevar a cabo el ritual. ¿Serían el resto de ellos capaces de derrotar al fantasma entonces? Y si no se asesinaban el uno al otro, sino que simplemente seguían luchando, poniendo en peligro a todos, ¿sería ella capaz de matarlos? Empujó el pensamiento fuera. Stefan era su amigo.

Y luego con determinación se obligó a considerar matarlos de nuevo. Era su deber. Era más importante que la amistad; lo que tenía que ser.

Sí, podría matarlos hoy, incluso en los próximos minutos, si fuera necesario, se dio cuenta. Se arrepentiría para siempre si tuviera que hacerlo, pero podría.

Además, observó clínicamente una parte de su mente, si las cosas seguían como estaban ahora, Damon y Stefan se matarían el uno al otro, y la salvarían de esa carga.

Elena había estado pensando mucho, o tal vez distrayéndose, centrándose en lo que había dicho el fantasma de los celos, Meredith no estaba segura, y ahora habló.

—Roja —dijo—. ¿Hay una vela roja para Damon?

Había una vela de color rojo oscuro, y una negra. Meredith sacó ambas y se las mostró a Elena.

—Roja —dijo Elena.

—¿Por la sangre? —preguntó Meredith, mirando a los luchadores, ahora a sólo unos diez metros de distancia. Dios, ambos estaban cubiertos de sangre ahora. Mientras observaba, Damon gruñó como un animal y golpeó la cabeza de Stefan en repetidas ocasiones contra la pared del garaje. Meredith dio un respingo al oír el sonido hueco del cráneo de Stefan golpeando contra la madera y el yeso de la pared. Damon tenía una mano alrededor del cuello de Stefan, la otra rasgando el pecho de Stefan como si Damon quisiera arrancarle el corazón.

Una suave, siniestra voz estaba aún viniendo del fantasma. Meredith no podía entender lo que estaba diciendo, pero sus ojos estaban puestos en los hermanos, y sonreía mientras hablaba. Parecía satisfecho.

—Por la pasión —dijo Elena, y arrebató la vela de las manos de Meredith y se dirigió otra vez, la espalda recta y la cabeza alta como la de un soldado, hacia la línea de velas que Alaric estaba volviendo a encender en el borde del diagrama. Meredith se quedó mirando tras ella como Elena encendió la vela y goteó un charco de cera caliente para ponerla.

Stefan forzó a Damon hacia atrás, más cerca de los otros y su línea de velas. Las

botas de Damon rasparon contra el suelo mientras se esforzaba en contra de Stefan.

—Está bien —dijo Alaric, mirando con aprensión las velas, luego hacia abajo al libro—. Cada uno de nosotros va a declarar los celos dentro de nosotros mismos, los puntos débiles con los que el fantasma es capaz de jugar, y los echaremos fuera. Si lo decimos en serio, si lo logramos, al menos por el momento, verdaderamente y sinceramente expulsamos nuestros celos, nuestras velas se apagarán y el fantasma

se debilitará. El truco está en ser realmente capaces de desterrar los celos de nuestros corazones y dejar de alimentar al fantasma, y si todos podemos hacerlo a la vez, el fantasma debe desaparecer, o tal vez hasta morir.

—¿Qué pasa si no podemos? ¿Qué pasa si intentamos expulsar los celos, pero no podemos expulsarlos del todo? —preguntó Bonnie, su frente arrugándose con preocupación.

—Entonces no funcionará y el fantasma se quedará —dijo Alaric rotundamente—. ¿Quién quiere ser el primero?

Stefan golpeó a Damon abajo violentamente contra el suelo de cemento, un aullido de rabia saliendo de él. Estaban a sólo unos pocos metros de la línea de velas, y Alaric se interpuso entre ellos y la fila de pequeñas llamas, tratando de proteger las velas con su cuerpo. Celia se estremeció cuando Stefan dio un bajo, furioso gruñido y bajó la cabeza para morder el hombro de Damon. El fantasma mantenía un flujo constante de charla venenosa, sus ojos brillando.

La Sra. Flowers palmeó las manos para conseguir la atención de todos los demás, su rostro severo y alentador. —Chicos, todos ustedes tienen que ser honestos y valientes —dijo—. Todos deben admitir verdaderamente lo peor de ustedes mismos delante de sus amigos, lo que será difícil. Y luego tendrán que ser lo suficientemente fuertes como para lanzarlo fuera, lo que puede ser aún más difícil. Pero se aman unos a otros, y les prometo que lo conseguirán.

Un golpe y un grito sordo de rabia y dolor vino de unos metros de distancia, Alaric miró nerviosamente por encima del hombro hacia la batalla detrás de él.

—El tiempo es esencial —dijo la Sra. Flowers rápidamente—. ¿Quién va primero?

Meredith estaba a punto de dar un paso adelante, aferrada a su bastón para una mayor comodidad, cuando Bonnie habló.

—Yo lo haré —dijo vacilante—. Um. He estado celosa de Meredith y Elena. Yo siempre... —tragó, y luego habló con más firmeza—. Yo a veces siento que no soy más que una compañera cuando estoy cerca de ellas. Ellas son más valientes que yo, y son mejores luchadoras, y más inteligentes y más guapas, y... y más altas que yo. Estoy celosa porque siento que la gente no me respeta tanto como a ellas y no

me toman realmente en serio como sí lo hacen con Elena y Meredith. Estoy celosa porque a veces estoy parada a sus sombras, y son sombras bastante grandes... metafóricamente hablando, quiero decir. Y también estoy celosa porque yo nunca he tenido un novio de verdad, y Meredith tiene a Alaric, y Elena tiene a Stefan, y también a Damon, quien creo que es bastante asombroso, pero que nunca se fija en mí cuando estoy junto a Elena, porque ella es todo lo que él puede ver.

Bonnie se detuvo de nuevo, y miró a Elena, sus ojos muy abiertos y brillantes. — Pero quiero a Elena y a Meredith. Sé que tengo que dejar de compararme con ellas. No soy sólo una compañera, soy útil y talentosa, también. Y... —pronunció las palabras que Alaric les había dado a todos— he alimentado al fantasma de los celos. Pero ahora expulso mis celos fuera.

En el semicírculo de velas, la llama de la vela rosa de Bonnie parpadeó y se apagó. Bonnie dio un pequeño grito ahogado y sonrió, medio avergonzada, medio orgullosa, a Meredith y Elena. Desde el interior del diagrama, el fantasma de los celos giró la cabeza y miró a Bonnie. —Bonnie... —empezó a decir Meredith, queriendo decirle a su amiga que por supuesto que no era una compañera. ¿No sabía Bonnie lo increíble que era?

Pero entonces Elena se acercó a las velas y sacudió su pelo hacia atrás, la cabeza alta. —He estado celosa de otras personas en Fell's Church —declaró—. He visto lo fácil que era para otras parejas estar juntos, y después de todo lo que Stefan y yo, y Damon, y el resto de mis amigos, hemos pasado, e incluso después de que salvamos Fell's Church y volvió a la normalidad, todo seguía siendo tan duro y tan raro y sobrenatural. Supongo que me he dado cuenta de que las cosas nunca van a ser fáciles y normales para mí, y eso ha sido difícil de aceptar. Cuando vi otras personas y estuve celosa de ellos, alimenté al fantasma de los celos. Yo expulso los celos fuera.

Elena sonrió un poco. Fue una extraña, triste especie de sonrisa, y Meredith, observándola, pensó que, mientras que Elena había expulsado sus celos, estaba aún siendo perseguida por el pesar, por la vida fácil, de oro que una vez había tenido delante de ella y que probablemente le había sido quitada para siempre ahora. La vela seguía ardiendo. Elena vaciló. Meredith siguió su mirada más allá de la línea de velas hacia donde Stefan y Damon luchaban. Mientras observaban, Damon se soltó y rodó a Stefan por debajo de él, dejando una larga huella de sangre por el suelo del garaje. Los pies de Stefan rozaron la vela roja en el final de la línea, y

Alaric saltó para estabilizarla.

—Y he estado celosa de Katherine —dijo Elena—. Damon y Stefan la amaron a ella primero, y los conocía mucho antes de que ocurriera el cambio, para... deformar lo que deberían ser. Y aunque me doy cuenta de que ambos saben que no soy Katherine, y que me aman por quien soy, no he podido olvidar que se fijaron en mí

al principio porque me parezco a ella. He alimentado al fantasma de los celos debido a Katherine, y expulso esos celos fuera.

La llama de la vela parpadeó, pero no se apagó. El fantasma de los celos sonrió triunfante, pero entonces Elena continuó. —También he estado celosa de Bonnie. — Bonnie se disparó, y miró fijamente a Elena con una expresión de incredulidad—. Yo estaba acostumbrada a ser el único humano por el que Damon se preocupaba, el único que él deseaba salvar —miró a Bonnie, con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy muy, muy contenta de que Bonnie esté viva. Pero estaba celosa de que a Damon le importara lo suficiente como para morir por ella. Cuando estaba celosa de Bonnie, alimenté al fantasma de los celos. Pero ahora expulso mis celos fuera.

La vela dorada se apagó. Elena miró casi con timidez a Bonnie, y Bonnie le sonrió, una abierta, cariñosa sonrisa, y le tendió los brazos.

Elena la abrazó con fuerza.

Aparte de la pena que sentía por las muertes de los padres de Elena, Meredith nunca había sentido lástima por Elena. ¿Por qué lo haría? Elena era hermosa, inteligente, una líder, apasionadamente amada... pero ahora Meredith no podía evitar sentir una punzada de compasión por ella. A veces debía ser más fácil vivir una vida ordinaria que ser una heroína.

Meredith miró al fantasma. Parecía estar a fuego lento y ahora estaba completamente enfocado en los seres humanos.

Alaric caminó alrededor de las velas hacia los demás, mirando hacia Damon y Stefan. Damon había puesto a Stefan dolorosamente contra la pared detrás de Alaric. La cara de Stefan estaba torcida en una mueca, y podían oír el roce de su cuerpo contra la superficie dura. Pero por lo menos Stefan y Damon no ponían en peligro las velas por el momento.

Meredith volvió su atención a su novio. ¿De qué podía estar celoso Alaric? En todo caso, él había sido objeto de los celos la última semana o así.

Él alargó la mano hacia Meredith y tomó una de sus manos. —He estado celoso —dijo Alaric, mirándola a los ojos—. De ti, Meredith. Y de tus amigos.

Meredith reflexivamente arqueó una ceja ante él. ¿Qué quería decir?

—Dios. —Él medio se echó a reír—. Aquí estoy, un estudiante graduado en parapsicología. He estado muriendo toda mi vida por probarme a mí mismo que hay algo más en el mundo que lo que todo el mundo conoce, que algunas cosas que creemos sobrenaturales son reales. Y luego vengo a este pequeño pueblo en Virginia debido a que hay rumores que realmente no creo, que podría haber

vampiros aquí, y cuando llego encuentro esta increíble, hermosa, resuelta chica, y resulta que vienen de una familia de caza vampiros. Y sus amigos son vampiros y brujas y psíquicos y chicas que regresan de la muerte para luchar contra el mal, sólo acaban de acabar la escuela secundaria, pero han visto cosas que yo nunca he imaginado. Han derrotado monstruos, y salvado ciudades, y viajado a otras dimensiones. Y, sabes, yo sólo soy ese tipo ordinario, y de repente la mitad de las personas que conozco, y la chica que amo, son prácticamente superhéroes —negó con la cabeza, mirando con admiración a Meredith—. He alimentado al fantasma de los celos. Pero ahora expulso los celos fuera. Voy a tener que lidiar con ser el novio de un superhéroe. —Al instante, la vela de color verde oscuro se apagó.

Sellado en el círculo interior, el fantasma silbó y se paseó en el pequeño espacio como una tigresa atrapada. Parecía enojado, pero no notablemente más débil.

Celia tomó la palabra. Su rostro estaba cansado, pero tranquilo. —He alimentado al fantasma de los celos —proclamó—. He estado celosa de Meredith Suárez. —Ni dijo por qué—. Pero ahora veo que es inútil. He alimentado al fantasma de los celos, pero ahora yo expulso mis celos fuera.

Habló como si estuviera dejando caer algo a la papelería. Pero aún así la vela de color púrpura pálido se apagó.

Meredith abrió la boca para hablar, tenía claro lo que iba a decir, y no sería demasiado difícil porque ella había ganado, ¿no? Si hubiera sido una batalla en

algún lugar además de en su propia mente, pero Matt se aclaró la garganta y habló en primer lugar.

—Yo tengo... —tropezó con sus palabras—. Supongo... no, sé que he alimentado al fantasma de los celos. Siempre he estado loco por Elena Gilbert, desde que la conozco. Y he estado celoso de Stefan. Todo el tiempo. Incluso ahora, cuando el fantasma le tiene atrapado en esta sangrienta batalla, porque él tiene a Elena. Ella lo ama, no a mí. Pero, bueno, no importa... También he sabido hace mucho tiempo que Elena y yo juntos no funcionamos, no para ella, y eso no es culpa de Stefan. He alimentado al fantasma de los celos, pero ahora expulso mis celos fuera. —Se sonrojó y cuidadosamente no miró a Elena. La vela blanca se apagó, enviando una larga estela de humo hacia el techo.

Tres velas apagadas, pensó Meredith, mirando las llamas restantes. La de color verde oscuro de Stefan, la roja de Damon, y la suya propia marrón. ¿Estaba el fantasma algo más débil? Desde su jaula invisible, el fantasma gruñó. En todo caso, parece haber hecho el espacio alrededor de sí mismo más grande de nuevo, y estaba una vez más empujando hacia él, al parecer sintiendo un punto débil.

Meredith sabía que tenía que seguir con las confesiones. —He alimentado al fantasma de los celos —dijo con una voz fuerte y clara—. He estado celosa de la Dra.

Celia Connor. Amo a Alaric, pero sé que soy mucho más joven que él, ni siquiera estoy en la universidad, aún, y nunca he estado en cualquier lugar o visto nada del mundo, el mundo humano, al menos, fuera de donde crecí. Celia comparte mucho con él, experiencias, educación, intereses, y sé que ella le gusta mucho. Y es hermosa y muy inteligente y preparada. Yo estaba celosa porque tenía miedo de que lo alejara de mí. Pero si hubiera sido capaz de alejarlo, eso significaría que no estaba en mí mantenerlo. No se puedo robar a una persona —sonrió tímidamente a Celia, y después de un momento, Celia sonrió un poco a cambio—. Expul...

—¡Cuidado! —gritó Alaric—. ¡Damon! ¡Stefan! ¡Alto!

Meredith miró hacia arriba. Damon y Stefan se tambaleaban por el suelo del garaje, más allá de la línea de velas, más allá de Alaric, que se aferró a ellos. Rompieron su agarre sin que pareciera que notaran su toque, empujando uno contra el otro desesperadamente, luchando ferozmente. Ajenos a cualquier cosa menos su batalla, estaban cada vez más y más cerca del fantasma.

—¡No! —gritó Elena.

Damon empujó hacia atrás a Stefan, y el talón de la bota de Stefan raspó a través de la tiza delineando el pequeño círculo que contenía al fantasma, raspando a través de la línea de tiza y emborronándola, y el círculo ya no estaba completo.

Con un aullido de triunfo, el fantasma estaba libre.

Capítulo 34

—¡No lo debilitamos, no lo suficiente! —gritó Meredith a sus amigos sobre los gritos del fantasma. El fantasma, en todo caso, parecía más fuerte mientras cruzaba el garaje de un gran salto hacia Meredith le daba un revés en la cara. Meredith sintió un dolor punzante, vio un destello de luz brillante, y sintió que chocaba con la pared. Aturdida, se tambaleó hacia atrás sobre sus pies.

El fantasma se acercaba a ella de nuevo. Más lentamente esta vez, con una sonrisa de anticipación.

El hechizo debía estar haciendo algo, ahora, pensó Meredith aturdida, o no me importaría si termino mi parte o no.

Meredith se apoderó de su bastón de lucha. No iba a rendirse tan fácilmente, no si podía evitarlo. Alaric la había llamado superhéroe. Los superhéroes seguían luchando, incluso cuando las probabilidades estaban en su contra.

Cortó con saña, expertamente, con el fin de evitar los golpes. Todas las horas de entrenamientos valían la pena, porque el fantasma no parecía esperar el golpe, y en

lugar de pasar el bastón inofensivamente a través de la niebla, Meredith atrapó al fantasma en su forma sólida, justo por encima de la rosa de su pecho. La hoja en el extremo abrió una profunda herida en el pecho del fantasma, y cuando Meredith se echó hacia atrás para un segundo golpe, un viscoso líquido de color verde goteó desde el extremo de su arma.

Cuando lo golpeó una vez más, la suerte de Meredith se terminó. El fantasma se acercó hacia ella, su mano moviéndose tan rápido que no la vio hasta que el

fantasma estaba sosteniendo el otro extremo del bastón. Afilado y venenoso como era el bastón, revestido de plata, madera y hierro, el fantasma lo sostuvo de manera suave y sencilla y tiró.

Meredith fue patinando por el suelo del garaje hacia el fantasma, rápida e indefensa, y el fantasma extendió perezosamente su otra mano para atraparla, una mueca de desprecio e ira en su cara vidriosa. Oh, no, balbuceó la voz interna de Meredith, no así. No puede terminar así.

Justo antes de tocar a Meredith, sin embargo, la cara del fantasma cambió, de repente floreciendo una expresión de confusión. Soltó el bastón, y Meredith tiró hacia atrás y se equilibró, tambaleándose frenéticamente, sin aliento. El fantasma miró más allá de ella, olvidando a Meredith, al menos por el momento. Los dientes vidriosos del fantasma estaban al descubierto, y había una expresión de furia terrible en su cara teñida de verde. Cuando Meredith miró, los músculos de sus brazos de hielo sólido parecían estar en tensión, a continuación se disolvieron en remolinos en forma de niebla, luego se solidificaron de nuevo, aún en la misma tensión. No podía moverse, se dio cuenta Meredith. Se volvió para mirar detrás de ella.

La Sra. Flowers estaba de pie, derecha y alta, sus azules ojos ardientes, fijos en el fantasma. Extendió las manos delante de ella, su rostro en un conjunto de líneas fuertes, decididas. Varios mechones de su pelo gris se habían escapado de su moño, disparándose en todas direcciones como si detectara electricidad estática.

Los ojos de la Sra. Flowers se mantenían estables, pero sus brazos temblaban violentamente, y Elena no sabía cuánto tiempo más sería capaz la anciana de seguir adelante y mantener al fantasma bajo control. Poco tiempo, sospechaba. La batalla con los kitsune había tomado mucho de la Sra. Flowers, y no se había recuperado plenamente todavía. No estaba preparada para una nueva lucha.

El corazón de Elena latía como loco, y no podía soportar ver las figuras sangrientas de Damon y Stefan en el otro lado del garaje, pero lo único que sabía era que no podía hacer ahora era entrar en pánico. Tenía que ser capaz de pensar.

—Meredith —dijo Elena secamente, con tal tono de autoridad que sus todos amigos se dieron la vuelta dejando de mirar la lucha entre la Sra. Flowers y el fantasma—.

Termina tu parte de la ceremonia.

Meredith miró fijamente a Elena por un momento y luego rompió a moverse. Esa era una de las muchas cosas maravillosas sobre Meredith: siempre podías confiar en que, sin importar qué, se calmara y siguiera adelante con el trabajo.

—He alimentado al fantasma de los celos —dijo Meredith, mirando hacia abajo al suelo, donde la vela marrón seguía ardiendo—, pero ahora expulso mis celos fuera.

Las palabras de Meredith sonaron con verdad, y la vela se apagó.

El fantasma se estremeció e hizo una mueca, flexionando sus dedos con rabia. El color rojo intenso de la rosa de su pecho se volvió rosa oscuro por un momento antes de volverse de nuevo carmesí. Pero... no parecía como si hubiera sido derrotado; sólo parecía irritado. Sus ojos nunca dejaban a la Sra. Flowers, y su musculosa estructura de hielo todavía se esforzaba hacia adelante.

Casi todas las velas estaban apagadas. Sólo dos llamas parpadeaban, las velas de color azul y roja, sólo dos víctimas alimentando al fantasma con sus celos.

Por lo tanto, con casi todas sus víctimas arrancadas de él, ¿no debería ser más débil el fantasma? ¿No debería estar enfermo y luchando?

Elena se giró hacia Alaric. —Alaric —susurró—. ¿Qué dice el libro? ¿No debería el hechizo empezar a matar al fantasma ahora?

Alaric estaba observando el enfrentamiento silencioso entre la Sra. Flowers y el fantasma de nuevo, sus propios puños apretados y su cuerpo tenso, como si pudiera prestar su fuerza a la Sra. Flowers, y le tomó un poco de tiempo, tiempo que no tenemos, pensó Elena con furia, arrastrar su atención a Elena. Cuando lo hizo y ella repitió su pregunta, él dirigió una mirada más analítica sobre el fantasma, y una nueva preocupación amaneció en sus ojos.

—No estoy del todo seguro —dijo—, pero el libro indica... el libro decía algo así como: “cada palabra verdadera dicha por sus víctimas, cada emoción oscura rechazada voluntariamente, atraerá de nuevo a ellos la vida que el fantasma le ha robado a sus pensamientos y acciones. La criatura se derrumbará con cada palabra honesta dicha contra él”, podría ser mera retórica, o tal vez la persona que escribió el hechizo había oído hablar del ritual sin verlo realizado, pero suena... —vaciló.

—Parece que el hechizo debería estar matando al fantasma ahora —dijo Elena rotundamente—. Parece que no está funcionando bien.

—No sé qué va mal —dijo Alaric infelizmente.

El mundo cambió y todo encajó en su enfoque.

—Yo sí —dijo Elena—. Debe ser porque se trata de un Original, no un fantasma común. Nosotros no lo creamos con nuestras emociones, por lo que no podemos destruirlo sólo tirándolas a la basura. Creo que vamos a tener que probar otra cosa.

Stefan y Damon estaban todavía metidos en el combate. Los dos estaban sangrientos y maltrechos. Sus brazos heridos colgando en un ángulo antinatural, Stefan se movía como si algo dentro de él hubiera sido dañado, pero ambos estaban todavía atacándose con saña, Stefan no menos que Damon.

Elena pensó que debían estar luchando por su propia iniciativa ahora. El fantasma, absorto en su batalla con la Sra. Flowers, ya no estaba murmurándoles ánimos venenosos. Si Damon y Stefan no estaban siendo seducidos por la voz del fantasma, tal vez podían ser persuadidos para escuchar a alguien más. Elena, tratando de no llamar la atención del fantasma, caminó hacia los combatientes.

Damon estaba sangrando por el cuello, tenía un corte largo en la cabeza y en la piel alrededor de ambos ojos amoratada. Cojeaba, pero era él claramente el que estaba ganando. Stefan, circulando con cautela ya lejos del alcance de su mano, no sólo estaba enroscado hacia adelante para proteger lo que estaba herido en su interior, también había una larga tira de piel desgarrada colgando de su mejilla.

Damon estaba sonriendo salvajemente hacia él, acercándose con cada cambio de sus pies. Había un estado de alerta en los ojos de Damon que hablaba sólo del depredador en su interior, de su alegría en la caza y la matanza. Damon debe haber olvidado el placer de la lucha, se dijo a sí misma Elena. Él nunca se perdonaría, una vez que sea él de nuevo, si realmente lastimara seriamente a Stefan, o incluso si lo matara. A pesar de que algo dentro de ella susurro, parte de él siempre ha querido esto. Empujó a un lado el pensamiento. Parte de Damon podría querer hacer daño a Stefan, pero el real, todo Damon no lo hacía. Si había algo que la lucha contra el fantasma le había enseñado, era que las emociones oscuras que todos escondían en sus profundidades no eran todo lo que ellos eran realmente. No eran sus verdaderas identidades.

—Damon —gritó—. ¡Damon, piensa! ¡El fantasma te está influyendo! Te está haciendo luchar —escuchó su voz elevarse suplicante—. No le dejes derrotarte. No dejes que te destruya.

Damon no parecía oírla, sin embargo. Todavía llevaba esa sonrisa salvaje, y merodeó un poco más a Stefan, empujándolo más y más hacia la esquina del garaje. Muy pronto Stefan quedaría atrapado, encajonado y sería capaz de correr. Y, mirando de reojo a la expresión desafiante en la pobre cara golpeada de Stefan, Elena se dio cuenta con un encogimiento de corazón que Stefan no correría, aún cuando Damon le diera una oportunidad. La parte de Stefan que odiaba a Damon estaba controlándolo ahora.

Stefan enseñó los dientes en un gruñido feroz. Damon retrocedió el puño para dar un golpe poderoso, sus caninos extendiéndose en anticipación de beber la sangre de su hermano.

Más rápido de lo que se había movido nunca, al menos como ser humano, Elena se lanzó entre ellos cuando el puño de Damon volvía hacia adelante. Apretó los ojos cerrados, abrió los brazos para proteger a Stefan y esperó el impacto.

Damon se estaba moviendo tan rápido en el momento en que saltó delante de él, que al momento estaba llevando todo su cuerpo hacia adelante. Con su fuerza inhumana, era un golpe que rompería sus huesos y aplastaría su cara.

Pero Damon se detuvo en el tiempo, como sólo un vampiro podía. Ella pudo sentir la corriendo de aire desplazada por el golpe, incluso el roce de los nudillos contra su cara, pero no hubo golpe.

Cautelosamente Elena abrió los ojos. Damon estaba de pie en equilibrio, preparado para atacar, un brazo aún levantado. Respiraba con dificultad, y sus ojos brillaban extrañamente. ¿Había un poco de alivio brillando en los ojos de Damon? Elena pensó que sí. La pregunta era, ¿era alivio por que se había detenido antes de matarla, o porque ella lo había detenido antes de matar a Stefan? Sin duda, Damon podía haberla echado a un lado ahora y atacar a Stefan de nuevo, si eso fuera lo que realmente quería.

Elena aprovechó la oportunidad y extendió la mano hacia el puño de Damon, doblando esos golpeados nudillos dentro de su propia mano pequeña. Él no se resistió cuando ella bajó el puño a su lado, dejó pasivamente que lo moviera.

“Damon”, dijo suavemente. “Damon, puedes detenerte ahora”. Sus ojos se estrecharon, y ella sabía que podía oírlo, pero tenía la boca apretada y dura, y no respondió.

Sin soltar la mano de Damon, Elena se volvió hacia Stefan. Estaba muy cerca detrás de ella, sus ojos fijos en Damon. Estaba jadeando y frotó el dorso de su mano ausentemente contra su boca, sangre manchando su cara. Elena se acercó y le cogió la mano pegajosa con sangre.

La mano de Damon se puso tensa en la suya, y ella le lanzó una mirada para ver que él estaba mirando a su otra mano, la que tenía en la mano de Stefan. Stefan vio lo que Damon estaba mirando, también, y las comisuras de sus labios hinchados se torcieron en una sonrisa amarga.

Detrás de ellos, el fantasma gruñó mientras que luchaba contra el poder de la Sra.

Flowers. Sonaba más fuerte, más feroz.

“Escuchen”, dijo ella con urgencia, mirando de un hermano a otro. “El fantasma no está centrado en ustedes ahora, por lo que pueden pensar por sí mismos. Pero la Sra. Flowers no será capaz de mantenerlo por mucho tiempo. Así que necesitan hacerlo, necesitan empezar a pensar ahora, en vez de actuar. Necesito decirles... um”. Se aclaró la garganta, incómoda. “Nunca les he contado esto, pero cuando Klaus estaba manteniéndome presa, después de la muerte de Katherine, él me mostró...imágenes. Recuerdos, supongo, recuerdos de Katherine. Como ambos estaban con ella, cuando eran humanos. Cuando eran jóvenes y estaban vivos y la amaban. Cuanto la amaban. Lo odié, viendo cómo de real era ese amor. Y yo sabía que ustedes se fijaron en mí al principio sólo por el amor que tenían por ella. Eso siempre me molestó un poco, aunque sé que su amor por mí ahora es más profundo”.

Ambos hermanos estaban mirando a Elena ahora, y los labios de Stefan se apartaron para hablar. Elena sacudió la cabeza con fuerza y siguió adelante. “No, déjame terminar. Eso me molestó un poco. No me ha destruido, y no ha cambiado lo que siento...por cualquiera de los dos. Porque también que es posible que se fijaran en mí por Katherine, pero una vez que me tuvieron delante, ambos me vieron, a Elena. No vieron a Katherine en mí más”.

Tenía que aventurarse en un territorio peligroso ahora, por lo que procedió con cautela, intentando establecer su argumento con lógica y sensibilidad. “Así que, sé eso ¿vale? Pero el fantasma me habló, sacando a relucir los viejos celos y haciéndolos arder en mi interior una vez más. Y las otras cosas que el fantasma me dijo eran en parte verdad, también. Sí, a veces estoy celosa de chicas con”—sonrió a su pesar—“vidas amorosas normales. Sin embargo, en mis momentos más centrados, sé que no me gustaría ser como ellas. Lo que tengo es increíble, aunque es difícil”. Elena tragó. “Y por eso sé que lo que el fantasma les dice en parte verdad. Tienen celos el uno del otro. Están enojados por cosas del pasado, y están molestos porque los amo a los dos. Pero también sé que no es todo lo que hay. No es lo más importante, tampoco. Ya no. Las cosas cambiaron desde los días en que los celos y la ira eran las únicas emociones entre los dos. Han trabajado en conjunto, y se han protegido el uno al otro. Se han convertido en hermanos de nuevo”. Elena miró a los ojos a Damon, en busca de una respuesta. “Damon, Stefan estaba devastado cuando pensaba que estabas muerto. Eres su hermano y te ama, y no sabía qué hacer con que hubieras desaparecido. Eres una gran parte de su vida—pasado y presente. Eres el único que ha estado allí con él a lo largo de su historia”.

Se volvió para mirar a Stefan. “Stefan, Damon no ocultó el hecho de que estaba vivo porque quisiera hacerte sufrir, o para estar libre de ti, o lo que sea de lo que te haya convencido el fantasma. Quería ser capaz de volver de una manera y un momento en el que pudiera demostrar que las cosas iban a ser diferentes. Que era capaz de cambiar. Y tú eres la persona por la que quería cambiar. No yo. Tú. Tú eres su hermano y te ama, y quería que las cosas fueran mejor entre ustedes”.

Elena hizo una pausa para tomar aliento, y para medir el efecto que, en su caso, su discurso estaba teniendo en los hermanos. Por lo menos no estaban actualmente tratando de matarse el uno al otro. Eso tenía que ser una buena señal. Se miraban uno al otro ahora, sus caras ilegibles. Damon lamió la sangre de sus labios. Stefan levantó el brazo y con cuidado se pasó la mano libre sobre la piel desgarrada en su rostro y pecho. Ninguno de los dos dijo una palabra. ¿Había una conexión entre ellos? Damon estaba mirando a los cortes en el cuello de Stefan con una expresión casi suave en sus ojos negros.

Elena los soltó y alzó las manos. “Bien”, dijo. “Si no pueden perdonarse el uno al otro, entonces sólo piensen en esto. El fantasma quiere que luchen. Quiere que se

maten entre ustedes, que se odien. Sus celos son los que lo están alimentando. Una cosa que sé sobre ustedes—sobre ambos—es que nunca le han dado a sus enemigos nada de lo que querían, ni si quiera aunque eso los hubiera salvado. ¿Van a ceder a lo que este fantasma, este monstruo manipulador, quiere? ¿Les va a controlar, o se van a controlar? ¿Quiere realmente alguno de ustedes asesinar a su hermano por alguien más?”

En ese exacto momento, Damon y Stefan parpadearon.

Después de unos segundos, Stefan se aclaró la garganta con torpeza. “Me alegro de que no estés muerto, después de todo”, ofreció.

La comisura de los labios de Damon se estremeció. “Me alegra saber que no he conseguido matarte hoy, hermanito”, contestó.

Al parecer, eso era todo lo que tenían que decir. Se aguantaron la mirada el uno al otro por un instante más, y luego se volvieron hacia Elena.

“Entonces”, dijo Damon, y estaba empezando a sonreír, una salvaje, temeraria sonrisa que Elena reconoció. Damon el imparable, Damon el antihéroe, estaba de vuelta. “¿Cómo matamos a esta perra?”

La Sra. Flowers y el fantasma seguían sumidos en su silenciosa, casi inmóvil batalla. La Sra. Flowers estaba empezando a perder terreno ante el fantasma, sin embargo. La postura del fantasma era más amplia, sus brazos se habían extendido. Estaba ganando gradualmente el poder de moverse, y las manos y brazos de la Sra. Flowers temblaban con la tensión. Su rostro estaba pálido, y las líneas de la edad alrededor de su boca parecían más profundas.

“Tenemos que darnos prisa”, dijo Elena a Damon y Stefan. Rodearon a la Sra. Flowers y el fantasma, y se unieron a los otros quienes, pálidos y cautelosos, los observaron aproximarse. Frente a ellos, sólo dos velas seguían ardiendo.

“Stefan”, dijo Elena. “Ve”.

Stefan miró fijamente la vela de color azul oscuro aún ardiendo en el suelo del garaje. “He estado celoso de todo el mundo últimamente, parece”, dijo, la vergüenza evidente en su tono. “He estado celoso de Matt, cuya vida parece tan

simple y buena para mí, quién sé que podía haber tomado a Elena fuera de las sombras y haberla llevado a la vida sin complicaciones que se merece. Estaba celoso de Caleb, que parecía el tipo de chico de oro, que sería un buen partido para Elena, hasta tal punto que desconfié de él, incluso antes de tener razón, porque pensé que iba tras ella. Y sobre todo, estaba celoso de Damon”.

Su mirada dejó la vela y se instaló en el rostro de su hermano. Damon lo miró con una expresión inescrutable. “Supongo que siempre he estado celoso de él. El fantasma estaba diciendo la verdad cuando dijo esto. Cuando estábamos vivos, él era mayor, más rápido, más fuerte, más sofisticado de lo que yo lo era. Cuando morimos”—los labios de Stefan se acurrucaron en una amarga sonrisa de recuerdo —“las cosas sólo empeoraron. Y, más recientemente, cuando Damon y yo parecía que podíamos trabajar juntos, me molestó lo cerca que estaba de Elena. Él tiene un pedazo de ella del que yo no soy parte, y es difícil no estar celoso de eso”.

Stefan suspiró y frotó el puente de la nariz entre el pulgar y el dedo índice. “La cosa es, sin embargo, que amo a mi hermano. Lo hago”. Miró para arriba hacia Damon. “Te amo. Siempre lo he hecho, aun cuando estábamos en nuestro peor momento. Aun cuando todo lo que queríamos era matarnos el uno al otro. Elena tiene razón: Somos más que las partes malas de nosotros mismos. He alimentado al fantasma de los celos, pero ahora expulso mis celos fuera”.

La vela azul parpadeó y se apagó. Elena estaba observando al fantasma de cerca, y vio la rosa en su torso pálida por un momento. El fantasma se estremeció y rugió, y luego reanudó su lucha contra el hechizo de la Sra. Flowers. Mientras daba un poderoso giro, la anciana se tambaleó hacia atrás.

“¡Ahora!” murmuró Elena a Damon en voz baja, mirándolo de manera significativa y deseando más que nunca tener sus poderes de telepatía. Distráela, esperaba que dijeran sus ojos.

Damon asintió con la cabeza, como diciendo que entendía su mensaje, luego se aclaró la garganta teatralmente, aprovechando todos los ojos en él, y cogió la vela de color rojo oscuro, la última ardiendo en la línea. Secó una línea de su sangre en toda su longitud, y pasó unos segundos con la cabeza baja, pensativo, sus pestañas largas y oscuras cepillaban sus mejillas. Estaba ordeñando el momento en cada gota de drama.

Una vez que todas las miradas estuvieron fijas en él, Elena tocó a Stefan y le indicó que le ayudara a acercarse al fantasma desde ambos lados.

“He estado celoso”, entonó Damon, mirando fijamente la llama de la vela que sostenía. Movi6 los ojos rápidamente a Elena y ella asintió alentadoramente.

“He estado celoso”, repitió, frunciendo el ceño. “He deseado lo que mi hermano tiene, una y otra vez”.

Elena se deslizó más cerca del fantasma, llegando junto a él en su lado derecho. Podía ver que Stefan avanzaba poco a poco más cerca a su izquierda.

La Sra. Flowers también los vio. Elena podía decirlo, porque la anciana arqueó sus cejas fraccionalmente y comenzó a murmurar su hechizo más alto con fuerza. La voz de Damon se levantó, también, todos en la sala compitiendo por la atención del fantasma, para evitar que se diera cuenta de las maquinaciones de Stefan y Elena.

“No quiero entrar en todos los detalles de mi pasado”, dijo Damon, su familiar sonrisa apareciendo en su rostro maltrecho, una sonrisa que Elena encontró extrañamente tranquilizadora. “Creo que ya ha habido bastante de eso por hoy. Basta decir que hay cosas que...lamento. Cosas que me gustaría que fueran diferentes en el futuro”. Hizo una pausa dramática por un momento, su cabeza echada hacia atrás con orgullo. “Y así, reconozco que he alimentado al fantasma de los celos. Y ahora expulso los celos fuera”.

En el momento en que la vela de Damon se apagó—y gracias a Dios que se había apagado, pensó Elena; Damon tendía a aferrarse a sus peores impulsos—la rosa en el pecho del fantasma palideció de nuevo a un color rosa oscuro. El fantasma gruñó y se tambaleó muy ligeramente sobre sus pies. En ese mismo instante, Stefan se abalanzó sobre el corte en el pecho del fantasma y consiguió meter su mano en el interior, en el interior del torso del fantasma, y cogió la rosa. Una gota de líquido verde, viscoso, brotó de la herida cuando Stefan apretó la rosa, y luego el fantasma gritó, un aullido largo y sobrenatural que hizo que todos los seres humanos se estremecieran. Bonnie se llevó las manos a los oídos, y Celia gimió.

Por un momento, Elena pensó que iban a ganar fácilmente—que atacando la rosa en el corazón del fantasma, Stefan lo había derrotado. Pero a continuación, el fantasma recobró el equilibrio y, con una gran flexión de los músculos, salió de

pronto del control de la Sra. Flowers, y en un movimiento suave arrancó a Stefan de su lado, la mano salió vacía de su pecho, y lo arrojó por el garaje.

Stefan golpeó la pared con un golpe sordo, cayó al suelo y quedó inmóvil. Evidentemente cansada por la batalla con el fantasma, la Sra. Flowers también se hundió hacia atrás, y Matt se apresuró a cogerla en sus brazos antes de que cayera al suelo.

El fantasma sonrió lentamente a Damon, mostrando sus dientes afilados. Sus glaciales ojos claros brillaban.

“Es hora de irse, Damon”, dijo el fantasma en voz baja. “Tú eres el más fuerte aquí. El mejor de todos. Pero siempre adularán a Stefan, el débil, el mocoso, tu inútil hermanito. No importa lo que hagas, nadie cuidará de ti de la manera en que estos mortales lo hacen por él. La forma en que todos, durante cientos de años, siempre se han preocupado por Stefan. Debes dejarlos atrás. Hacerlos sufrir. ¿Por qué no dejarlos en peligro? Ellos harían lo mismo por ti. Elena y sus amigos viajaron a través de las dimensiones, enfrentaron la esclavitud, se enfrentaron a los mayores peligros para salvar a Stefan, pero te dejaron yaciendo muerto, lejos de casa. Volvieron aquí y eran felices sin ti. ¿Qué lealtad les debes?”

Damon, con el rostro en la sombra ahora que todas las velas estaban apagadas, soltó una risa oscura, algo amarga. Sus ojos negros brillaban en la oscuridad, fijos en los claros del fantasma. Hubo un largo silencio, y el aliento de Elena estaba atrapado en su garganta.

Damon dio un paso adelante, todavía con su vela. “¿No te acuerdas?” dijo, su voz fresca. “Te expulsé”.

Y con una rapidez sobrehumana, antes de que nadie pudiera siquiera parpadear, encendió la vela de nuevo con un movimiento de poder y la arrojó, recta y verdadera, directamente en la cara del fantasma.

Capítulo 35

Elena dio un salto hacia atrás cuando el fantasma atrapo el fuego. Estaba tan cerca que el calor de las llamas quemó sus mejillas, y podía oler su propio cabello chamuscado. Cubriéndose el rostro con las manos, ella siguió su camino tan silenciosa y furtivamente como podía, cada vez más cerca del fantasma. Sus piernas temblaban, pero las obligo a sostenerla. Ella no estaba permitiéndose conscientemente pensar o mirar el cuerpo de Stefan arrugado en el suelo del garaje, del mismo modo que se había impedido mirar a Damon y Stefan luchando, cuando ella necesitaba pensar. De repente, una ráfaga de fuego cortó el aire, y por un segundo deslumbrante, Elena se atrevió a esperar que Damon lo hubiera hecho. El fantasma se estaba quemando. Sin duda, ninguna criatura de hielo podría soportar eso. Pero entonces se dio cuenta de que el fantasma no sólo se quemaba. Ella también se reía.

—Eres tonto —, dijo el fantasma a Damon, con una voz suave y casi tierna. — ¿Crees que el fuego puede hacerme daño? Los celos pueden quemar más caliente que el fuego, así como más frío que el hielo. De todas las personas tu deberías

saberlo, Damon —. Ella rió con su risa tintineante extraña. — Puedo sentir los celos, la ira que arde en ti todo el tiempo, Damon, y quema tan caliente que puedo oler el odio y la desesperación que vive en ti, y tus pequeñas heridas y rabia, son la carne y bebida para mí. Los agarro por los poros y sobre ellos como un tesoro. Puedes haber tenido éxito en expulsar un pequeño trozo de las múltiples heridas que cargas, pero nunca estarás libre de mí —. Alrededor de los pies del fantasma, pequeñas líneas azules de llamas encendidas se extendieron rápidamente por el suelo del garaje. Elena miro con horror. ¿Estos rastros ardientes de aceite habían salido del coche antiguo de la señora Flowers? ¿O simplemente eran la maldad del fantasma hecha sólida, extendiendo el fuego entre ellos? En realidad no importaba. Lo que importaba era que el garaje estaba en llamas, y mientras el fantasma podía ser inmune a las llamas, el resto de ellos no lo eran. El humo llenó el espacio de olor rancio, y Elena y sus amigos empezaron a toser. Se cubrió la nariz y la boca con la mano. Elena miro de pasada, como Damon gruñó y saltó a la garganta del fantasma. Incluso en su difícil situación actual, Elena no podía dejar de admirar la gracia y velocidad de Damon. Chocó con el fantasma y lo tiró al suelo, luego retrocedió, protegiendo su cara con su brazo vestido de cuero. Fuego, Elena recordó con un escalofrío de terror. El fuego es una de las pocas cosas que pueden matar a

un vampiro. Sus ojos se humedecieron por el humo, pero los obligo a permanecer abiertos mientras se acercaba, dando vueltas alrededor del fantasma por detrás, que estaba de nuevo en pie. Podía oír a sus amigos gritando, pero se concentró en la lucha. El fantasma se movía más torpe de lo que había sido antes, y no atacó inmediatamente a Damon. A través de las llamas, Elena pudo ver que el líquido verdoso, espeso aún corría por su torso sólido por la herida que Meredith le había causado. Cuando el líquido tocaba las llamas, parpadeaba con un tinte azul verdoso. Damon se abalanzó sobre el fantasma de nuevo, y lo arrojó con un encogimiento de hombros. Gruñendo, dieron vueltas con recelo. Elena se deslizó por detrás de ellos, para mantenerse alejada de Damon, tratando de ver cómo podía ayudar. Un chisporroteo de toda la sala distrajo a Elena por un segundo, y ella miró hacia atrás, para ver el fuego subiendo por la pared del fondo y llegando a los estantes de madera que rodeaban la habitación. Echo de menos ver qué es exactamente lo que sucedió después, pero de repente Damon se arrastraba por el suelo sobre su espalda, con una quemadura rojo brillante en su mejilla. En un segundo, estaba de nuevo y rondando de nuevo hacia el fantasma, pero sus ojos tenían un brillo salvaje que puso a Elena nerviosa. Aún herido, el fantasma era más fuerte que Damon, y, después de su larga lucha con Stefan, las reservas de Damon debían estar disminuyendo. Se estaba arriesgando imprudentemente. Elena hizo acopio de valor y se acercó al fantasma de nuevo, lo más cerca posible de las llamas como podía de pie. El fantasma la miró por un segundo y después lejos, centrándose en la amenaza más fuerte. Se lanzó hacia delante para cumplir con Damon, sus armas de fuego extendidas y una sonrisa alegre salvajemente en la cara. Y de repente, Meredith estaba allí junto a Damon. Mirando solemne y pálida como una joven mártir, con los labios apretados y los ojos cautos, se movió tan rápida como un rayo. Su bastón cortado por el aire casi demasiado rápido para verlo, dejando otro corte largo a través del estómago del fantasma. El fantasma

aulló, y las llamas en su torso silbaron, fluido un tono más verdoso brotó de la herida.

Pero el fantasma se mantuvo en posición vertical. Gruñó y se lanzó hacia Meredith, que bailó con rapidez hacia atrás, justo fuera de su alcance. Meredith y Damon intercambiaron una mirada sin palabras y se trasladaron a flanquear el fantasma, una a cada lado, por lo que no podía ver a los dos a la vez. Damon adelantó, un puñetazo corto e intenso, y apartó la mano con un color rojizo de ampollas en ella. Meredith giró su bastón nuevo, cerca de alcanzar al fantasma en el brazo, pero cortando sólo un hilo de humo. Una estantería ardiente se derrumbó sobre el suelo. El humo se hizo más espeso. Lejos de la pelea, Elena podía oír a Bonnie y Matt tosiendo. Elena se acercó más aún, una vez más se acercaba a la fantasma por

detrás, a salvo fuera de Meredith y de Damon. El calor del fantasma era como una hoguera. Meredith y Damon se estaban moviendo en tándem ahora, tan suavemente como si hubieran ensayado, el baile adelante y atrás, a veces atrapaba al fantasma en un golpe, más a menudo en una voluta de humo o niebla cuando el fantasma transformaba sus partes del estado sólido al de aire. Una voz resonó.

— Golpea antes de desistir —. La señora Flowers se apoyó en los brazos de Matt y Alaric. Pero sus ojos eran claros y su voz firme. El poder crepitaba en el aire a su alrededor. El fantasma desaceleró ligeramente en la lucha, quizás no más de medio segundo detrás de sus golpes y transformaciones. Pero esto fue suficiente para hacer al menos una pequeña diferencia. Más de los golpes de Damon y Meredith lo alcanzaron, y fueron capaces de esquivar unos cuantos de los del fantasma. ¿Era suficiente, sin embargo? El fantasma se estremeció cuando un golpe lo alcanzó, y salió horrible sangre verde donde el bastón le había cortado, pero seguía estando firme en sus pies, mientras Meredith y Damon tosían y se ahogaban con el humo y se tambaleaban fuera de las llamas. La rosa en la parte delantera del pecho pulsaba en un rojo oscuro constante. Elena exhaló en la frustración y de inmediato comenzó a toser de nuevo. El fantasma no estaba en un lugar el tiempo suficiente para que pudiera conseguir una buena oportunidad de agarrar la rosa del corazón. Meredith golpeó de nuevo con su bastón, y esta vez el bastón se deslizó a través del humo, el fantasma agarró el bastón en una mano, y Meredith se balanceó hacia Damon colisionando, ambos cayeron pesadamente al suelo, y el fantasma, aún cojeando ligeramente por el hechizo de la señora Flowers, se acercó hacia ellos.

— He envidiado a Meredith por su inteligencia—, grito Bonnie. Su rostro estaba manchado por el humo y las lágrimas, y se veía muy pequeña y frágil, pero ella estaba de pie erguida y orgullosa, gritando en la parte superior de sus pulmones.

— Sé que nunca voy a ser tan buena en la escuela como ella, pero está bien. ¡Yo expulso los celos! —.

La rosa del fantasma se atenuó a un color rosa oscuro por un momento, y se tambaleó ligeramente. Miró a Bonnie y silbó. Fue sólo una pequeña pausa del fantasma, pero fue suficiente para que Damon se pusiera de pie. El se puso delante de Meredith, cubriéndola mientras ella se levantaba. Sin siquiera mirarse el uno al otro, Meredith y Damon comenzaron a girar en sentido contrario de nuevo.

— He estado celoso de que mis amigos tuvieran más dinero que yo—, gritó Matt, — ¡pero yo expulso los celos! — — ¡Envidio la manera en que Alaric verdaderamente creía en algo no probado, y resultó ser cierto! —, gritó Celia. — ¡Pero yo lo expulso!

— ¡Yo he envidiado la ropa de Elena! — Gritó Bonnie.
— ¡Soy demasiado bajita para lucir bien en un montón de cosas! ¡Pero yo lo expulsé! —.

Damon daba puntapiés al fantasma, retirando el pie ardiendo de nuevo rápidamente. Meredith giraba su bastón. La señora Flowers cantaba en latín, y Alaric se le unió, en voz baja, su voz en contrapunto a la de ella, lo que refuerza su hechizo. Bonnie, Celia, y Matt no paraba de gritar: sacando a relucir los celos y pequeñas heridas de las que por lo general apenas eran conscientes, expulsándolos contra el fantasma en golpes pequeños. Y por primera vez, el fantasma parecía desconcertado... Giro la cabeza lentamente de uno a otro de sus oponentes: Damon acosándola con los puños en alto, Meredith, oscilando su bastón certeramente, mientras observaba al fantasma con una mirada fría, la señora Flowers y Alaric recitando cadenas de palabras en latín, con las manos levantadas, Bonnie, Matt, y Celia gritando confesiones como si estuvieran tirándole piedras. Los ojos vidriosos de celos pasaron por Elena sin llegar a notarla: De pie quieta y en silencio entre todo el bullicio, ella no era una amenaza. Esta era la mejor oportunidad que Elena iba a conseguir. Se animó a sí misma para seguir adelante, y luego se congeló, cuando el fantasma se volvió hacia ella. Entonces, milagrosamente, Stefan estaba allí. En la parte posterior del fantasma, lanzando un brazo alrededor de su cuello, mientras las llamas le lamían. Su camisa se incendió. El fantasma, en pocas palabras, se tiró hacia atrás exponiendo su torso hacia Elena, sin protección. Sin dudar, Elena metió la mano en el fuego. Por un momento, apenas sintió las llamas, sólo un toque suave, casi frío contra su mano mientras las llamas parpadeaban a su alrededor. No es tan malo, pensó durante un segundo, y entonces sintió el dolor. Fue puro y angustioso, y los fuegos artificiales oscuros chocaron detrás de sus ojos. Ella tuvo que luchar para superar el instinto casi irresistible de retirar su mano del fuego. En cambio, buscó a tientas en el torso del fantasma, buscando en el corte que Meredith había hecho justo por encima de su rosa. Estaba resbaladizo y suave, y buscó a tientas con la mano. ¿Dónde está? ¿Dónde está? Damon se había arrojado a las llamas junto a Stefan, tirando de los brazos y el cuello del fantasma, manteniendo el torso despejado para Elena, y evitando que el fantasma la empujara y lanzara a través del cuarto. Meredith venció el lado de celos con su bastón. Detrás de ella, las voces de sus amigos se elevaban en un murmullo con las confesiones y los hechizos, haciendo su parte para mantener al fantasma confundido y desorientado. Por fin la mano de Elena encontró el corte y empujó adentro. Hacía un frío de hielo en el pecho del fantasma, Elena gritó por el contraste, el frío era insoportable después de que el calor y las llamas lamían en la

muñeca y el brazo. El líquido helado dentro del pecho del fantasma era tan espeso, que era como sentirse a través de gelatina. Elena dio un empujón y llegó, y el fantasma gritó de dolor. Era un sonido horrible y, a pesar de todo lo que el fantasma le había hecho a ella y a sus amigos, Elena no pudo evitar estremecerse en simpatía. Un momento después, la mano de Elena cerró el tallo de la rosa y mil espinas atravesaron su carne quemada. Haciendo caso omiso del dolor, sacó la rosa del líquido helado, fuera del fuego, y se tambaleó hacia atrás, lejos del fantasma.

Ella no sabía lo que había esperado que sucediera, exactamente. Que el fantasma se derritiera como la Malvada Bruja del Oeste, tal vez, dejando nada más que un charco de agua verdosa vil. En cambio, el fantasma la miró, su boca abierta, sus puntiagudos dientes brillando completamente. El desgarró en su pecho se había ampliado, y el líquido se escurría rápidamente, como de un grifo abierto. Las llamas quemaron bajas y verdes, donde el líquido se escurría por su cuerpo y caía al suelo.

— Dámela a mí —, dijo Stefan, apareciendo al lado de Elena. Tomó la rosa con la mano y le arrancó sus pétalos, que ahora eran de un rosa más ligero, y disperso los pétalos en el fuego que ardía por los lados del garaje. El fantasma miraba con una expresión atónita, y poco a poco sus llamas de fuego se redujeron a humo, poco a poco su forma sólida se fue vaporizando. Por un momento, una imagen llena de humo, malévola, flotaba en el aire delante de ellos, los ojos fijos hoscamente a Elena. Y entonces se había ido. Capítulo 36 Damon fue el primero en moverse, lo cual no sorprendió a Elena. Su chaqueta de cuero quemado, quemaduras de larga data en el rostro y los brazos, se tambaleó, pasó a través de los demás y del fuego y abrió la puerta del garaje.

Afuera, se oían truenos y una fuerte lluvia estaba cayendo.

A pesar de la lluvia, el garaje estaba ardiendo con fuerza, las llamas lamiendo su camino por los lados del pequeño edificio y el techo. Cuando todos ellos salieron tropezaron, Meredith, tosiendo, volvió el rostro hacia la lluvia. Matt y Alaric apoyaron a la señora Flowers y la colocaron en el asiento del conductor del coche. Elena alzó las manos, dejando que la lluvia lavara el hollín y calmara sus quemaduras. El resto de sus amigos se arremolinaban lejos del garaje ardiendo, todavía aturcidos.

—Oh, Damon—, dijo Bonnie. Hizo una pausa para toser y jadear durante unos segundos, luego se inclinó cuidadosamente hacia Damon, evitando las lesiones, y lo besó en la mejilla.

—Estoy tan feliz de que hayas vuelto—. —Gracias, cardenal—, dijo Damon, dándole palmaditas en la espalda.

—Perdona un segundo, tengo que cuidar de algo—. Se apartó y cogió la mano de Elena. A lo lejos llegó el sonido de las sirenas, señalizando el avance de los camiones de bomberos y coches de policía atraídos por el fuego. Damon sacó a Elena hacia las sombras oscuras debajo de un árbol cerca de la casa.

—Vamos—, dijo. —Necesitas sangre ahora—. Seguía la garganta con los dedos carbonizados, señalando una uña contra una de sus venas. Su chaqueta de cuero quedó prácticamente destruida, sólo trapos y las cenizas colgando de ella, y la quemadura a lo largo de la cara y el cuerpo todavía roja e irritada, pero mejor de lo que habían sido unos minutos antes.

—Yo podría hacer eso—, dijo Stefan, acercándose a ellos y apoyándose contra la pared de la casa. Se le veía cansado y desaliñado, pero sus lesiones, también, sanaban ya. —Elena siempre da la bienvenida a mi sangre—.

—Definitivamente puedes hacerlo, pero es una lesión grave la que tiene—, dijo Damon con la mayor naturalidad,

—y tú no tienes el poder de curarla en estos momentos—. Elena había estado tratando de no mirar su mano derecha. A pesar de que en realidad no la podía mover, no le dolía mucho más. Lo que probablemente era una mala señal, en realidad. ¿Quería esto decir que las terminaciones nerviosas estaban muertas? Un vistazo rápido, ansioso por la mano le hizo revolver el estómago. Incluso ese pequeño vistazo mostró su carne horriblemente ennegrecida y enrojecida y descamación de la piel y -¡Dios!- pensó, había visto una visión de los huesos debajo de la carne. Dejó escapar un gemido bajo, involuntario.

—Bebe—, dijo Damon con impaciencia. —Voy a arreglarlo antes de que vengan y te arrastren a la unidad de quemados—. Elena seguía dudando, y Damon suspiró y se volvió hacia Stefan de nuevo.

—Mira—, dijo, suavizando la voz, —no siempre es cuestión de poder. A veces la sangre es sólo acerca de cómo cuidar de alguien—.

—Lo sé—, respondió Stefan, parpadeando cansado hacia él. —No estoy seguro de lo que hiciste—. La boca de Damon se torció en una sonrisa irónica.

—Yo soy un hombre viejo, hermano pequeño—, dijo. —Conozco un montón de cosas—. Se volvió hacia Elena.

—Bebe ahora—, insistió, y Stefan le sonrió tranquilizadamente. Elena asintió con la cabeza a Stefan antes de empujar la boca con fuerza contra el cuello de Damon. Al segundo de probar su sangre, Elena se sintió envuelta en calor y se detuvo el dolor en la mano. Ya no sentía el frío y desagradable tamborileo de la lluvia en la cabeza y los hombros, el goteo de agua helada por su cuerpo. Ella estaba muy acogedora y segura y amada, como si el tiempo se hubiera detenido el tiempo suficiente para que ella recobrara el aliento. Damon? pensó, y llegó a su mente con la suya. Él le respondió sin palabras, pero con un gesto de afecto y cariño, de amor incondicional. A través de la bruma, Elena se dio cuenta de que había algo nuevo aquí. . . . Cuando ella y Damon habían permitido que sus mentes se tocaran en el pasado, tenía a menudo la sensación de que Damon había estado reteniendo una parte de sí mismo. O, en las raras ocasiones en que superó las barreras internas que había lanzado contra los intrusos, había encontrado herido y con rabia, un niño perdido encadenado a una roca. Ahora Elena sintió sólo el amor y la paz. Cuando se apartó de él, por fin, le tomó un momento volver al mundo real. Stefan ya no estaba a su lado. Llovía aún, el agua fría por el pelo, sobre los hombros, por el cuello y los brazos y el cuerpo. Su mano le dolía y estaba quemada todavía, pero la había sanado al punto de necesitar un ungüento y un vendaje en lugar de la cirugía. Un par de camiones de bomberos y coches de policía entraron en el camino, con las luces y sirenas encendidas. Más cerca del garaje, vio caer el brazo de Meredith bruscamente de Stefan y Elena se dio cuenta de Meredith había estado bebiendo de su muñeca. Se dio cuenta vagamente que habría estado sorprendida por esto sólo hace unas horas- habría supuesto que Meredith se asustaría del contacto con la sangre de un vampiro, y Stefan se había reservado siempre la sangre de Elena como parte de la única conexión que compartían -pero ella no podía trabajar con cualquier emoción real ahora. Se sentía como si todas las barreras entre su grupo se hubieran roto. Si este nuevo estado de cosas duraba o no, todos eran uno, ahora. Habían visto lo peor de sí, había dicho la verdad y salido al otro lado. Y ahora, si

Meredith necesitaba ser sanada, por supuesto, Stefan le daría su sangre. Sería lo mismo para cualquiera de ellos.

Los bomberos saltaron de sus camiones y desenrollaron las mangueras. A medida que volvieron su atención en apagar el fuego, un par de policías uniformados y un hombre que debía ser el jefe de bomberos camino resueltamente hacia la señora Flowers, Matt, Alarico, Celia, y Bonnie, todos los cuales estaban amontonados ahora en el coche. Meredith y Stefan se dirigieron hacia ellos, también.

— ¿Por qué no la ayudan en la casa? —, Se preguntó en voz alta de repente Elena, Damon le dirigió una mirada de

sorpresa.

—No tengo ni idea—, dijo lentamente. —Nunca se me ocurrió que podíamos entrar. Supongo que todos se sentían como si tuvieran que estar aquí fuera para verlo arder. Asegurarse de que el fantasma no sale—. —Es como si estuviéramos en el fin del mundo—, dijo en voz baja, pensando en voz alta. —Incluso la pensión parece tan lejana que no es parte de la imagen. Ahora que la gente está aquí, el mundo está comenzando a girar de nuevo—. Damon asintió sin comprometerse.

—Será mejor ir allí—, dijo. —Creo que necesitan un poco de ayuda—. La voz de la señora Flowers fue levantada con indignación, aunque Elena no podía distinguir las palabras. A medida que caminaba después de Damon sonrió para sus adentros: ¿Desde cuándo a Damon le importaba si nadie, excepto la propia Elena, necesitaba un poco de ayuda? A medida que se acercaba, Elena pudo ver que la señora Flowers se había bajado del coche y asumido su mejor expresión de excentricidad, ojos azules anchos, los brazos en jarras, cuando Alaric sostuvo un paraguas sobre su cabeza. —Joven— le espetó al jefe de bomberos.

— ¿Qué estás tratando de implicar al preguntar por qué mi coche no estaba aparcado en el garaje? Sin duda, itengo todo el derecho para distribuir mis bienes en cualquier lugar que me guste en mi propiedad! ¿Qué clase de mundo vivimos, en donde estoy penalizado, donde tengo que ser juzgado por no seguir las convenciones? ¿Te atreves a sugerir que podría haber tenido algún conocimiento previo de este fuego? —.

—Bueno, señora, es sabido que ocurre. No estoy sugiriendo nada, pero el asunto tiene que ser investigado —, dijo el jefe de bomberos impasible. — Que están haciendo aquí todos estos niños?

— Le preguntó, uno de los agentes de policía, lanzando una mirada alrededor. Sus ojos se detuvieron en la chaqueta de cuero quemada de Damon y el parche crudo sin piel en la mejilla de Stefan.

—Vamos a tener que hablar con todos ustedes—, dijo. —Vamos a empezar por conseguir sus nombres y direcciones—.

Stefan se adelantó y mantuvo los ojos del oficial con los suyos.

—Estoy seguro de que no será necesario—, dijo en voz baja, convincente. Elena podía sentir como usaba su poder.

—El garaje se quemo porque fue alcanzado por un rayo en la tormenta. No había nadie, excepto la anciana en la casa y algunos de sus invitados. Todo es tan sencillo

y simple, no hay necesidad de cuestionar a nadie—. El oficial se quedó perplejo y luego asintió con la cabeza, su rostro claro.

—Estas tormentas pueden causar mucho daño a la propiedad—, respondió. El jefe de bomberos resopló.

—¿De qué estás hablando? El relámpago no alcanzo ningún lugar cerca de aquí—. Stefan cambió su mirada hacia el jefe de bomberos.

—No hay nada que moleste la investigación...— Pero el hechizo se rompió, y ahora los tres hombres lo miraban con recelo. El poder de Stefan no iba a ser lo suficientemente fuerte como para usar en los tres, Elena se dio cuenta, y él no sería capaz de convencer ni a uno de ellos si los hombres estaban todos juntos, despertar entre sí las dudas. La cara de Stefan era elaborada y cansada. Se había librado una larga batalla más de una, en realidad. Stefan y nunca fue fuerte en el poder, no cuando no beben sangre humana. Si hubiera estado preocupado por ella y la preparación para luchar contra el fantasma, que probablemente había sido días que no había tenido más que unos tragos de sangre animal. Damon dio un paso adelante.

—¿Señor? —, Dijo amablemente. El jefe de bomberos lo miró.

—Si yo pudiera hablar con usted en privado por un momento, estoy seguro de que se puede aclarar esto—. El mariscal frunció el entrecejo, pero lo siguió hasta el porche de atrás de la pensión, con la segunda policía. Bajo la luz del porche, se enfrentaron a Damon, al principio sospechoso. Poco a poco, mientras hablaba con ellos, sus hombros se relajaron y empezaron a asentir y sonreír. Stefan habló en voz baja al oficial otra vez. Él podría manejar influir en una persona sola, Elena sabía que, incluso en su estado actual. Meredith y Bonnie se había metido en el asiento trasero del antiguo automóvil de la señora Flowers -tan viejo que Elena sospechaba que podría ser de Flowers anteriores a la misma señora y la hablaban en voz baja, mientras que Alaric y Celia continuó apoyando a la señora Flowers bajo el paraguas, mientras escuchaba la conversación de Stefan con el oficial de policía, Matt rondando cerca. Elena caminaba en silencio junto a ellos y se metió en la parte trasera del coche con Bonnie y Meredith. La puerta se cerró con un chasquido de gramaje extra, y el asiento de cuero negro crujió y gimió bajo ella.

Rizos rojos de Bonnie estaban empapados y húmedos colgando sobre los hombros y pegados a su frente. Su rostro estaba manchado de ceniza y sus ojos estaban

rojos, pero ella dio a Elena una sonrisa verdaderamente feliz. —Hemos ganado—, dijo. —Se ha ido para siempre, ¿no? Lo hicimos—. Meredith estaba solemne pero exultante, brillante y sus ojos grises. Todavía había una mancha de sangre de Stefan en sus labios, y Elena sofocó el impulso de limpiársela de ella.

—Hemos ganado—, afirmó Meredith. —Las dos lo hicieron asombrosamente. Bonnie, muy inteligente comenzando a despojarse de celos tan rápido como podía. Mantuvo en desequilibrio al fantasma. Y Elena...— Tragó saliva. —Sumergirte en el fuego fue tan valiente por tu parte. ¿Cómo está tu mano? — Elena le tendió la mano y flexionó los dedos delante de ellas.

—El increíble poder de la sangre de vampiro—, dijo Elena a la ligera. —Muy útil para las secuelas de una batalla, verdad, Meredith? — Meredith enrojeció por las burlas de Elena, y luego sonrió un poco.

—No sé—, dijo. —Parecía tonto no utilizar todas nuestras...ventajas. Ya me siento mejor—.

—Tu estuviste excelente, también, Meredith—, dijo Bonnie. —luchabas como si estuvieras bailando. Elegante y fuerte y hermosa, y tan excelente, la forma en que usa su bastón—. Elena estuvo de acuerdo.

—Nunca podría haber conseguido la rosa si no hubieras cortado al fantasma—. —Creo que estamos todos fantásticos—, dijo Meredith. —La primera reunión de Alumnos de la Robert E. Lee High School sociedad de admiración mutua se llama ahora—.

—Vamos a tener que llamar a Matt y decirle lo maravilloso que es—, dijo Bonnie. —Y creo que a Stefan también, ¿verdad? Creo que ahora que el mundo ha cambiado, tal vez se ha graduado con nosotros—. Bostezó, mostrando una pequeña lengua rosada como la de un gato.

—Estoy agotada—. Elena se dio cuenta de que ella también lo estaba. Había sido un día muy largo. Un año muy largo desde que los hermanos Salvatore habían venido a Fell's Church y la vida había cambiado para siempre. Ella se dejó caer en el asiento y apoyó la cabeza sobre el hombro de Meredith.

—Gracias por salvar a la ciudad otra vez, las dos—, dijo adormilada. Me pareció importante que decir. —Tal vez mañana podemos empezar a trabajar en la normalidad—. Meredith se rió un poco y se abrazó a las dos. —Nada puede derrotar a nuestra hermandad—, dijo. —Nosotras somos demasiado buenas para el

normal—. Su aliento enganchado.

—Cuando ambas fueron tomadas por el fantasma—, dijo en voz baja, —Tenía miedo de haberos perdido para siempre. Sois mis hermanas, en realidad, no sólo mis amigas, y os necesito. Quiero que lo sepáis—.

—Absolutamente—, dijo Bonnie, asintiendo con la cabeza fervorosamente. Elena se acercó a las dos. Las tres amigas se apretaron fuertemente entre sí en una risa, un abrazo de grupo un poco llorosas. El mañana iba a venir, y tal vez tan normal como se encontraba en ese momento. Por el momento, Elena tenía verdaderos amigos.

Que era mucho. Cualquier cosa que pasara, eso sería suficiente. A la mañana siguiente encontró a todos de vuelta en la pensión. Después de la lluvia de la noche anterior, el sol tenía una cualidad fresca en él, y todo parecía brillante y húmedo y limpio, a pesar del olor a humo que impregnaba la pensión y los restos carbonizados del garaje que se vislumbraba a través de las ventanas de la sala.

Elena se sentó en el sofá, apoyada contra Stefan. Trazó las líneas quemadas, desvanecidas casi en su totalidad, en el dorso de la mano.

— ¿Cómo se siente, la heroína? —, preguntó. —Casi no duele en absoluto, gracias a Damon—. Damon, en el otro lado de Stefan, le dirigió una sonrisa breve, pero no dijo nada. Estaban todos cuidando el uno del otro, pensó Elena. Se sentía y pensaba que todo el mundo, probablemente también lo hacía—como el día parecía: brillante y recién lavada, pero frágil, un poco. Había un montón de tranquilo murmullo de ida y vuelta, sonrisas intercambiadas y pausas cómodas. Era como haber completado un largo viaje o una tarea difícil, juntos, y ahora era el momento para descansar. Celia, vestida con pantalones de lino claro y un pañuelo de seda gris perla, alta elegante y equilibrada, como siempre, se aclaró la garganta.

—Me voy hoy—, dijo cuando todos miraron hacia ella. Sus bolsas estaban en el suelo junto a sus pies.

—Hay un tren a Boston en cuarenta y cinco minutos, si alguien me llevara a la estación—.

—Por supuesto que te llevo—, dijo Alaric rápidamente, poniéndose de pie. Elena miró a Meredith, pero Meredith tenía el ceño fruncido a Celia con preocupación.

—No tienes que irte, ya sabes—, le dijo. —A todos nos gustaría que te quedaras—. Celia se encogió de hombros expresivamente y dio un pequeño suspiro.

—Gracias, pero ya es hora que ponerse en marcha. A pesar de que destruimos un

libro raro de incalculable valor y que probablemente nunca me permitirán la entrada en el campus Dalcrest otra vez, no me habría perdido toda esta experiencia para el mundo—. Meredith sonrió y levantó una ceja.

—¿Incluso los roces con la muerte? — Celia levantó una ceja por su cuenta. —¿Hubo alguna parte que no fuera un roce con la muerte? — Se rieron, y Elena estaba agradecido de ver que la tensión entre ellos se había evaporado.

—Estaremos encantados de tenerte en cualquier momento que quieras volver, querida—, dijo la señora Flowers a Celia con seriedad. —Siempre voy a tener una habitación para ti

—Gracias—, dijo Celia, emocionada. —Espero poder volver y ver a todos de nuevo algún día—. Ella y Alaric abandonaron la sala, y pronto el resto de ellos escuchó el ruido de la puerta externa cerrarse y un coche ponerse en marcha. —Adiós, Celia—, sonó Bonnie.

—Resultado bien en el extremo, sin embargo, ¿qué hizo? — ella Continuó, sin esperar una respuesta.

—¿Qué vamos a hacer hoy? Tenemos que tener una aventura antes de que termine el verano—.

—¿No has tenido suficiente aventura todavía? — le preguntó Matt con incredulidad desde donde estaba tirado en un sillón en la esquina.

—Me refiero a diversión, una especie de aventura de verano—, dijo. —No todas las sentencias, oscuridad y las batallas a muerte, pero lo divertido en el sol. ¿Te das cuenta que tenemos sólo unas tres semanas antes de de comenzar la escuela otra vez? Si no queremos que nuestra memoria única de este verano en Fell's Church sea un día de campo desastroso y una horrible batalla con un fantasma, es mejor empezar. Yo voto que vayamos a la feria del condado en la actualidad. ¡Vamos! —, Les instó, saltando en su silla.

—¡Las montañas rusas! ¡Casas de diversión! ¡Masa frita! ¡Algodón de azúcar! Damon me puede ganar un peluche grande y llevarme a través del Túnel del Amor ¡Será una aventura!

— Ella agitó las pestañas coquetamente a Damon, pero él no la miraba en sus bromas. De hecho, él estaba mirando hacia abajo a su regazo con una expresión tensa.

—Lo has hecho muy bien, chico—, dijo la señora Flowers con aprobación. — Ciertamente merece un tiempo para relajarse—. Nadie le respondió. El tenso

silencio de Damon fue llenando la sala, atrayendo los ojos de todos para él. Por último, Stefan se aclaró la garganta. — ¿Damon? —, preguntó con cautela. Damon apretó los dientes y alzó los ojos para satisfacer las suyas. Elena frunció el ceño. ¿Había la culpa en el rostro de Damon? Damon no tenía el remordimiento o la culpa como una de sus muchas cualidades.

—Escucha—, dijo bruscamente. —Me di cuenta. . . mientras que estaba haciendo mi camino de regreso de la Dimensión Oscura. . . — Se detuvo de nuevo. Elena intercambió una mirada inquieta con Stefan. Una vez más, los tartamudeos, y teniendo problemas para encontrar las palabras para decir lo que quería decir, no eran típicos de Damon. Damon sacudió la cabeza.

—Mientras estaba recordando quién era yo, mientras estaba apenas vivo de nuevo, y a continuación, mientras me preparaba para volver a Fell's Church, y todo era tan doloroso y difícil—, dijo, —todo lo que podía pensar era en cómo...como Elena, había movido cielo y tierra para encontrar a Stefan. No quiso renunciar a su caza, sin importar los obstáculos que enfrentó. Me ayudó; lo arriesgó todo para hacerlo, y tuvimos éxito. Encontramos a Stefan y lo trajimos a casa, sano y salvo—.

—Pero cuando fue mi turno de estar perdido, todos me dejaron en la Luna solo—. —Pero, Damon—, dijo Elena, acercándosele, —pensé que habías muerto—. —Y trató de mover cielo y tierra para salvarte—, dijo Bonnie con seriedad, sus grandes ojos marrones llenos de lágrimas.

—Ya lo sabes. Elena intentó todo para sobornar a los guardianes para que tú volvieras. Ella casi se volvió loca de dolor. Sólo decían que cuando un vampiro moría, él o ella se habían ido para siempre—. —Ahora lo sé—, dijo Damon.

—No estoy enojado. No estoy enfadado por lo que parece una eternidad. No es por eso que estoy contando esto—. Miró a Elena culpable. —Tengo que pedirte disculpas a todos—. Hubo un pequeño suspiro colectivo. Damon sólo no se disculpaba. Nunca. Elena frunció el ceño.

— ¿Para qué? — Damon se encogió de hombros, y el fantasma de una sonrisa cruzó su rostro. —Para mí, princesa—. Él se puso serio. —La verdad es que yo no merecía el ahorro. He hecho cosas terribles a todos ustedes como un vampiro, y aun cuando me convertí en humano de nuevo. Luché con Meredith, puse en peligro a Bonnie en la Dimensión Oscura. En peligro a todos—. Él miró a su alrededor.

—Lo siento—, dijo a todo el mundo, una nota de sinceridad y arrepentimiento en su voz. Los labios de Bonnie temblaron, y luego echó los brazos alrededor de Damon.

— ¡Yo te perdono! — Damon sonrió y acarició su cabello torpemente. Cambió un gesto solemne con Meredith que parecía indicar que ella también le perdonaba en esta ocasión.

—Damon—, dijo Matt, sacudiendo la cabeza.

— ¿Estás seguro de que no estás poseído? Pareces un poco. . . off. Nunca eres amable con ninguno de nosotros, pero Elena—. —Bueno—, dijo Damon, mirando aliviado por haber obtenido la confesión de su pecho, no te acostumbres a ello—.

—Matt—. Matt parecía muy sorprendido y complacido de que Damon lo había llamado por el nombre adecuado, en lugar de “Mutt” o nada en absoluto, podía ser que Damon también le había dado un regalo. Elena vio a su hermano Stefan darle un codazo astuto, cariñoso, y Damon le pegó un codazo hacia atrás. No, ella no se acostumbraría a él. Damon, de manera temporal drenado de sus celos y

resentimientos, era tan hermoso y fascinante como siempre, pero un demonio mucho más fácil de tratar. No iba a durar, pero podía disfrutar de ello por ahora. Ella se tomó un momento para mirarlos realmente, los hermanos Salvatore. Los vampiros que ella amaba. Stefan, con sus suaves rizos oscuros y los ojos verdes de mar, sus largos brazos y la curva sensible de su boca que ella siempre había querido besar. La dulzura y la solidez y una tristeza que había tenido una mano en un rayo. Damon, de cuero y seda y finos rasgos cincelados. Mercurial y devastador. Ella amaba a los dos. No podía decir lo siento, no podía estas otra cosa que sinceramente, totalmente agradecida por la suerte que les había lanzado en su camino. Pero no sería fácil. No podía imaginar lo que sucedería cuando este nuevo confort y cordialidad entre los hermanos, entre todos ellos, terminara. Ella no dudaba de que se disolviera. Las irritaciones y los celos eran parte de la vida, y se recuperarían de nuevo. Apretó la mano de Stefan entre las suyas y sonrió junto a él a Damon, cuyos ojos oscuros se calentaron. Interiormente, suspiró un poco, y luego sonrió más ampliamente. Bonnie tenía razón: la universidad estaba a la vuelta de la esquina, una nueva aventura. Hasta entonces, deben tomar sus placeres en donde los podían encontrar.

— ¿Algodón de azúcar? —, Dijo. —No puedo recordar la última vez que comí algodón de azúcar. Definitivamente estoy con Bonnie en la idea de la aventura—. Stefan rozó sus labios contra los suyos en un beso que fue tan dulce y ligero como el algodón de azúcar en sí, y ella se apoyó en la comodidad de sus brazos. No podía

durar. Elena lo sabía. Pero ella estaba muy feliz. Stefan era el de nuevo, no enojado o temeroso o afligido, sino el mismo, al que amaba. Y Damon estaba vivo, y seguro, y con ellos. Todos sus amigos estaban a su alrededor. Ella estaba de verdad por fin en casa.

FIN